

Historia novelesca Española.

CÁRLOS QUINTO,

ó

VENGANZAS REALES,

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. José Velazquez y Sanchez.

TOMO SEGUNDO.

Publicada por D. J. Ruiz de Morales.

—
OLMO, 8, PRINCIPAL.

MADRID.—1854.

CÁRLOS QUINTO.

VENCIENDO A LOS REALES.

NOVELA HISTÓRICA.

POR

D. José Peláez y Sánchez.

TOMO SEGUNDO.

Publicada por D. J. Peláez y Sánchez.

en la Librería de

MADRID—1861.

1522.

LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.

I.

Que trata de las comunidades de Castilla, y de la Jornada en Villalar.

Quando me propuse escribir para la Galeria régia, que bajo el título de *Historia novelesca española* se publica con tan merecido éxito, el arrogante tipo de Carlos Quinto fue de mi predileccion; tanto por prestarse á maravilla á la trama de una interesante leyenda su fecunda historia, cuanto por los estudios especiales que sobre la España del siglo XVI tenia motivos de haber reunido.

Desde luego concebí el plan de una novela histórica, en que la novela se desarrollara sin perjuicio de la historia: donde la fábula no alterase fechas, ni tuviese que mudar sitios, personas ni condiciones, ni la exactitud histórica perjudicara el efecto de los episodios, ó comunicase un carácter demasiado concienzudo á mi obra.

Perseverante en este propósito, di comienzo á la tarea entre las dos especies de tipos, *el novelesco y el histórico*; esforzándome en cautivar la imaginacion de mis lectores con los esfuerzos fantásticos y la combinacion de acaecimientos figurados; al par que refiriéndome á la verdad de aquella época, he puesto mi entero cuidado en caracterizar la éra con sus fieles rasgos y determinantes cualidades, para satisfacer la necesidad de instruccion en las producciones dedicadas al recreo, que sienten los aficionados á este género de lecturas.

En una palabra, no es una novela, una obra de mero entretenimiento lo que escribo: tampoco una historia, un trabajo de alta enseñanza y detenido análisis. Las formas de la novela de pura invencion, no complementan las aspiraciones de nuestra sociedad, que reclama de los novelistas algo mas que fértil imaginacion y florido lenguaje. Las formas de la historia no son atractivas á todos, porque la gravedad del asunto y de su esplicacion retraen los ánimos de un estudio en que no hay intervalos de soláz sino laboriosas fatigas. Adoptemos el término medio (dije para mí): entretengamos con fruto, y enseñemos sin cansar; y el producto de tal resolucion es este libro.

Mis lectores habrán seguido con algun interés los trances de la aventura amorosa en que mi fantasía ha descrito el carácter de Carlos Quinto, adolescente. Este episodio ideal, ha dado márgen á la esplanacion de muchos rasgos históricos, y de este modo el que anhelaba enterarse de los lances de invencion, ha encontrado al paso de su curiosidad los acaecimientos reales consignados en la historia, ya emitidos en el curso de los diálogos, ya traídos á cuento en el giro de los hechos figurados.

La fiesta del Asno, la coronacion imperial y el cuadro del siglo XVI, como enlaces á la accion novelesca, habrán merecido los honores de una grata acogida, que no hubieran alcanzado de otra suerte; pero suponiendo en un folleto cada uno de estos tres asuntos, la mitad de los lectores habrian pasado en esquivo desapercibimiento su contenido, como indigestos frutos de la erudicion; cuando entre la serie de sucesos de una entretenida fábula no rehuyen dar pacto al entendimiento, en los periodos del solaz.

Si Dios se digna concederme su soberana ayuda, y sostenido con ella concluyo mi pensamiento tal como hierve en mi mente, habré ensayado un género literario de porvenir; género que reuna el gusto y el provecho; la diversion y la enseñanza; el pasatiempo y la ilustracion. El capítulo histórico al lado del capítulo novelesco; la verdad engalanada,

y la ficción conduciendo á los dominios de la realidad histórica por sus senderos de flores; el juicio crítico y la pintura de hombres y cosas resaltando entre las combinaciones de su género; hé aquí los resortes de que pienso valerme con la fé de las rectas intenciones para llegar á mi objeto.

Ahora nos corresponde tratar de las comunidades de Castilla, de que ya mis lectores tienen conocimiento por los diálogos de la precedente introduccion; pero esto no basta á mi fin. Yo quiero que al concluir mi obra, el lector conozca el siglo XVI, y pueda apreciar las importantes revoluciones religioso-políticas que le agitaron, el estremecimiento que aun se siente en nuestra época.

Las comunidades en España representan el último esfuerzo del feudalismo destinado á la estincion de los poderes caducos: no figuran en la órbita de las revueltas, sino en la esfera de las luchas sociales en que se juega el porvenir del universo: no son colisiones entre partidos, sino el solemne combate de lo antiguo con lo nuevo; de lo destinado á vivir, y lo destinado á extinguirse; de lo que llega á fundar un orden de cosas, y lo que debe desaparecer por innecesario; de la obra de progreso que se desenvuelve, y el instituto decaido á quien toca hundirse ante las reformas providenciales.

Renuncien mis lectores á la novela, porque en el periodo que vamos á trazár, la historia es mas dramática que puede serlo la invencion; porque hay mas grandeza en los cuadros de la verdad, que cabe en las quimeras de la ficción novelesca; porque el interés de los sucesos presentados en su faz propia, vale mas que los exhornos de mis dotes de inventor.

En este capítulo la esposicion de aquellas contiendas memorandas entre el principio monárquico, el elemento feudal y la clase pleveya, que se desborda soliviantada por la aristocracia, hasta la jornada de Villalar; golpe de muerte dado á la nobleza; rebelde á los destinos de sumision, que el auje del poder régio los impusiera.

En el capítulo siguiente mostraremos á los jefes comuneros sucumbiendo con esa gloria del heroísmo, que alza sobre el cadalso el pedestal de deificación humana. Allí daremos en el patíbulo á nuestros lectores las notabilidades de la rebelion, arrastrando los horrores del suplicio, el uno con la frente serena; el otro con despreciativa sonrisa; el tercero con la resignacion de los mártires.

Comienze nuestra tarea.

No es comun la imparcialidad en materias históricas; siendo muy frecuente por el contrario la decision apasionada por personas y estatutos contrapuestos á otros.

Esto depende, ó bien del carácter, ó bien de la falta de meditado estudio, de instituciones y sugetos, ó ya de carecer de comprension para ponerse al alcance de las épocas y aplicar á las conductas el espíritu de edad, que en gran parte las determinaron.

Las comunidades han sufrido encarnizadas acusaciones, y fueron objeto de obstinadas defensas; quien apostrofa á los comuneros como enemigos de la patria; quien los ensalza al rango de los Tell y los Wasingthon, libérradores de su nativo suelo. Ya detestada su memoria como execrable recordacion de mónstruos, ya enaltecida como sagradas reminiscencias de semi-dioses, Carlos Quinto es para unos el represor poderoso de la ambicion feudal; el tirano cruento que vigoriza su mando con el sacrificio de los hombres independientes para los otros.

Ninguno de ambos extremos está conforme con la verdad.

Tanto el anatema, como la apoteosis de las comunidades, son una renuncia á los datos históricos y á su rigurosa apreciacion: tanto la censura absoluta como el encomio total, revelan poca profundidad en el conocimiento de aquellos tiempos.

Nuestro dictámen quedará consignado aqui, para que la demostracion vaya surgiendo de los hechos, que nos proponemos relatar.

Las comunidades adoptaron por pretesto las infraccio-

nes de derechos forales y esenciones dimanadas del feudalismo, y sus pretestos eran verdad; pero es preciso convenir en que esos derechos y esenciones eran la desorganizacion de los estados, y terminada la mision de los cien mandatarios, llegada la hora de la reunion de mil cuerpos en uno, era fuerza atacar esas franquicias, esas deferencias de constitucion, y buscar el equilibrio allanando el desnivel; y esta no fue empresa de Carlos Quinto: los reyes Católicos la comenzaron con prudencia, y su nieto la dió cima con feliz audacia. Los comuneros eran nobles que ejercian derechos casi reales, que adquirieron sus progenitores esplotando la posicion precaria de los monarcas de Castilla; próceres ascendidos al patriciado por las cartas de privilegio, y fueros que lograron para sus villas y señoríos; notabilidades elevadas á la sombra de los municipios, ó al influjo de esas oposiciones políticas que venden su caudal de influencia; ó estallan en formidables amagos, para hacerse pagar su inaccion. Ellos preveian en la fortuna próspera del jóven rey el término de la empresa que minaba los cimientos de su pujanza, y encastillados en sus concesiones y garantías, empezaron á acumular los obstáculos en el camino de su soberano, porque le vieron reunir la fuerza de poder suficiente para atacarles en las trincheras de la gerarquía feudal. Inevitable fue la lucha. Ni el rey pudo detenerse, provocado por los aparatos defensivos de las clases constituidas en defensa, ni esas clases debieron retroceder una vez empeñadas en el mantenimiento de su causa, amenazada, mas que por la ambicion de Carlos, por la preindicacion de los designios supremos, que entregaban á los poderosos príncipes las comparticiones de Europa, presididas por impotentes dignatarios; porque la fusion de razas habia concluido en lo fisico, y la consolidacion de intereses empezaba en lo moral.

Carlos tuvo que violar las leyes constitutivas de España, porque aquella figura de coloso no cabia dentro de tan reducido cuadro. En buen hora un sucesor vulgar del patrimonio régio acepte las condiciones que limitaban su accion;

pero Cárlos no se hallaba en este caso: Cárlos debía robustecer su soberanía con las fuerzas del imperio; disputar el prestigio á tantos hombres eminentes de aquella edad fecunda; presidir á la pasmosa subersion de los destinos occidentales; hacerse árbitro de los sucesos contemporáneos, y las trabas que hubiese podido respetar un monarca en otra posicion menos culminante; hubieron de caer ante el elegido de Dios, como las ligaduras de Dálila en los brazos potentes de Sanson.

Los desórdenes flamencos, la venalidad cortesana, la injusticia de los ministros de don Cárlos, serian grandes sin duda. Yo no pretendo negar crédito, aunque tan fundadamente pudiera, á cuanto nos transmiten, sobre estos particulares, memorias, crónicas, y polvorientos manuscritos; pero las comunidades no partieron de aquí, por mas que estas causas les sirviesen de alegacion y escusa del alzamiento. No hay mas que observar las turbulencias anteriores: la permanente actitud sediciosa de los nobles, su subordinacion periódica á los propósitos del trono, la marcada hostilidad de los señores contra el núcleo de centralizacion de facultades, neutralizadas por las complicaciones reciprocas.

Toda causa tiene sus razones; el usurpador invoca la mision civilizadora, y hace pasar sus bayonetas por antorchas de ilustracion y conductores eléctricos de la felicidad pública: el pretendiente mas injusto se dice, inspirado por la conviccion de la legitimidad, y como el error y las debilidades son la funesta herencia de la progenie humana, nunca faltan recriminaciones que hacerse á los partidos; jamás dejan los adversarios de hallar lodo que arrojar á la cara de la opuesta banderia: siempre hay una página sangrienta con que argüir en abominacion de los enemigos.

Aquellos que por desgracia no saben prescindir de su passion, y contraidos á solo una época, y esta mal apreciada, faltan en definitiva, intermediando entre los opositores para coronar á los unos, y execrar á los otros, al llegar á las

comunidades, ó consagran todas sus simpatías á los comuneros, cargando á Carlos Quinto con todo el peso de su odio, ó no encuentran términos hábiles para reconocer el triunfo brillante y el auxilio divino de la monarquía, sin rebajar á los campeones de la feudalidad resistente á la condicion de facciosos innobles, de insurgentes indignos.

Es necesario prescindir de las personas, y elevarse á los principios. Los principios tenian necesidad de chocar entre sí; porque no se comprende la reedificacion sin la ruina de una fábrica, y la fundacion de otra. El feudalismo fué el áncora de salvacion de la sociedad que fundia sus mil familias en una sola para usuformar la Europa; para llegar por las confusiones á la total confusion. La sociedad infante se formó en sociedades, y convino á los fines de la Providencia que se dividiera y se subdividiera el continente para el fenómeno de la total asimilacion. El mundo necesitó para que le contuvieran en su ruina esa red de mil mallas; esas cabezas de tribu, que recibieron una fraccion del Globo; y una fraccion de poder para restituir las á la unidad moral y politica, el dia en que la unidad se la demandara. La monarquía tuvo que crear la feudalidad para conservar sus dominios en las luchas sin tregua en que se veia envuelta, y desprovista de recursos propios, impetró ayuda de los próceres, y afianzó sus adquisiciones con menoscabo de su autoridad. Siempre que pudo hacerlo, combatió la preponderancia de un poder, que olvidándose de su origen, atendia sus pretensiones mas allá de la línea trazada. Siempre que la feudalidad pudo desentenderse de sus rivalidades, y acudir al socorro de su combatido instituto, la monarquía humilló sus aspiraciones á la emancipacion de una tutela vejatoria, comprando la paz á costa de privilegios é inmunidades que incluian el sacrificio de su poderío y de sus atribuciones. En ninguna época, como en la de Pedro primero de Castilla, resalta mas esta encarnizadora contraposicion de intereses: el soberano revolviéndose como un javalí herido contra el cazador; vengando los ultrajes á su real decoro;

castigando las rebeldías de sus próceres con la sevicia de la irritación furiosa: los señores conspirando contra el que coartaba sus miras de engrandecimiento, y acabando por destruir á su legítimo rey, y hacer empuñar el cetro al bastardo fatricida.

Sonó en Castilla la hora de la reorganización, y por consecuencia los poderes fraccionados debían dimitir sus prerogativas en manos de la ciudad real. Los reyes Católicos obtuvieron el respeto por la ayuda de dos reinos en su principio: después por las empresas coronadas por el éxito más fausto; luego por el favorecimiento singular con que el cielo les distinguiera abriendo los senos de un mundo desconocido á la luz del Evangelio y á la dominación de las unidas coronas.

Príncipes menores de edad son el peor legado que puede hacer un rey á sus súbditos. Los regentes de mejores disposiciones para el mando fracasan contra el atrevimiento que inspira á la sedición la interinidad de la supremacía. Esta coyuntura aprovecharon los subversivos nobles del reino, para manifestar sus instintos al desorden, comprimidos ante la magestuosa fortuna de las católicas altezas. Jimenez de Cisneros, el más ilustre varón de su siglo, por lo tocante á las dotes que puede requerir la escrupulosidad más esquisita en los ministros, tuvo bien que lamentarse de la procacia aristocrática, y la sospecha de su envenenamiento está compartida entre los dignatarios de Flandes y los de Castilla. Al arribo de don Carlos á España, ya saben mis lectores las contrariedades que acibararon sus primeros días de régimen; mas al fin llegó el tiempo de las pretensiones imperiales, y necesitó dinero, pues que la infame avaricia requería tributos grandiosos para utilizar los fueros de que hacía un asqueroso tráfico. Contraídos empeños sagrados, Carlos preponderó entre los aspirantes á la púrpura Cesárea, y hubo menester marchar al territorio alemán para recibir la investidura imperial. Los destinos le llamaban: iba á cumplir los fallos de la Providencia: su pié debía hollar el sólio de

Cárlo-Magno, escabel de su grandeza venidera: España se opuso á el contingente y á la partida: la resolucion de don Cárlos á concluir la obra empezada dió motivo á la insurreccion.

La insurreccion apeló á las usurpaciones: al gobierno substituyó las juntas; profanó el retiro de una dama real para escudar en su nombre la dictadura, y resucitó las tropezadas de los tiempos pretéritos. La medida estaba colmada. Empezóse la contienda, y ya se pusieron frente á frente el feudalismo con la arrogancia de sus frecuentes victorias, la monarquía con el acrecimiento de su potestad. Sucedió lo que estaba escrito. La monarquía triunfó de sus rivales y marchó omnipotente sobre las ruinas de su enemiga institucion. Cárlos triunfó con gloria: los jefes comuneros sucumbieron con dignidad.

Los diputados de las ciudades y villas con votos en córtés, fueron las víctimas primeras de la plebe escitada á desmanes por la coaligada nobleza. Todavía se muestra en Segovia la casa de la vida y la muerte, cuya historia daremos con brevedad. Antonio de Tordesillas, regidor del ayuntamiento de Segovia, diputado por la ciudad en las córtés, convencido de la necesidad y utilidad de la partida de don Cárlos á Alemania otorgó el servicio que por su alteza se pidió á los reinos. Llegado que hubo de las córtés apresuróse á dirigirse al concejo para dar cuenta del desempeño de su cargo, cabalmente en los dias en que el populacho desenfrenado habia suspendido de la horca á Melon y Portalejo, dos míseros alguaciles. Gran número de cardadores y pelaires acudieron á San Miguel, y escalando las puertas y ventanas, sacaronle arrastrando de la iglesia. En vano el regidor les suplicaba que oyesen la cuenta de su comision, ó leyeran los capitulos que traia. Teniale en medio la turba furiosa. «Llevémosle á Santa Olaya» decian los unos; «A la picota!» replicaban otros. «dadnos los capitulos» exclamó una seccion. «Tomadlos» respondió el diputado; pero los rasgaron, gritando que fuese conducido á la cárcel, mientras no

se averiguase su traicion. En el camino de la cárcel una faccion cruenta salió al encuentro del tropel; deteniéndole en su marcha.—«*Dad acá una sogá, y llevémosle á la horca luego*»—clamó un foragido, capitán de la nueva falange plebeya, y su demanda fué sostenida por aquel vulgo ébrio, y en el frenesí de sus instintos crueles. «—¡*Muera, muera!*»—repetían los verdugos, y echándole á la garganta una sogá derribáronle en el suelo, y le arrastraron dándole en la cabeza y costillas grandes golpes con los pomos de sus espadas siempre que en los esfuerzos de la agonía trataba de levantarse ó alfojar el lazo que le oprimia las fáuces.

—¡Confesion! decia con voz ahogada el infeliz...

—¡Muera! respondió la canalla con un rugido espantoso.

—Oídme, señores: ¿por qué me matais? preguntaba en la desesperacion de su doloroso martirio el víctima de tan bárbaro encono.

—¡Muera! tornaba á replicar la vil muchedumbre.

Al llegar á San Francisco, contuvo á los vándalos una procesion compuesta del dean y canónigos con el Sacramento de la Eucaristía; la comunidad de San Francisco y un hermano de Tordesillas, fraile de la misma órden, grave y docto varon, revestido, y el Santísimo Sacramento en las manos. Los ministros del culto se arrodillaron, y por amor del que murió en la cruz, pidieron á la multitud que perdonase al regidor medio estrangulado y lamentosamente contuso.

Hubó un momento de vacilacion: los menos empedernidos se retiraron: una gran parte de los sediciosos retrocedieron ante el imponente espectáculo de la Magestad divina, mediando entre los ejecutores del feroz asesinato y del objeto de su saña: los mas dispuestos á la crueldad no se atrevieron á extinguir la piadosa exhortacion con sus esclamaciones sanguinarias.

Una mano benéfica cortó la sogá por dos partes.

Tordesillas abrió los ojos y pudo exhalar un suspiro, sin que la cuerda de esparto se detuviese en la garganta á los fuertes tirones de la hez y escoria del vecindario.

Hnos REINES B



Cárlas V.
lám. 8.

El deán, hizo el último esfuerzo para ablandar aquellas entrañas.

—Hijos míos, les dijo, leo en vuestros ojos los impulsos de la misericordia. Perdonad para que Dios nuestro Señor os perdone. Dad por satisfechos vuestros enojos, y abandonaos á los movimientos de la hidalga generosidad...

Un murmullo sordo testificó los encontrados afectos del concurso.

—Segovianos, gritó el predicador con emocion commiseratoria, en nombre de Jesucristo nuestro Redentor; piedad para esa miserable criatura! ¡Ah! os apartais del intento: le dejais en paz ¡gracias os sean dadas! ¡La sogá se ha roto.... Dios le escude, y os bendiga por vuestro respeto á su intercesion sagrada.

El silencio de los sepulcros reinó en el conmovido auditorio.

—Segovianos, esclama una voz trémula y cascada.

Todos vuelven sus rostros hácia la ventana de una aislada casilla: en ella aparece una hórrida mequera, una formidable enménide, una vieja asquerosa, cuya fisonomía de furia infernal arredra á los circunstantes.

—Segovianos, repite con diabólica sonrisa, ajitando en su diestra un largo cordon de crines bastante grueso.

La faccion menos accesible al ruego de los sacerdotes, exhaló en un asordador alarido de irascibilidad por algun tiempo reprimida.

—Si se ha roto la sogá, alla vá ese cordon, repuso la execrable vieja, arrojando á los canibales el instrumento del suspenso suplicio.

Aquella tribu avara de sangre se lanzó al espirante Tor-desillas, y arrebatándole en su raudo torbellino, le llevó á la horca, colgándole de los piés entre las otras dos víctimas de su implacable ira. Tal es el recuerdo de la casa llamada en Segovia de la vida y la muerte, padron de las ferocidades populares.

Fuera tarea enojosa traer á cuenta los desórdenes de la plebe alborotada, tanto mas, cuanto que en diálogos quedan

apuntados con la debida brevedad. Los oscuros villanos, que dieron sus nombres á las páginas sangrientas de las conmociones del comun, unas veces adictos á los jefes del bando aristocrático, y otros representantes de la insolencia popular, concitaron el odio á la liga de los desafueros, torpezas y atentados, con que acreditaron su funesta celebridad.

Bernal de la Rifa, oficial cuchillero de Burgos, agradecido de don Pedro Suarez de Velasco, fué parte para impedir que las insurgentes masas cometiesen buen número de tropelías; pero su colega Anton Cuchillero, dependiente de un señor, afiliado á la coalicion noviliaria, contrabalanceó sus influjos, y lanzó á sus secuaces en los excesos del saqueo, el incendio y las mas despiadadas violencias.

El tundidor Pinillos, presidió en Avila á la junta de los procuradores de Toledo, Madrid, Guadalajara, Soria, Murcia, Cuenca, Segovia, Salamanca, Toro, Zamora, Leon, Valladolid, Burgos y Ciudad—Rodrigo. Colocado en un banquillo, en medio de los hombres de mas valía de la comunidad, diputado de un vulgo ciego y sin brida á sus terribles antojos, Pinillos señalaba con su vara al que le placia dejar esplincarse, y sin este señalamiento, ni prócer, ni eclesiástico, ni respetable varon, ni fogoso tribuno, osaban interrumpir el silencio, ni mezclarse en las discusiones que el tundidór permitía.

Las ambiciones se aliaron para preponderar con la fuerza de los motines, y comprometiendo la causa de las alteraciones con la de sus intereses, confiar á la fortuna de los levantamientos del pais el logro de sus aspiraciones respectivas. Ya sabe el lector lo que se decia de los principales comuneros, y los motivos que generalmente se atribuyeron á su conducta; por lo que completaremos el cuadro con una ligera apuetacion sobre los antecedentes de estos caudillos, y en la índole y procederes de estos cabezas de la sedicion se hallarán esplicados los móviles de la Santa Liga, y los precedentes de sus desastres.

El obispo de Zamora, don Antonio de Acuña, de una

ilusire familia, fué consagrado al ministerio eclesiástico contra su temperamento, sus aficiones y su voluntad. Dedicado al ejercicio de las armas, Acuña hubiera sido la preza de los militares; forzado á entrar en el augusto gremio de los ministros del culto, falto de mansedumbre, y esquivo á la dignidad de la condicion humilde, don Antonio fué el escándalo de la Iglesia española, y una ignominia para el partido que le contó en su seno. El rey católico don Fernando tuvo la adversa eleccion de Acuña para embajador en Francia y Navarra; cargo que requería un diplomático, consumado, tipo de habilidad, prudencia y tacto. Fogoso, incapaz de dominar sus ímpetus arrogantes el arcediano de Valpuesta, comprometió las negociaciones, se hizo insufrible al orgullo francés, con su orgullo, y disgustando sobremanera al rey católico, dió lugar á que le retirasen los poderes bajo el pretesto de nombrarle para la silla episcopal de Zamora. Queriendo presidir al gobierno de la ciudad el dominante prelado, entró en rivalidades enconadas con un pariente del duque de Alba, el conde de *Alba Lista*; dando ocasion á perturbaciones del público sosiego con banderías y revueltas, que robaban el tiempo á los legítimos intereses del comun. Al levantarse el pais, don Antonio y el conde disputaron la primacia en favor del pueblo. El obispo salió vencido y desesperado; yéndose á Tordesillas á brindar sus servicios á la junta rebelde, que tuvo la iniquidad de loar las intenciones sañudas de aquel apóstata de la Pastoral Comunion, ayudando sus propósitos de venganza y sevicia. Marchó hácia Zamora con gente y pertrechos de guerra, y habiendo precisado á su enemigo á poner en salvo su persona por la fuga, entró en la ciudad triunfante.

Este hombre incompatible con su ministerio, fuerte como un atleta, diestro en el manejo de las armas, esforzado y de unos brios extraordinarios, necesitaba rodearse de parciales análogos á él: sacerdotes y soldados, sujetos á la doble disciplina eclesiástica y militar. Por tanto, no levantó mano hasta formar un escuadron de cuatrocientos clérigos armados perfec-

tamente y de gran valor, con quienes entraba á los enemigos el primero, gritando al arremeter: «AQUI MIS CLÉRIGOS.»

Don Pedro de Ayala, conde de Salvatierra, oriundo de una de las casas mas esclarecidas y poderosas de Castilla, era hombre intratable por su soberbia, altivo desabrimiento y rebeldia á toda autoridad sobrepuesta á la suya. Enviándole la junta de Valladolid requerimiento para que librase á Bribiesca del Condestable que sin descanso le combatia, volvió las espaldas al mensajero, ofendido de los términos imperativos con que le comunicaba sus órdenes el gobierno provisional. Noticioso de que los comuneros sospechaban de su adhesion á la Liga en virtud de aquellas muestras de desvío, escribió dos cartas, una á la junta y otra á Valladolid, documentos redactados con la insolencia mas irritante, y modelos de una jactancia que debió poner á prueba la prudencia de los que tales escritos recibieran; sufriendo un ataque de cólera que le puso en eminente riesgo de la vida. Notable por una bravura de leon, neutralizaba los efectos de sus victorias con la imprudencia de sus manejos y la imprevision de sus planes. Terminó sus dias desangrado, despues de mil desdichas.

Don Pedro Giron, primogénito del conde de Ureña, fue siempre reconocido por un mancebo audaz y de condicion resuelta y demandada. Pretendia los estados de Medina-Sidonia en nombre de su muger, y sobre cierta cédula real en que se le prometia justicia, atrevióse á reconvenir á don Cárlos con sobrado ardimiento. Descontento de la córte, abrazó la ocasion propicia de colocarse en abierta hostilidad con los intereses monárquicos, y en Medina, aliado con don Antonio de Acuña, puso en grande aprieto al Almirante y á los caballeros allí congregados; pero como al afiliarse á la comunidad Giron no llevaba convicciones sino despecho, hizo lo que el conde de Mirabeau con la córte francesa: arredrarla para hacerse comprar su recatado auxilio. Se le acusa de haberse concertado con los realistas para levantar el sitio de Medina, dando lugar á que los caballeros leales se

apoderasen de Tordesillas, y quitaran á los rebeldes el escudo de las ordenanzas de doña Juana. Enemigo de Padilla, en lucha perenne con este leal comunero, Giron fue igualmente odioso á los partidarios nobles de una y otra causa; porque, desidente de los caballeros leales, aceptó el mando de las fuerzas de la comunidad, y general del ejército comunero, llevó á la Liga el espíritu de discordia y la envidia de la presuntuosidad al verdadero mérito.

Don Pedro Laso, notabilidad por su alcurnia, y nulidad por su carácter, mezcla rarísima de ambicion y desaliento, comprometido en la Santa Liga por sus anhelos incesantes de predominar en Toledo, desairado por la corte y receloso de la reputacion de los hombres de génio que la revolucion ponía en evidencia, tardó en desertar de sus banderas, lo que tardaron en proponerle la compra de sus principios y la lucrativa apostasía. Pro-hombre de Toledo por la influencia de sus amistades, respetos y consideraciones, títulos válidos en épocas de calma, tembló por su autoridad y la sintió desmoronarse apenas fue preciso manifestar otros antecedentes que los de relaciones é inteligencias; apenas salieron á luz en la perentoriedad de las circunstancias, los hombres de recursos propios, los hombres que refirieran á sí mismos su valia. Concibió rabiosos celos de Padilla, y creyéndose oscurecido por las dotes de tan buen caballero, ideó rehabilitar su auge con el pase de un campo al otro, buscando las ventajas del que se hace pagar su conciencia á razon de lo que significa la fe que en él se tuvo.

Don Pedro Maldonado, nieto del doctor de Talavera, y don Francisco Maldonado, fueron dos caballeros obstinados en aquellas contiendas de sujetos influyentes, que revolvían los concejos y mantenian en permanente intranquilidad las ciudades mas pacíficas. Ambos eran de buen entendimiento, pero discolos y tenaces en sus conatos de prepotencia: valerosos, pero sin ninguna de las cualidades que requieren los puestos superiores de la milicia.

Ramiro Nuñez de Guzman, servidor de doña Juana,
Cárlos Quinto.

herido en su amor propio porque se le despidió por el consejo del servicio de la reina y del infante don Fernando, aplaudió los objetos de la comunidad, y despues de una escena violenta con el conde de Luna, diputado por Leon en las córtes de la Coruña, le hizo salir de la ciudad apoderándose del mando en nombre de la sacra junta, y siendo un gobernador de segundo orden, bastante notable por su constancia y arrojo.

Juan Bravo, capitán de los tercios de Segovia, merece una mención especialísima por sus excelentes dotes y esforzada resolución. Guerrero intrépido, hombre popular y de leales convicciones, comprendido en la causa de las comunidades el pretesto, y no el verdadero motivo; el lema de la bandera, y no el propósito de la sublevación; sacrificándose al servicio de los fueros del comun con un desvelo infatigable; organizando las fuerzas defensivas de su ciudad con un esmero superior á todo elogio, y entrando en las combinaciones militares de la junta, esento de toda rivalidad con los demas capitanes; enteramente ocupado en secundar con toda eficacia los planes de operacion trazados por el gobierno de la Santa Liga. Bravo, fué de los pocos ilusos que no vieron á través de las proclamas brillantes en que se pedia la emancipación de los pueblos, y la inviolabilidad de sus constituciones, la ambición que remitía su preponderancia al éxito de una empresa contra lo existente en la esfera del poder, las mañosas pretensiones de tantos notables, impacientes tras los próceres, que cifraban su elevación á las gerarquías reconocidas en concejos y ayuntamientos, como peldaños de esplendentes carreras políticas. Juan Bravo, hidalgo de ánimo candoroso, intenciones sanas, incapaz de falsía, y poco apto para el conocimiento de los hombres, se indignó contra los escándalos flamencos; se horrorizó de su depredación, y creyó que don Carlos se ausentaba de sus dominios españoles para no mas volver, y entregar á gobernantes codiciosos el régimen del país, mientras ocupaba el sòlio de Carlo-Magno. Vió en la comunidad el remedio de tantos daños; la con-

servacion de las esenciones populares; el mantenimiento de aquellas prerogativas patricias y del comun, que enfrenaban las voluntades monárquicas, y una vez aceptada la creencia, entregó la vida á las instituciones, que respetó convenientes á la felicidad de su patria. Los enemigos de las comunidades, que han descubierto las aspiraciones recatadas de los principales caudillos de aquellos movimientos, no han podido formular un cargo que haga á la ambicion móvil de la conducta de Juan Bravo. Figuró sin mancha en los anales de la revolucion, como capitán digno de alta prez, y feneció mártir de sus opiniones, víctima de las iras del partido realista; dejando una memoria ilesa, un nombre puro, á quien es grato recordar con respeto al que traza este bosquejo histórico; porque ensancha el corazón hallar entre las cábalas, los cálculos, las interesadas miras, y la máscara patriótica de los anhelos egoistas, una conciencia recta, una fé acrisolada, una conviccion perseverante.

El hombre de genio, el verdadero caudillo de la comunidad fué Juan de Padilla, primogénito del comendador castellano; caballero jóven, dice Robertson, que unia á un alma arrogante, y á un valor invencible, todas las prendas y ambicion que pueden, en tiempos de revueltas y de guerras civiles, ensalzar á un hombre á un grado eminente de poderío y autoridad.

Padilla concibió el proyecto de establecer la correspondencia entre los pueblos rebelados, y para fijar las bases de tal confederacion, propuso la junta general en Avila, de donde se originó el nombre de Santa Liga y la cohesion de intereses públicos. Apenas pudo ponerse en campaña Padilla, aprovechó un descuido del regente Adriano, y despues de libertar á Segovia del alcalde Ronquillo, marchó á Tordesillas, punto de residencia de doña Juana, y apoderándose de la ciudad, puso á disposicion de la junta un poder de que quedó asombrada.

La memoria de doña Isabel, era objeto de un culto ferviente por parte de los españoles, y en doña Juana estaba vin-

culado un cariño de relacion á memoria tan querida. Además decíase con todo el secreto que requieren noticias semejantes, que la viuda del Archiduque don Felipe, no era loca cual se queria suponer, sino que aprovechando las singularidades de su natural romanesco, la ambicion de Maximiliano por el engrandecimiento de su nieto, habia combinado los artificios, á cuyo favor, sin ninguna declaracion solemne de demencia, la infeliz doña Juana habia sido confinada á una especie de reclusion; tomándose su nombre para unirle al de don Carlos en las provisiones y cédulas, como mero tributo de fórmula á un derecho sin ejercicio real.



Robustecer la autoridad revolucionaria con una autoridad efectiva, acepta al pais, y tanto mas apreciable, cuanto que en el concepto público aparecia libertada de coacciones tiránicas que la impedian el uso de un poder tan legitimo, fué paso gigantesco que la junta debió al valor y á la auda-

cia de Juan Padilla. Desde aquel momento, la Liga, llamada Santa, pudo tomar un carácter agresivamente franco y hablar de sus derechos sin miedo de que se la replicase con el título de facciosa. Padilla besó la mano á la Reina, y despues de adquirir el convencimiento de su buena razon, la dió cuenta exacta de los sucesos de Castilla, maravillándose de la ignorancia en que se la tenia de todo; pues hasta suponian vivo, á la buena señora, á su padre, el rey de Aragon. Confirmado por su alteza en el puesto de capitán general, Padilla movió á la junta del reino á trasladarse á Tordesillas en el instante; pues á la sombra de doña Juana, el gobierno de los comunes adquiria la autoridad suficiente para emprender con buen éxito lo que antes se hubiese guardado de intentar.

El testimonio de la sesion pública de la junta, autorizado con la presencia de su alteza real, llenó de entusiasmo á las ciudades, de espanto al consejo de Valladolid y de consternacion al Príncipe, que se hallaba en Alemania.

Deponer al consejo fué otro paso atrevido que surgió del pensamiento de Padilla, y á pesar de la objeciones de una mayoría irresoluta, de las réplicas en contrario de algunos pusilánimes y de la vacilacion de los mas declarados por las decisiones extremas, el capitán general de la Liga marchó á Valladolid, redujo á prision á los doctores Beltran, Tello y Cornejo y al licenciado Herrera, alcaldes, y apoderándose de los libros de contaduría y sello real, dejando reducido al cardenal regente á la esfera de un particular ciudadano, tornó poderoso á entregar á la junta las preseas de su victoria; los signos de mando que autorizaban las provisiones supremas y producian la obediencia de los pueblos.

Padilla, halagado por la fortuna, ídolo de la multitud, gerente de los negocios políticos y gefe superior de las fuerzas de la Liga, no se contentó con lo hecho. Indujo á la junta la idea de redactar una representacion al soberano expresiva de las quejas de sus súbditos de España, y en la que despues de relatar lo acaecido, se pudiese lo conveniente á

la gobernacion de los reinos, conforme á las voluntades del comun. Vencidos mil obstáculos con una perseverancia acreedora al mas subido encomio, la famosa representacion fuè redactada, comprendiendo veinte y cuatro capítulos que reformaban las alteraciones del derecho público español, puntos administrativos, jurídicos, rentísticos, gubernamentales y económicos.

Tal representacion es admirable como documento público por la firmeza de su estilo, orden de materia y espíritu de adelanto; pues bien puede decirse que los comuneros de España precedieron á las teorías constitucionales con una anticipacion en fondo y formas, que basta á enorgullecer al pais menos propenso á engreirse con los brillantes rasgos de una precoz cultura. Si la comunidad hubiera sido lo que de su manifiesto parecia, ninguna causa mas justa, mas noble, mas santa, que su causa; pero por desdicha no era de este modo. Apenas el emperador nombró en compañía del cardenal Adriano, para constituir la regencia, al almirante don Fadrique Enriquez, y al condestable don Inigo de Velasco, una gran parte de los próceres, fautores de las primeras asonadas, prometiéndose mejor partido de uno ú otro que antes pudieran esperar del regente flamenco, desampararon á los comunes para engrosar las filas realistas. Muchos nobles se arredraron al observar que ya no se trataba de corregir los abusos flamencos y poner coto á los ardientes conatos del jóven Rey, sino que se exigia la restriccion de las demasias aristocráticas; al paso que se sacrificaba á la moralidad mas severa las estralimitaciones de las leyes orgánicas del pais que les habian valido títulos y goces en abundancia. En consecuencia de esto desertaron, pasando con armas y bagajes al campamento de los contrarios. Los nobles, individuos de concejos y municipios, creyéndose suficientemente escudados por las prósperas circunstancias para arrostrarlo todo, trataron de elevar los poderes populares ganando terreno, tanto á la monarquía como á la aristocrácia. A la sombra de las libertades y esenciones de fueros comunes,

debían medrar las notabilidades de segundo orden, y mientras más facultades acreciesen y mientras menos estuvieran autorizados á cohibir sus funciones, tanto el poder régio como el aristocrático, tanto más se encontraban en posición de imponer la ley, de obstar á los designios de los demás poderes, de hacerse valer en el concepto público, de llegar á las supremacías en perspectiva constante á sus inquietas ambiciones.

Esta fué la causa verdadera de la comunidad; por más que algunos hombres de buena fé sostuviesen con sus briosos esfuerzos los principios proclamados, como si ellos no fuesen para la generalidad una especiosa cubierta de sus egoístas cálculos; como si en aquella jugada azarosa contra intereses pujantes comprometieran sus cabezas, interesados en solo el bien procomunal.

Los diputados de la Liga designados para entregar en propia mano al emperador la esposición de la junta, pusiéronse en camino para Alemania; mas hicieron llegar á su noticia avisos de los riesgos que corrían presentándose en la córte, y cerciorados de que se les preparaba un recibimiento fatal, escribieron á la junta dándole parte de lo que acontecía. Estremada fué la indignación de los comunes al enterarse de los torpes manejos empleados para estorbar el paso á sus quejas, y en los primeros raptos de furia hicieron proposiciones á la Liga á cual más violentas. Unos aconsejaban la destitución del Rey, mientras viviera doña Juana; apoyándose en que la falsa creencia de hallarse démente la legítima sucesora, había dado origen al reconocimiento de don Carlos por monarca. Otros fueron de dictámen que se diese por adjunto á doña Juana el príncipe de Calabria, heredero de los reyes de Nápoles, de la casa de Aragón, prisionero en España desde que don Fernando V arrebató á sus abuelos el trono. No faltó quien propusiera un enlace entre doña Juana y el Príncipe despojado. Padilla hizo rechazar todas las insistencias en propósitos de este género, y resolvió apelar á la fuerza de las armas, ya que

emisarios y medios respetuosos merecian tan dura repulsion. El monarca y gran parte de la nobleza, disidente de la comunidad, cuanto afectó sus intereses y prerogativas, preparábanse á sostener sus fueros. Juan de Padilla se dispuso al ataque, y agotados los recursos de súplica y queja, determinó abatir el orgullo soberano y la altivez feudal, imponiendo á la junta el deber de coadyuvar á sus fines con el respeto de sus altas dotes y su inmensa popularidad.

Las comunidades salieron á campaña con veinte mil hombres. Padilla, favorito del pueblo y de los soldados, era el predestinado al mando superior de aquel ejército; pero Giron, mancebo de la primera gerarquía, se presentó á la junta en rivalidad con don Juan, y fué preferido por los vocales, no tanto por acatamiento á la escelsitud de su origen, cuanto por mortificar á Padilla, que con el acero popular, el brillo de su genio y los servicios ilustres á su causa, los mantenía en dependencia de sus proyectos. Ingratos aquellos hombres á quienes la osadía del capitán de Toledo constituyera en el poder, dieron pago tan ruin á su valedor y primer caudillo de su bando, recibiendo la pena de su injusticia en los descabros debidos á la inesperienza y debilidad del prócer que prefirieron á Padilla.

El cardenal-rejente, el almirante y condestable, el conde de Haro y muchos principales caballeros, tenían establecido cuartel general en Rioseco. El marqués de Astorga, trajo al ejército realista ochocientos ballesteros, doscientos escopeteros, cuatrocientos empavesados con sus casquetes, doscientas lanzas, y cien ginetes: el conde de Benavente dos mil y quinientos hombres y doscientas cincuenta lanzas: mil y quinientos infantes el conde de Lemos, y otros mil el de Valencia: el señor de Grafal, trescientos y cincuenta hombres. Agregóse á este contingente, los tercios que incorporaron con el ejército realista los condes de Oñate y Osorno; el marqués de Falces, el mariscal de Fromesta, don García Manrique y don Alonso de Peralta.

La junta contaba con una infantería compuesta de arte-

sanos y gente del pueblo, no acostumbrada á los ejercicios militares, y que traducía el espíritu guerrero por insolencia y esquivez á los rigores de la disciplina: su caballería aun era inferior á los peones y tropa ligera; porque mal armada, visóña en las evoluciones, y contrapuesta á la fuerza mejor del ejército realista, consistente en ginetes amaestrados, carecía de idoneidad para las combinaciones en que tanto decide la tropa montada.

Ya saben mis lectores la imprudente táctica de Giron, y la traicion villana, en cuya virtud avanzó en actitud de asaltar á Villalpando, para dejar espuesta á Tordesillas al ataque de los regentes.—El batallon sacerdotal de don Antonio de Acuña, único presidio de este pueblo, se defendió con heroica bizzarria; pero todas sus proezas fueron infructuosas, y el conde de Haro se hizo dueño de la villa, recobrando los signos del consejo, y privando á la Liga de la autoridad de la mísera doña Juana, que volvió á entrar en estrecha reclusion, despues del desengaño de las malas artes, á cuyo influjo se la retuvo en la inercia y en el abandono de sus derechos. Quedaron en poder de los realistas algunos individuos de la junta, víctimas guardadas para un futuro y cruento sacrificio.

Imponderable sensación produjo en los ánimos de los comuneros la nueva de tan desastroso golpe. Muchos nobles é hidalgos abjuraron los principios de independenciam, invocados por la Liga, y fueron á engrosar las filas del realismo; mezquinos tránsfugas de una causa, que consideraban perdida. Acusaron de traicion al primogénito del conde de Ureña, y al grito execratorio de la comunidad, don Pedro Giron sin crédito y sin honra, tuvo que retirarse del palenque; yendo á encerrarse en uno de sus castillos.

Desmembrada la junta, sin general el ejército, sin arbitrios el gobierno revolucionario, recurrió, como á un salvador, á Padilla, tan bajamente postergado á un aventurero sin talentos ni fé. Padilla no se hizo sordo á las invitaciones de sus parciales. Por su consejo se nombraron diputados en

reemplazo de los que gemian en prisiones. Aceptó el mando de las tropas, y su consorte la varonil doña María Pacheco halló recursos, comprometiendo al cabildo catedral de Toledo á dar sus alhajas al pueblo que en procesion solemne fué á pedir las para sufragar los gastos de la guerra.

La desafeccion de tantos nobles á los primeros reveses de la comunidad, y la traicion del primogénito de Ureña, apartaron á los coaligados del orden aristocrático, pero de tal suerte que olvidando sus resentimientos contra las depredaciones flamencas, y las osadas monárquicas, convirtieron sus enconos contra la feudalidad. En vano los caballeros adictos á la regencia propusieron á los comunes el abandono de algunos artículos de los que reputaban mas atentatorios á la autoridad real, y que vejaban la clase inmediata al trono, prometiendo gestionar la aprobacion de los demas pedidos; inútilmente una fraccion de la nobleza se comprometia á hacer causa comun con la Liga, si esta transacion fuese desechada por el emperador; infructuosamente se demostró á la Santa Alianza, que separados en cruda lucha los poderes feudales y del comun, la monarquía hallaria abierto el camino á la usurpacion, dominando con facilidad á los divididos, y reasumiendo en la suya las principales atribuciones de entrambas clases, que constituian el baluarte de las libertades públicas. Contra el parecer de algunos hombres sensatos y mesurados, los individuos de la junta desoyeron advertencias, proposiciones, y amigables compromisos, y declarándose acérrimos enemigos de la aristocracia, replicaron á sus proyectos de negociacion, declarándola sus intentos de coartar las esenciones de su gerarquía, y llevando su espíritu de obstinada animadversion hasta el punto de amenazarla con la reversion á la corona de cuantos feudos, señoríos, privilegios, tenencias, juro y heredades, no tuvieran un origen de estricta legalidad: esto es, abolir los timbres de casi toda la nobleza castellana,

Por otro lado las ciudades confederadas rompian poco á poco los vínculos con que al principio se ligaron. Contra-

puestos intereses, rivalidades comerciales, pretensiones altivas, envidiosas disidencias, prevenciones tenaces, iban mirando la obra de una sublevacion entusiasta. Burgos aceptó el gobierno real, y otras villas de menos consideracion cedieron á las invitaciones de algunos señores respetados en el pais.

Juan de Padilla, era el hombre propio para rehabilitar la causa de los comunes por su popularidad y estimacion entre las fuerzas militares de la Liga; pero la junta tratándole con ciertas predilecciones como á quien podia disponer de mas elementos para ella, no perdonaba ocasion de asegurarse contra los riesgos que recelaba de sus influjos, el dia en que cansado de obrar por ajena inspiracion, utilizara en provecho suyo sus favorables circunstancias.

Ya no habia términos de avenimiento entre caballeros y comunidades: las escaramuzas primeras habian enconado los ánimos; las comunicaciones posteriores concluyeron por hacer imposible otro desenlace de la cuestion, que la guerra. Requerida Valladolid por los caballeros para que cediese de sus rebeldias, y entrara en el servicio de sus reyes, contestó, entre otras cosas, lo que sigue, y copiamos por lo notable del concepto.

«¿Quién prendió al rey don Juan segundo, sino los grandes? ¿Quién le soltó, é hizo reinar sino las comunidades? especialmente la nuestra, cuando en Portillo le tuvieron preso. Véase la historia, que claro lo dice. Sucedió al rey don Juan el rey don Enrique, su hijo, al cual los grandes depusieron de rey, alzando otro rey en Avila. Las comunidades, especialmente la nuestra de Valladolid, le volvieron su cetro y silla real, echando á los traidores de ella. Bien saben VV. SS. que al rey de Portugal los grandes le metieron en Castilla, porque los reyes de gloriosa memoria, don Fernando y doña Isabel no reinasen: las comunidades le vencieron y echaron de Castilla, é hicieron pacíficamente reinar sus naturales reyes. Y no hallarán VV. SS. que jamás en España ha habido desobediencia sino en los caba-

»llos; ni obediencias, ni lealtades sino de los comunes. Y
 »si VV. SS. quieren ver en lo que toca á la hacienda, ve-
 »rán claro que los pueblos son los que al rey enriquecen, é
 »los grandes son los que le han empobrecido y á todo el reino.
 »Vasallos, alcabalas y otras rentas reales, que eran del rey,
 »é los pueblos las pagan ¿quién las ha quitado á SS. MM.
 »sino los grandes?...»

Señalada de esta suerte con tanta claridad, demarcada la distancia entre la grandeza y el comun, era inevitable venir á las manos. La grandeza ya no se aliaba al principio monárquico, sino que se defendía de un enemigo mas temible; de la clase media, que se abría paso en el terreno político para revisar los títulos de aquellas pingües adquisiciones, á cuya sombra se abrigan las mil tiranías feudales. El comun no quería convenios de ninguna especie con aquel orden aristocrático, perpétuo émulo del poder real, perenne opresor de las clases inferiores, que unas veces por debilidad, otras por interés, sacrificaba á los pueblos, que se confiaron á su patrocinio. La grandeza pensó anonadar á los comunes insurgentes, y ofreciendo sus despojos á la monarquía, repartirse en el día de victoria el poder y las riquezas del triunfo, juntamente con el poder real, y en la calma del espanto de los subyugados pueblos. Los comunes idearon abatir al antagonista del trono y cimentar la paz entre el soberano y su pueblo, sobre las ruinas de aquel feudalismo insolente, erguido con arrogancia ante la magestad, puesto el pié sobre la garganta de las clases productoras... ¡Vanos pensamientos! Esopo parecia alcanzar los fines de esta contienda rencorosa, cuando en su apólogo pinta al caballo sediento de venganza contra el ciervo, y recurriendo para conseguirla al hombre, que destruye al segundo sobre los lomos del primero, reduciéndole á esclavitud al vengativo cuadrúpedo.

Simancas hostilizaba sin reposo á Valladolid; Padilla determinó castigar las correrías y talas de los realistas, para cuyo efecto hizo marchar parte de sus tropas con el mayor sigilo, y haciendo parada en Zaratan, aldea sita á una

legua de Valladolid, salió con cuarenta caballos para Simancas. Toparon en un cerro al atalaya, y pensando él, que fuesen aquellos ginetes de los corredores de campo de su bando, les notició haber visto entrar en Zaratan muchas gentes, lo cual pesábale por ser poca la de Simancas. Pasado el lugar de Arroyo encontróse con los corredores de la ciudad, y dándoles una rigurosa carga les hizo entrarse dentro de murallas, quitándoles gran presa de ganados. Acudieron en torno de Simancas con Padilla, Maldonado, Brave y el obispo de Zamora, que á pesar de sus dolencias y sus sesenta años, siendo requerido de sus afectos á que guardase quietud por algunos dias, replicó.—«*¡Al campo, muerto ó vivo!*»

Padilla pidió á Medina aquella artillería real que guardaba en depósito, y cuando Fonseca la fué á buscar para combatir á Segovia, defendió con teson tan heroico, sufriendo los horrores del voraz incendio. Venidos los tiros en la noche del jueves 21 de febrero de 1522, salieron las huestes comuneras de Zaratan, y comprendiendo el arrabal de Torrelobaton anunciaron con el estruendo de sus cajas de guerra á don García Osorio, gobernador de la villa, las represalias que venia á tomar el comun, de las tropelías cometidas por los corredores de Simancas y aquel pueblo sobre Valladolid.

El viernes comenzaron á batir los muros con las piezas de mayor calibre, y á favor de la niebla que de repente sobrevino, allegáronse á las murallas buen número de sitiadores, que vigorosamente rechazados por la guarnicion, tornaban á cargar con creciente brio; cejaban asombrados de la resistencia que se les oponia; trepaban de nuevo por las escalas y despues de un destrozo y carnicería horrendos, se veian precisados á retirarse. Esta lucha, con pocos intervalos de reposo, duró todo el viernes. El sábado amanecieron las baterías en otro punto; pero en vez de obrar los disparos sobre la parte mas flaca de las fortificaciones, lo hicieron sobre la mas fuerte, por lo que nada se adelantó. El

domingo se consiguió abrir brecha, y el asalto dado con toda la fuerza de una soldadesca animosa de botín y exasperada por la constante oposición de los sitiados se estrelló contra la defensa mas gallarda.

El conde de Haro acudió á la defensa de Torrelobaton; pero despues de costosas escaramuzas tuvo que retirarse á la proximidad de tres mil infantes y cuatrocientos caballos que Valladolid enviaba de refuerzo al capitan general de la Liga. Aun los cercados se sostuvieron con noble bizarría; mas al darse un asalto general no bastaron á reforzar todos los puntos, y Padilla se apoderó de aquel mísero pueblo, estimulando el ardor de su hueste con la promesa de entrarle á saqueo. Las crueles escenas de la ferocidad militar se renovaron en aquel vecindario, fiel á la causa realista, y los sangrientos escesos de una saña impaciente señalaron su implacable satisfaccion. A otro día fué tomada la fortaleza, asilo, mas qué de soldados, de niños y muges que compraron el seguro de la vida con entregar sus haciendas. Los comuneros se cebaron en el botín como hambrientos lobos en despedazada red, y aun no contentos con las riquezas de los particulares, allanaron los templos á su registro ansioso; y no solamente se apoderaron de cuantas alhajas entraban en el servicio divino, sino que profanaron la paz de las sepulturas rebuscando entre los despojos de la muerte, ya el escondite de los vecinos temerosos por su oro, ya las galas con que fueron inhumados aquellos restos.

El efecto de la toma de Torrelobaton por la comunidad, fue inmenso en sus consecuencias, si bien no supieron aprovecharla los pro-hombres de la Santa Alianza. El terror de los realistas llegó á colmo: á tres leguas de Tordesillas, punto de residencia de los regentes, campeaba victorioso el ejército popular: tanto el gobernador de la villa saqueada, como el conde de Haro, que acudia en su auxilio, habia tenido que ceder á las fuerzas rebeldes: el condestable, que noticioso de aquel revés salió de Búrgos con cuatro mil soldados y varias piezas de artillería, fué forzado á retroceder

por don Juan de Mendoza que le embarazó el paso con gente de Valladolid y de las baterías de Becerril y Palencia. Si Padilla concentra sus fuerzas, y aprovechando el entusiasmo de la reciente victoria de los suyos, como la consternación del próximo desastre de los otros, dirige sus operaciones á invadir el cuartel general de los realistas, contando con la inferioridad numérica de los caballeros y la division de sus tropas en cuerpos separados por la interposicion de las ciudades rebeladas, los comunes abrumán á sus enemigos. Mas los caballeros piden ocho dias de tregua á Juan de Padilla; este consulta el caso en Valladolid; y de sesion en sesion, de trato en trato, de ajuste en convenio, pasaron dias, semanas y meses; y mientras los realistas preparaban sus operaciones, los soldados de Padilla, unos cansados del yugo de la disciplina, otros satisfechos de lo pasado y procurando resguardarse de lo futuro, y muchos con el propósito de poner en parte segura las riquezas adquiridas en el saqueo de Torrelobaton abandonaron el ejército, y tras ellos los mas ardientes voluntarios, opuestos á que se concediese una tregua de minutos á los aliados de la monarquía, que con la prontitud de operaciones podian ser completamente desbaratados.

Los nobles no perdieron el tiempo como la Liga. Espirada la tregua el condestable se unió al conde de Haro, no obstante los movimientos de Padilla para impedir tan fatal alianza. Los tercios reunidos del condestable y el conde avanzaron á marchas forzadas hácia Torrelobaton, no quedando mas recurso al debilitado ejército comunero que retirarse á Toro, esquivando la batalla en el lastimoso estado de las tropas.

En poco estuvo la salvacion de la causa popular; porque si Juan de Padilla acierta á llevar á cabo su retirada sin el trance del combate, la invasion de Francisco I en la Navarra hubiese dividido por necesidad las fuerzas congregadas del ejército realista, y reforzado el de la junta con nueva gente, hubiera bastado á tomar la ofensiva con todo

vigor. Haro, primogénito del condestable don Íñigo de Velasco, jóven de un valor á toda prueba, y de prudencia suma, comprendió la precision de caer sobre Padilla á toda costa, cogiéndole en los instantes de confusion y apresuramiento, á cuyo fin se adelantó á la cabeza de su mejor caballería con tanta prisa que alcanzó á los tercios de los comunes, y sin aguardar á los infantes dió principio á la memoranda jornada de Villalar.

Tracemos el cuadro de aquel encuentro famoso: dia de victoria para la monarquía: dia de luto para los poderes populares.

Antes de que amaneciese, martes 23 de abril, dia de San Jorge, Padilla se puso en marcha camino de Toro, componiendo su vanguardia la artillería y la infantería en dos cuerpos, y yendo la caballería en retaguardia con el general.

En Medina de Rioseco le acometió por retaguardia la caballería realista. La vanguardia fue atacada por la parte de Tordesillas, y por Simancas combatieron los flancos: pero hasta Villalar los comuneros marcharon en buen orden, rechazando al enemigo, que contento con fatigarles con sus escaramuzas, no empeñaba el combate. Las operaciones de los caballeros se resentian de la diversidad de pareceres de los capitanes. Unos reputaban arriesgado empeñar la pelea con solo la caballería siendo la infantería comunera mucha y bien disciplinada. Otros querian perseguir á Padilla entreteniéndole mientras llegaba la infantería del condestable. El marqués de Astorga, el prior de San Juan y el conde de Alba eran de dictámen que se trabara la accion sin mas dilaciones ni reparos.

Habia llovido copiosamente en aquellos campos, y el terreno labrado que atravesaba el ejército comunero, se hundia bajo sus plantas. Atascados en aquellos lodazales los infantes de Padilla, por necesidad se descompuso el orden de formacion y embarrancóse la artillería, y los caballos rompieron en dos hileras en que marchaban los escuadrones.

Este fué el momento en que los realistas decidieron el ataque.

—¡Santa Maria y Cárlos! gritaron los gefes, y descubriendo la artillería que tenian preparada, la pusieron en juego, cayendo en monton los míseros soldados de la Liga.

—¡Santiago y libertad! contestó Padilla corriendo la línea con cinco bizarros escuderos para contener la dispersion y comunicar rápidas instrucciones á los gefes á fin de mantener el campo contra la repentina acometida.

El artillero mayor, Saldaña, natural de Toledo, se fugó con dos servidores de baterías, pasándose á los contrarios y dejando volcadas en los barbechos sus piezas.

Un tercio de hombres de armas, vendido al adversario, arrojó las cruces rojas *de la comunidad* y poniéndose las blancas, señal de los realistas, se confundió con ellos, dejando un claro en la infantería y la fuerza montada que hacia cara al enemigo con desesperado valor.

—¡Traidores! exclamó Juan de Padilla con un rugido de inesplicable furia, y metiendo espuelas al caballo voló al auxilio de los diezmadados tercios de Juan Bravo.

Maldonado fué cojido por los ginetes del conde de Haro.

El viento sopló con violencia; las nubes descargaron un menudo aguacero que daba de cara á los soldados del comun, y los realistas cargaban con creciente denuedo, mientras que atascados en los barrizales los de Padilla no podian retroceder á su formidable embestida.

Juan Bravo enardecido, desesperado de sus segovianos, circuido de cadáveres, dió una carcajada convulsiva, y se precipitó como hambrienta fiera sobre los caballeros, desapareciendo en el peloton de lanceros y tornando á descubrirse al corto espacio cubierto de sangre, desarmado, y entre dos custodios.

Padilla entonces levantó al cielo el puño cerrado, profiriendo una de esas execraciones desesperadas, que hacen estremecer.

Un ginete pasó con la celeridad del relámpago cerca del capitán de la Santa Liga.

—Padilla, gritó.

Don Juan tornó la cara.

El fugitivo era Hernando de Ulloa, sobre Abonkir, corcel árabe, animada flecha en su rauda carrera.

—¡A Toro! ¡Seguid tras de mí!

—No (contestó Padilla con una sonrisa siniestra, y señalando al campo de su derrota.) ¡Allí! ¡á perecer con los míos!

Hernando de Ulloa siguió al escape la ruta de salvación. Dos ó tres lanceros del ejército realista hicieron un movimiento para seguirle los alcances; pero sujetaron el primer ímpetu, asombrados de aquella fuga tan rápida por entre fango y tierras movedizas.

—¡Santiago y libertad! exclamó el general de la junta, arrancando con sus cinco fieles escuderos hácia la caballería del conde de Benavente.

No era posible pasar desapercibido á Padilla. Sobre su casco flotaba un rojo lloron: una banda, bordada de oro sobre fondo grana por doña María Pacheco, descendía de sus hombros al costado: un pendon verde tremolaba en su barreada lanza. En defecto de signos de mando su apostura, su gallardía y brioso acometimiento habrían denunciado al capitán superior de las comunidades.

Cuatro ginetes, los primeros que no quisieron apartarse al paso de aquellos seis desesperados, cayeron á bote de lanza.

Don Pedro Bazan, señor de Valduerna, salió al encuentro de Padilla.

—Daos á prision, gritóle al verle llegar.

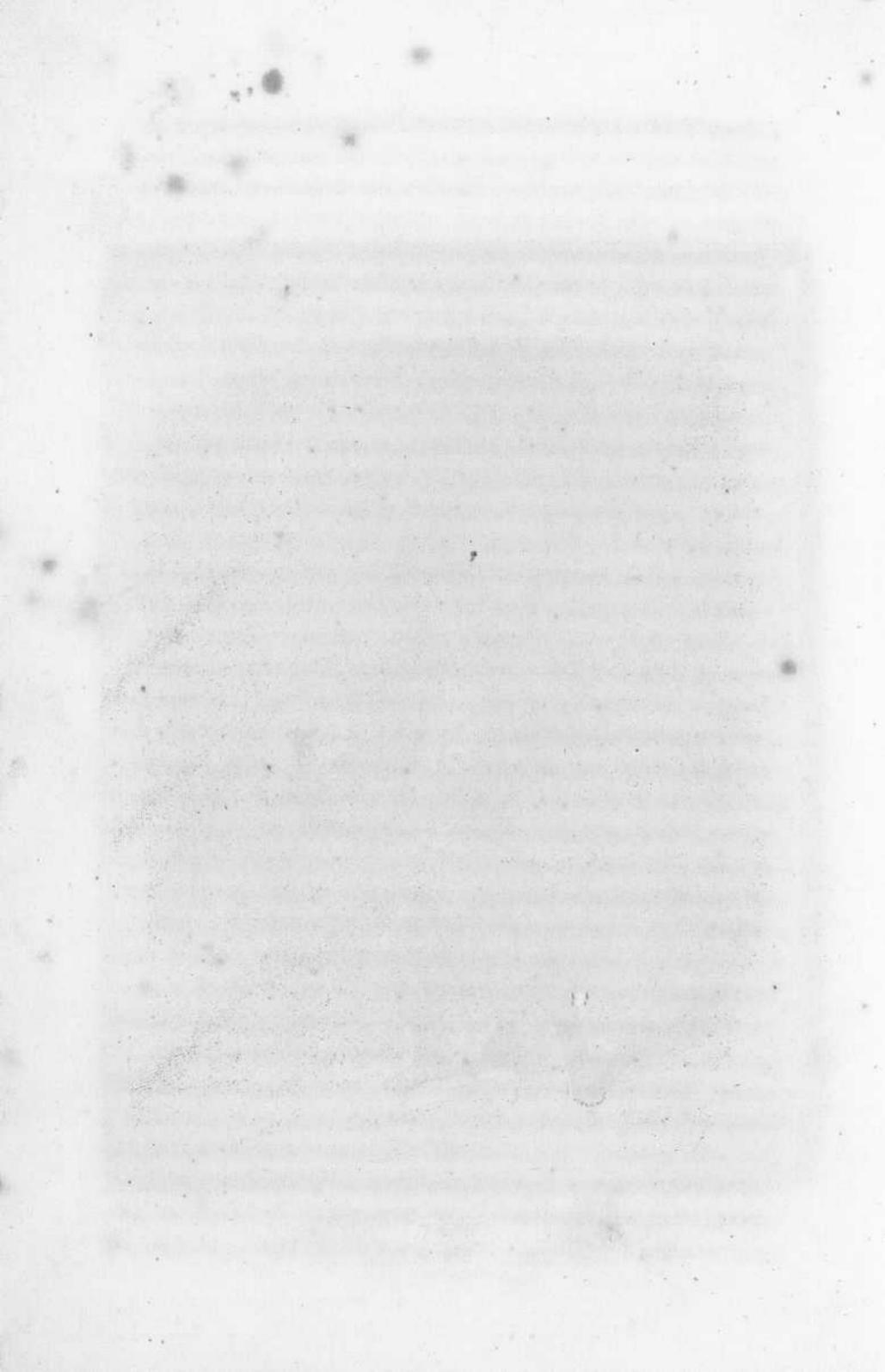
Dos escuderos de don Juan, mordieron el polvo.

—Tóme el buen caballero, replicó Padilla alargando la pesada lanza contra don Pedro Bazan.

El golpe dirigido al pecho, por un movimiento feliz del caballo de Bazan, paró en el costado del señor de Valduerna, quien no pudo impedir su caída.



Carlos V.
lám. 9.



—¡Santiago y libertad! repitió Padilla, siguiendo adelante.

Otros dos escuderos cayeron mortalmente heridos.

La lanza del regidor toledano se quebró en sus contrarios.

Un gemido y un golpe sonaron á sus espaldas. Padilla se volvió. El último de sus valientes escuderos yacía por tierra atravesado de parte á parte.

—Guillen, exclamó don Juan con eco lúgubre.

—Señor... rendíos, murmuró el escudero.

—Dáte, Juan de Padilla, gritó don Alonso de la Cueva, derribándole de un bote ligero en la pierna derecha.

—Toma, repuso el misero capitán, presentando á don Alonso, en señal de confesarse su prisionero, su espada y su manopla.

—Atrás, mandó don Alonso á los que se acercaban al rendido: reclamo la fé de mi palabra.

Los perseguidores de Padilla se desparramaron por el campo, anunciando hallarse preso el temible general de la Liga.

Don Alonso de Vera se apeó del caballo, y ayudó á don Juan á subir en el suyo.

Cuatro escuderos de don Alonso, hacían la guardia al detenido.

Comenzaron á venir caballeros á ver el terror de la causa realista. Ni un insultante gesto, ni una palabra de reconvenccion empeoraron el triste estado del vencido.

Padilla, alzada la visera del casco, miraba á sus triunfantes enemigos con impavidez.

Un guerrero se abrió paso entre los que rodeaban al ilustre capitán de los comunes. Era su aire el de un furioso.

—¿Eres tú Juan de Padilla? preguntó con fiereza al prisionero.

—El mismo, respondió este con inalterable serenidad.

—Pues toma, repuso el menguado dando una cuchillada en el rostro del vencido, que por fortuna solo hizo un rasguño en la nariz.

—¡Cobarde! exclamó don Juan, escupiéndole á la cara del innoble caballero.

Este mal caballero, nombrado Juan de Ulloa, fué retirado de aquel sitio entre los murmullos de indignacion de la misma soldadesca.

El clarin anunció el final de la pelea, y el término de la matanza.

Un destacamento condujo á Padilla, Bravo y los Maldonados, Pedro y Francisco, á la próxima fortaleza de Villalba, propia del miserable Juan de Ulloa.

Los nobles dejaron ir en paz á los soldados rasos hechos prisioneros en la batalla.

II.

En que trata de los comuneros de Castilla y de sus trágicos fines.

Apenas cundió entre los pueblos levantados por la comunidad la nueva de la funesta derrota de Padilla, sospechóse de su fé. Unos dijeron que don Pedro Maldonado, de concierto con el conde de Benavente, su tío, habia embarcado la artillería para seguridad de los realistas; aseguraron otros que Juan de Padilla recibió el precio de la traicion, y no faltó quien afirmara que los capitanes de la insurreccion se habian acogido al indulto de sus rebeldías, á condicion de robustecer el bando monárquico con una señalada victoria sobre los tercios populares.

Así se calumniaba á los vencidos por sus parciales propios, y en el espacio, de horas, suficiente para estenderse la noticia de su infortunio, fueron objeto de acusaciones encarnizadas y cálculos infamatorios. El tajo y el hacha del verdugo reservaban á los leales gefes del ejército comunero una triste pero gloriosa rehabilitacion.

Una fuerte escolta mandada por don Pedro de la Cueva, marchó á Villalba para conducir á Villalar á los prisioneros.

Juan Bravo manifestaba una irritacion de ánimo que tocaba á los limites del frenesí.

Padilla estaba sereno como en un lance de la vida ordinaria.

Don Pedro Maldonado sumamente abatido. Don Francisco, en medio de su gravedad, dejaba conocer las preocupaciones siniestras que combatian su espíritu.

Cuando se pusieron en marcha, Juan Bravo, volviéndose con arrogancia á don Pedro de la Cueva le dijo: *—¿Dónde bueno nos lleva el señor capitan?*

—A Villalba, respondió de la Cueva con exquisita cortesania.

—¿Y de allí? interrogó Juan de Padilla.

—A Villalar, si Dios fuese servido, contestó el gefe de la escolta.

Ninguna frase mas tornó á escucharse á los prisioneros. Pararon en Villalba, y despues de una hora de reposo, continuaron el camino de Villalar, donde aguardaba á los vencidos la curiosidad importuna de ese vulgo que siempre ávido de emociones, se congrega tumultuoso en la carrera triunfal del héroe y se arremolina al paso del reo conducido al suplicio; los prisioneros fueron llevados á una de las mejores casas de la villa, custodiados con las mas solícitas precauciones, á donde se les permitió permanecer reunidos, si bien en la mas completa incomunicacion con toda persona de fuera.

Los gobernadores se reunieron en consejo.

Todos estuvieron conformes en que el vigor era el mas precioso elemento de auge para su causa. La ejemplaridad del castigo despues de la gloriosa jornada, debian producir un movimiento de terror, que bien aprovechado, daría por fruto la sumision de ciudades y villas rebeldes.

Por unanimidad se acordó la pena de muerte contra Bravo, Padilla y uno de los dos Maldonados.

Hubo discordancia entre los consejeros sobre si el Maldonado que debía figurar en el sangriento teatro de la ven-

ganza monárquica fuese don Pedro ó don Francisco.

La mayoría votó la muerte de don Pedro y la prision de don Francisco en Tordesillas, y al efecto se mandó llamar al teniente Balmaseda, valiente oficial á las órdenes de don Diego Hurtado de Mendoza, dándole comision de conducir al libertado del patibulo á su destino.

Balmaseda llegó á la casa prision y mostrando la orden del consejo, fué introducido por el oficial de guardia en la cámara de los reos.

—¡Don Francisco Maldonado! dijo en tono de llamada.

—Presente, replicó el capitán salamanquino disimulando con bastante presencia de espíritu su viva inquietud.

—De orden del consejo, sígame vuesa merced.

Don Francisco se levantó con pausa, tomó el capacete, que sobre una mesa próxima tenia, y paseó una mirada indagatoria sobre sus compañeros en desventuras.

—Vaya con Dios, don Francisco (esclamó Bravo con sonrisa irónica), vaya con Dios, y tenga mejor suerte que nosotros.

El comunero Bravo nunca tuvo fé en los Maldonados, y su parentesco con el conde de Benavente se los hacia sospechosos, redoblándose sus dudas por la facilidad con que se rindieron en los primeros trances de la jornada.

—Don Francisco (añadió Padilla con afabilidad), apartaros de nosotros, es de buen augurio para vos.

Don Francisco clavó la vista en don Pedro, que ocultaba la cabeza entre sus manos.

—¡Adios! le dijo con tono solemne.

—¡Adios! contestó don Pedro con voz ahogada.

Don Pedro fiaba en el conde de Benavente, su tío, sus esperanzas de vida, y éstas se desvanecian con la llamada de don Francisco. Al oír el rumor de los pasos que se perdía á lo largo de los corredores del vasto caseron, don Pedro no pudo contener un penoso gemido.

Juan Bravo señaló á Padilla con un gesto la desolacion del colega de sus desdichas.

Padilla le impuso silencio con un signo elocuente.

Fuera de la cárcel don Francisco Maldonado, respiró con el ánsia de un ave tenida por algunos segundos en el vacío de cristal del aparato neumático.

—¿Puedo saber dónde se me conduce? preguntó á Balmaseda con alguna timidez.

—A Tordesillas (respondió el teniente) y á su fortaleza.

—¡Hágase en mí la voluntad de Dios! repuso el prisionero ocultando el transporte de su alegría con aquella exclamacion piadosa.

En esto Alonso Ortiz, jurado toledano, agente de los caballeros, mediador infatigable entre el bando realista y don Pedro Laso, en la traicion del último á la comunidad, detuvo á don Francisco para ofrecerse á su socorro.

—El señor os lo premie, señor Ortiz (dijo Maldonado con la emocion mas profunda de agradecimiento.) Ya veis cual me ha despojado la soldadesca; he menester ropa, y algun dinero...

—Antes de llegar á Tordesillas tendreis lo uno y lo otro, respondió Alonso Ortiz.

—Y si fuerais servido de hacer avisar á Salamanca á mi suegro...

—Al señor director de la reina? interrumpió el jurado de Toledo.

—El mismo. Quisiera fuese avisado para que pusiera remedio en mis tristes negocios.

—Os lo prometo, mi pobre amigo.

—Adios, y cuenta con mi encargo.

—Confiad en mi palabra de honor.

—El que todo lo puede os galardone cual cumple á tan hidalga generosidad. No siempre llueve, señor de Ortiz, y tal vez en el buen tiempo muestre yo que de bien nacidos es bien agradecer.

Una lágrima rodó por la mejilla del prisionero, que baxando la cabeza se puso en camino hácia las afueras de Villalar, donde le tenian preparado un caballo para la jornada.

Don Francisco no estaba dotado de un temple de alma heroico; pero no carecia ni de firmeza ni de dignidad.

Como á todos los jefes comuneros vencidos, la idea de la muerte se presentó á su imaginacion, dura consecuencia de su derrota.

Padilla cuya perspicacia era acreditada entre sus parciales habia dicho en el Consejo—«ya no hay mas que apretar los puños; pues el que caiga debajo ha de quedar por traidor.»

Don Francisco despues de los primeros instantes de sobrecojimiento habia conseguido triunfar de las preocupaciones que tendian á debilitar su ánimo, y poco á poco llegó á tomar un continente de menosprecio, máscara con que se proponia escarnecer la inquisitiva mirada de sus verdugos. El amor propio, el despecho de hallarse á merced de sus enemigos, y el pensamiento en esa posteridad, que al evocar los fantasmas de las edades pasadas rebusca en sus rostros la expresion de las pasiones que hicieron histórica su existencia le infundieron el necesario valor.

Pero al verse arrancado de la prision, y al saber que se le conducia á la fortaleza de Tordesillas, don Francisco tuvo que apelar á todo su imperio sobre sí mismo para no prorumpir en exclamaciones de alborozo. Porque aquel hombre para resignarse á morir, para llegar al disimulo de su desesperacion por medio de una careta de sonrisa indiferente, habia tenido que desechar de su memoria las imágenes queridas de su mujer, jóven beldad que pagaba su amor con idolatría, y dos vínculos de aquel ardiente cariño, dos hijos en la tierna infancia; y al sentirse restituido al ser desde las sombras de la nada en hórrida perspectiva, Maldonado experimentó ese intenso júbilo del ciego, que torna á ver la luz, muerta para sus ojos; y las imágenes desechadas de su mente volvieron á renacer con un tesoro de halagüenas esperanzas para el porvenir.

Balmaseda mandó hacer alto á la salida de Villalar, ordenando á uno de la escolta que trajese el caballo desti-

nado á don Francisco, quien esperó sentado sobre una piedra.

El general de los Dominicos llegó apresuradamente, y retirándose aparte con Balmaseda trabaron animada conversacion.

—Contra orden del Consejo, dijo su reverencia.

—¡Es posible!

—El conde de Benavente llegó despues de terminada la sesion; y todo lo ha barajado.

—De modo que...

—De modo que ahora es don Pedro el conducido á Tordesillas y don Francisco el ejecutado en su lugar, con los demas capitanes rebeldes.

—Qué mudanzas! el conde ha pedido que no le afrenten degollando á su sobrino; ofreciendo á la venganza del rey, nuestro señor, su otro pariente mas lejano.

—Con que á ese don Pedro?..

—Ha salido un instante para Tordesillas, y yo he recibido el encargo de haceros volver con don Francisco, en cumplimiento de las voluntades del consejo.

—Serán obedecidas, reverendísima paternidad, contestó Balmaseda, pero por la sangre de Cristo...

—No jure, interrumpió su reverencia.

—Por la salvacion de mi alma, que me pesa tener que decir á ese pobre caballero—«atrás, y nada de lo dicho.»

El dominico se encojió de hombros, y volvió las espaldas.

El militar murmuró algunos de esos refranes en que los frailes no salen bien parados, y se acercó á su prisionero: mi teniente (dijo el soldado que recibió la orden de traer la cabalgadura de don Francisco), ahí está el caballo para este señor.

—Ya no hace falta (respondió Balmaseda separando la vista de Maldonado, y esforzándose en tono de brusca dureza.) Volvemos en el momento á Villalar.

Don Francisco palideció.

—Ea (contestó el teniente dirigiéndose á sus peones), nosotros en marcha para la villa.

Los infantes se colocaron en hileras de cuatro en fondo, dejando al medio de la formacion espacio para el preso y el jefe su guardian.

—Vosotros, añadió Balmaseda encarándose con los soldados de caballeria que apostados á la salida de Villalar, aguardaban al reo para reforzar la escolta, vosotros á vuestro alojamiento.

—¡Marchen! clamó con aire ceñudo y entonacion severa, colocándose junto á don Francisco, esquivando mirarle.

Mientras duró la marcha, el triste Maldonado con ese instinto de las situaciones extremas adivinó todo lo sucedido. Don Pedro era salvado, mientras libre por unos minutos de sus temores, él era sentenciado segunda vez á la prision precursora de la última pena; retificado el error que le sustrajera al cadalso, ó conseguido el trueque de destinos por influencias poderosas.

La desesperacion se apoderó de aquel hombre, y en sus primeros ímpetus dió un paso para precipitarse sobre la alabarda de un peon y defendiéndose á acabar su vida; pero Balmaseda le detuvo.

—Espacio, señor caballero (dijole con irónica calma), andad derecho el camino; que no es tan largo.

—Es verdad, respondió Maldonado comprendiendo la intencion de la frase.

Cuando llegaron cerca de la plaza, Alonso Ortiz esperaba el tránsito de su pobre amigo. El jurado de Toledo lo sabia todo: asi lo significaba la tristeza retratada en su semblante.

—Gracias por las intenciones (le dijo Maldonado saludándole afectuosamente con la diestra.) Todo lo que sucediere participarlo á mi suegro: ya que nada remedie, que todo lo sepa.

Alonso Ortiz, se inclinó en señal de asentimiento, no pudiendo responder, temeroso de revelar en su voz la emocion dolorosa de su alma.

Un grupo de caballeros se alineó para ver pasar á don Francisco. El capitan de Salamanca, se violentó por aparecer sereno prestando el oido á sus discursos.

—Tranquilo vá el valiente, dijo uno.

—Sonrie con altivez, añadió otro.

—Buen aspecto ante la muerte, si dura, observó el de mas allá.

—Bien, corazón mio, dijo Maldonado para sí.

El prisionero habia recobrado el antifaz que ocultaba á la vista del público, sus tormentos interiores, y despues del rayo de esperanza que le fué dado vislumbrar; pasado el primer esceso de furor aquella careta del estoicismo, separada de su rostro á la salida de su prision, cubriale al penetrar en ella; prófugo de los dominios de la muerte, que tornaba á su imperio tenebroso.

Al penetrar en la estancia donde aun permanecian Padilla y Bravo, don Francisco exclamó con eco firme:

—Aquí estamos todos

—Don Francisco, repuso Padilla. ¿Qué significa este regreso?

—Que hacer, faltan tres cabezas de cuatro.

—¡Pardiez! (contestó el capitan de Segovia), llegué á creer que se contentaban con dos.

—Vengan por las que quieran, replicó Maldonado tomando asiento entre sus compañeros.

—Don Francisco (dijo Bravo con viveza) ¿á dónde se os conducia?

—A Tordesillas; pero fue una equivocacion, segun veo.

—Sí, don Pedro era el favorecido y no vos.

—Exactamente.

—Pues bien, amigo (añadió Juan Bravo con sequedad), el que pueda que muera como mueren los leales.

—Así moriré yo (respondió con vehemencia don Francisco), porque gracias á Dios, señor Bravo, no vengo de raza de traidores.

—Ante la muerte se dice la verdad, señor Maldonado

(insistió el capitán de Segovia con franca resolución). He creído que no estabais puro de toda mancha en la jornada de ayer.

—¿Sospechabais de mí?

—Y tenía razón.

—¿Cómo!

—Haya paz, señores, medió Padilla.

—El primer rendido fue don Pedro, que huyó volcando nuestras piezas: el segundo vos...

—Y es verdad, replicó con amargura don Francisco.

—Rendido sin un rasguño. ¡Ira de Dios! continuó Bravo exaltándose. Rendido sin una señal de lucha con los contrarios...

—Y bien, interrumpió Maldonado impaciente.

—Y bien (prosiguió Bravo). ¡Cómo explicais que de cuatro gefes de un ejército derrotado uno tenga una formidable cuchillada en el hombro; otro un lanzazo en la pierna, y otros dos no muestren ni un ligero resilonazo! Los dos ilesos deben recelar que sus amigos duden de su fé por las consideraciones que han merecido á sus adversarios.

—En primer lugar, os haré presente, que me hallaba cerca de la compañía de voluntarios de Burgos, vendida al enemigo, y que al pasar á sus filas, me llevó desarmado y prisionero.

—Don Francisco (esclamó Juan de Padilla), no os disculpeis. Nunca creí en vuestra mengua. Sois desgraciado; pero no culpable.

—Os poneis en la justo, señor don Juan, repuso Maldonado tendiendo la mano á su gefe, que la estrechó con toda cordialidad.

—Consuela creer (observó Bravo dando un suspiro), y es dulce confiar con los que nos rodean. Señor Maldonado, perdonad la ruda franqueza de mi explicacion pasada: pero yo soy así: digo lo que siento, aunque despues sienta lo que dije.

—Estais perdonado, señor Bravo, respondió el capitán salamanquino con un resto de enojo.

—¡Torrelobaton! (esclamó Padilla) ¿Por qué me detuve allí?

—Pensemos en otra cosa (dijo Juan Bravo). ¡Qué diablos! Lo que no tiene remedio, olvidarlo es lo mejor.

—¡Fatal saqueo! (repitió don Juan Padilla). ¡Tregua infausta! Si hubiésemos negado todo amisticio á los señores rejentos; si hubiéramos marchado hácia Tordesillas...

—Hácia allá vá don Pedro Maldonado, dijo Bravo con una carcajada sardónica.

—Entonces (siguió Padilla cada vez mas animado en sus infructuosos cálculos), divididos nuestros enemigos, sin apoyo en el país, sin medios de oposicion, habríamos corrido tras ellos cien leguas de Valladolid á Santiago, sin dejarles parar en los tres pueblos que tenian por suyos...

—Lo positivo es, que estamos aqui aguardando lo que les plazca disponer de nosotros, interrumpió Bavo encojiéndose de hombros con desdén.

—¡Y pensar que por mi causa teneis el cuchillo al cuello, señores!

—Vamos, señor don Juan, repuso Maldonado con disgusto.

—¡Oh! ¡Cómo engríe la prosperidad! ¡Cómo desvanecen los halagos de la fortuna! ¿Dónde tenia yo la cabeza, el día maldecido en que consentí en la suspension de las hostilidades?

—Señor Padilla (replicó Juan Bravo con tono áspero), ¿quién se queja de vos?

—Nadie; pero...

—¡Pues á qué vienen esas lamentaciones!

—Teneis razon, señor Bravo, repuso don Juan suspirando penosamente.

Los reos callaron durante algunos segundos.

El oficial de guardia apareció en la puerta,

—Señores (dijo con tono solemne), el señor licenciado Zárate, alcalde de la real chancillería de Valladolid.

—Pase su señoría, respondió el capitán toledano.

El alcalde Zárate seguido de dos alguaciles, se adelantó gravemente hasta situarse frente á los detenidos; tomando

asiento en una silla de banqueta, contigua á la alambrada ventana por donde penetraba la luz en el aposento.

—Dios guarde á vuesamercedes, dijo el juez con acento pausado.

—A vuestra orden, señor alcalde, contestó Padilla.

Hubo un momento de silencio. Los presos examinaron con curiosidad al alcalde. Era uno de esos severos golillas, rectos como sus varas; fieles aplicadores de la ley; sordos á toda súplica, ciegos al aspecto de la desolacion de los que herian con la espada de la justicia. Aquellos hombres sombríos con los corazones helados bajo sus garnachas negras, caudillos de una siniestra milicia que tenia por último soldado al verdugo, habian hecho un formidable papel en las revueltas de la comunidad. El alcalde Ronquillo habia venido sobre Segovia con el ejército realista, representante inflexible de la venganza fulminada sobre la ciudad insurrecta. El alcalde Legizama llevó igual mision á Murcia. Tras de cada levantamiento se disputaba uno de estos agentes del poder represor, que todo embebido en el pensamiento de cumplir su encargo, no respetaba nada ni nadie hasta conseguir los duros propósitos de la comision. Así un alcalde significaba para los comuneros la venganza de los realistas, que venia encubierta con las fórmulas del juicio á establecer los precedentes para el turno del ejecutor.

—Señores (dijo el licenciado Zárate con su calma habitual.) ¿Quién de vosotros es Juan de Padilla?

—Presente.

—¿Quién es Juan Bravo de Segovia?

—Presente, replicó Bravo con ironía.

—¿Quién es Francisco Maldonado?

—Presente, respondió Francisco con firmeza.

—Pues Juan de Padilla, Juan Bravo y vos, Francisco Maldonado, de orden del Consejo, preparaos á morir dentro de dos horas.

—¿Sin formacion de causa, señor alcalde? interrogó Padilla.

—La evidencia de los hechos, y la calidad del delito, excluyen todo acto mas que la indentidad de personas y la aplicacion de la pena, repuso el alcalde con su inalterable gravedad.

—Bien hecho (dijo Bravo.) Así me gusta. Al grano; sin rodeos.

—Señor alcalde (observó Maldonado), nos acaba de hablar vuesenoría sin el tratamiento que nos es correspondiente.

—¡Cómo!

—En vez de decir Juan Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado, debisteis preguntar por don Juan Padilla, don Juan Bravo y don Francisco Maldonado: somos caballeros.

—Vuesamercedes no debieron responder, si tal creian, objetó el alcalde sin la alteracion más mínima.

—La pena de los caballeros reclamamos: la degollacion.

—Tal lo dice vuestra sentencia.

—Entonces nada tenemos que pedir, concluyó don Francisco.

—Sí tal (repuso Padilla). Creo, señor alcalde, que hay un deber de cumplir las voluntades de los sentenciados á muerte...

—En cuanto sean de cumplir en razon y no se opongan á la ley, objetó el licenciado Zárate.

—Convenido. Pido un confesor letrado.

—Bien conoceis el lugar en que nos encontramos y el poco recaudo que se halla en él de grandes ausilios, pero se buscará con toda diligencia, y en último extremo os conformareis con lo que hubiese.

—Pero queda dicho que se buscará letrado, insistió Padilla.

—Sin duda, respondió el alcalde con positiva afirmacion.

—Deseo que venga un escribano con el competente número de testigos.

—¿Y para qué? preguntó con aire de estrañeza el licenciado Zárate.

—Para otorgar mi última disposicion.

—Es inútil, señor Padilla, (dijo el alcalde con aquel aplomo singular que le hacia tan respetable.) Vuestros bienes, como los de estos señores, quedan confiscados para la cámara de S. M.

—En buen hora (contestó don Juan sin muestra visible de disgusto). Pues en este caso agradeciera se me permitiese escribir á Toledo, y á mi esposa, doña María Pacheco.

—El consejo ha previsto ese deseo, y no solo me autoriza á conceder á vuesamerced lo que me pide, sino que ha retenido á Pedro Sosa, vuestro criado, para que pueda servir de mensajero. ¿Teneis mas qué pedir?

—Nada.

—¿Y vuesamercedes, señores?

—Nada, contestaron á la par Bravo y Maldonado.

—Pues ya están dispuestas dos habitaciones para estos dos señores, donde recibirán los socorros espirituales, y podrán platicar libremente con sus auxiliantes.

—Vamos á donde gustéis, respondió don Francisco.

—Palacios, Hernandez, exclamó el alcalde dirigiéndose á los alguaciles de guardia en la puerta, y que se inclinaron con respeto ante su gefe.

—Llevad á sus habitaciones correspondientes á estos caballeros, añadió el licenciado Zárate, señalando á Bravo y á don Francisco, quienes se dispusieron á seguir á sus conductores.

—Que Dios, Nuestro Señor, os conceda su divina gracia, continuó el juez con su pasmosa impassibilidad, acercándose á Padilla.

—Hasta luego, don Juan, dijo Bravo desde la puerta.

—Hasta luego, repitió Maldonado al salir tras de su guia.

—Hasta luego, replicó don Juan conmovido.

—Señor Padilla (tornó á decir el alcalde), voy á que os traigan recado de escribir, y á que Pedro Sosa se ponga á vuestras órdenes, para llevar los pliegos á su destino.

—El confesor, letrado, señor alcalde. En los últimos momentos de la vida importa mucho una inteligencia que do-

mine nuestra inteligencia, y es muy conveniente que el eco transmita la magestad de la voz.

—Si hay en Villalar un confesor letrado, no dudeis que vendrá aquí, señor don Juan.

—Hasta luego, señor alcalde.

—Para llevaros al final destino, vendrá el alcalde de córte licenciado Cornejo.

—¿Y vos?

—Yo, es la última vez que os hablo.

—Pues guardaos Dios.

—El os ampare, contestó el magistrado, saludándole y evacuando la estancia.

En la mirada última del ministro de justicia hubo un rayo de inteligencia, que transmitió al reo la sincera compasion, rebozada bajo aquella esterioridad de imponente ceño.

Don Juan quedó solo.

La puerta fué asegurada con el cerrojo tras de la salida del alcalde. Se oyeron los pasos de la comitiva que se alejaba lentamente. Don Juan alargó ansiosamente el oido: ni el mas leve rumor que denunciara la proximidad de un viviente á la puerta de la cámara.

Padilla se levantó con lentitud de su asiento. Llevó al corazon una mano que estendida sobre él y pareció contener sus violentas pulsaciones. Sus ojos buscaron la luz que penetraba vívida y esplendente en aquella sala oscura y de ahumados muros, sus lábios se abrieron en una aspiracion avida del ambiente exterior. Exhaló un suspiro largo espacio comprimido, y abriendo los brazos en actitud desesperada exclamó con eco doliente.

—¡Adios, sueños ambiciosos! ¡Adios, brillantes ilusiones de gloria! ¡Adios tambien santos goces de familia!

Estas exclamaciones desahogaron el recóndito pesar de aquella criatura, que en la lozania de su juventud, en toda la fuerza de una briosa virilidad, colocaban ante el umbral de los tristes dominios de la muerte.

El aspecto de Padilla pasó en un punto de lo sublime de *Cárlos Quinto*.

la emocion, á lo sublime de la mas heróica impassibilidad. Aproximó á la mesa la silla cercana, y sentándose, apoyó



los codos en la mesa, y el rostro entre las manos. Dios cuya mirada penetra al través de todo, pudiera solamente apreciar la resolucion de aquella naturaleza, hasta revelar en la fisonomía, la calma y la resignacion risueña de un cristiano.

La puerta se abrió con estrépito, dando paso á un hombre, que traía lo necesario para escribir, y puso su recado á disposicion del prisionero.

—¿Y mi criado, Pedro de Sosa? preguntó Padilla.

—Abajo espera las órdenes de vueseñoría.

—¡Pobre Pedro!

—Llora como un niño.

Don Juan tornó la cara para que el carcelero no pudiese sorprender el esfuerzo del llanto, que pugnaba por brotar de sus ojos.

—¿Quiere vueseñoría que suba?

—No (respondió el capitán toledano resueltamente.) Daré

dos golpes á la puerta y acudireis á recoger las cartas para entregárselas.

—Corriente.

—Me pareceis hombre honrado.

—Por tal me tienen, á Dios gracias.

—Voy á daros una prueba de que me fio de vos.

—¡Cómo! exclamó el guardian retrocediendo con desconfianza.

—No se asuste, buen amigo, (repuso don Juan sonriendo.)

Entregareis con las cartas este bolsillo.

Padilla le alargó una bolsa de malla de seda y oro.

—En él hay cincuenta doblas: diez para vos y cuarenta para él; para mi criado. Ved cual me fio de vos.

—Gracias.

—Hasta que yo llame.

—Aquí cerca espero.

Padilla quedó solo.

Pareció dudar un momento con dos medios pliegos delante de sí.

—¡A Toledo! (murmuró) ¡A María!.... Primero á María, dijo decididamente, y poniéndose á la tarea dió principio á ese documento inmortal, que la historia se ha creído en el deber de transmitir, como el final suspiro de un gran corazón; como el eco de un adios elocuente, proferido al borde de la tumba.

La carta de Juan de Padilla á su esposa estaba concebida en estos términos:

—«Señora: si vuestra pena no me lastimara mas que mi muerte, yo me tuviera, enteramente por bienaventurado. —
»Que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al
»que la dá tal, aunque sea de muchos plañida y de él recibida
»en algun servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo
»para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mi
»me lo dan ni yo querria mas dilacion en recibir la corona que
»espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha y
»no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser

»llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vues-
 »tras manos.—Vos, señora, hacedlo con ella, como con la
 »cosa que mas os quiso. A Pero Lopez mi señor, no escribo
 »porque no oso; que aunque fui su hijo en osar perder la
 »vida, no fui su heredero en la ventura. No quiero mas di-
 »latar, por no dar pena al verdugo que me espera, ni dar
 »sospecha que por alargar la vida alargó la carta. Mi criado
 »Sosa como testigo de vista, os dirá lo demas que aquí falta,
 »y asi quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de
 »vuestro dolor y mi descanso.»

Una lágrima cayó de los ojos de Padilla, el sùnebre es-
 crito; rùbrica del dolor que suplía la rùbrica del doliente.
 Don Juan besó la carta, y despues de cerrarla, quedóse mi-
 rándola un buen rato.

Asi miraría Ovidio en su penosa relegacion al Ponto aque-
 llos libros, tambien llamados *Tristium*, á quienes dijo:

»*Parves nec invideo, sine me, liber, ibis in urbem,*

—ob 80 ¡*Hei mihi, quo domino non licet in tuo....*»

»*Iras á la ciudad, pequeño libro,*

—ob 81 ¡*Ay de mí! que tu autor no puede tal...*»

—A Toledo ahora (esclamó el noble patricio con férvido
 entusiasmo.) A Toledo por cuya causa voy á dar mi sangre.

Volvió á tomar la pluma y su amor pátrio se exhaló en es-
 te brillante desahogo:

«A tí, corona de España y luz de todo el mundo, desde los
 »altos godos muy libertada. A tí, que por derramamientos
 »de sangres estrañas como de las tuyas, cobraste libertad para
 »tí é para tus vecinas ciudades. Tu legitimo hijo Juan de Pa-
 »dilla, te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se
 »refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me
 »dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la
 »culpa fue mi mala dicha, y no mi buena voluntad. La cual
 »como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió
 »mas que perder por tí, de lo que aventuré. Mas me pesa
 »de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son veces
 »de la fortuna, que jamás tienen sosiego. Solo voy con un

»consuelo, muy alegre, que yo el menor de los tuyos morir
 »por tí; é que tú has criado á tus pechos, á quien podrá to-
 »mar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que con-
 »tarán mi muerte, que aun yo no lo sé, aunque la tengo
 »bien cerca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi áni-
 »ma te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del
 »cuerpo no hago nada, pues ya no es mio, ni puedo mas
 »escribir, porque al punto que esta acabo, tengo á la gar-
 »ganta el cuchillo, con mas pasión de tu enojo que temor de
 »mi pena.»

—Adios, pedazos de mi corazon (dijo Padilla estrechando
 contra su seno las epístolas, cuidadosamente cerradas). Adios
 últimos pensamientos de la tierra. Dios reclama mis postre-
 ros instantes. Llevaos, dolientes escritos, los finales latidos
 de mi pecho por los objetos que dejo en el mundo.

Levantóse apresurado, y llegándose á la puerta, hizo la
 señal convenida: el carcelero acudió al momento.

—Estos pliegos á su destino.

—Perfectamente, señor.

—¿Ha venido algun religioso para mi socorro espiritual?

—Ahí está el padre Moncada.

—Rogadle que no se detenga, y cumplid la comision que
 habeis aceptado hace poco.

—Será vueseñoría servido.

No habria transcurrido un minuto, cuando el padre Mon-
 cada penetró en el aposento de don Juan.

No era menester preguntar si el clérigo era letrado ó no.
 El padre Moncada tenia esa figura típica del ministro que
 nuestro pueblo llama con tanta oportunidad de *Misa* y *Olla*.

—Caballero (dijo el clérigo confuso), siento no ser de la
 clase de los que vuesa merced pidió al señor alcalde; pero...

—No tenga por ello pena alguna (contestó Padilla con
 amable sonrisa). Héme aquí pronto á desahogar mis culpas
 en el seno de vuestra confianza.

—Haré lo que pueda en vuestro servicio.

—Gracias, padre, contestó don Juan ocultando su disgusto.

—Válgame Dios (esclamó el ignorante presbitero). ¡Tan jóven y brioso y va á morir!

Padilla se levantó de su asiento con una agitacion estremadamente.

—Dios me ampare (dijo trémulo de emocion), busco quien me haga olvidar, con sus discursos piadosos, el horror de mi suerte, y os poneis de acuerdo con la voz secreta de mi alma, con esa voz de los instintos de vida, que no puedo ahogar frente al cadalso.

—Vuesamerced perdone, replicó el ministro vergonzoso por su hierro.

—No hay de qué, padre, repuso Padilla, repomiéndose de su zozobra.

—La falta de costumbre...

—Cabalmente.

—Empiece su confesion; en el nombre de Dios, trino y uno...

La puerta se abrió, entrando el carcelero con premura.

—El señor alcalde Zárata envia á un reverendo padre de la órden de San Francisco.

Un rayo de alegria brotó por las pupilas de don Juan.

—Entre su reverencia, dijo el padre Moncada gozoso de librarse de los embarazos de su posicion con remplazo tan inesperado.

—Con vos tengo suficiente, repuso Padilla.

—Entre su reverencia, repitió el clérigo.

El carcelero salió para regresar al punto, con un venerable religioso, consumado en letras y esperiencia; precioso hallazgo del alcalde Zárata; favor que estimó Padilla á par del alma; porque cuantos recursos supremos guarda la religion para conformar el espíritu humano, á los mas infaustos destinos, otros tantos prodigó el sabio monge á nuestro héroe.

Aun no existen hermandades de caridad, que rodeando de solicitudes al reo de muerte, representan la misericordia

que no abandona al desgraciado, que la inflexible justicia hace sucumbir al golpe de su espada vengadora.

Una escolta que imponga al pueblo el respeto á las víctimas de la ley: un alcalde que autorice con su presencia el terrible acto: un escribano para dar fé del cruento sacrificio: alguaciles que conduzcan las mulas gualdrapadas de negro, en que cabalgan los sentenciados: el pregonero que publique el cartel condenatorio; hé aquí los requisitos de una ejecucion en el siglo XVI, en cuanto al cortejo de los condenados al suplicio.

Pero si aun no existen hermandades de Caridad que con sus tiernas, afectuosas prevenciones mitiguen el acerbo pesar del que llevan al patibulo, en cambio el verdugo no forma parte del acompañamiento; lo que ahorra á los sentenciados el espectáculo constante de aquel ministro que alquila su brazo á las iras del poder social.

El verdugo espera en el tablado, protegido en sus faenas preparatorias por cuatro centinelas que contienen la curiosa muchedumbre.

El tajo se levanta en un ángulo del cadalso, tres tablonnes pintados de rojo, suspenden ganchos en que se aseguran las cabezas despues de cortadas. Esto es lo que denominan picotas.

Una especie de ancho cubo lleno de aserrin está destinado á recibir la sangre que salga del tronco.

Maese ejecutor mira al hacha cortante como un cuchillo montero ahogado en un espadon de filo, imperceptible sustituto del hacha si esta llega á mellarse.

Toda la poblacion de Villalar está repartida entre la carrera, que deben traer los capitanes de la comunidad condenados á la decapitacion, y la plaza en que se levanta el patibulo.

Los caballeros del ejército realista reunidos en grupos transcurren por entre las filas de la apiñada multitud con aire indiferente. El oficial que debe formar el cuadro en torno del suplicio don Enrique de Sandoval y Rojas, primojé-

nito del marqués de Dénia, ha prometido colocarlos entre las dos filas de peones, para presenciar á su sabor los últimos trances de aquellas ilustres vidas inmoladas á la venganza real.

Los soldados francos de servicio se mezclan con el pueblo y algunos mas expansivos que sus colegas narran la jornada del día precedente; estendiéndose sobre el buen ánimo de Bravo que se entró por la caballería como un furioso y la intrepidez de Padilla que en su primer arranque arrolló un tercio de fuerza montada.

La hora fatal llegó.

La infinidad de ansiosos vecinos, que se agolpaban frente á la morada de los reos, dejó escapar un murmullo impaciente.

Los soldados de la escolta hicieron atras á los mas avanzados, los alguaciles aproximaron las mulas á la puerta. El alcalde Cornejo seguido del peon público, vino á colocarse á la salida de aquella mansion convertida en cárcel.

El alcalde Cornejo era un tipo de los que pocos quedan en nuestro orden judicial. Hombre de indole sanguinaria, comprendia su mision con un exagerado rigorismo y á la vez que cedía con pesar por falta de comprobantes la presa de sus instintivos furores, se gozaba en esgrimir la tremenda espada de la justicia, cuando debia ser, la cuchilla de un sacerdote druídico, sacrificador de victimas humanas.

El alcalde Cornejo hizo una señal al alguacil mayor, que se entró apresuradamente en la casa.

La multitud entendió aquella escena muda.

—Ya los traen. Ya vienen, esclamaron diferentes voces.

En efecto, los comuneros aparecieron al breve rato entre las picas y los arcabuces de sus custodios.

Juan Bravo tenía el rostro encendido: los ojos brillantes, su aire era el de un hombre que deja libre curso á su arrogancia; con animoso desafío á la fuerza que con su peso le abruma.

Juan de Padilla no presentaba en su faz la mas leve hue-

lla por donde pudiera conocerse lo extraordinario de su situación. Conociábase por uno de los que iban á morir por la posición que ocupaba: de ningun modo por alteración de su ordinario gesto.

Francisco Maldonado estaba pálido: una sonrisa de amargura contraía sus labios cárdenos; sarcástica sonrisa que venía á la víctima de sus verdugos, protesta elocuente de la libertad moral á que no llega el yugo de la justicia humana, y que se patentiza en un signo de desdeñoso menosprecio, ante el aparato terrorífico del poder represor en sumas alto ejercicio.

Gracias á la hidalguía de algunos caballeros, los condenados iban con traje negro bastante lujoso, habiéndose desnudado de las maltratadas ropas que de la batalla sacaron. En este trueque nada ganaba el verdugo; pues aunque ya era libre de pedidos, monedas pechos y derechos reales, y concejales y tenía sueldo fijo de los fondos del consejo, por ordenanza de don Juan segundo en Madrid en 1435, todavía don Carlos no había como en 1525, mandado que las ropas de los reos pertenecieran al ejecutor, ni don Felipe su hijo y la princesa en su ausencia confirmado este y otros fueros del ministro de las justicias y su colega el peon público cual lo verificaron en 1556 en Valladolid.

Padilla y Bravo tenían el cabello corto, pero don Francisco que gastaba melena, tuvo que resignarse á que cayesen sus negros cabellos al corte de las tijeras de un sayon.

Juan Bravo saltó sobre una mula sin poner el pié en el estribo, Juan de Padilla subió en la suya con una precisión de movimientos enteramente militar.

Francisco Maldonado tuvo necesidad de que le ayudasen algun tanto los dos alguaciles que le servían de escuderos.

Juan Bravo salió delante; detras Padilla, el último don Francisco.

Al llegar á la primera esquina hizo alto la comitiva. Había llegado la ocasión de utilizar al pregonero publicando la sentencia de los capitanes de la comunidad.

El alcalde Cornejo leía la condena: el peon público repetía sus frases con ese tono acompasado que quita á la Providencia una gran parte de su solemnidad.

Así decía el pregon:

«*Esta es la justicia que manda hacer S. M., y su condestable y los gobernadores en su nombre de estos caballeros, mandándolos degollar por traidores y alborotadores de pueblos, y usurpadores de la corona real: quien tal hizo que tal pague.*»

No pudo reprimir don Juan Bravo su furia al escuchar los términos de la sentencia, y volviéndose al pregonero con ademán iracundo, le dijo brotando de sus ojos llamaradas de indignacion y con voz de trueno:

—Mientes tú, villano, y quien te lo manda decir. No traidores, sino celosos del bien público y defensores de las libertades del reino.

Un murmullo de aprobacion circuló por el concurso; testimonio de simpatía á la decision enérgica del segoviano.

—Calle y repórtese (esclamó el alcalde Cornejo con vivo enojo); piense que va á morir.

—Ya lo sé; pues que te veo, precursor del verdugo, contestó con desprecio Bravo.

Ciego de ira el alcalde dió con la vara en los pechos del capitán de Segovia, diciéndole al propio tiempo.

—Mire el paso en que vá y no cure de vanidades.

El comunero hizo un movimiento para saltar de la mula y arrojarle al alcalde, mas los alguaciles lo contuvieron.

—Señor Juan Bravo (dijole Padilla), ayer era dia de pelear como caballero, hoy de morir como cristiano.

Juan Bravo calló al peso de tan nobles razones.

La comitiva continuó su marcha.

A la parada segunda, Francisco Maldonado pidió un vaso de agua para refrescar sus secos y dorosos labios. Un mulato tabernero se llegó á brindarle un vaso de vino, diciéndole con sorna.

--Vaya, señor caballero; con esto disimular la flaqueza.

—Guarda tu vino, ruin bellaco, replicó Maldonado estre-
llando el cristal contra el suelo.

Un soldado, testigo de esta escena, hizo atras al desal-
mado plebeyo de un empellon vigoroso.

El pueblo persiguió al escarnecedor de don Francisco
con sus imprecaciones, hasta que desapareció en la oscuri-
dad de su tenducho.

—Por fin, el cortejo llegó á la plaza y al pié del patíbulo.

Juan Bravo subió el primero, entre el alcalde y dos al-
guaciles. Hizo un signo de despedida á sus compañeros de
infortunio, y se adelantó con seguro paso hácia el ejecutor.

—Aquí está, maese, al feroz ministro.

Tiéndase vueseñoría sobre este repostero, contestó maese.

—Eso no, cuerpo de Cristo (esclamó Bravo), tiéndanse
otros, que yo no tomo la muerte por mi voluntad.

El verdugo se volvió tranquilamente á dos vigorosos
ayudantes, situados á sus espaldas, y les hizo un signo mis-
terioso...

Ellos se dirigieron á Bravo que ninguna resistencia opuso,
y le tendieron á la camilla de madera dejándole al descu-
bierto la nuca, blanco del filo del hacha, antesala de la li-
bertad, aquí me tienes, murmuró el comunero.

El verdugo levantó su arma terrible, y la descargó con
violencia sobre la cerviz del capitán segoviano.

La cabeza quedó pendiente de algunas fibras y vasos ma-
gullados. La sangre salió á borbotones de aquel cuerpo trun-
cado por la segur.

Maese apartó la vista de aquel repugnante cuadro.

—¿Qué es eso? (preguntó el alcalde Cornejo con imperioso
tono) corta la cabeza enteramente, así se hace con los trai-
dores.

El verdugo echó mano de la espada que cerca tenía y
completó la degollación.

—Ensénala al pueblo, y pónla en la picota; repitió el
alcalde.

Sus órdenes fueron puntualmente obedecidas.

El pueblo saludó la justicia del gobierno al grito de ¡viva el rey!

Llegó el turno á Juan de Padilla.

Ascendió á la altura con aire de entera seguridad, dirigiéndose con grave cortesanía al alcalde Cornejo, y le dijo:

—¿Me permite vuesañoria hacer el último encargo?

El alcalde no respondió.

—Quien calla otorga (continuó el capitán toledano, haciendo al hombre de la garnacha negra un profundo saludo). Estais comprendido. Señor don Enrique de Sandoval y Rojas (continuó volviéndose al oficial del piquete, colocado en el último peldaño de la escalera). ¿Acceptais mi postrera condicion?

Don Enrique por toda respuesta subió al cadalso, poniéndose al lado de Padilla.

Don Juan se quitó del cuello un cordón de seda, que suspendia sobre su pecho algunas reliquias, y las entregó al primogénito del marqués de Denia, diciéndole:

—Llevadlas con vos el tiempo que dure la guerra, y hasta que halleis modo de que lleguen con seguridad á poder de doña María Pacheco, mi esposa.

—Morid tranquilo, replicó don Enrique dando muestras de su dolorosa conmocion.

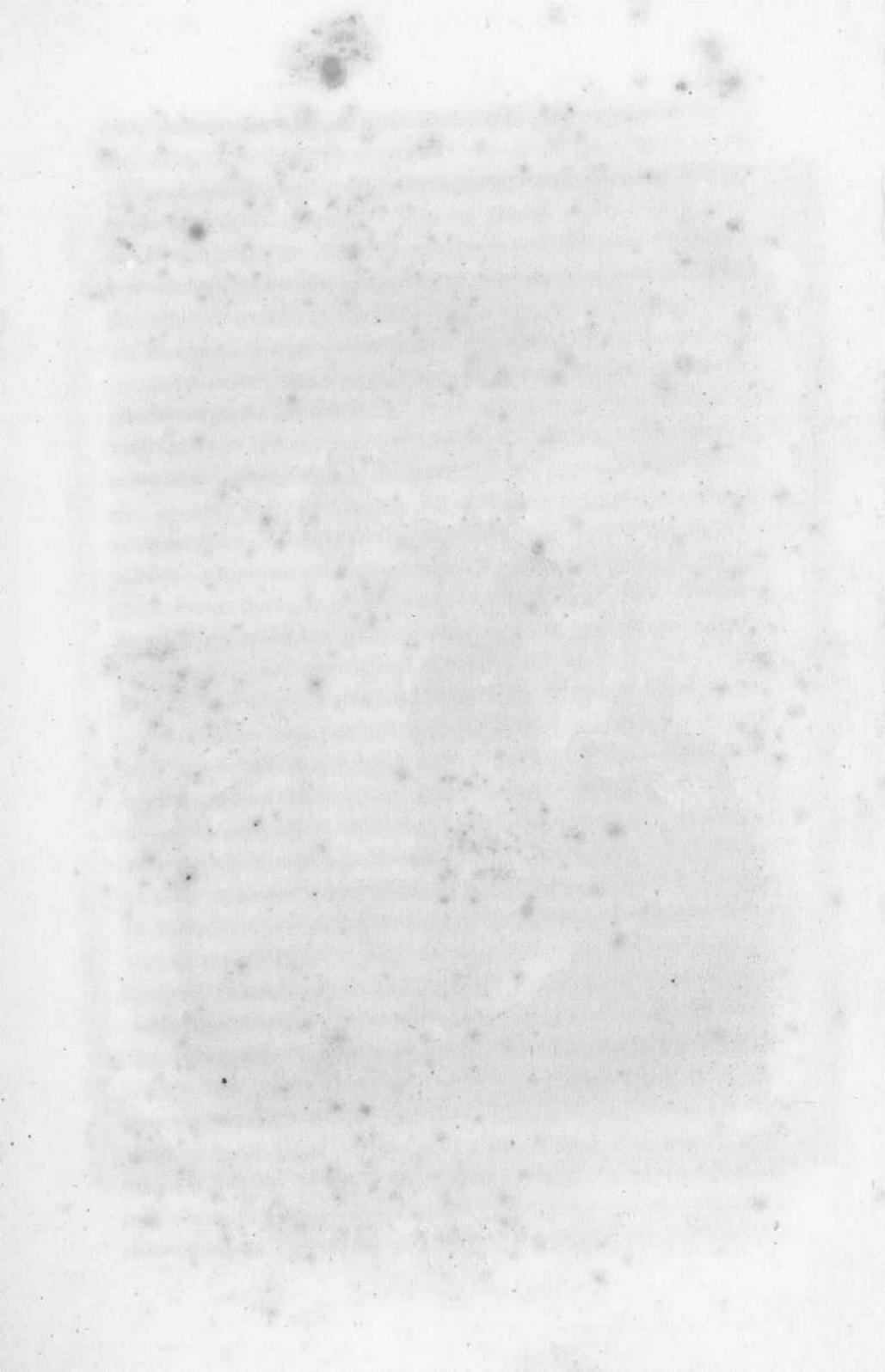
Ambos caballeros se separaron sin proferir una palabra mas. Don Enrique marchó á su puesto: Padilla fué á tenderse sobre el repostero manchado de sangre.

El tronco de Juan Bravo, yacia bajo la camilla.

—Ahí estais vos, buen caballero, exclamó don Juan.

El verdugo mismo ató al general de la Santa Liga con esquisitas precauciones. No hay naturaleza sin simpatías y prevenciones antipáticas. Maese habia simpatizado con su segunda victima: no podia escusar su muerte; pero estaba en su poder hacerla mas pronta. En consecuencia arregló la cabeza de Padilla del mejor modo posible; diciéndole á media voz—*«asi; firme y caerá de un solo golpe.»*

El sayon se hizo atras; empuñó el hacha; la levantó so-





Cárlas V.
lám. 10

bre el lado derecho, y con formidable empuje la descargó como un rayo sobre la cabeza del héroe, que rodó por el tablado.

—¡Ave María purísima! gritó el pueblo consternado al ver aquella cabeza que el ejecutor le presentaba manando sangre, y que fué suspendida del garfio, contigua al del primer ajusticiado.

Al mismo tiempo que Maldonado aparecía en la cima fatal una voz de entre las masas populares gritó ¡perdon!

Don Francisco miró con ánsia al pueblo que oscilaba como las ondas de un revuelto mar. Los soldados se volvieron al concurso para defender de su misericordia la última venganza de sus jefes. Los ayudantes del ejecutor ataron al reo precipitadamente. El alcalde alentó al ministro de las justicias con un signo que entregaba á su merced aquella criatura, ligada al ara del espantoso sacrificio. Maese comprendió la señal. Levantó su homicida instrumento; pero sus fuerzas estaban agotadas, y hubo menester descargar tres golpes para que la justicia del consejo quedara cumplida en todas sus partes.

No se engañaron en sus cálculos los aliados del poder real. Después del terrible escarmiento, que dejó referido, Valladolid capituló con las tropas leales, y movidos del trato benigno que recibió la metrópoli de la rebeldía. Medina del Campo, Segovia, y las demas ciudades siguieron el ejemplo de Valladolid.

Por mas que la invasion francesa en Navarra desmembró el ejército realista, no fué posible á los comuneros hacer frente á la reaccion, ni tornaron á oponer sus fuerzas á las de los gobernadores; siquiera en la mas insignificante esca-ramuza. Prueba de la falta de acuerdo de aquellos jefes de la insurreccion, cuya incapacidad en unos casos, mala fé en otros, y rivalidades mezquinas en casi todos, frustraron una empresa que bajo los pretestos mas justos y la invocacion mas noble paliaba una desmedida ambicion; una desenfrenada codicia.

Peró el empeño en que desmayaba el patriotismo, y de que renegaba la sed de honores, le sostuvo con asombro de sus enemigos y pásmo del mundo, la venganza de una heroica mujer; Doña María de Pacheco, viuda de don Juan de Padilla.

El prestigio de una singular hermosura, de un nacimiento escelso, de un ánimo extraordinario, y de un terrible infortunio, rodearon á doña María de una aureola de atraccion irresistible para los moradores de Toledo.

A la noticia del trájico fin de su consorte la bizarra viuda organizó una procesion fúnebre, en la que hizo figurar á su pequeño hijo, vestido de luto, caballero sobre una mula luctuosamente enjaezada: delante del huérfano ondeaba una negra bandera en que se veia pintada la imágan del suplicio de su projenitor. El entusiasmo del pueblo rayó en el frenesí: cabalmente lo que pretendia la heroína toledana.

Incansable con sus propósitos, alentó á las ciudades sublevadas conforme iban resistiendo el movimiento reaccionario, que concluia por someterlas. Levantó soldados y comprometió al cabildo á franquear sus arcas para su manutencion. Fortificó á Toledo, pertrechándola con todo lo preciso; en una palabra, se hizo dueña de los ánimos de tal modo que la mayor parte por adhesion y los demas por necesidad, se adhirieron á mantenerse en insurgencia frente al poder triunfante, y en medio de tantos pueblos rendidos á su dominacion.

Ocupado el ejército en rechazar á los franceses de Navarra, los gobernadores no se atrevieron á emprender la lucha con Toledo y entablaron infructuosas negociaciones con doña María para reducirla á ceder en sus vengativos designios.

¡Tarea inútil! Pingües promesas, sordas maquinaciones, la intermision de su hermano el marqués de Mondejar, nada consiguieron de la viuda, aferrada en sus proyectos y dotada de una perseverancia, que hubiera honrado las facultades del capitan mas intrépido del mundo.

Terminó la guerra de Navarra y los regentes pudieron al fin disponer de aquel ejército; no tardando en dirigirle contra el foco de la rebelion, sino el tiempo que tardó en llegar á Castilla. Todas las fuerzas de España cargaron sobre la ciudad, que al mando de doña María contuvo el impetu de sus enemigos derrotándolos ignominiosamente en las continuas salidas de sus defensores.

En estas circunstancias murió Guillermo de Croy, arzobispo flamenco, blanco del ódio de todo el clero de su diócesis, y que para su designacion para la mitra archiepiscopal toledana, habia reunido con el pueblo rebelado al estado eclesiástico herido en su amor propio y en su espíritu de nacionalidad. Don Carlos amaestrado por las duras lecciones de la experiencia, instruido de los tristes efectos de su prediccion por todo Flandes, y libre de las influencias de Chievres, que habia muerto en 1521, se guardó muy bien de elegir para la primacia española, otro sugeto que un castellano; don Alfonso de Fonseca.

En virtud de este nombramiento el clero toledano se reconcilió con el trono, y como quiera que pesaba sobre él exclusivamente los gastos de la guerra, determinó combatir el influjo de doña María, enagenarla el crédito á que debia el sosten la revolucion, y minar su poderio, apoyándose de las menguadas supersticiones de un vulgo tan crédulo como voltario.

La tarea eclesiástica comenzó.

Pronto se esparció por la plebe, que la viuda de Padilla debia su aliento á la mágia: que tenia un demonio familiar bajo la forma de una esclava negra: que por sus sortilegios salian vencidos los realistas en las escursiones de los sitiados: especies que poco á poco la fueron atrayendo la repugnancia de aquellos plebeyos mas favorecidos antes en su servicio.

Inseguras ya las bases en que descansaba la preponderancia de la viuda de Padilla, el clero y una seccion de hombres influyentes afiliados á su causa, se declararon abiertamente contra ella, y con ayuda del cardenal Merino y el

mariscal Rivera, iduzaron de la ciudad á los mantenedores de aquel empeño; precisando á doña María á salir disfrazada de labradora con unos ausures en la mano sobre un anillo, con cuyo disfraz logró refugiarse á Lusitania al lado de unos parientes; posesionando de Toledo á las tropas del rey.

El obispo de Zamora, don Antonio de Acuña, fue preso en Villavamediana á una legua de Logroño por el alferez Perote, estando ya cerca de los franceses, á favor de cuya insurrección pensaba refugiarse en Navarra, y pasar desde allí al territorio franco, salvando con su persona las riquezas que adquirió en la contienda civil.

Entregado al duque de Nájera, estuvo en riguroso depósito hasta que don Carlos le mandó conducir á la fortaleza de Simancas.

Sometidas las comunidades, publicóse un perdón general con escepcion de doscientas personas, que constituían la lista de notabilidades de aquellos movimientos. Don Pedro Pimentel de Talavera, valiente capitán hecho prisionero al propio tiempo que Padilla, Bravo y los Maldonados, fué llevado á Palencia, en cuya plaza terminó sus días del propio modo que sus infortunados compañeros.

Cuando por la maliciosa contramarcha de don Pedro Giron los caballeros se apoderaron de Tordesillas, recordarán nuestros lectores que dijimos haber sido presos algunos diputados de la Sacra Junta. Estos eran los procuradores de Guadalajara, los de Segovia y algunos otros que provisionalmente fueron encarcelados en la Mota de Medina del Campo. El alcalde Legizama destinó á siete de ellos á la venganza del principio monárquico. Medina presenció el terrible sacrificio: los procuradores fueron sacados á degollarles; montados sobre asnos con las gargantas circuidas de sogas, y publicándolos el pregonero traidores. Murieron con valor; haciéndose dignos de ese respeto de la posteridad que alza un monumento conmemoratorio sobre la fosa infamante en que la venganza de sus contemporáneos sepulta á los hombres de probada valía.

Otras justicias, como la del pellejero de Segovia, que

en Vitoria pereció ahorcado con otros dos ó tres mónstruos de su especie, contentaron mas que la de los gefes comuneros. A merced de la revolucion se desencadenan las torpes pasiones de algunos miserables, escoria de la sociedad, y repudiar los frenesies de esos bandidos; es el primer deber de la bandería á que afectan estar adscriptos, como castigarlos la obligacion del partido opuesto.



Venido el emperador á España, cercáronle de solicitudes á favor de la mayor parte de esceptuados del perdon general, y si bien no otorgó todos los indultos que se le pedían, dió la órden secreta á sus lugar-tenientes de disimular la existencia recatada de no pocos proscriptos en los reinos.

El obispo de Zamora don Antonio de Acuña, estaba como dejamos dicho en la fortaleza de Simancas. El alcaide le guardaba toda especie de consideraciones, tanto por el sagrado carácter de que estaba revestido, como por su ancianidad. Por tanto tenia concedido el salir de sus habitaciones, y aun penetrar en las del viejo gobernador cuantas veces se

le antojaba. Cansado de permanecer en la prision desde 1522 hasta 1526, concibió el proyecto de fugarse; escogiendo el departamento de su custodio como punto mas fácil de salida. Una noche oscura de las de enero en que los centinela se guarecen en sus garitas, y los soldados temporalmente esentos de servicio se refugian al hogar del cuerpo de guardia.

El obispo entró en el aposento del alcaide. El antiguo militar dormia sentado al brasero y al amor de la lumbre. Sobre una silla próxima se veian el capoton de capucha, y el cinturón que ciñéndole al cuerpo sujetaba un manojo de llaves. Encima de la mesa descubriase la linterna de critales de colores, que solo usaba el gobernador, y cuyas luces varias no aquietaban á los centinelas, vagando por los ámbitos del castillo. Acercóse paso entre paso al alcaide: sacó de la bolsa de su Breviario un ladrillo, y reuniendo sus fuerzas le descargó sobre el raso cráneo de su custodio, que cayó sin exhalar un ay. El obispo se apoderó de las ropas de su víctima; encendió la linterna, y se dirigió á la puerta calándose la capucha. El hijo del asesinado entró en aquel instante.

Don Antonio quedóse inmóvil. El mancebo dió un grito al ver al autor de sus dias con los cascós quebrantados; echó mano al puñal que llevaba al cinto, y le alzó sobre el corazon de aquel sanguinario viejo; pero la mano armada se paró en la mitad del espacio de que debia descender, y dando con su pito la señal de alarma acudieron los carceleros, y llevaron á un calabozo al indigno sacerdote. Ronquillo vino á juzgar al reo, y en virtud de cierto breve de su Santidad, obtenido por don Carlos, para conocer los escesos de los eclesiásticos irregulares, le hizo dar garrote, teniéndole un dia completo colgado de una almena su cadáver.

Don Pedro de Ayala, conde de Salvatierra, fue retenido en las casas del conde de Salinas hasta el año de 1524, en tal miseria, que el pintor Leon Pitardo le daba de comer de limosna. El altivo capitán de las merindades, el magnate que una carta de la Junta aseguraba su descendencia goda de sena en vena, fue mandado sangrar del pié hasta que espiró

Llevaronle á enterrar con los pies fuera de las andas, y con pesados grillos. Cumplida la sentencia del conde, el emperador dió cuarenta mil maravedís á don Atanasio, su hijo, y le adscribió á su servicio.

Dando los gobernadores cuenta de las justicias ejecutadas al regreso de don Carlos á Castilla, se levantó con el semblante demudado, y exclamando con acento conmovido:—
«Basta, señores. No se derrame mas sangre.»

Fernando de Abalos, caballero de Toledo, primer secuaz de doña María, era uno de los esceptuados del perdón general. Andaba escondido en la córte; procurando una ocasion solemne de presentarse al César y obtener gracia. Un criado de S. M. noticioso de su paradero lo puso en conocimiento del rey, que oyó el aviso sin proferir palabra. Como el criado notase que su aviso no tenia resultas creyéndolo efecto olvido de su señor, le repitió las señas de la morada del proscripito.

—Mejor hubierais hecho (esclamó don Carlos irritado) en advertir á ese hombre que aquí estoy yo para perdonar, que á mi donde está él para castigarle.

1522.

Cuadro histórico.

I

Francisco de Valois y Carlos de Hapsburgo habian hecho todo lo posible por resistir al inconjurable sino que los arrebatava por las pendientes del antagonismo á los manejos de la rivalidad, y de allí á los excesos; de ese encono, que hace de dos vidas un largo duelo, cuyos intervalos de reposo embeben el acecho sañudo de la ocasion propicia para renovar los suspendidos furores.

Desde que Luis XII dejó el trono á Francisco, los intereses contrapuestos le hacian enemigo natural de España.

Como vecino de Iberia tenia que chocar por precision por la Navarra; que en virtud de despojo de investidura por el Pontifice, habia sido arrebatada á Juan de Albret, segun el derecho del primer ocupante en feudo sin señor, por Fernando V. En Italia el futuro vencedor de Mariñan hallaba siempre en torno de sí los tercios españoles, que le cerraban el paso, mientras que los embajadores del rey aragonés, reclamaban el cumplimiento de los mil tratados, pactos y convenios, que envolvian en inestricable laberinto las adquisiciones del imperio, Francia y España en la Península italiana. Dotado de un aliento superior á sus fuerzas, Francisco encontró la Europa del siglo XV representada en Maximiliano de Austria, anciano de brios poderosos, pero inconstante en sus empresas; en Fernando V, viejo positivista, que se encaminaba al provecho; indiferente aun por las vías de la gloria; fija la atencion en los resultados; en príncipes y señores, que principiaban por formidables armamentos, seguian con pobres escaramuzas, para concluir sin reportar una sola ventaja. Francisco traía al siglo XV los instintos del XVI. Apareció en la escena política con arrogancia, y desde luego cambió los procedimientos de su córte en los asuntos itálicos. Los coparticipes de sus conquistas se convencieron de que aquel jóven no sufriria las situaciones equívocas á que se habian resignado Cárlos VIII y Luis XII, y que con él no habia que pensar en amaños diplomáticos, y paulatinas usurpaciones. La Francia no era fuerte en aquel periodo. Austria y Aragon hablaron alto. Francisco recogió el guante y vino á jugar su dominacion en Italia en aquel arriesgado lance, que le valió la mas completa victoria, con la mas envidiable nombradia. Impotentes para resistirle los primeros poderes continentales, Francisco se halló naturalmente á la cabeza de esos poderes por cima de los que pasó en su espléndido triunfo, y la voz universal le indicaba como á uno de esos genios, que de era en era destina Dios á subvertir los hados de las generaciones. El alma de aquel bizarro monarca sonrió á la ambicion, y tras la sucesiva caída de aquellas potencias caducas

columbró el porvenir mas grandioso. Cefe de la cristiandad; emperador de Occidente; rey del pueblo mas apropósito para las altas empresas; único en Italia; valedor de los vejados; esto era lo que constituia los sueños de aquel ánimo insaciable. Miraba en derredor de sí, Francisco, y nadie, ni nada veia que pudiese frustrar tan supremos designios; por lo que llegó á figurarse omnipotente. Los destinos providenciales guardaban al engreido soberano una de sus mas duras acepciones. Toda una generacion de héroes debia surgir en torno del que se reputaba el hombre de su siglo.

Cárlos, humilde archiduque, entró en posesion de la herencia de los Reyes Católicos. España empezaba á tener una significacion envidiable entre las potencias de primer orden. Reunidas en una de las coronas de Castilla y Aragon, Castilla trae al poder combinado sus ricos territorios, aumentados con las conquistas en el litoral africano, y los dominios de aquel Nuevo-Mundo, que la heroína castellana doña Isabel compró al precio de sus joyas, mientras Aragon entregaba á el gobierno unido una pingüe porcion de Italia, y la Navarra, que el anatema pontificio arrebató á la casa de Albret, y adjudicó á don Fernando. Agregados á este pingüe patrimonio los Paisés-Bajos, el dote de Maria de Borgoña y las conquistas de Maximiliano archiduque, la posicion no podia ser mas excelsa.

Cárlos, jóven de diez y nueve abriles, sorprendió á Europa por lo fausto de su estrella, y la noticia de su selecta educacion, como de sus esclentes disposiciones. Todos sabian que Maximiliano no perdonaba medio de asegurarle la corona imperial y se preveia que la fortuna de aquel mancebo, tan repetidamente probada, reservaba este éxito á sus ambiciosas aspiraciones.

Desde luego Francisco comprendió la oposicion de su destino con el de Cárlos, y concibiendo una aversion profunda al único rival de sus pretensiones para lo futuro, no desaprovechó coyuntura de contrariar los fines políticos de su émulo, para lo que no faltaban pretestos ciertamente; como en la

introduccion de nuestra leyenda han tenido lugar de conocerlo nuestros lectores.

A la muerte de Maximiliano, Francisco, conforme á su genial caballeresco, que le presentaba asequibles los mayores sacrificios del amor propio, propuso á Cárlos pretender la investidura Cesárea como los favores de una dama hermosa; quedando el favorecido en posesion pacífica de sus gracias; retirándose el desairado con la mas digna resignacion. Sucedió lo que debia suceder. Los embajadores de una y otra parte se valieron de medios que arruinaban el concepto de uno para dejar franco paso á la pretension del otro. Los franceses clamaron contra lo que llamaban usurpaciones de la casa de Austria, que trataba de incoar por herencia de su familia el rango electivo. Los emisarios de Cárlos rechazaban esta imputacion apelando al espíritu de nacionalidad germánica; presentando á la consideracion de los electores las diferencias de costumbres, gobierno y carácter del príncipe extranjero, que disputaba á su señor la supremacia continental. Hacian valer los representantes de Valois su reputacion guerrera como valla de los proyectos amenazadores de Selim, sultan de los turcos, que asegurado en la paz interior, por su victoria contra los mamelucos, amagaba una invasion formidable en los dominios eslavos. A esto respondian los abogados de la casa de Hapsburgo, que no era un brazo lo que habia menester la Alemania en caso de irrupcion, sino un príncipe como don Cárlos que prestará á el imperio las fuerzas de una opulenta monarquía las menas del Nuevo-Mundo, y los tesoros del comercio de los Países-Bajos. Francisco hizo pasear su oro sobre caballerías por las tierras del imperio; alarde vergonzoso para el que enviaba el precio de la corrupcion; infamante testimonio para aquellos á quienes venia destinado. Cárlos contrajo empeños de enorme cuantía para contrarrestar aquel método de corrupcion. Las combinaciones y las intrigas puestas en juego en el intervalo de cinco meses y días causan la atencion por sus revueltos giros. El 28 de junio de 1519 Cárlos fue solemnemente

proclamado emperador, y Francisco supo con el mas violento despecho que, segun las condiciones de la estipulacion por él mismo propuesta, le tocaba retirarse en paz, dejando libre el campo al *caballero que le soplabla la dama*.

Juan de Albret suministró un pretesto á su enecono. Castilla estaba revuelta en los bandos de la comunidad: el emperador en Alemania, enredado en cuestiones religioso-políticas de la mayor importancia: Navarra desguarnecida: el tratado de Noyon, efímera tregua de aquella obstinada lucha, reconoció de derecho lo que de hecho estaba muy distante de cumplirse. No se atrevia Francisco á entrar á cara descubierta en el palenque, receloso de la liga de Carlos y Enrique VIII, recientemente establecida; pero bajo el nombre de Enrique de Albret hizo alistar tropas que invadieron la Navarra hasta Pamplona, y tuvieron la imprudencia de llegar á los muros de Logroño. Los comuneros habian succumbido en Villalar, y las comunidades no contaban mas que con Toledo. Los regentes hicieron marchar sus fuerzas contra Andres de Foix, y este aventurero sin dotes y enorgullecido por su primera felicidad, habiendo atacado á los tercios castellanos cerca de Pamplona, despues de una derrota completa, quedó en poder de los enemigos con todo su estado mayor; recobrando España lo perdido en menos espacio que los franceses á favor de las circunstancias mas prósperas lo ganaron en una no interrumpida marcha.

No contento con esta tentativa malograda, el odio de Francisco buscó un adversario á su rival en los dominios de Alemania. Roberto de la Mark, señor de Bouillon, pequeño estado de Luxemburgo, en las fronteras de Champaña, tenia resentimientos del consejo áulico por supuestos agravios á su jurisdiccion. Tan orgulloso como menguado Roberto, devoraba sus rencores en la misteriosa desesperacion de la impotencia; pero los embajadores del soberano francés fueron á brindar á su cólera los pujantes recursos de la Francia, y de tal modo le persuadieron de los auxilios de Francisco en su demanda, que el pigmeo no vaciló en man-

dar á Worms un heraldo que declarase la guerra en toda forma al gefe de la feudalidad europea. Cárlos adivinó tras de aquella extravagante ceremonia, la influencia de su envidioso émulo, y determinó responder de un modo terminante al encubierto tiro. Al frente de tercios franceses Roberto asoló la primera provincia del imperio germánico. Nassau con veinte mil hombres se posesionó en nombre de emperador del patrimonio del osado La Mark, invadiendo la Champaña; y dando principio á las hostilidades directas, que duraron largo tiempo sin provecho de ninguno y con graves pérdidas de todos.

La lucha tuvo su principal teatro en la Lombardía. Leon X buscaba un pretesto plausible para romper con los franceses, antipáticos en sumo grado á la índole italiana, y que soportables bajo el régimen paternal del buen Luis XII, se habian hecho de una procacia sin ejemplo bajo el mando imperioso del rapaz mariscal de Lautrec. Con la recepcion en los estados pontificios de los desterrados y proscritos de Milan, Lautrec se creyó autorizado á embestir á Reggio, en los dominios del papa. Leon se declaró aliado de Cárlos, y Próspero Colonna, el mas distinguido general que contaba Italia, recibió el mando de los ejércitos confederados. La torpe, villana perfidia de Luisa de Saboya, jurada enemiga de Lautrec, detuvo los socorros destinados á conjurar la tempestad. El cardenal de Sion tuvo la habilidad de hacer llegar á los suizos del ejército francés la orden de sus cantones que mandaba volver á los batallones helvéticos, mientras sus hermanos, al servicio de España y Roma nada supieron. Colonna llegó á las puertas de Milan, y un desconocido le prometió de parte de la faccion Gibelina, hacerle dueño de la plaza, en cuanto un destacamento de los suyos se aproximase á las murallas favorecido de las tinieblas nocturnas. El marqués de Pescara con la infantería española, se encargó con su ordinario arrojo de tan azarosa comision, y la verificaron con tal fortuna, que sorprendidos los custodios de las primeras fortificaciones, se entraron por la ciu-

dad adelante con escasa pérdida, haciendo huir al mariscal Lautrec con las reliquias de sus tercios, tan llenos de desaliento, que en breves dias Francisco no poseia en Italia mas que á Cremona, el castillo de Milan y algun que otro castillejo, mal situado y peor guarnecido. El canciller Moron y Guicciardini escarmentaron á Lautrec en sus diferentes intentonas, para recuperar el Milanesado, y Parma y Plasencia, incorporadas al patrimonio de San Pedro.

El placer de la victoria costó la vida á Leon. Una fiebre intensa se apoderó de él; y le condujo á la tumba en pocos dias. Francisco abrigaba entre sus pretensiones la de presidir á la eleccion de Pontífices, como muchos de sus predecesores en rango. No era solo por orgullo por lo que Valois buscaba ocasion de elevar un patrocinado á la silla del vicariato apostólico: el interés guiaba sus miras. La alianza con el Papa era una palanca poderosa para los príncipes que se disputaban el territorio itálico, y Francisco habia menester el auxilio de un padre de los fieles, que reconociéndole por origen de su fortuna, no pudiese negarle la cooperacion á sus proyectos. Cárlos se habia servido de Wolsey para mover á Enrique VIII contra la Francia, prometiendo al cardinal británico su apoyo en sus aspiraciones á la tiara. Francisco tenia formal empeño en burlar á Wolsey, humillando á Cárlos, y al efecto habia preparado sus maquinaciones en favor de Julio de Médicis, sobrino de Leon. Vacante la sede apostólica en las referidas adversas circunstancias, Francisco quedaba reducido á la nulidad en los manejos de Roma, y mas poderoso que nunca el emperador estaba en aptitud de disponer los asuntos á su acomodo. Don Juan Manuel explotó las discordias del partido anciano y el jóven, y llevando las cosas con un tacto admirable, el cónclave por unanimidad aclamó al cardinal Adriano supremo Pontífice, que tomó el nombre de Adriano VI.

Cuantas ventajas habia deseado obtener Francisco, conseguia su eterno rival; Cárlos de Gante, con mas que al ascender al solio eclesiástico Julio de Médicis, Francisco, á los

ojos del mundo pasaba por un calculador; pero al elevarse con ayuda de Cárlos Adriano de Utrech, el emperador daba un brillante testimonio de gratitud á su preceptor, y una prueba de la magnanimidad con que recompensaba los servicios de sus reales afectos.

Francisco en el colmo de la exasperacion por las propiedades de su émulo, hizo un esfuerzo penoso para resistir el curso de aquellos triunfos que se fundaban en sus derrotas, y reforzando sus maltratados tercios con diez mil esguizaros, y remitiendo fondos á Lautrec, consiguió recobrar algunas plazas de su perdido territorio. La jornada de Bicoque, en la que empeñó al general de los franceses la exigencia de los suizos, atrajo á Francisco con el descrédito de la derrota el dolor de perder cuanto poseia en Italia, incluso Génova, que la faccion de los Adornas entregó al emperador. Al propio tiempo un heraldo de la Gran Bretaña declaraba la guerra al vencedor de Marignan, y Surrey con su escuadra asolaba las costas de Normandía para venir sobre la Picardia despues con un ejército de diez y seis mil hombres.

Al tiempo que Cárlos aportaba en España, Adriano se hacia á la vela para el continente itálico. Roma iba á tener un Pontífice aleman como el adversario de Witemberg. La Iglesia latina, aquella Iglesia cuyo genial chocaba al severo misticismo de la Germania, debia sufrir un desengaño de su pompa en las costumbres sencillas, en la rectitud invariable de la índole del dean de Lobayna en Flandes, obispo de Tortosa en nuestro pais. Los romanos no recibieron bien al preceptor de Cárlos V, y esto constituye el mas subido elogio que la historia puede consagrar á las virtudes del eminente varon; porque aquel pueblo acostumbrado á esas esterioridades brillantes con que la pequeñez simula la grandeza, y á ese aparato deslumbrador con que á falta de escelsitud intrínseca el orgullo se atrae la admiracion vulgar, antipatizaba con la austeridad de costumbres, con la dignidad de la sencillez evangélica, con el anhelo de purificar una corrup-

cion que á todos promete lucro: en una palabra, Roma se dejaba regir con mas gusto del príncipe eclesiástico que del Apóstol: preferia un Julio II con su fastuoso cortejo militar, un Leon X con su séquito de artistas, á un Adriano que hizo punto de conciencia de no promover á cargo alguno á sus deudos y amigos: que guiado por un sentimiento de justicia devolvió el ducado de Urbino á la Rovere y restituyó al duque de Ferrara las usurpaciones del gobierno pontificio. El primer cuidado de Adriano fue desmentir las sospecha de parcialidad que se le suponía á favor de su discípulo, y comprendiendo el papel de padre comun de la cristiandad, solicitó la concordia de todos los príncipes, y la conversion de sus armas contra Soliman, emperador de los turcos, que habia conquistado la isla de Rodas. Todo el continente deseaba la paz. Francisco no podia desearla, supuesto que aquella paz era la pérdida de sus dominios en Italia. La guerra tornó á encenderse mas terrible que nunca para la Francia, pues hasta la república de Venecia, su final aliada, entró en la liga con Adriano, Carlos y los poderes del Lacio contra ella.

Quando Francisco (mas rey que Carlos y Enrique porque no teniendo necesidad de pedir subsidios á los parlamentos y córtés, recaudaba mas pronto los tributos y podia imponer á su arbitrio las contribuciones extraordinarias que le plugiesen) se preparó á contrarrestar tan temible alianza la conspiracion del condestable de Francia, duque de Borbon, paralizó sus comenzadas operaciones, y se hizo estremecer al medir con espantados ojos la profundidad del abismo en que estuvo á punto de hundirse su monarquía.

Bonnivet marchó en su lugar á Italia al frente de treinta mil hombres, y aunque á pesar de Colonna pasó el Tessino y con dirigirse á Milan hubiérase hecho dueño de ella, en el estado deplorable del ejército confederado, perdió una semana; tiempo suficiente para que los milaneses se fortificasen de modo que estrellaron contra sus obras la impetuosidad de los ataques de sus antiguos dominadores, que se

retiraron á sus cuarteles de invierno.

Por fallecimiento de Adriano fue promovido al sumo sacerdocio Julio de Médicis que tomó el nombre de Clemente VII. Siendo cardenal para captarse las simpatías de don Carlos, se mostró acérrimo enemigo de la Francia; pero al poner en su dedo el anillo del pescador, cambió de tono y siguió la línea de conducta de Adriano, invitando á los reyes á la paz con todo el influjo de un mediador celoso. Sus esfuerzos no tuvieron el éxito apetecible; ambos poderes rivales aprontaron sus fuerzas, y en breve empeñaron la interrumpida lucha.

Pescara y Borbon hallaron tremendos obstáculos para hacer maniobrar sus tropas. Carlos no estaba en posición de remitirles dinero, y faltos de pago los tercios imperiales, se amotinaron amenazando saquear las tierras milanesas. Moron vino en ayuda de los apurados capitanes, y por un voluntario anticipo de los milaneses, satisfechos ya los haberes militares, el ejército salió á campaña contra Bonnivet, cuyo único dote consistía en el valor personal, insuficiente en la contienda con dos tan buenos jefes como los del emperador.

Al cabo de mil escaramuzas en que Bonnivet ofrecía la batalla y los imperiales rehusándola iban arruinando sus fuerzas, interceptándole socorros y conduciéndole diestramente lejos del teatro de sus primeras operaciones, los franceses tuvieron que retirarse hácia Turin. A orillas del Sessia, Borbon y Pescara cargaron sobre la retaguardia de Bonnivet, que al recibir una herida de mosquete se retiró precipitadamente, dejando el mando de las tropas al insigne caballero Bayardo y á Vendenese, hermano del mariscal La Falice. Bayardo á la cabeza de su gendarmería contuvo á los imperiales, y salvó la retaguardia de un inminente destrozo, aunque este hecho imponderable le costara la vida.

Una bala de mosquete le rindió, y moribundo se hizo apoyar contra un árbol vuelto el rostro hácia el enemigo

clavada la vista en el puño de su espada que tenia figura de cruz. Borbon vino á visitarle.

—Valiente caballero, (dijo el duque), ¿debiáis concluir de ese modo? ¡Vos el blason de Francia, el pasmo del mundo!

—No me compadezcáis, (replicó el ilustre vencido con voz desfalleciente); muero como todos los de mi raza: fiel á mi ley, á mi patria y á mi rey: entre los míos, y ante sus comunes adversarios.

El duque bajó la cabeza.

Bayardo continuó con tono profético:

—Compadeded á los armados contra su país. Su fin es trágico; su memoria vergonzosa.

—¡Adelante! (esclamó Borbon animando á su tercio) ¡A perseguir á los fugitivos!

El duque y los suyos salieron al escape, como legion diabólica que cabalga sobre las alas del desenfrenado huracan.

El marqués de Pescara acudió poco despues al sitio en que espiraba lentamente el mejor caballero de la corte de Francisco de Valois. Hizo levantar una tienda de campaña en la imposibilidad de traslacion del herido á lugar mas conveniente, y dejó para su custodia una guardia de honor, como para su auxilio los mejores cirujanos con que contaba el ejército. Todos los cuidados fueron inútiles: Bayardo pereció, y Pescara, habiendo hecho embalsamar su cadáver por los mas entendidos profesores de Italia, le remitió á sus parientes con todas las muestras de respeto que merecia tan esclarecido héroe, y bastaban á acreditar la hidalga bizarría de un noble enemigo. Por todo el tránsito hasta Francia, los restos de Bayardo recibieron el homenaje de veneracion mas eminente. Bonnivet volvió á su país con los residuos de su ejército, sin dejar en Italia un palmo de terreno sometido á su rey; sin que este contara con un solo aliado en aquella península.

Clemente VII, que en su liga con Carlos habia tenido por objeto asegurarse su influencia en el cónclave, y colocar

á Sforzia en sus estados hereditarios, se inclinó á Francisco tan pronto como los triunfos imperiales le hicieron recelar la dominacion esclusiva de Cárlos en Italia. El emperador rechazó con desden sus proposiciones, y solicitado por Borbon á invadir la Francia, entró por la Provenza un ejército al mando de Pescara y el duque de Borbon. El último, pasados los Alpes, y atacado la Provenza, queria marchar hácia Leon, confiando en el crédito que creia gozar en aquel territorio. Cárlos se obstinó en apoderarse de Marsella, anhelando poseer un puerto que le abriera siempre el camino al interior de la Francia. Esta fue la salvacion del pais invadido. Los franceses talaron sus tierras para abrir un desierto á los ojos del enemigo, y dedicaron todos sus conatos en fortificar y guarnecer la plaza sitiada. Cuarenta dias duró el asedio. La pericia de Pescara y el furor de Borbon se estrellaron contra aquellos baluartes tan briosamente defendidos, y en tanto Francisco, habiendo juntado un contingente respetable, avanzó desde Aviñon hácia Marsella, haciendo levantar el sitio á sus contrarios, y repasar los Alpes con harta celeridad.

La venganza del emperador habia errado el golpe. Francisco á su vez se decidió por la ofensiva. Inútilmente le representaron los inconvenientes palpables de su proceder. En vano Luisa de Saboya, su madre, se puso en camino para llegar á contener sus primeros ímpetus. Antes de que Luisa entrase en Provenza, Francisco pasaba con sus soldados el Mon-Cenis á marchas forzadas, remitiendo con un correo los despachos que daban la regencia del reino á su madre. Pescara, al tener noticia de la ruta emprendida por los franceses, revolió á jornadas dobles sobre Milan, teniendo apenas espacio de guarnecer la ciudadela, y convencerse de la imposibilidad de defender aquella ciudad desgraciada, que abandonó á sus enemigos. Si despues de esta feliz operacion Francisco emprende sin levantar mano con los generales de Cárlos, hubiese conseguido evitar las desventajosas condiciones que sus consejeros tuvieron en cuenta al re-

traerse de sus planes; mas engreido en su victoria dejó á Lanoy que empeñando las rentas de Nápoles encontrara dinero; á Pescara que reanimase el valor de su temida infantería española, haciéndola jurar que se batiría hasta el último trance sin pedir su soldada cual la tropa mercenaria; á Borbon que diese en prenda sus joyas para reclutar con el producto un cuerpo respetable en Alemania.

En lugar de dirigirse á Lodi y á las orillas del Adda, desesperada posición de Pescara, Francisco, por consejo de Bonnavet, fue á cercar á Pavía, que aunque plaza de consideración, y de cualidades útiles á los propósitos de dominar aquel continente, atendidos lo adelantado de la estación, á las obras de defensa, al número y mérito de los defensores, y á gobernarla Antonio de Leiva, no prometía los resultados deseables; al paso que impedía empresas de un éxito mas productivo.

Antonio de Leiva oriundo de una esclarecida familia, tenía en toda su noble integridad ese orgullo de raza, que tan legítimo aparece cuando los hechos de actualidad continúan los timbres del pasado. Militar pundonoroso, tan activo como bravo; tan obediente de inferior, cual de superior constante; reuniendo á un arrojo heróico, una estremada prudencia; sufrido como el mas resignado de sus guardias españolas; tenaz en sus ideas con ese empeño hijo de la madurez de reflexion, Leiva era el enemigo mas á propósito para desesperar á Francisco cuyo irritable temperamento se enardecía con la oposicion á sus tremendos brios. Durante tres meses Leiva estuvo resistiendo cuantos sistemas de asedio conocia la táctica de la época: el valor y el ingenio, la fuerza y la industria conspirando de consuno á un fin impacientemente ambicionado; y sin que los generales del imperio pudiesen socorrerle, ni distraer la atención de los sitiadores. Los romanos, espíritus inclinados á la burla, celebraban infinito el chiste de un pasquin; en que se prometía gratificar á quien descubriese el paradero de los gefes imperiales, que se habian perdido por octubre en las montañas intermedias

entre Lombardía y Francia.

Este fue el momento escogido por Clemente VII para su defección de la causa imperial. En Italia se admiraba la gallarda defensa de Pavia con que Leiva immortalizaba su nombre; pero era una creencia universalmente reconocida que por mas esfuerzos brillantes que hiciese el gobernador preclaro, la plaza tendria que sucumbir. Clemente, impulsado por tal creencia, rompió sus empeños con Cárlos Quinto, y se apresuró á entablar negociaciones con Francisco Primero. Se puso de acuerdo con las volubles potencias italianas, y convinieron en proponer al emperador una paz deshonrosa, por la que el rey de Francia quedase dueño de lo últimamente conquistado; mientras el hijo de doña Juana retirase sus tropas del territorio cedido, Cárlos rechazó con menos precio tales propuestas, quejándose con amargura del Pontífice, que con la inconsecuencia mas notable frustraba como vicario de Cristo la empresa que alentó como consejero y sobrino de Leon X; pero sin atender á semejantes quejas, Clemente firmó con Francisco un tratado de neutralidad en que arrastró tras sí la república de Florencia. Francisco se reservó la ignominia de hacer inútiles todos los elementos que determinaban su auge con esa ambicion desmedida y loca que le hizo el juguete de sus prosperidades.

De repente concibe el disparatado pensamiento de atacar el reino de Nápoles, desmembrando sus fuerzas con el envío de seis mil hombres al mando del duque de Albania, Juan de Stuard. Pescara, general de un golpe de vista de verdadero génio, comprendia que la suerte de los imperiales en Italia dependia de la suerte del Milanésado y no de aquella amenazadora diversion, y aconsejó á Lanoy que esperasen á Borbon para marchar sobre Pavia. Dos mil alemanes reclutados por el duque reforzaron el ejército de Cárlos, y ya con iguales fuerzas parecieron aquellos tercios que el pasquin de Roma habia señalado prófugos ante los victoriosos franceses.

Los alemanes de la guarnicion de Pavia reclamaban el

pago de sus sueldos, amenazando con entregar la plaza al enemigo. El hambre desolaba á sus infelices moradores. Solo la lealtad de Leiva sostenia las águilas del imperio sobre aquellos muros, semi-arruinados por la artillería francesa. Socorrer á Pavia á todo trance, era la obligacion que se habia impuesto el ejército de Carlos: los españoles capitaneados por Pescara juraron perecer en el intento ó triunfar. Con tales disposiciones asaltaron la *villa de Castello Sant Angelo* que se rindió con la adjunta fortaleza; acercándose sin perder tiempo al campamento de Francisco.

Todos los capitanes experimentados del rey de Francia, le dieron el dictámen de que se retirara; evitando el choque con un enemigo que venia desesperado á buscarle. Con esperar algunos dias resguardado tras sus trincheras, los imperiales faltos de recursos, animados á pelear por las promesas del lucro de la jornada, y desesperanzados del combate en que cifraban el fin de su precaria situacion, promoverian un tumulto que diese por término el abandono de sus banderas. Francisco nada escuchó.—«*Me buscan; pues que me encuentren,*»—respondió á lo héroe de romance, y de entera conformidad con el consejo de Bonniwet, determinó aceptar la batalla á que le provocaban los caudillos del ejército de su constante rival. Algunos historiadores han escrito que Francisco aceptó el reto por cumplir su palabra á una dama de llevarle buenas noticias de Pavia.

II.

Trasladémonos á la tienda de campaña del duque de Borbon, frontera al castillo de Mirabel; en las altas horas de la noche del 25 de febrero de 1525.

Sentado ante una mesilla de tablero sobre pies de catre, escribe apresuradamente un militar de aspecto ceñudo y torbo lo que le dicta un apuesto capitán de caballos, que se pasea por la tienda con lentitud.

Todo revela en el amanuense al soldado germánico. Su
Carlos Quinto.

fisionomía es de esa típica nacionalidad, que constituye el stigmaté de las razas: largos mostachos rubios, ojos de un azul claro, colorados mofletes. Esa espresion flemática, que tanto caracteriza al alemán, ha sido reemplazada por la contraccion severa y dura del aventurero, que se hace pagar los riesgos de su vida, alquilada á los príncipes que se disputan la Italia, y que sin espíritu patrio, móvil generoso de los grandes hechos militares, la juega en aquellas azarasas jornadas por un puñado de escudos al fin de cada mes.

El capitán es un bizarro jóven, de rostro agraciado, estatura aventajada, y que realza su buena disposicion con un equipo bélico de los mas lujosos. Su armadura de acero templado en Africa, es de un trabajo admirable en su grabado y empavono, y está fileteada de plata profusamente. El birrete de terciopelo grana, que cae con singular gracejo sobre su oreja derecha, luce un joyel de bastante valor, del que sale vaporosa como los hilos de la gasa, una garzotilla de pluma de cisne.

La espresion fisionómica del capitán es de una bravura reposada: y en su mirada serena y de una fijeza suma, se adivina al hombre leal, y de carácter firme.

—Capitán Monte-fiorito, (dijo el escribiente con voz gutural) no falta mas que la firma de su gracia el señor duque.

—Está bien, cabo Wolfgang, (contestó Monte-fiorito.) Toma otro pliego y vamos á otra cosa.

El amanuense obedeció.

—Vamos á otra cosa, repuso el cabo mojando la pluma, y volviéndose á su gefe en signo de aguardar su dictado.

—Sr. coronel de voluntarios de Franconia, empezó el capitán.

Wolfgang se puso á la tarea.

—Franconia, repitió.

—De órden de su gracia, el general...

—El general.

—Cuidará V. S. que ningun individuo...

—Individuo.



Cárlos V.
lám. 11.

—De su cuerpo.

—Adelante.

—Que ningun individuo de su cuerpo, (volvió á decir Monte-fiorito) salga de su campo.

—Campo.

—Ni se comunique con otros soldados de los demas tercios alemanes...

—Alemanes.

—Ni españoles.

—Ni españoles.

El capitan se acercó á la mesa y reparó lo escrito, indicando su aprobacion con un movimiento de cabeza.

—Punto y aparte, dijo continuando sus pausados giros por la tienda.

Wolfgang tornó el rostro hácia su jefe.

—Al efecto, prosiguió el jóven.

—Efecto.

—Su gracia manda que ronde un oficial de toda la confianza de V. S. por el circuito del campo, á fin de....

—Poco á poco, mi capitan (interrumpió el cabo aturdido.) Mas despacio si se sirve vueseñoria.

—A fin de... concluyó Wolfgang.

—Buena memoria.

—No es mala. A fin de...

—Evitar que haya comunicaciones entre los demas tercios...

—Tercios.

—Y el que V. S. manda.

—Anda.

—Dios guarde, etcetera.

El amanuense siguió en la forma de costumbre.

—Ya está, dijo levantándose de su asiento.

Monte-fiorito ocupó su lugar para la autorizacion de la órden con su firma.

Mientras el capitan escribia el cabo empapaba en tinta el sello de la comandancia general alemana, que estampó en la cabeza del márgen del oficio.

—Que cerrado conduzcan este pliego á su destino, repuso el secretario de su gracia, el duque de Borbon, cediendo al cabo su puesto en la mesa.

En un instante fué la comunicacion doblada, metida en un sobre, lacrados los picos de la cubierta y dirigida por conducto de uno de los ordenanzas, que en diferentes grupos mantenian recatadas conversaciones á la puerta de la tienda de su general.

—¿Recordais bien el testo de esa orden? preguntó á Wolfang Monte-florito.

—Perfectamente.

—Pues en ese caso estended cinco en sentido análogo para los coroneles de Altemburgo, Trisia, Sajonia, Hungria y Friburgo, mientras que doy una vuelta por los alrededores del Consejo.

—Entendido, mi capitan.

—Pronto doy la vuelta: tenedlo todo preparado para cuando yo regrese; firmo y á su destino cada orden.

El cabo se inclinó en señal de respetuosa obediencia.

Monte-florito evacuó el local con paso reposado; acariciando las hebras de ébano de su sedoso bigote, que rodeaba en dos rizos los bien dibujados contornos de su boca; tarareando uno de esos aires de los montañeses lombardos, tan dulcemente monótonos como el arrullo de la tórtola en umbrosa enramada.

Al salir el capitan se oyó el golpe de la alabarda del centinela hiriendo el suelo en el saludo militar, y calló el susurro de las conversaciones de los ordenanzas.

—¡Rayo de Dios! (murmuró el cabo de la escolta del duque con acrimonia.) ¡Buen animal he sido en incorporar me al estado mayor de su gracia! Trabajar cuando los demas reposan, y el dia del bateo adelante!

El aleman se encojió de hombros, comprendiendo las ventajas de la resignacion en los casos irremediables, y poniéndose á trabajar con esa fé del que cumple de todas veras con los encargos que se le confian.

Apenas terminadas tres comunicaciones apareció en la tienda un arcabucero de Pescara, con su arcabuz al hombro, y un abultado pliego en la mano.

Al ruido de su pesada arma que descansó en tierra, Wolfgang tornó la cara con sobresalto.

—¡Ola! dijo examinando con curiosidad al arcabucero.

—¡Ola! contestó el español con la arrogancia de los valientes.

—¿Qué trae de bueno el señor del arcabuz?

—El corazón y el brazo, replicó con despegado tono el ibero.

—Dios se los conserve, repuso Wolfgang.

—Amen, concluyó el ordenanza de Pescara.

—¿A qué viene?

—A entregar este oficio para su gracia el señor duque de Borbon de mi general el marqués de Pescara.

—Venga pues.

—Vaya.

El cabo examinó curiosamente el sobrescrito.

El arcabucero se quitó el bacinete y sacando un roto pañuelo, limpióse el sudor que corría por su rostro en copiosa abundancia.

El equipo de aquellos dignos hijos de España no podía ser mas sencillo. Sobre la coraza traían un sayo á modo de camisa con medias mangas, de color blanco, y de franela en cuyo distintivo se reconocían de noche en las acometidas misteriosas, y aventurados saltamientos á que les guiaba su intrépido general. El arcabuz era sumamente pesado, y para sostenerle llevaban una horquilla sobre un baston que terminaba en pica para clavarle en tierra; como para prender fuego á la chimenea ó bombilla tenían un manojo de mechas, asido por una hebilla al cinturon.

—Está bien, señor español (esclamó Wolfgang.) El pliego será entregado á su gracia.

—Me alegro.

—¿Cómo vamos de sueldo?

- A las mil maravillas.
- ¡Bah!
- No haymas *bah* que es lo cierto, señor cabo; aquí os paga el emperador; allá nos paga el rey de Francia.
- ¡El rey de Francia!
- Francisco primero. Entramos de noche en su campo y despues de armar la de Dios es Cristo nos traemos lo que hay por el camino: alhajas, víveres, dinero y hombres; así se va pasando.
- Por eso dormis todo el dia como lirones en invierno.
- Cabalmente.
- Para salir á merodear en camisa.
- Para salir á merodear en camisa?
- Para salir á buscar que comer, ya que nuestro pan os lo damos: dijo el arcabucero con gesto desdeñoso.
- Wolfgang murmuró un juramento germánico.
- No hay mas jurar, que es positivo. Nosotros, los españoles, no cobramos la soldada, y hemos cedido nuestros atrasos en beneficio vuestro. Esto lo sabe todo el ejército imperial, señores mercenarios de Alemania.
- Cada cual es dueño de su vida.
- Concedido. Vosotros la vendeis: nosotros la damos.
- ¿Por qué dejasteis marchar á los prisioneros que hicisteis en vuestra última sorpresa nocturna al campo francés?
- Bastante oposicion hubo entre nosotros.
- El prisionero es propiedad de quien le rinde.
- Está claro. Sin contar que habia pájaros muy gordos: cinco jefes de tercios; dos señores, y seis ó siete hijos de dignatarios.
- ¡Rica presa!
- Los tambores y trompetas del enemigo que llegaron al campamento al dia siguiente, venian ofreciendo rescates cuantiosos. Por un hijo del mariscal La Paliza, á quien yo prendí, daban dos mil y quinientos escudos....
- ¡Sangre y trueno! ¿y por qué consentisteis en soltarle sin hacerle pagar la libertad?

—Porque lo mandó el marqués: respondió el arcabucero con ese tono decisivo que excluye toda idea contradictoria á una voluntad irresistible.

—El marqués, el marqués, repitió con sorna Wolfgang.

—El marqués que nos hizo presente que habia algunos imperiales prisioneros de los franceses malditos, y tratados con la mas inicua dureza....

—Por lo mismo...

—Por lo mismo deseaba que diéramos una leccion de generosidad á los gabachos, y....

—Necios! (esclamó el alemán). Y por ese deseo abandonásteis tan pingüe ganancia! Fuego de Dios!

—El marqués hace de nosotros lo que quiere.

—Ya se conoce, interrumpió con sarcasmo Wolfgang.

—Nos dejaríamos hacer trizas por él (añadió el arcabucero con animacion entusiasta) porque es un leon ¡Vive Cristo! Duro como una peña, fuerte como un Sanson; chancero como una cantinera andaluza, y luego hablando á el alma; diciendo unas cosas que.... vamos; en un minuto nos hace llorar como mugeres ó reir como chicuelos. Cuando nos dice ¡España; adelante! nos convierte en fieras.

—Ya; ya sabe llavearos.

—Aquello no es un general ¡vive Cristo! Es un camarada. Se ofreció trepar por los muros de Santangel y allá vá mi marqués con su espada y una rodela muy cuca; con su calavera y dos huesos cruzados: allá vá con una buena armadura... sí... escelente: calzas de grana y jubon carmesí, como si fuéramos á un baile. ¡Y qué baile! por Santiago! Las piedras y las balas llovian: hondas y arcabuces no se daban tregua en sus disparos, y mi marqués delante de todo el mundo en el escalo y en la brecha. ¿Quién dejaba allí aquel diablo! Arriba hijos, y arriba todos. Cayeron seis ó siete. El capitan Quesada, una especie de lucifer en las jaranas de esta clase, se mete entre el marqués y el portillo para entrar el primero. Facil fuera.—Capitan Quesada (le dice el general cojiéndole por un brazo) buen amigo es el

que quiere quitar la honra á su amigo. Dios no me ayude si tal consiento.

—Eso sí (repuso Wolfgang con íntima convicción) es un héroe!

—¡Y en Melza! ¡Cuerpo de Cristo! (esclamó el arcabucero, inagotable en punto á elojios de Pescara). Nos habíamos dejado los zapatos en la nieve del camino... ¡Qué camino!... El del infierno en su comparacion es un jardín. Llegamos al río, y allí empezó lo bueno.—Meten las piernas en el agua los de primera fila ¡¡ooof!! Parecia que nos cortaban los huesos.—Entre el demonio en el agua, dijimos nosotros haciéndonos atrás. Entonces el marqués se apea de su cuartazgo, y hace á la caballería que se ponga en hilera á lo ancho de aquella corriente que arrebatava cada témpano de nieve como el tablero de esa mesa.—Ea, señores, haced todos como yo—esclama con su risita de niño Jesus, y metiéndose en el agua echa á andar como dama por tapiz flamenco. Era una mala vergüenza mostrarnos melindrosos ante aquel caballero de la primera sangre española, envuelto al nacer en paños de Olán y mantillas de brocado: criado entre el terciopelo y el tisú de oro, y que se zambullia en agua de nieve, como quien se baña en agua de rosa. Cerramos los ojos y ¡plun! allá vamos todos. En medio del río el agua daba á los pechos. Todos marchábamos en silencio dándonos al diablo; sin chistar por temor de que se nos helara el aliento en la boca; sosteniéndonos en los caballos, que hacian sus pasamanos de mi flor, y el marqués canta que canta:

Que malos moros me lleven
 en dura cautividad
 si lo que intente el mas hombre
 no consigo ejecutar.

—Sí; es un héroe (repitió el cabo germánico); pero ni el mismo Julio César me hace soltar gratis un prisionero por quien me daban de rescate dos mil quinientos escudos.

—¡Tiene un modo de decir las cosas ese diablo de marqués! Cuando nos llamó para proponernos la devolucion de los presos sin precio de libertad, nos quedamos asi... como disgustados! como...

—Es muy natural.

—Como quien dice, *no me acomoda*, sin decirlo. Mi marqués frunce el entrecejo, se levanta echando un voto, y dice: —¡Mala canalla! ¡vais á regatear por sardinas habiendo salmones en la red! Bergantes. ¿No están ahí tres reyes, el de Francia, el de Navarra y el de Escocia, para ponerles tasa á vuestro sabor?—

—Ya lo contaba por hecho, interrumpió Wolfgang con sonrisa burlona.

—Uno de nosotros cedió la presa. Nadie quiere ser menos que nadie. Siguió el uno; luego el otro; yo el cuarto, y por último, todos entregaron sus franceses, y Sacramento del altar.

—Como cedieron el sueldo; como cedieron parte de los viveres; como cedereis las camisas si él os la pide. Sois unos majaderos, señores del arcabuz.

—Señor cabo de tudescos, (dijo el español empezando á enojarse de aquellas frases poco mesuradas. Quisiera veros incorporado á nuestra cuadrilla, y que os hablara el marqués, como su señoría lo hace cuando quiere, y mal año para mí si no os arrojábais de lo alto de una torre en cuanto os lo demandara dos veces.

—¡Bah! replicó el tudesco.

—¡Vive Dios! (insistió el del arcabuz.) Al pasar hoy revista se llegó á nosotros como se llega un camarada á sus camaradas.—¡Ola muchachos! Mañana es viernes, nos dijo. —Por todo el día, respondió el truhan de Diego Pardo.— El caso es que es día de vigilia y no tenemos mas que carne de caballo, y esa no muy buena—contestó.—A caballo presentado no hay que mirarle el diente, saltó el capitan Quesada, que es duro como un trozo de hierro.—¡Vaya! dijo el marqués sin quitarnos ojo: ¿Qué os parecería si nos

fuésemos á comer de vigilia al campo de los franceses? ¡Viva! gritamos entusiasmados.==¡Silencio en las filas! clamó el capitán Oropesa, veterano endiablado, que es una ordenanza ambulante. El marqués prosiguió:==No es mala idea la mía ¿verdad? Allí tienen pan de sobra, y excelentes truchas, y riquísimos carpiones del lago de Pesquera.

—Allí están guardados para vosotros, respondió Wolfgang moviendo la cabeza en ademán irónico.

—Pues allá iremos mañana (replicó el arcabucero en decisión enérgica.) Iremos, sí; porque el marqués nos aseguró que así lo propondría en el consejo de esta noche, y el marqués cumple lo que promete.

—Aquí manda su gracia el duque de Borbon, y si él se opone al voto del marqués, comereis carne de caballo mañana como todos los días, señores arcabuceros.

—Apuesto doscientos escudos, precio del prisionero decente á quien eché mano, que mañana damos un meneo de gusto á Mincer Francisco y á su tropa.

—No apostaré yo tal; porque todo pudiera suceder.

El arcabucero se echó al hombro su arma, y arreglando los pliegues de la camisa de franela, que sobre sus vestidos traía se dispuso á salir.

—¿Se os ofrece alguna cosa para el campamento español? preguntó al germánico.

—¡Buen viaje!

—Hasta mañana, que según todas mis conjeturas, nos veremos en el calor de un trance apretadillo.

—Guardadme algunas truchas de las que cojais á los franceses.

—Lo haré si puedo, señor alemán; porque como dice un proverbio de mi país=*no se cojen truchas á bragas enjutas.*== y pudiese acontecer que yo no estuviera en disposición de llevaroslas, como podría ser que vos no quedarais en guisa de recibirlas...

—Adios, dijo Wolfgang, volviéndose á seguir sus interrumpidas comunicaciones.

—Dios le guarde, contestó el arcabucero, dejando solo al amanuense del capitán Monte-fiorito.

—¡Marrano español! murmuró el alemán poniéndose al trabajo

—¡Canalla de alemanes! ¡Vaya una granuja! dijo para sí el arcabucero al salir de la tienda.

Parándose un poco á la salida, advirtió á lo lejos y en dirección á Pavia una llama súbita como la que resulta de prender fuego á una masa de pólvora.

—Señal tenemos, (esclamó pensativo.) ¿Qué diantre será? siguió con la vista fija en aquel lejano punto del horizonte, de donde habia brotado la llama; otra llamarada partió de parte opuesta.

—¡Ola! ¡ola! (continuó pensando el español.) Esto significa algo.

Al cabo de algunos instantes una tercera llamarada iluminó el espacio á igual distancia de la segunda, que esta de la primera.

Pavía anunciaba de este modo que habia penetrado en sus murallas el capitán Arriano, que á riesgo de su vida, y disfrazado de soldado de Joanin de Médicis, llevaba la comisión de prevenir á Leiva las determinaciones ofensivas del ejército imperial contra Francisco primero; quedando convenidas las señales con que el campo español se debia de significar á la ciudad sitiada lo que se acordara en el consejo de guerra de la noche. El arcabucero no apartaba la vista del extremo del horizonte en que brotaron las tres llamas.

—Paso, le dijo una voz sonora con imperio.

El soldado se apartó.

El capitán Monte-fiorito penetró en la tienda.

—Decididamente, no hay mas fuegos (murmuró el español.) La señal ha concluido.

Emprendió el camino hácia su campo; pero al pasar la primera hilera de tiendas, y en un claro á especie de vasta plazoleta, advirtió un grupo que parecia trabajar asiduamente en sigilosa operacion.

Movido por la curiosidad, dirigióse con premura á la colina en que los incógnitos se hallaban embebidos en su faena: cabalmente en el sitio mas elevado del terreno en que se alzaban los campos imperiales, y desde el que se dominaba toda la campiña; columbrándose Pavia allá en lontananza como esos fuegos fosfóricos que en la oscuridad de la noche exhalan las sepulturas.

—Atrás! exclamó uno de los misteriosos operarios viéndolo llegar al arcabucero.

El español siguió imperturbable su marcha.

—Atrás, se ha dicho, gritó uno de los desconocidos con acento colérico.

El arcabucero se estremeció al eco de aquella voz de vibracion fuerte y que conoció al momento, quedando inmóvil como una estatua en el punto en que le fue dada la orden segunda de parar su exploracion.

Los desconocidos se apartaron á buen trecho de la cima de la colina en que solo quedaron dos bultos: el uno sin movimiento; el otro agitándose en torno del objeto fijo. De repente el bulto movil se hizo atrás: una mecha fuese acercando á el otro, y al resplandor de una llama que se lanzó al espacio silvando en su impetuoso ascenso, vióse al duque de Borbon con la mecha en la mano, que miraba los efectos de la combustion de la pez, pólvora y azufre contenidos en un enorme brasero; con cuya señal se notificaba á Pavia que al dia siguiente se jugaria al azar de una cruenta batalla, su destino futuro, del que estaba pendiente la suerte del imperio en los asuntos de Italia.

El arcabucero no quiso ver mas, y siguió su interrumpida ruta; mientras que el duque tornaba á incorporarse con sus edecanes; tomando el camino de su tienda á cuyo dintel despidió á los que le acompañaban, diciéndoles:

—A tomar una hora de descanso, señores, que bien lo habemos menester para el dia que nos espera.

Los gefes desearon algun reposo á su general y se alejaron en diferentes direcciones á escepcion de uno.

—La Motte, dijo Borbon con acento cariñoso, entrad.

Wolfgang habia terminado su tarea, y firmados por Montefiorito los oficios á los coroneles de los cinco cuerpos alemanes, los conducia en la forma correspondiente para entregarlos á los respectivos ordenanzas.

El capitán leia la comunicacion traída por el arcabuzero y que daba parte al duque de que las tiendas, chozas, pertrechos inutilizados debian arder dentro de una hora para engañar á los franceses que con esto creerian que se quemaban los alojamientos por los imperiales para retirarse, evitando la batalla; convencidos de la inutilidad de sus fuerzas para socorrer á Pavia.

—¿Qué es eso, Montefiorito? preguntó el duque á su secretario.

El capitán levantándose del asiento invitó á ocuparle á su gefe, alargándole la comunicacion.

Borbon aceptó el sitio y tomó la carta.

—Sentaos La Motte, dijo á su favorito con estremada afabilidad.

—La Motte se dejó caer sobre una pila de almohadones de tela grosera rellenos de paja.

—Wolfgang.

—¿Qué manda vuestra gracia?

—Prevenid á mi escudero Laon que venga luego: necesito vestir la armadura de combate... ¡Ah! le direis que saque de mis arcas el sayo de bayeta que aun no estrené.

El cabo salió á cumplir la recibida comision.

—Id á tomar algun descanso, mi buen Montefiorito, continuó el duque.

—¿Nada tiene que ocuparme por ahora vuestra gracia?

—Nada absolutamente.

—Pues hasta luego, replicó el jóven saludando con noble marcialidad á su caudillo, y haciendo un signo amistoso á la Motte, que le correspondió con graciosa benevolencia, desalojando el local con paso mesurado.

El duque se puso á leer la comunicacion del campo

ibero. La Motte, en tanto se entretenía en limpiar con su guante de piel de gamuza, la dorada hebilla de su cinturón.

El duque, que era digno del sobrenombre de *Marte Frances*, que por las damas se le había dado en la corte de Francisco de Valois. Hombre de una estatura atlética, de proporciones típicas, tenía la traza mas arrogante y mas a propósito para imponer la veneración á sus tropas y el terror á las enemigas.

Forzudo como un Hércules; ligero como un hijo de las montañas criado entre los corzos; ginete infatigable; diestro en el manejo de todas armas; Borbon era un soldado en la acepción mas heroica de este vocablo. Como general el excondestable francés reunía á sus brillantes talentos una experiencia poco comun, y la resolución mas poderosa. En todos conceptos Carlos de Borbon era un hombre extraordinario, y si la nota de traidor no pesara sobre su fama, la posteridad no hallaría muchos hombres de su mérito á quienes alzar monumentos de recordación gloriosa.

La fisonomía del duque era de una hermosura viril, majestuosa belleza de los predestinados á la distinción á quienes la naturaleza pródiga preindica con sus dotes para los fastos de la celebridad. Pero en aquel rostro de grande hombre habían impreso sus terribles huellas todos los pesares que pueden abrumar el alma de la criatura humana, y en todas las situaciones de Carlos de Borbon se notaba el efecto de esas acerbas pesadumbres, que hacen imposible la expresión afectuosa de la mirada; que juntan las cejas en una habitual contracción sañuda; que destierran para siempre del lábio la sonrisa franca; que escluyen de la faz toda animación expansiva.

La Motte sin tener nada notable en sus facciones, indicaba mas que suficientemente una perspicacia singular en el movimiento de sus pequeños ojos.

Borbon arrojando lejos de sí la comunicación de Pescara, se levantó acercándose á su primer ayudante.

—Llegó la suspirada hora, exclamó con eco sombrío.

—Llegó por fin, respondió La Motte.

Los piqueros marchan cautelosamente á derribar el muro del parque, para abrir camino á la esplanada á nuestro ejército, ganoso de combatir con sus triunfantes adversarios.

Pescara previene su incontrastable infantería, esos tercios españoles que conduce á morir sin un escudo en la escarcela. Lanoy revista sus lanceros y los continuos de Nápoles. Hernando de Alarcon arregla sus hombres de armas. Yo formaré bien pronto mis compañías germánicas, y mi estado mayor á que vendrá á incorporarse el marqués del Vasto. La aurora nos sorprenderá en orden de batalla junto á Mirabel, y el sol alumbrará el sangriento duelo... ¡Gracias á Dios! mi deseo se cumple; mis votos se realizan. He querido penetrar hasta el corazón de la Francia para hallarme cara á cara con ese hombre: para hacer chocar mis fuerzas con las suyas hasta encontrarle á mi paso, hasta dejar mi corazón en la punta de su espada, ó llevarme su infame cabeza en la gurupa de mi caballo. El destino implacable que me persigue ha frustrado mis cálculos. Yo retrocedí despechado, y él quedó orgulloso tras los amagos de mi encono. Pero ahora no será, no puede ser así... Tiene que pelear sin mas remedio... Ofreció la batalla; nos desafió el insolente. Allá iremos, rey que te engries con el dictado de primer caballero de la Francia; que te vienes á batir rodeado de reyes y príncipes con las galas de los torneos; que mandas carteles de reto y prometes veinte mil escudos de gratificación, al que salga á contrastar tu brio. Esperáanos Francisco de Valois. Pescara lo prometió por bizzarria, yo lo acepto por necesidad el entrar en lid contigo; por necesidad sí. ¡Rayo de Dios! porque tú y yo no cabemos en el mundo: es preciso que uno muera para que el otro viva...

—Hacia tiempo (interrumpió La Motte) que vuestros ódios no rebosaban al lábio tanto que creí estinguido el rencor.

—Estinguido! (repitió el duque con sorda furia) ¡No es

él el hijo de esa impura Luisa de Saboya, que aborrecia de muerte á mi familia porque Ana de Bretaña la consagraba estimacion? ¿No es él quien bajamente envidioso procuraba rebajar todos mis actos, ya que no podia salir obscureciéndome? No es él quien testigo de mis hechos, en Marignan los desconoció hasta negarme el mezquino premio de la mencion honorífica? ¿No es él quien me hizo llamar de Milan, en cuyo gobierno apuré todos mis recursos para recibirme con la indignidad mas torpe, retirarme mis sueldos, y dar al inútil Alenzon el mando de mis tropas? ¿No es él quien tuyo la audacia de declararme el amor de su impúdica madre, y exijirme que me desposara con aquella execrable Mesalina? Y cuando exasperado por tan ultrajante proposicion le digo que nunca uniria mi diestra con la de una muger desopinada ¿no puso su mano en mi rostro, último agravio que á un hombre puede hacerse?

—¿Es posible! exclamó La Motte que ignoraba esta cruel ofensa, inferida al duque por el rey.

—De ahí datan las persecuciones tremendas de que he sido objeto. La prostituta y su vil aliado el canceller Duprat recurrieron á los tribunales, que afiliaron á la obra de mi ruina. Bajo frivolos pretextos secuestraron mis bienes; declaróse que una mitad debia revertir á la corona, que la otra tocaba á Luisa por parienta de mi difunta consorte, y ese monarca menguado, juguete de su villana madre, dejó que se dispusiera del honor y la fortuna de su camarada de armas, como el hipócrita me solia llamar en sus raptos de mentida ternura.

—Basta, señor, dijo La Motte temiendo por su gracia las resultas de una escitacion tan violenta.

—No basta, (respondió el duque). Es preciso que mantenga vivos los recuerdos de tantas injurias en la vispera del desagravio; porque ese hombre y el mónstruo que le dió el ser, me tienen aquí entre mis naturales enemigos, contra mis hermanos; porque ellos han hecho sucumbir mi honor, á mi sed de venganza; porque soy un miserable trai-

dor, y mi oprobio es obra suya; ellos me han hecho retroceder paso á paso de la senda de los buenos, para precipitarme en el abismo de la desesperacion, y de allí á la ignominia; porque forzándome á trocar la banda blanca de Francia por la roja del Imperio, el corazon que late bajo la última, no alienta por la gloria, sino por el afan de devolver el inmenso mal que le han hecho.

El duque calló de repente; se repuso de su emocion, y concluyó con acento lúgubre:

—La Motte, la suerte está echada, y Dios debe decidir nuestro litis. Mañana ó Francisco de Valois ó Cárlos de Borbon: no hay mas medio.

El escudero Laon, entró con la armadura para vestir á su gracia.

III.

Despunta el alba.

Viacampo, Herrera y Gayoso, capitanes nombrados por el marqués de Pescara para velar el campamento, é impedir tanto las escursiones como la incursion, se acaban de incorporar con los guardias á sus tercios respectivos ante la brecha abierta en el sólido muro del parque de la dehesa, propiedad de la suntuosa Cartuja de Pavia.

Salcedo y Santa Cruz, capitanes de las compañías de zapadores y arcabuceros, han concluido de destruir un buen trozo del muro de aquel parque estenso, que por una parte confina con Grabalon, rio tributario del Tessino, y por la otra sigue hasta Pavia por medio de una cerca de regular altura y respetable espesor.

Hácia la mitad de la dehesa Mirabel, casita rústica, convertida en fortin, rodeado de un ancho foso que merced á un arroyo próximo puede llenarse de agua, abriendo las compuertas de un subterráneo conducto. El ejército francés, que rodea la ciudad se interna en el parque y tiene alzados gran porcion de sus reales en su recinto. Acá y allá se descubren pequeñas arboledas, que en el espacioso terreno en que se levantan parecen grupos de gigantescos combatientes

descansando en fracciones en aquellos dilatados llanos. Fuera del parque todo es viñedos, espesas arboledas y tierras labradas, incapaces de servir de teatro á la jornada terrible que se apercibia.

Conforme á las órdenes del Consejo fueron quemadas las tiendas, chozas y pertrechos inútiles, sucediendo lo que habian previsto los generales de don Carlos; que los franceses anunciaron á su rey la retirada del ejército imperial, y que Francisco gozoso de su soñada victoria contra el dictámen de los capitanes viejos, despues de mil burlas sobre el parecer que le habian dado, dejó hasta el dia el arreglo, de una expedicion, que persiguiera á sus fagitivos adversarios hasta espulsarlos de los estados milaneses.

Los tercios y escuadrones han ido llegando por vez encamisados, y formándose junto al muro que abatian los piñeros, con gran dificultad y cuidadosas precauciones. La noche ha sido serena, pero estremadamente fria; pareciendo de una duracion enorme á la impaciencia de los que aguardan con ansiedad los acontecimientos que penden de la aparicion de la luz divina. Los capellanes de las compañías, sentados sobre las cajas de guerra á retaguardia de formacion, escucharon las confesiones de sus subordinados espirituales. Ordenáronse testamentos en la forma reconocida para esta solemnidad en circunstancias escepcionales. No pocos enemigos se buscaron para conciliarse á la expectativa de un trance tan azaroso. El bizarro capitán don Alonso de Córdoba hizo conducir á las cercanías del parque á su manceba doña Teresa de quien tuvo dos hijos; desposándose con ella entre reciprocas demostraciones de afectuosa ternura. Pedro Caraez y Juan de Medina, que tenian apalabrado un desafio á muerte, convinieron en pedir licencia para salir al enemigo, diez y siete pasos mas adelante de fila y probar cuál de ambos era mas hombre. Los camaradas juntábanse á platicar de sus asuntos, haciéndose encargos, para el caso de perecer en la batalla. El marqués no habia disimulado á su tropa los peligros de la situacion, y entre

otras frases del discurso en que les pintó la inminencia de sus riesgos, usó una que sirvió de refrán en lo sucesivo.—
« Deme Dios cien años de guerra y no un día de batalla. »

La aurora disipa las nieblas de la noche. El portillo mandado abrir en la cerca, está terminado completamente y recojido en dos voluminosos montones el cascote de la demolición. El capitán Salcedo dió aviso á Pescara de haber cumplido sus mandatos, y el marqués con cinco banderas de españoles, y cinco de alemanes, penetró por aquel hueco en el parque, en reconocimiento del campo. Ha mandado parar la gente, y él solo guarecido en la espesura de una reducida arboleda consiguió descubrir que los tercios franceses se formaban con lentitud, sacando del campamento la artillería, y previniéndose á picar la retaguardia de aquel ejército imperial que suponían en retirada, y que venia á presentarles el combate.

El marqués tornó á los suyos para arreglar los batallones. Separó los tercios de España de los tudescos, y queriendo dividir en dos partes su infantería mandó al jefe de los peones italianos que por ser ellos pocos se agregasen mitad á una y mitad á otra de las dos masas.

Violentos murmullos en las filas de las compañías de Italia, llamaron la atención del marqués que se acercó á ellas preguntando.—¿Qué significa esa bulla?

—Mi general (respondió el jefe), los muchachos resisten incorporarse con alemanes ni españoles.

—¿Cómo es eso!

—Dicen que si la batalla se pierde llevarán la carga por disculpa de unos y otros, y si se gana, lo que Dios quiera, llevarán la gloria las dos naciones; sin que nadie se acuerde de ellos.

—¡Nada! clamaron los mas audaces; ¡honor ó deshonra por nuestra cuenta! Solos formaremos un solo cuerpo.

—Está bien, repuso Pescara.

—¡Viva! gritaron aquellos pundonorosos militares.

—¡Silencio! (repuso el marqués.) Señor Papapoda, con-

tinuó dirijiéndose al jefe) además de vuestros peones cuidareis de la artillería, que mandaré se os incorpore. Me respondeis de las piezas con el valor de esta buena gente.

El entusiasmo de los italianos estalló en otro viva al héroe español, quien volviéndoles la espalda dió comision á un ayudante para que continuase entrando en el parque el ejército, explorado el terreno con entera felicidad.

Cárlos de Lanoy, virey de Nápoles, arrogante señor flamenco, iba precedido de seis trompetas en traje de grana y amarillo, con bandoloras de raso en los instrumentos, y en ellas bordadas las armas imperiales. El virey traía cubierta la espléndida armadura, con un sayo de brocado carmesi, profusamente galoneado de oro. La parte de armadura que envolvía los brazos era de una labor esquisita por su prolijidad y riqueza. De su almete salía un penacho rojo y jalde que ondeaba al soplo del frío viento matinal. Cabalgaba sobre un fogoso ruano, encubertado con ricas mantas de los espresados colores, entre cincuenta alabarderos; infantes que al romper la accion tenian prevenido recojerse á la seccion de infanteria mas próxima. Seguian en vistoso escuadron á Lanoy doscientas lanzas, y hasta otros cientos entre continuos de Nápoles y caballeros de la corte vice-real.

Cárlos de Borbon, lugar-teniente de su magestad Cesárea, iba en el puesto que le correspondia segun su rango; á la cabeza del segundo escuadron en batalla, compuesto de doscientos lanceros y entre un numeroso estado mayor, cuyo jefe inmediato era el marqués del Vasto, sobrino de Pescara; que condujo al mando del duque una seccion de gendarmeria española. Todos los ayudantes de campo del duque habianse aderezado lo mas suntuosamente posible; no solo por decoro de sus personas, sino por emular con los gentiles hombres franceses, que desplegaban extraordinario boato en honra de aquel principe tan afecto á los alardes de la fastuosidad. Armaduras costosas; sayos de preciadas telas, ornados de lujosa pasamaneria; gualdrapas de admirable trabajo; plumas rarísimas, de una longitud increíble, y una

vaporosidad asombrosa... Todos los prodigios en fin de la opulencia militar de aquellos tiempos. Y en medio de aquel tropel de caballeros radiantes, el lugar-teniente del emperador marchaba sombrío como el paladin de la venganza; no ufano como el campeón que busca la preza de los buenos entre el estrago de las revueltas jornadas. La armadura negra hacia sobresalir los brazos y las piernas de Borbon, saliendo



del sayo de franela blanca, que ajustándose á la cintura por el tahalí de cuero charolado, caía en faldilla sobre sus muslos. En lugar de cruzarse sobre el costado izquierdo los picos de la banda purpúrea, augusto signo de mando, que pasaban del hombro al pecho y espalda, Borbon se hacia distinguir por una calabera de paño negro, cosida al sayo al lado del corazon. Este simbolo que podia muy bien equivaler á la divisa—*«llevo la muerte en mi corazon»*—recordaba

aquel proverbio de rey sábio que dice:—*la senda de los que se divorcian de sus deberes conduce á la muerte.*—Negra era la pluma que descollaba en su almete: negro el corcel cuyos lomos oprimia.

El escuadron de retaguardia iba mandado por Alarcon, y le componian hasta doscientas lanzas. Don Hernando de Alarcon notable por su índole severa, vestia armadura de acero sin filetes, empavono, grabados, ni remates; una sobrevesta de terciopelo negro, sin un cordon que la guarneciese. En la cimera de su casco meciase una garzotilla de crines, teñidas de rojo y amarillo. El morcillo brioso que montaba resguardado por una pesada armadura, sacudia su arrogante cabeza, haciendo ondear un penacho de crines granas y jaldas, y resonar las cadenillas que aseguraban las riendas y bridas del corte de las hachas con que los peones solian quitar al caballero el réjimen de sus corceles de batalla.

Habiendo penetrado la fuerza montada en el parque, se dió la voz de *lanza en cuja* por los jefes, retirándose á los tercios de infantería los alabarderos que marchaban en escolta de honor al lado de los comandantes de divisiones. Avanzó á vanguardia, la caballeria ligera, fuerte de cuatrocientos hombres mandada por el marqués de *Civita di Sant Angelo*, que sobre un buen caballo castaño oscuro iba galan con un sayo de terciopelo carmesí como los paramentos de su cabalgadura, aunque descuidado en sus aprestos riñiese al animal con bandas de tissú, sin cadenas, ni seguros para un percance.

Fué dada la comision al marqués que reconociese la casa de Mirabel, desembarazándola de la gente que por fuera la guardaba, porque allí tenian demarcada su posicion los escuadrones. El reconocimiento tuvo el mejor resultado, pues la caballería ligera italiana puso en fuga á los destacamentos franceses, que rondaban por las inmediaciones del fortin. El marqués, despejado el campo, volvió á incorporarse al ejército; determinando el movimiento de las tro-

pas, con la noticia de su esploracion.

El marqués de Pescara, pidió á un escudero su caballo, que en retaguardia conducia un asistente. *Mantuano*, era el apelativo de aquel tordillo famoso, que como el *Bucéfalo* de Alejandro, y el *Babieca* del Cid ha consignado en la historia la participación en las hazañas de su dueño. *Mantuano* era una verdadera alhaja, y al pasar llevado de las riendas por un palafrenero ante las filas, seguíanle todos con mirada codiciosa, esclamando involuntariamente: ¡*Soberbio animal!*

La infantería española estaba formada en un solo cuerpo de hasta seis mil hombres, constituyendo la vanguardia. Pescara iba con su ordinaria divisa, calzas de grana y jubon de raso carmesí, con un sayo de tela de oro, recamado de preciosa pedrería, sus continuos gentiles-hombres y capitanes, formaban un estado mayor lucido hasta no más, marchando en orden riguroso tras del héroe, que haciendo escardear al diestro *Mantuano*, risueño como en vistosa cabalgata de justa real, alegraba los corazones de aquellos bravos hijos de la España, dispuestos á sacrificarse mil veces al mandato de aquel capitan, que emuló en la península italiana los arrojos prodijiosos del otro capitan apellidado *el Grande*: Gonzalo de Córdoba.

Detrás de los españoles, formando centro de batalla, seguían doce mil tudescos por *minheér* Jorge, animoso coronel germánico. *Minheér* Jorge era tan buen camarada en el servicio como en la cantina. Tenía asombrados á sus mercenarios por el valor de su brazo férreo, y la capacidad de su estómago. Al par se referían por sus admiradores, el día de gloria en que derribó con su formidable pica hasta treinta enemigos, uno tras de otro, y la noche de borrasca en que devoró la cena de siete oficiales, haciendo un lago de licor su cuerpo. *Minheér* no había nacido para general: carecía de inspiraciones propias, y nulo para comprender las combinaciones de grandes masas, no sabía moverse sin orden superior, en las perentorias circunstancias; si bien era el je-

se mas á propósito para mandar los alemanes; palanca irresistible en las jornadas de la época, por la obstinacion con que proseguian hasta morir todos la empresa á que un caudillo como *Minheér* Jorge los conducia. *Minheér* era el hombre mas cándido del mundo, y oyendo referir á un soldado italiano de Papapoda los portentos debidos á la devocion á San Francisco de Asis, se encomendó al santo prometiéndole entre cuatro ó seis espantosos juramentos llevar una pieza de su venerando hábito en la empeñada lid; con lo que se creia mas al abrigo de los azares guerreros que si hubiese encomendado su ánima á su ordinario patron San Bonifacio. *Minheér* á pié, con una pica digna de la diestra de Goliath, llevando sobre el sayo y el corselete una capilla de fraile francisco, pasó ante la caballería del virey, sufriendo impávido las chanzónetas de Lanoy y de sus ayudantes.

En la retaguardia venian hasta dos mil infantes italianos, capitaneados por Papapoda y César de Nápoles.—La artilleria marchaba á continuacion conduciendo las municiones sobre yeguas; á dos en fila, una con los costales de pólvora y otra con las balas acomodadas en capachos.

El desenfado militar abrumó á los artilleros, con las mas picantes chufletas.

Uno decia aludiendo á los serones de pelotas de plomo:

—Seor huésped, sírvame una racion de esas almóndigas.

—¿Dónde vá la compañía de Júpiter? preguntaba el otro con voz atronadora.

—Poco á poco, espanto de Francia, clamaba un tercero, al observar que algunas parejas de yeguas se descomponian.

—Allá lo veredes, espanta-moscas.

—Callen ginetes y hablen caballos que será mejor, contestaban los artilleros á los zumbones hombres de armas del virey de Nápoles.

El sol empezaba á resplandecer.

El ejército de Francisco avanzó por la izquierda en ór-

den de batalla. Frente á Pavia dejaban los franceses diez mil hombres para mantener el cerco, impidiendo tanto que los sitiados hiciesen una salida, cuanto que los imperiales destacasen algunas fuerzas en su socorro.

Monsieur de Alençon mandaba la vanguardia, compuesta de quinientos gendarmes, y cinco mil esguizaros, compartidos en tres masas. En el centro venia el rey, entre Enrique de Albret, rey titulado de Navarra, y el príncipe real de Escocia; el almirante. El mariscal La Palisse, el conde de Saint-Paul, el marqués d'Avannes, La-Trimoville, el Mariscal de Lescun, el Bastardo de Saboya, Fleuranges, Brion, Montmorency, Bonnivet, Aubiqui, San Severin, Lambese, Curton, Montejani, Bochepot, Lorges, Monpesat, Langey, y hasta sesenta caballeros, flor y nata de la aristocracia militar del reino vecino; ataviados con una opulencia inaudita, que eclipsaba con su suntuoso equipo el fastuoso monarca.

Iba Francisco primero sobre un caballo rucio, rival del *Mantuano* en bizarría y escuela. Sobre aquella armadura, trofeo de nuestra Real Armería, llevaba un sayo de brocado y terciopelo morado, á escaques; con FF. de terciopelo en el brocado, y de brocado en el terciopelo, ribeteadas de grueso cordon de oro. Del almete de su casco salia una pluma de tan extraordinaria longitud, que acariciaba con su remate las ancas del caballo. En el pendoncillo de su lanza de terciopelo morado, veíase la Salamandra en el fuego con el mote *nutrisco et estinguo*, su divisa, y por la otra haz del banderín, una F. de tela de oro con el mote: *ista vice et non plus*: (*esta vez y no mas.*) Esta vez y no mas, era el simbolo de aquel vanidoso engreimiento del soberano francés, que en una jornada se proponia quedar señor absoluto de la Italia. Un escuadron de dos mil lanzas seguian tras el rey y la nobleza. Avanzaban en hileras de combate quince mil tudescos, cruzado el pecho de una banda negra; bandera de muerte izada frente al enemigo; amenaza á los ojos, mientras no llegaba el punto de las obras. Diez mil

suizos les seguian, en formacion igual, componiendo el centro con quince mil italianos. La retaguardia la constituian como hasta diez mil bearneses y gascones, peones de tanto esfuerzo como constancia, cual lo supieron bien probar.

La artillería francesa era superior á la imperial en número de piezas, en calidad y servicio; constando de treinta bocas de mayor calibre, y otras varias entre sacres, falconetes y bastardas.

El marqués de Pescara picó espuelas á *Mantuano*, y se adelantó solo largo trecho. Al volver á su escuadron, encarándose con la primera fila les dijo:

—¿Sabeis el bando que acaba de echar el rey Francisco? Que nadie dé cuartel á los españoles.

Un murmullo de indignacion respondió á esta noticia.

El marqués continuó:

—Y añade el bando que quien reciba español á seguro de vida, será castigado con perder la suya. ¡Los presuntuosos! Ya piensan ternos en su poder, atadas las manos.

La furia de aquellos militares exalóse en un aterrador rugido, seguido del confuso murmullo de los mas próximos, que trasmitian la noticia á los mas remotos. Algunos entendieron la traza del marqués, pero se guardaron de contrariar el fingimiento. La generalidad creyó esta insolente halaraca de un rey tan amigo de aparatos y tan pródigo de romances ceremonias.

Los atambores tocaron á la orden. Recojiéronse á sus puestos los jefes y oficiales, y ese silencio solemne que precede á la decision del temible choque, reinó en el ejército imperial.

El ejército francés hizo alto. Las cajas de guerra repitieron el toque de orden, ya dado por los contrarios.

—Señor (dijo un ayudante á Pescara), grande recordacion tendrá el 24 de febrero de 1525, si no me engañan mis barruntos.

El marqués se sintió inspirado por un súbito pensamiento, que cual rayo de luz hirió su mente.

Tornó el caballo frente á las filas, y con semblante radioso, y voz enérgica, levantando en alto su luciente espada, exclamó:

—Muchachos, ¿no habeis pensado en la fecha de este día?

El silencio de la confusion dejó al general sin respuesta.

—Es el 24 de febrero (continuó con exaltacion el marqués.) El 24 de febrero de 1525. El 24 de febrero de 1500 nació el emperador.

—¡Viva el emperador! gritaron los españoles, atronando los ecos.

IV.

La infantería española se dirige á Mirabel, dejando á mano izquierda los enemigos, cuya artillería les ha causado alguna pérdida en vivos disparos. Va protegida por ella alguna artillería italiana, con objeto de hostilizar por el flanco á los franceses desde un altillo, próximo á Mirabel.

Los españoles atraviesan el arroyo, que cercano á perderse en el Grabalon viene hinchado, y estenso, dando el agua mas arriba de la rodilla, y se acercan á la casa fortificada, de cuyas inmediaciones desalojó algunos destacamentos, y mercaderes, la caballería ligera, mandada por *Saint-Angelo*. En el cerrillo pusieron las dos piezas que traian, y se dió principio al fuego. Las yeguas en que conducianse las municiones, espantadas del estruendo, dan á huir, sin que los asistentes fuesen bastante á retenerlas. El marqués avisado por un explorador de que Monsieur de Alenzon se dirigia hácia él, rodeando por detras de una arboleda para tomar el paso por donde entraron, y atacarlos por retaguardia, dá la orden de marchar, dejando á la infantería italiana para sostener la retirada de los demas peones, conteniendo á los adversarios apercibidos á la sorpresa. Españoles y tudescos á paso forzado se recojieron á la otra parte de Mirabel, avanzando en direccion opuesta á la ruta

de Alenzon, sus gendarmes y esguizaros; haciendo alto á buena distancia del punto amenazado por la vanguardia francesa.

Al ver llegar tal multitud de enemigos Papapoda, dijo lleno de sobresalto.—Bueno seria recojernos en alguna arboleda.—Un alferéz, que detras del capitán estaba formado le replicó.—¡Aqui firmes! Honra buscamos antes que vida. Para esto nos paga el emperador. Si volveis atras la cara os embuto la pica en el corazon.

Los enemigos atacan con ímpetu irresistible. Dos veces son rechazados, con notable pérdida; pero alentados por el corto número de la gente de Italia, repiten el ataque con mayor encarnizamiento; entrando por las filas como leones famélicos; derribando piqueros y gente de alabarda; aunque dejando tendidos á buena parte de los suyos. Deshechos los italianos, abandonan la artillería, y César de Nápoles conduce un cuerpo en retirada al que van uniéndose los fugitivos y dispersos de la desbaratada formacion en lineas de combate.

Los franceses se apoderan de la artillería, disparan las piezas contra los imperiales, y dan el grito de ¡*Francia y victoria!*— El virey noticioso de aquel descalabro, hace partir á su ayudante Aguayo, para que comunique al marqués de Pescara la órden de recojerse á toda prisa en el fortin de Mirabel; manteniéndose allí en seguridad.

Aguayo llega á todo escape y transmite á Pescara las instrucciones de Lanoy. El marqués con la viveza de su talento militar comprende el absurdo de aquella órden. Una vez recogida la infantería á Mirabel, ademas de desamparar la gente de armas, en gran manera inferior á la francesa, se espone á sufrir un bloqueo que no podria resistir dos dias, si perdida la batalla, los enemigos, se volvian contra la fortificacion.

—Señor, continuó (respondió el capitán Aguayo en voz que todos lo entendieran), decid al virey que acometa con su gente, que yo seré luego en su ayuda.

El ayudante salió con la rapidez de la flecha.

—Reniego de los flamencos, murmuró Pescara iritado.

Con la misma celeridad volvió Aguayo con la respuesta del virey.

—Señor (dijo con aliento fatigoso), el virey manda que V. S. tome luego á Mirabel como lo dice; que lo demas seria ir á buscar la muerte á sabiendas.

No pudo reprimir su ira el marqués al escuchar tan pertinaz mandato, y con centellante mirada y ademan resuelto le respondió:

—Capitan Aguayo, decid al virey que acometa á sus enemigos; que pues la muerte no deja de alcanzar á los que huyen, mas vale buscarla con honor, que huirla con afrenta.

—Adelante, mis leones (esclamó dirigiéndose á su heroica infantería), vamos á la batalla.

El continuo se dirigió á todo correr de su caballo hácia los escuadrones de Carlos de Lanoy.

Pescara hizo apaar á sus ayudantes, continuos y escuderos, incorporándolos á la tercera fila; pasando el arroyo con toda diligencia, y mandando salir delante sus arcabuceros, á cuya cabeza se puso, llevando al estribo derecho á Juan de Medina, y al izquierdo Pedro Caraez, los que cual dicho queda, pidieron licencia para mostrar en rivalidad sus bríos.

Viendo en tierra una lanza de hombre de armas, arrojada al huir por algun tráfuga, pidió á Caraez que se la diera. Púsola en la cuja, y la enristró al aire varias veces. No debió quedar contento de ella cuando la arrojó lejos de si, diciendo:—¡Fuera estorbos!—y sacando la espada examinó con satisfaccion su fino corte, y buen temple al blandirla.

En tanto Aguayo llegó al virey con la respuesta de Pescara; la cual oida por él se volvió á su caballería esclamando:—«Ea, señores; aquí del auxilio de Dios. Haced todos lo que yo hiciere, y cumplamos como buenos»—y llamando á Waldreins y Fezzolin les mandó llevar á Borbon y á Alarcon

la órden de atacar. Despachados estos mensajes, Lanoy hizo sobre sí la señal de la cruz, y se adelantó en el mejor ordenamiento á encontrar el centro francés. Cuando Wal-dreins mandó empeñar la batalla al duque de Borbon, este valiente caudillo que maldecia la tardanza en venir á las manos con sus compatriotas, levantó las manos en alto con la efusion mas ardiente de gratitud.

—¡Gracias al cielo! (esclamó con frenético alborozo.) Rey sin fe, caballero sin honor (añadió tendiendo el brazo hácia sus enemigos.) Voy á buscarte para verter tu sangre vil.

—Señores (prosiguió volviéndose á sus ayudantes con acento terrible), ninguno de vosotros toque al rey de Francia: es mi presa. Su vida me pertenece.

—Soldados, (continuó cada vez mas enardecido.) Cinco mil ducados prometo al que me entregue las cabezas de Montmorency y Alenzon; cinco mil ducados.

A su señal los clarines tocaron á marcha al galope.

Hernando de Alarcon avanzó en órden inmejorable tras del centro al mando del duque, como lugar-teniente imperial.

Francisco primero dirijiéndose á la artillería, mandó á Enrique de Albret, al conde de Saint-Paul y al mariscal Montmorency, que se encargasen de conducir la vanguardia á la pelea.

A corta distancia entrambas líneas, la voz de *lanza en ristre*, fué dada por los jefes, y al clamar los comandantes *al escape* los gritos de ¡Santiago y España! ¡Francia y Saint-Denis! sirvieron de preludio al mas rudo encuentro de las dos valerosas huestes.

Entre una nube de polvo revolviéronse aquellos hombres en su choque impetuoso; como aristas que arrebatadas por furioso remolino, se quiebran unas contra otras.

Los gritos de guerra de ambas naciones; los alaridos de los que encarnizados en la contienda olvidaban la aclamacion patria, recurriendo al salvaje idioma de la naturaleza para traducir su furor; el relinchar de los caballos; los gol-

pes de las lanzas al traspasar en sus botes las cotas y carnes que defendían; el ruido del acero ofensor resbalando de rechazo por los aceros defensivos; el gemido de los que recibían el golpe de muerte; el estallido de las lanzas al quebrarse; el retemblar de la tierra al caer caballos y caballeros, privados de vida, la confusa algaravía de maldiciones, juramentos y blasfemias ahogando las exclamaciones, ayes, é invocaciones supremas; convertían aquellos campos en un infierno.

De vez en cuando salían de aquella nube de polvo bien un caballo desbocado sin jinete; ya un hombre de armas, que respiraba fuera de aquella atmósfera de fuego y sangre y volvía á mezclarse en la lid; bien un moribundo que derribado, horriblemente herido y contuso por los cascos ferrosos de los corceles, se arrastraba con el desesperado esfuerzo de la agonía, fuera de aquel teatro de horrores, para espirar lejos de él.

Pescara que con su infantería llegaba por el flanco derecho, recelando que el mayor número de los gendarmes franceses abrumase á los imperiales, se volvió á sus arcabuceros.

—Muchachos (les dijo), vamos en socorro de esa buena gente. Capitan Quesada, meteos con vuestra compañía en la refriega, y dadme cuenta de esa mala canalla francesa que nos ha pregonado como bandidos.

El capitan Quesada sonriendo salió de las filas con su arcabuz en la mano, vestida una cuera de ante con mangas de malla, morrion, sayo y banda roja. Sin necesidad de cabos ni sargentos formóse la compañía, en número de doscientos arcabuceros; veteranos imponentes, que se introdujeron en el espacio ocupado por la caballería; mientras el marqués continuaba marchando hácia la derecha para trabar la acción con la infantería de la vanguardia de Francisco.

—¡Santiago y España! gritaban los arcabuceros de Quesada al penetrar por entre los combatientes.

El estruendo de la arcabucería ahogó el estruendo de la pelea.—Los tiradores apuntaban con predilección á los sa-
yos de brocado, y á las camisas de terciopelo, con lo que en
breve espacio derribaron de sus caballos á los nobles de la
guardia de honor del rey de Francia, mas empeñados en la
contienda. El fragor de las descargas, el humo de la pólvora
espantaron muchos caballos, y en breve la compañía logró di-
vidir en secciones la batalla, reuniéndose ella en peloton, que
abatía en tierra á cuanto francés pasaba por sus costados y
frente. Cuantos pechos ceñía la banda de raso blanco, bordada
de flores de lis, signo de la aristocracia franca, sirvieron de
puntería á los españoles; quienes no contentos con el estra-
go, que en reunion hacian, enviaban partidas sueltas á hos-
tilizar los destacamentos que llegaban á sostener á sus her-
manos, y á concluir con los que resistian el ímpetu de la
caballería imperial, animada por el inesperado refuerzo.

Los franceses que se salian de la batalla vendíanse á quien
pensaban les salvaria las vidas. Muchos caballeros prome-
tieron cuantiosos rescates á sus aprehensores; pero las par-
tidas de Quesada no daban cuartel, y entre otras victimas
de su saúdo encono La-Palisse, que habia sido recibido á
seguro de vida por el capitan Chuchar, jefe de caballería
flamenca, ofreciéndole veinte mil ducados de talla, cayó al
tiro de un arcabucero.

Lanoy se portaba bizarramente, cargando al frente de
los suyos, rehechos los escuadrones.

Borbon derribando cuantos se oponian á su encuentro
discurría por entre las filas, como loba que busca á sus ca-
chorros, gritando:—¿A dónde estás, mengua de los reyes, y
oprobio de los hombres?

—¡Traidor! le dijo un distinguido combatiente, dirijién-
dose á él lanza en ristre. La lanza del caballero sentida en
tantos botes se quebró contra la armadura de Borbon, que
vaciló sobre su caballo del negro de la endrina, aunque re-
poniéndose con estremada prontitud.

—¡Ah! ¡infame Bonnavet! gritó el duque espoleando su

cabalgadura, y asestando su lanza al pecho del general de Francisco.

—Toma, judas, exclamó derribando cadáver á su enemigo personal que hollaron las herraduras de su morcillo en el impetu de su carrera.

El marqués del Vasto pasó ante los arcabuceros á la cabeza de cien hombres de armas, para ir en auxilio de Alarcon que sostenia con su retaguardia el último extremo de los enemigos.

—¡Honor á los valientes! clamó al pasar, saludando á los infantes del digno mando de su tío.

—Allá van con V. S. veinte y cinco arcabuceros, replicó el bravo Quesada, contestando al saludo.

El cabo Roldan comisionado para este servicio salió á paso doble con sus alentados tiradores de España; repitiéndose la escena antes descrita; introduciendo la confusion en los franceses con sus certeros disparos; elijiendo los pechos de jefes y oficiales para alojar su plomo; espantando con el estruendo y el humo los caballos de sus adversarios, que encabritándose, sacaban de la lid á sus ginetes; y arredrando con sus ataques á la imprevista á los gendarmes del ejército real.

Hernando de Alarcon se batia como un Aquiles; volviéndose y revolviéndose entre los contrarios con un aliento fuera de toda ponderacion. El arcabucero Jorge de Sevilla, derribado por un hombre de armas, tenia á media cuarta del pecho la punta de la lanza del francés. Alarcon corrió al encuentro del gendarme y antes que llegara al arcabucero le volcó á tierra de un bote en la cara por entre las vistas de la celada.

—Levántate, muchacho, dijo al español protejiéndole con el cuerpo de su morcillo.

—Cracias, mi general, exclamó trasportado de agradecimiento el infante auxiliar de la caballeria. A vuestro lado he de ir hasta pagaros la deuda.

Alarcon sonrió, y punzando los hijares de su caballo,

Cárlos Quinto.

15-2.º

tornó á metérse en lo mas récio del combate.

El marqués de *Civita di Saint Angelo*, comandante de la caballería ligera, cargó con sus escuadrones, peleando con una tremenda maza de hierro, que al caer derribaba irremisiblemente un enemigo, asestada y descargada con tanta habilidad como hereúlea fuerza.

Yendo de esta suerte, un caporal suizo armado de un hacha, y que derribado del caballo acometia á cuantos le cerraban el paso, con el denuedo de la desesperacion, acertó á pasar junto al marqués que levantaba en el aire su maza, y notando que no llevaba aseguradas con cadenillas las riendas se las cortó de un hachazo.

Sin guia el caballo, y herido en la boca dió á correr alocado por medio de los enemigos, y sacando á su señor de aquel tropel lo condujo á donde venia el rey de Francia, quien saliéndolé al encuentro con su robusto lanzon, como el marqués iba á la estradiota, ó lijera, fácilmente le traspasó y rindió en tierra sin vital aliento.

Jorge de Sevilla agregado á otros arcabuceros seguia mezclándose entre los combatientes á caballo, y aprovechando sus balas en las cruces blancas y en los sayos de tela de oro.

Uno de sus compañeros apuntó á Sanseverin que hacía ellos venia.

La bala atravesó la garganta del buen caballero, que cayó exánime.

El bayo que montaba siguió en su carrera hasta Jorge que le asió por las abandonadas bridas.

—Arcabuceros ¡á mil gritó una voz anhelante.

Volvióse Jorge, y vió á Hernando de Alarcon perseguido por un señor francés que seguia los alcances al caudillo de la retaguardia imperial, cuyo caballo con las ansias de la muerte, venia vacilando para desplomarse.

Al mismo tiempo cayeron el morcillo de Alarcon, y el señor Aubigni, perseguidor de don Hernando, muerto de un arcabuzazo disparado por Jorge de Sevilla.

—Gracias, mi buen amigo; exclamó Alarcon sacando con dificultad una pierna de debajo de su noble compañero de glorias que por tierra yacia.

—Vaya un caballo, mi general (repuso el arcabucero, trayendo á don Hernando el bayo de Sanseverin.) Arriba y buena fortuna.

—¿Cómo te llamas, bravo arcabucero? preguntó Alarcon á su favorecedor, poniendo el pié en el estribo de su nueva cabalgadura.

—Jorge de Sevilla.

—Pues Jorge, (replicó don Hernando ya en la silla y tomando la lanza que el arcabucero le presentó.) Por Jesucristo vivo, que si salimos de esta con vida, te he de probar mi reconocimiento.

—Vida con vida se paga, contestó Jorge. Me salvasteis, os salvé. Quedamos en paz y jugando.

—Hasta la vista arcabucero.

—Hasta la vista mi general.

Alarcon se metió por los enemigos, gritando:—«*Santiago y España..! A ellos hijos míos: que empiezan á cejar.*»

V.

Sigamos á la infantería de la vanguardia que avanzando por la derecha vió venir en direccion á sus tercios otro escuadron de peones.

—¡Ola mis leones de España! (exclamó Pescara con apacible semblante.) Ha llegado el momento de matar el hambre de gloria, que siempre mostrais. Para esto os ha traído Dios tanta multitud de pécoras en que podeis cebaros á placer. Aquel escuadron que de lejos viene me se figura de la gente de Pavia.

—¡Gente de Pavia! replicaron admirados algunos españoles.

—Gente de Pavia (repitió alborozado el marqués), que con el propio deseo de honra que vosotros ha salido para

juntarse con nosotros en el empeño. Vamos á recibir á nuestros hermanos.

—Vamos, pues, gritaron los cándidos infantes de Pescara.

—Vamos, (añadió el artificioso general.) Ya unidos con ellos tornaremos sobre mano izquierda, y entraremos por los centros enemigos.

Y acabada la alócuacion para distraer á sus peones salió escarceando con *Mantuano*; haciéndole levantarse sobre las piernas; saltar de costado; piafar, y revolverse sobre los cuartos traseros.

—¡Bien por Dios! clamó el capitán Bobadilla, cordobés y por tanto acostumbrado á la vista de los mejores caballos de Iberia.

—Capitán Bobadilla (replicó mostrando sumo regocijo), por veinte mil ducados no he querido venderle. Si volveis á demostrar que os agrada os le regalo, que queráis que no.

—Bien está en poder de quien le rige, contestó el capitán orgulloso por la cortesanía del marqués.

Al arcabucero Silva se le cayó la mecha de las manos, sin que engolfado en la marcha lo sintiera.

—¡Eh! Silva, Silva (gritó Pescara), hijo mio torna por la mecha, torna por la mecha que vas sin castañetas al baile.

Silva obedeció confuso.

—Adivinanza, adivinanza; (pero siguió el chancero gefe español), allá vá, y viva quien lo acierte:

Tiene vaina como el haba;
engrandece capitanes;
lleva en un cabo la muerte;
y en el otro gavilanes.

—Tiene vaina, como el haba (repitió un arcabucero.)
 ¿Será el guisante?

—Calla, cernicalo.

—Y en el otro gavilanes, dijo un alferéz fijando las emblemáticas señas.

—Capitanes engrandece. Es la espada, la espada (repuso el capitan Bobadilla), tiene vaina como el haba; lleva en un cabo la muertey gavilanes en el otro; no hay mas, la espada es.

—Adelante, y buen ánimo, clamó el marqués haciendo caracolear á su tordillo.

En esto la infantería tudésca imperial estaba formada en mitad del campo. Algunos pelotones de arcabuceros, que deshechas las filas de la caballería enemiga, tornaban á incorporarse al cuerpo principal á las órdenes de Quesada, pasaban al sitio en que los peones alemanes aguardaban la orden para maniobrar. *Minheér* Jorge salió á detenerlos y cerrándoles el paso les decia, *fermi, fermi*, esto es, quietos, quietos; haciéndolos incorporar á la masa que mandaba; por cuyo medio juntó á su tropa mas de treinta arcabuceros, que holgaron reunirse á tan buena compañía, y recibir los obsequios afectuosos de *Minheér*.

Volviendo á la infantería española, como llegase á tal distancia del supuesto escuadron de la gente de Pavia, que alcanzase á ver las cruces blancas y bandas negras de los tudescos al servicio de Francisco, escapóse de entre sus filas un murmullo de sorpresa; pues distinguia perfectamente los doscientos escopeteros de avanzada, y cuatro mil coseletes escojidos de vanguardia.

Los gritos de ¡*hen!* ¡*hen!* (¡arma! ¡arma!) y el calar de las picas no les dejó duda alguna.

—¡Cuerpo de Dios! (esclamó Pescara fingiendo asombro.) Engañados veniamos; que son enemigos. ¡Sus! ¡rodilla en tierra, y nadie se levante hasta que yo lo ordene!

Los arcabuceros encendieron las mechas, metiéndose en la boca cuatro ó cinco balas, para cargar de presto.

—¡Rodilla en tierra! gritó el marqués con voz de trueno.

Los enemigos admirados de aquella pronta evolucion creyeron que antes de combatir los imperiales rezaban, encomendando sus ánimas á Dios, como buenos católicos, y no queriendo ser menos se pusieron asimismo de hinojos.

De repente los escopeteros alemanes levantáronse y adelantando diez pasos hicieron una descarga que por la complicacion mecánica de sus escopetas sin punteria fija no causó daño alguno.

Despues de disparar los tudescos volvieron espaldas para meterse á cargar sus armas entre la filas.

—¡Santiago y España! (gritó el heroico general.) ¡Arriba y á ellos, que huyen como bando de liebres.

Los arcabuceros se alzaron á una, y avanzando en formacion compacta, dieron comienzo á sus mortíferos disparos.

Veíase ondular como una cinta de fuego entre olas de humo; un horrisonante fragor asordaba los ecos, y entre el relámpago y el rayo caian los alemanes, dejando en las filas claros estensos, que inútilmente procuraban cubrir los de atrás; porque una nueva descarga diezaba el frente de combate, abriendo mayor brecha; mientras aquellos terribles, infatigables tiradores continuaban adelantando, seguidos de la infantería.

Los hombres de las picas no podian dar un paso: aquellas armas mirábanse caer unas sobre otras á cada nutrida descarga, como las tiernas cañas de un espeso cañaveral al soplo de un furioso viento: seis, ocho y diez tiros era la tarea de cada arcabucero en aquel brevisimo espacio; así hubo coselete aleman de tres, cuatro y cinco arcabuzazos en el peto: así perecieron mas de cinco mil hombres en un punto. Tan espesa y acertada fué la puntería.

—¡A ellos mis infantes! exclamó Pescara cargando con su vanguardia á los tercios enemigos en desórden; y metiéndose con furia tal por los tudescos, que su gente le perdió de vista, entre las hileras descompuestas de los arrollados escuadrones.

Aquello no fué lucha, sino horrenda carnicería.

Los arcabuceros se replegaron á uno y otro flanco de las líneas de batalla, desde donde hacian caer á todo peloton de tudescos fugitivos que se salia de la pelea.

Los piqueros y alabarderos arrollando en formación formidable batallones y tercios; destacaban partidas que acabasen, con los adversarios desunidos; cebándose en la matanza y dejando tras sí un valladar de cadáveres. Allí no había moribundos: el que gemía derribado recibía el golpe de muerte del que venía detras buscando victimas; pecho que palpitaba en los finales estertores, servía de vaina al hierro aguzado de una pica; el que acababa de espirar era aun perforado por el acero para mayor seguridad del encono.

Un tercio alemán logró rehacerse, y saliendo de la batalla servía de punto de reunión á los dispersos; mas toparon con la compañía de Quesada, que venía de socorrer á la caballería imperial, y volaba en auxilio de la infantería española, y los arcabuceros á las descargas primeras rompieronlos y quedó desbaratado aquel cuerpo, último residuo de la vanguardia francesa que conservase posicion militar.

Un hombre de armas dió la noticia de haber fenecido el marqués de *Civita di Sant'-Angelo*. Como en la prisa de la relacion no entendieran el título del marqués, pensaron que se referia á Pescara, y corriendo entre los peones tal nueva encendiéronse en violenta ira, y así fué que con lágrimas de furor, y las exclamaciones—¡ah marranos!—¡ah vil canalla!—cargaron sin piedad á los deshechos enemigos.

Acrecentóse la saña con haber visto retirar del combate mal herido al capitán Quesada, que en la toma de la artillería francesa recibió un escopetazo por la espalda, que le rindió entre los brazos de cuatro fieles compañeros de gloria militar. Mandados por el alférez Pelegrín los arcabuceros de Quesada, se abalanzaron á las baterías en menos de cinco minutos, los artilleros yacian por tierra; los caballos caian desjarretados y los trenes volcados y en monton servían de trofeo á la indómita pujanza de aquellos irresistibles tercios españoles.

Al arrollar el postrer escuadron enemigo, los peones del

ejército imperial, vieron salir de entre las rotas filas al marqués de Pescara, herido en el rostro cerca de la nariz en la mano derecha; traspasado el peto de una bala; desgarrado el sayo, y señalada la armadura con mil cuchilladas, albardazos, golpes de pica, y cortes de hachas. *Mantuano* mostraba una herida enorme en las mandíbulas, y otra que habiéndole abierto el vientre le hacia colgar las entrañas de los bordes sangrientos de la mortal lesion.

—¡Viva nuestro general! gritaron los valerosos infantes con imponderable alegría.

—El buen *Mantuano* respondió á este grito entusiasta con un relincho de satisfaccion. El moribundo tordillo reconocia á los suyos, entre los que tornaba á morir.

—*Mantuano* (esclamó Pescara, acariciando el cuello de su cabalgadura), ese es el cantar del cisne.

Cuatro continuos llegaron al marqués, y le ayudaron á bajar del caballo, que comenzaba á vacilar en las finales fatigas.

—Llevadse ese pobre amigo (repuso Pescara tristemente) que muera sin' que me vea morir.

—¿Estais herido de muerte? preguntó con ansiedad el gentil hombre Antonio de Vega.

—En medio del pecho, respondió el héroe.

En un momento Vega le quitó los correones del coselete, y metiéndole la mano en el pecho halló la bala aplastada por la resistencia de la armadura; aun tibia junto á la carne.

—Albricias, señor (dijo Vega enagenado de gozo.) No estais herido del modo que pensabais.

Y le mostró la pelota hecha tortilla.

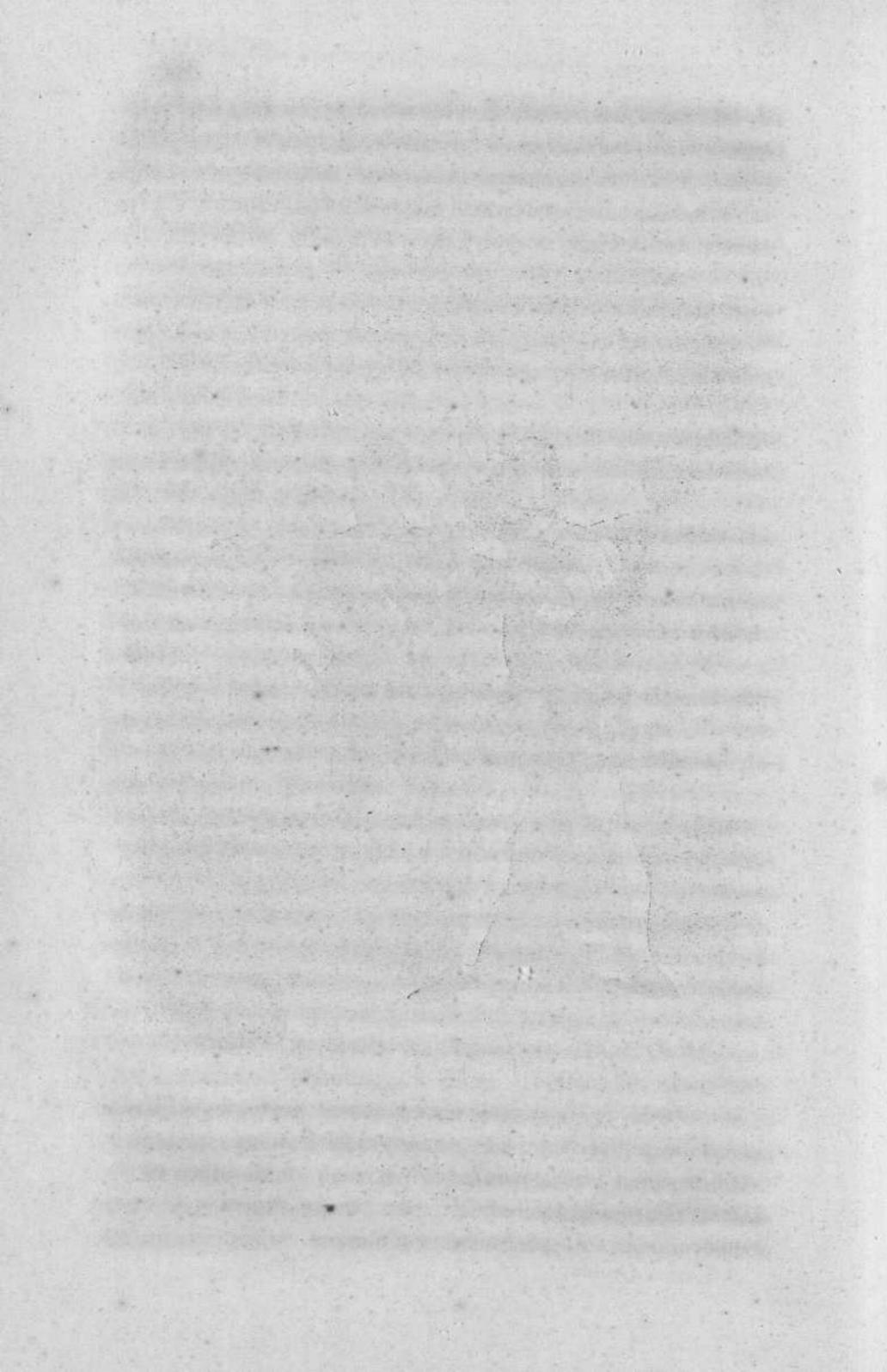
—Armadme. ¡Nombre de Dios! (replicó Pescara con animacion jubilosa); ¡venga un caballo!

En un punto fué obedecido.

Revestido de sus armas, caballero sobre un buen alazan, y recojiendo como hasta dos tercios de su infanteria, que no se habian desmandado á proseguir la victoria como



Cárlos V.
lám. 12.



los demas, se fué para el puente del Tessino, por donde se precipitaban en fuga los desbaratados escuadrones de la caballería francesa.

A la sazón volvió un gentil hombre del rey Francisco, comisionado para pedir refuerzo á Guevara, traidor capitán al servicio de la Francia, que frente á Pavia habia quedado con diez mil hombres; trayendo al monarca la noticia mas adversa.

Antonio de Leiva, agoviado por una aguda enfermedad, se hizo conducir á la muralla en una silla; y dió orden á un cuerpo de mil imperiales, entre españoles y tudescos, que trabaran escaramuzas con los sitiadores, de suerte que no les permitieran marchar en ayuda del ejército, caso que de ellos necesitasen.

Los escaramuzadores lo hacian tambien que el capitán traidor viendo amenazadas sus posiciones á cada instante no osaba desmembrar sus huestes.

—¡Rayo del cielo! (esclamó Francisco desesperado.) ¡Pérdida la caballería! ¡Hechos pedazos mis tudescos! Conducamos al campo á los suizos.

Los suizos resistieron el primer mandato real.

Francisco mezclaba promesas, insultos y amenazas.

—Soldados (les dijo con espresion desesperada). ¿Sereis bastante cobardes para abandonar á un señor que trata de morir como valiente entre vosotros?

—Soldados (añadió el viejo capitán Shauloppe, veterano, objeto de un culto reverente entre los helvéticos, por su dilatada esperiencia y acrisolado valor), vamos á reunirnos con los gascones y la gente del Bearn, y entremos en combate.

Los esguizaros se pusieron en marcha á la invitacion del decano de sus gefes.

—¡Gracias á Dios! exclamó Francisco poniendo al trote su caballo al flanco derecho de las primeras filas.

Los suizos tenian que pasar por junto á los tudescos de *Minheér* Jorge para reunirse con los bearneses y frantopines.

Los gascones y gentes del Bearn notando que los esguizaros venian á incorporárseles, cobraron aliento y marcharon en direccion á sus favorecedores.

—Ahi vienen mis buenos bearneses y mis valientes soldados de Gascuña, clamó el soberano francés con animos brios.

Minheér Jorge que vió llegar hácia su falange aquel cuerpo de tropa en orden de batalla, dijo á los arcabuceros en un castellano barbarizado:—espaniol, avánti; in descubierta é fuógo.»

Los arcabuceros salieron al frente de los alemanes á sueldo del imperio, y al llegar los suizos recibieronlos con terribles descargas.

Al fragor de la arcabuceria, la compañía de Quesada que acababa de volcar los trénes de la artillería francesa, acudió apresurada en auxilio de sus hermanos, y en tanto que los suizos detenidos por el nutrido fuego de los auxiliares de *Minheér*, se remolinaban girando en confusion como torada que contiene un círculo de amenazadoras garrochas, cargó desapiadadamente por un flanco de los frantopines, que ibanse acercando á los tercios esguizaros, poniendo en desorden las primeras filas.

La infantería española que destrozada la vanguardia del ejército francés avanzaba en busca del centro y retaguardia enemigos, se precipitó sobre los frantopines con un encarnizamiento sin igual; tanto mas enardecida cuanto que gascones y bearneses en medio del silencio sombrío de las resoluciones estremas hacian una resistencia feroz; sirviendo de parapetos á los combatientes, diezmados los cadáveres de sus camaradas, hacinados á toda priesa por los caporales y sargentos menores.

Pescara, deseoso de volver á monsieur de Alenzon el descalabro que le hizo sufrir al principio del choque, avanzó en su seguimiento con los dos batallones que habia reunido; pero el principe francés, advirtiendo el desbarate de las tropas de su rey, y notando que si cortaban el puente echado

sobre el Grabalon quedarían todos en poder del enemigo, habiase apoderado del puente; y por él se precipitaban multitud de vencidos. Alenzon despues de favorecer en lo posible á los derrotados, se proponia cortar el puente y retirarse á Begeven, villa á diez y ocho leguas escasas de Pavia; donde los franceses tenian aposentamientos y un corto presidio.

Minheér Jorge, que se vió tan eficazmente protegido por los arcabuceros, se creyó en el deber de caer sobre los adversarios para convertir la confusion de los franceses en derrota, y poniéndose delante de sus tudescos, enristrando su larga y pesada pica, gritó con voz que hubiese envidiado un capitán de los titanes que escalaron el olimpo mitológico:— ¡hen! ¡hen!

Los alemanes adelantáronse con las picas enristradas, y eojiendo por un costado á los frantopines y á la cabeza del tercio suizo, los envolvieron en la arremetida.

Los germanos giraron sobre las guias de la izquierda no hallando adversarios por el frente, y entraron por los bearneses y gascones, que bizarros se defendian contra los infantes de España. A esta evolucion debió el salvarse la tropa suiza, que pudo ganar el puente, guardado por Alenzon.

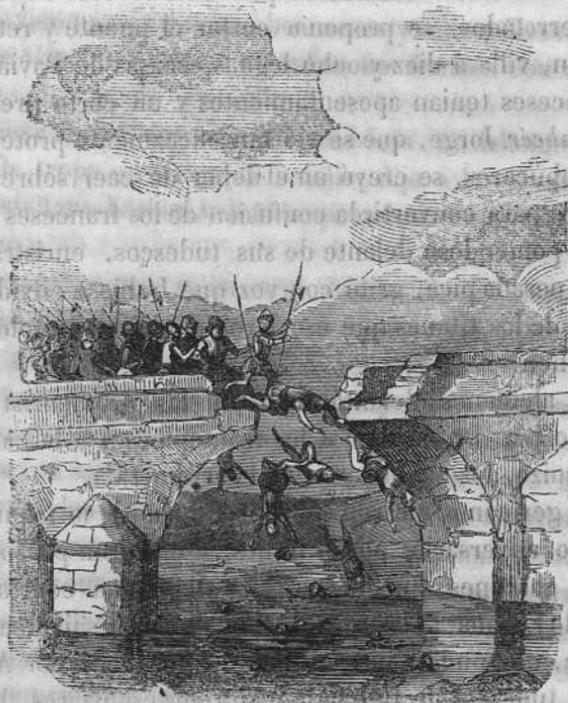
Los tudescos de la banda negra, los esguizaros, hombres de armas y frantopines, que conseguian escapar de la matanza, se reunian en fracciones activamente perseguida, y que se esforzaban en llegar á la puente salvadora.

Pescara se aproximaba á el único punto de salida de aquel campo de horrorosa carniceria. Alenzon mandó cortar el puente y emprender la retirada.

Llegaban las secciones de fugitivos y lanzábanse á las aguas del Grabalon desatentados. Seis mil infelices perecieron entre las ondas.

Quedaban en el parque los frantopines que caian uno sobre otros sin dar un paso atrás, defendiéndose hasta el último trance; sucumbiendo sin exhalar un gemido. Caballeros que escapaban por aquellas llanuras seguidos de peones y ginetes. Fugitivos que preferian perder la vida en el Gra-

balon á caer en manos de los imperiales. Soldados inermes que de rodillas pedian la vida á sus aprehensores. Rendidos



que escoltados por el vencedor conjuraban su misericordia.

VI.

Cuando Francisco se convenció de que los suizos no volvian al campo de batalla, por más exortaciones que al efecto les dirijiera, tornó hácia los frantopines para tentar el postrer lance, y en todo caso retirarse con algun tercio de aquellos gascones y bearneses tan dignos de suerte mejor.

Los frantopines estaban envueltos por todas partes ya por los arcabuceros, ya por peones alemanes ó españoles, que estrechándolos en círculo los esterminaban sin compasion, en ese frenesí sanguinario de una soldadesca que irritan los desesperados esfuerzos de valor de un enemigo que sucumbe.

Francisco detuvo el galope de su rucio ante aquellos implacables sacrificadores de sus leales guerreros.

Los gritos de los imperiales que de todos los puntos del campo acudían al degüello del último cuerpo francés, helaron la sangre en las venas del monarca.

Los que corrían á incorporarse á los autores de aquel cruento sacrificio, ó no reparaban en el soberano ó le tomaban por un jefe de la caballería de Borbon.

—Adios, nobles y desgraciados defensores de mi corona, exclamó sollozando y tendiendo su diestra hácia los mismos frantopines.

Un moribundo esguizaro tendido cerca de Francisco se incorporó con suma dificultad. Su vista que empezaba á turbarse con las sombras de la muerte, alcanzó á descubrir al abandonado señor de la Francia. Hizo el final esfuerzo y le gritó;=Salvaos, rey Francisco.

Algunos alabarderos que se acercaban oyeron esta exclamacion, y reparando en el equipo fastuoso de aquel capitán se dirijieron á él con ánimos hostiles.

Francisco hundió los acicates en el vientre de su rucio, que sintiendo las riendas abandonadas sobre su cuello, salió como flecha al tenderse la recojida cuerda del arco.

El alabardero que avanzó antes que todos descubriendo al suizo aun incorporado y siguiendo con la vista á su señor, le traspasó por los lomos, dejándole libre de penas.

Francisco, advirtiendo el tropel tumultuoso que se precipitaba hácia la puente, creyó espedito el paso, y volvió el caballo en direccion al esclusivo punto de salida de aquel teatro de su cruel derrota.

Había abandonado su lanzon, y solo tenía para defenderse la maza de armas y la espada. Blandía la maza con ademán amenazador para despejar el paso de algunos peones, que mirándole correr de aquella guisa mostraban intenciones de detenerle, cuando un arcabucero haciéndole puntería, traspasó por el pecho á su rucio, que viniendo á tierra le cojió la pierna derecha debajo.

Juanes de Urbieta, natural de Hermani en Guipúzcoa, hombre de armas en la compañía de don Diego de Mendoza, se fué para él poniéndole el estoque al pecho, y diciéndole:
—*Date alma de Dios.*

—*Tenez; je suis le roy,* contestó con dignidad Francisco.

—¿Qué eres el rey? preguntó Urbieta.

El monarca hizo un enérgico signo de afirmacion.

—Pues rendios.

—*Je me reus,* repuso el soberano.

Una docena de suizos atacaban con furor á un alférez, pugnando por arrancar de sus manos la bandera de un tercio.

—Micer (dijo el vascongado á Francisco), ¿os declarais mi prisionero de guerra?

—*Oni.*

—Pues por esto me conoceréis, añadió Juanes, alzando la visera del almete, mostrando á el rendido su falta de los dientes incisivos superiores, y corriendo en auxilio de la bandera cuya defensa habia jurado solemnemente.

Diego de Avila, otro hombre de armas, granadino de naturaleza, se llegó á Francisco con la misma pretension de Juanes; que se rindiera.

—El rey, exclamó Francisco, recordando aquellas palabras recientemente pronunciadas por Urbieta.

—¡El rey Francisco! repitió Avila corriendo á su socorro.

—*Si Francisco. El misero Francisco,* respondió la magestad cristianísima en italiano, como idioma mas intelijible á un español que el suyo.

El gallego Pita pasaba por allí cerca.

—Pita (gritó Diego de Avila), ven á darme auxilio.

—¿Prisioneiro, prisioneiro? acudió interrogando el galileo.

—Vamos (interrumpió el granadero.) Saquemos debajo de ese rucio á este buen señor.

La operacion fué breve. Al levantarse el rey, Pita le desató el lazo grana que le sujetaba á su cuello el espléndido collar de la órden de San Miguel.

—*Lasciatemi questo pegno, é vi daró sei mile ducati*, dijo el rey: esto es=*dejadme esa prenda y os daré seis mil ducados*.

Pita que habia hecho en Italia dos campañas y comprendia perfectamente el idioma del pais, aunque le hablara con dificultad, replicó con tanto laconismo como arrogancia:=*E per l' imperator*==*es para el emperador*.

Estando ya de pie el rey de Francia, acertaron á pasar por allí algunos arcabuceros.

—Mira aquel micer, exclamó uno.

—¡Ola! ¡ola! (añadió otro.) Degollemos al gabacho.

—¡A él! ¡á él! gritaron los demas.

—¡Alto, señores! (dijo Avila conteniéndolos.) Es el rey Francisco.

—Quitate de ahí (replicó uno de los acometedores.) Por tomar rescate de ese mozo nos le hace pasar por rey.

—¡Fuego! interrumpió un moceton de seis pies menos líneas, apuntando al monarca con su temible arcabuz.

Pita se le arrancó de las manos.

—Está rendido ¡*votu au demu!* le dijo.

—Pizarroso (clamó Avila llamando á un piquero que próximo estaba), ven á impedir que los señores arcabuceros nos maten un ilustre vencido.

Pizarroso acudió blandiendo su pica.

La lucha iba á empezar, cuando un gefe de caballería acudió á impedirlo.

—¿Qué es eso? preguntó con tono imperioso.

—Señor (respondió Avila), que esta gente intenta concluir con el rey Francisco.

Oir esto y apearse de un salto el capitan todo fué uno.

—¿Quién es el rey? interrogó con ansiedad.

Francisco alzada la visera se adelantó diciendo:

—*Me voice, La Motte*. (La Motte, héme aquí.)

La Motte cayó de rodillas ante la magestad prisionera.

—¡Cuerpo de Dios! Es el rey, murmuraron los arcabuceros.

Francisco se quitó el casco, que dió á su defensor, Diego

de Avila. Limpióse el sudor de la frente, y como traía herida una mano se ensangrentó el rostro.

—¿Os han herido estos soldados, señor? preguntó el confidente del duque con interés.

—No. En la batalla, dijo el rey con abatimiento.

—Señor marqués (gritó un arcabucero con todos sus pulmones.)

—Aquí tenemos al rey Francisco.

—Sin duda no te oyó (le hizo observar otro), porque pasa largo.

—Avisad al marqués de Pescara que quiero verle, dijo el monarca rendido; La Motte se apartó para dar á un hombre de armas la comision de llamar á Pescara.

En tan breve espacio despojó la soldadesca al ilustre vencido de penacho, bandereta y joyas. El sayo se le cortaron en mil trozos que guardaban como reliquias de su victoria. A todo esto Francisco callaba tras pasado de íntima pena.

—¡Qué gente tan fiera! murmuró el rey examinando los marciales semblantes de los soldados iberos que le circuian.

—¡Atrás! les dije La Motte con aire de mando.

—Aquí viene el marqués de Pescara, anunció un arcabucero.

El marqués acudia á todo correr.

Apeóse con suma celeridad, y fué á ponerse de hinojos ante el augusto vencido.

—A vuestros pies, alteza (le dijo con el mas profundo respeto), dadme á besar vuestra escelsa mano.

—Alzad, ilustre marqués (contestó el monarca acompañando la órden con la accion), y seais bien venido.

—Mande vuestra alteza. Aquí estoy para cumplir su mandato.

—Marqués, cuartel para mis pobres compañeros.

—Soldados (dijo Pescara á los que le rodeaban), id á decir de mi parte que se admita á seguro de vida á todo enemigo.

Los soldados partieron diligentes á evacuar el encargo de su general.

—El marqués siguió hablando francés con su egregio prisionero, con la pronunciacion mas pura, y la diccion mas correcta.

—Señor, ¡ánimo! Todo no está perdido.

—Todo se ha perdido menos el honor; contestó el rey con ese caballero énfasis de la noble frase que sirvió de emblema á su desgracia.

El marqués del Vasto llegó á presencia del monarca y este viéndole de tan arrogante apostura, le dijo con afable sonrisa:

—Mucho he deseado veros, galan marqués; pero no por este camino: bien lo sabe Dios.

—Señor (le contestó el del Vasto con señales de vivo enternecimiento.) Gloria descaba mi corazon; mas no á tanta costa vuestra.

Alarcon y Lanoy llegaron casi al mismo tiempo, y demostraron el acatamiento condigno al vencido de Pavia; siendo aceptados sus homenages por él con la mayor gentileza.

A esta sazón el duque de Borbon venia blandiendo el estoque teñido en sangre de sus compatricios; salpicado de sangre el sayo; el furor pintado en la faz; una feroz alegría brillando en sus ojos.

—Por fin caiste (clamaba al acercarse al grupo que tenia en medio á su mortal adversario.) Por fin te encuentro rey sin fé, caballero sin honra.

Pescara salió á detenerle, mientras Francisco sin poder ocultar su turbacion bajó la vista.

—Señor duque, (dijo Pescara) déme vuestra gracia ese estoque.

—Tómele V. S. ilustre vencedor, repuso Borbon entregándosele.

—Respetad al vencido.

—Bien, pero quiero verle.

—Duque...

—Marqués! Yo venia frenético; pero acabo de reflexionar que antes que todo soy caballero.

Carlos Quinto.

—Allí está, replicó Pescara, señalando al rendido.

Borbon llegó á donde Francisco se encontraba.

El rey fijó en él una mirada entre bondadosa y dolorida.

El duque sintió herido por la piedad su corazón.

Las lágrimas se agolparon á sus ojos.

Francés pasado al partido del imperio el ex-condestable, en aquel punto experimentó una revolucion de cuanto los reñcores no habian estirpado de generoso y bueno en su alma.

—¡Ah! (esclamó con emocion poderosa) si de otro modo se atendieran mis consejos, en sus dias se hubiese ahorrado esta catástrofe.

Francisco se estremejó al oirle.

Alzó las manos al cielo, y con un profundo suspiro esclamó:

—Paciencia, pues falta ventura.

La Motte consiguió llevarse al duque, cuya vista apesadumbraba al rey.

—Ea señor, (dijo Pescara presentando al monarca un hermoso Cuartago) subid en este animal y hacednos la merced de seguirnos.

Francisco I no se hizo repetir la súplica.

Mientras un soldado le presentaba un sombrero blanco de fieltro, propio del virey el anciano capitán Santa-Cruz, le quitaba las espuelas con la reverencia debida.

Lanoy, Alarcon, y los marqueses de Pescara y del Vasto, montaron asimismo en sus cabalgaduras, y al frente de una escolta de caballería, llevando al medio al soberano francés, se pusieron en camino hacia Pavia, libertada del cerco por tan señalada victoria.

Por el camino iban encontrando secciones de arcabuceros, hombres de armas, peones y coseletes que se detenian para ver pasar al sucesor de Luis XII.

—Señor, (le dijo un hombre de armas). En estos lances se prueba el valor de los principes.

Mas allá un tudesco se aproximó á él y accionando

grotescamente exclamó: mejor trato recibirá del Emperador, que él le habria dado.

Francisco se hacia traducir por el obsequioso Pescara cada una de estas frases.

Un soldado de la caballería ligera del malogrado Saint-Angelo se llegó al monarca para gritarle:

—Regocijese V. A. de haber sido preso por la nacion mas valiente de Europa.

Francisco se esforzaba por parecer tranquilo, y aun sonreia; pero con esa sonrisa falaz, que denuncia el mecanismo del esfuerzo; impotente para finjir la espontaneidad de la naturaleza.

Siguiendo el camino vió una infinidad de prisioneros, escoltados por un tercio de gentes de arcabuz. Entre los rendidos iban muchos señores de la primera nobleza, que holgaron ser vistos de su rey.

Francisco los saludó con buen semblante, haciéndose la mayor violencia para decirles en tono festivo:

—Procurad aprender el español, señores, aunque sospecho que los maestros os han de llevar muy caro.

Aun seguia con vista dolorida á los prisioneros, cuando una descarga de arcabuceros le hizo salir de sus téticas reflexiones.

Volvió la cara y descubrió una compañía de arcabuceros, formada sobre la izquierda en columna de honor, y que le habia dedicado una salva; tributo militar de los leones españoles á la soberanía, aun en la postracion del vencimiento.

El sargento mayor Roldan se adelantó hasta parar el caballo del rey alargóle una bala de oro, y le dijo con notable despejo:

—Señor, ayer fundí seis balas de plata y una de oro: las primeras para vuestros gentiles hombres; la última para V. A. Pensaba daros la mas honrosa muerte del mundo. He aprovechado cuatro de plata en sayos de brocado y petos de terciopelo carmesi. Hé aqui la de oro: tomadla en la mano

pues no puedo dárosla por el pecho. Ocho ducados pesa una onza. Recibidla para ayuda del rescate.

Francisco la tomó, y siéndole traducido por el marqués de Pescara el discurso del arcabucero, celebró infinito el rasgo.

A la conclusion del camino la comitiva avistó los muros de Pavía. El monarca palideció, y detuvo el cuartago.

—Señor marqués (dijo al de Pescara) libradme de la afrenta.

—Allí no pude entrar vencedor: no quiero entrar vencido.

Pescara hizo una seña al marqués del Vasto, que ocupó su lugar junto al soberano francés, mientras retirado á corta distancia con Alarcon y Lanoy conferenciaba sobre la pretension del ilustre prisionero.

Despues de unos minutos de consejo, los capitanes tornaron al lado de Francisco.

—¿Qué habeis determinado? preguntó el mísero rey con ansiedad.

—Señor, (le respondió Pescara) no entrará V. A. en Pavía, sino que será conducido al castillo de Sizzighitone; confiada su custodia al capitán don Hernando de Alarcon.

VII.

El emperadar, retirado en un gabinete de su alcázar, dá cuenta al doctor Herranz, acreditado facultativo castellano, de los síntomas que van determinando los progresos de la dolencia que le tiene flaco y deshecho.

—Estas cuartanas presentan mal aspecto, seor Hipócrates; (decía el César con indolente familiaridad.) Hace cerca de dos meses que no disfruto un dia de salud. Cuando no me hace tiritar un frio que me hiela hasta la médula de los huesos, cuando una fiebre devoradora no me abate, siento una postracion, un malestar, que no son tanto huellas del sufrimiento pasado, como anuncios de los que llegan á consumirme.

—Hoy es el dia de entrada de la cuartana (repuso el doc-

tor Herranz) y así no es extraño que el abatimiento sea más sensible, según la marcha de la enfermedad....

—Según la marcha de la enfermedad (repetió don Carlos con desaliento) el pobre emperador austriaco, rey de España, se irá desecando como una planta sin sol ni riego, y después de un período de trabajosa lucha, entre la vida y la muerte, enterrarán un esqueleto en la capilla real de Granada.

El doctor se levantó lleno de sobresalto y alzando las manos al cielo y moviendo la cabeza en señal de su íntima pena, exclamó con voz conmovida:

—¡Dios mío! esto nos faltaba para término de todas nuestras fatigas; pierda V. M. la fé, y con la desconfianza de su naturaleza juvenil, y de mi cuidadosa asistencia, no adelantaremos un paso.

—Vaya, mi buen Galeno, (replicó S. M. con bondadosa sonrisa), tranquilízate. Convengo contigo en que soy el peor enfermo del mundo.

—Señor, yo no he dicho tal.

—Pero yo lo conozco. Mira: ayer después del consejo, al pasar á mi cámara, tuve la curiosidad de mirarme en aquel espejo magnífico que los venecianos regalaron al emperador mi abuelo, y con tantas precauciones hice conducir para colocarle en la galería de mi departamento habitual. ¡Válgame Dios! Herranz, estoy hecho un cadáver; es preciso que se diga en la corte que el emperador no promete larga duración; á esta fecha han comunicado á mi hermano de Valois que apriete sin miedo en Italia, porque Carlos de Gante tiene un pie en el sepulcro....

—¡Señor! interrumpió el médico consternado.

—Sí, sí; (continuó el César persistiendo en su amarga broma, con esa tenacidad de un doliente exasperado). Si me rodearan príncipes herederos, ya conocería los síntomas de la terrible crisis en las solicitudes de esa caterva cortesana que vuelve la cara al sol que nace y las espaldas al que muere...

— ¡Señor! repitió Herranz con dolorosa impaciencia.

— Escucha: (replicó don Cárlos redoblando su acerba expresión) no ha de faltar quien diga que me hirió la cólera divina porque acusé de ingrato el vicario de Cristo, y la viuda de algun pellejero de Segovia, ó la madre de cualquier pelaire de Valladolid que mis justicias hayan enforcado por los excesos de aquellos fatales dias de 1522, repetirán que muero ahogado por la sangre de los hijos de la santa Liga.

— Vuestra Magestad es objeto de cuidados inútiles, y todos los profesores que el arte de curar cuenta en el orbe, desde el mas profundo conocedor hasta el mas superficial curandero, tienen que convenir en que aqui nada pueden los recursos del arte.

— ¡Tan desesperado es el caso! exclamó el rey sin poder disimular sus vivas inquietudes.

— No está en eso el mal, (repuso el doctor) sino que se trata de una dolencia que no es mas que la forma de otra dolencia, á la que no llegan drogas ni combaten medicamentos.

— Metafísico estais.

— Se trata de una enfermedad sostenida por una predisposición del ánimo; provocada por las circunstancias especiales del individuo, y que no es otra cosa que el efecto de una causa: mientras la causa subsista, el efecto subsistirá; en cuanto la causa cese, los efectos deben cesar tambien.

— Bien: ¿y á qué vienen esos razonamientos?

— A probar que....

— A probar que si muero, este efecto procede de la causa de la muerte, y que el enterrarme será efecto del efecto de la causa de morirme....

— Señor, (replicó Herranz ofendido) no me creia en la opinion de un charlatan cualquiera que disculpa con palabras las faltas de sus obras, y merece la burla de los que no sabe alucinar con sus esplicaciones.

— Señor Galeno, (contestó el César) teneis la indignacion

mas cómica imaginable; pero venid acá, alma de Dios, ¿no conocéis que estoy en uno de esos accesos de alegría que ocultan la hiel que baña mi alma?

El doctor miró á don Cárlos con ese anhelo de los observadores que descubren un fenómeno escapado á sus indagaciones antecedentes, y le siguen con la codicia de los *espíritus curiosos*.

—¿No habeis echado de ver (continuó el monarca) que cuando terribles leyes, cuales son las de la imperiosa necesidad, pesan sobre mí y me reducen á una inaccion forzada, en vez de estallar mi despecho en arrebatos de impotente furor, ridículo extremo de la debilidad, río, chancéo y me burlo; porque todo eso desahoga, y las penas tienen su risa de alegría como el placer sus sentidas lágrimas?

—En eso iba á parar mi razonamiento, añadió el doctor.

—Vuestros razonamientos paran en todo, señor Hipócrates; (siguió el César con la jovialidad convulsiva de los que dan esa máscara á sus dolores secretos). Pero es singular, amigo mio, que no hayais penetrado en estos periodos de verba chancera las inquietudes, la zozobra, el hastío de esperar desenlaces de crisis tremendas, el coraje de hallar trabas á cuantos proyectos intentó poner en ejecucion.

—¿Y cómo habeis llegado á?..

—¿Que cómo he llegado á vencerme hasta reir cuando sufro?

—¿Es esto lo que ibas á preguntar?

—Cabalmente, señor, cabalmente.

—Es muy fácil. Te acostumbran desde pequeño á la ficcion. Palacio es un teatro como nunca le pudo concebir aquel Esquiles famoso, que con una de sus tragedias, hizo malparir embarazadas, y morir chiquillos de susto.

Herranz rió de esta cita histórica.

Don Cárlos prosiguió con mayor viveza.

—Ves á tu padre que acaba de jurar desesperado; á tu madre que no hace mas que enjugar su llanto... Salen ante el pueblo, y sonrien y agitan el pañuelo, y saludan gozo—

sos, y las faces radiantes al vulgo que los victorea; y tú, pobre niño, que conservas la impresion de aquella escena; que vas con el rostro asombrado aun por los juramentos del rey, y preñados los ojos de lágrimas por el pesar de la reina; eres cojido en brazos cariñosamente por la una, mientras el otro estrechándote la mano con dulce afectuosidad, te dice:—*Sonrie, niño mio, sonrie,*—y tu madre, asiéndote el brazo te hace mover la diestra en un signo de pláceme agradecido, añadiendo:—*Saluda, prenda mia, saluda,*—y el pueblo clama y repite que aquella escelsa familia es un modelo de concordia, y un tipo de humana ventura...

—Bien, bien; cálmese V. M., dijo el doctor alarmado por aquella escitacion vehemente.

—Y luego de mayor te reprenden cuando das muestras de antipatía al que te choca, y te imbuyen en la creencia de que no conviene á tu decoro repetir las señales de estimacion á los que amas; porque pueden abusar; porque escitas rivalidades peligrosas; porque te supondrán supeditado... en fin, por los mil y un motivos que te alegan para probarte que has nacido en un rango que te impone deberes que repugnan, y repugnar la mitad de lo que te inspiran tus sentimientos... Y llega otra edad y comienzas á tomar parte en el Consejo; á recibir las embajadas; á estipular condiciones políticas; á disponer con una palabra de la espada de Marte, ó la pacífica oliva de Minerva; y entonces sabes que debes sonreir al nuncio de un príncipe insolente, cuya altiva embajada te sugieren tus brios contestar con el rayo de la guerra, que es preciso no dejar traslucir tus disposiciones hostiles ó benévolas, porque desde la cámara del Consejo hasta el gabinete del tocador hay quien recoja una frase tuya y esta vuela por las cortes de Europa como un augurio, un dato, un antecedente, que se repite, se comenta y complica las situaciones, hasta cambiar la marcha de los procedimientos diplomáticos....

—Es increíble; interrumpió el doctor embebido en aquel rápido cuadro de la existencia escepcional de los príncipes.

—Y cuando ya inaugurada tu política (siguió diciendo don Cárlos creciendo en animacion) cuando ya planteado tu sistema peculiar, te aplaudes de haber concluido con esos legados incómodos del antecesor, que obstan á las miras del que viene á regir una monarquía, y has comenzado con felicidad tus empresas, y has preponderado en tus primeros propósitos ¿no es verdad que debes sufrir mucho cuando juegas á un azar peligroso todo el fruto de tus afanes; no solo lo que has adquirido á costa de imponderables fatigas, sino lo que te propones para el porvenir?

—Ya lo creo.

—Pues si conoces en medio de todo eso que con indicar tus temores, tu impaciencia, tu exasperacion, despues de no adelantar maldita de Dios la cosa, estás espuesto á que tu menor palabra se traduzca, se haga blanco de cien observaciones, y llegue hasta los tuyos como un suspiro de desaliento, y los enemigos como un gemido de dolor, que los anima en su obra, ¿no te empeñarás en aparecer no ya tranquilo, sino feliz para que los noticiosos de tu riesgo, no interpreten tu ansiedad, y ya que no te crean seguro del triunfo, que no se persuadan de que tienes la conviccion de tu derrota?

—Es claro. ¡Dichoso quien asi puede reprimirse!

—¡Dichoso! (repitió el César con sardónica sonrisa). Dichoso el que carece de espías; el que halla un confidente, seguro en cuanto cabe que lo sea un habitante de esta tierra de maldiccion; el que dentro de la esfera comun de los sucesos humanos, no tiene que aceptar con la extraordinaria posicion sus extraordinarias cargas...

—Aqui tenemos á Horacio, el poeta predilecto de la córte de Augusto; al favorito de Mecenas; al Adonis de las mas bellas mugeres galantes de Roma; al génio de las risas y los amores, que en un rapto de mal humor escribe aquello de

odi profanum vulgus, et arceo.

—No, Herranz (respondió el monarca), no es un rapto de Cárlos Quinto.

mal humor lo que me hace esplicar de este modo; sino la necesidad de probarte que entiendo la causa de mi dolencia tanto como tú mismo...

—Vea V. M. Ilma. por qué dije la causa de ese efecto...

—De sobra te entendí, doctor (se apresuró á decir don Carlos). Estas cuartanas que me aniquilan no son mas que...

—Efectos de una causa puramente moral. Habia predisposiciones en vuestra naturaleza mas en favor de esa forma de dolencia que de otras ciento que pudieron surgir á virtud de esa escitacion del ánimo, y ese ha sido el carácter con que se ha formulado al exterior la causa eficiente interna. Mientras el germen de ese padecimiento no...

—Convenidos (interrumpió la majestad imperatoria con triste fatiga). Yo no me debo impacientar porque esto dure, porque es una revolucion fisica que corresponde á otra revolucion moral, como el eco corresponde á la voz.

—Justo.

—En cuanto al método curativo el mismo siempre.

—Mientras las indicaciones sintomáticas no varien, no hay razon para alterar el sistema instituido.

—Tu dices que no hay motivos de alarma...

—Ninguno, señor, hasta la actualidad.

—No hay mas que aguardar á que...

—A que... (tartamudeó el facultivo) á que...

—¡A qué!.. exclamó don Carlos con acento decisivo.

—A que lleguen noticias de Italia, replicó el Galeno resueltamente.

El emperador quedósele mirando de hito en hito. El médico sostuvo aquella mirada con valentía.

El César concluyó por sonreír.

—¡Ola, seor Herranz! (dijo con pausada entonacion) ¡Con que esas tenemos! Tras de maestro en el arte de curar, profesor en *adivinanza*, como decia en sus partidas mi augusto abuelo el décimo Alonso.

—¡Famosa adivinanza! (objetó el doctor). Tiene V. M. un ejército pregonado en los pasquines de Roma por perdido;

un enemigo ensoñoreado del terreno; la plaza mas importante cercada por un adversario audaz y con grandes recursos; no puede socorrer con soldados ni dinero las tropas, que apoyan allá sus intereses; le anuncian sus generales que van á obrar á la desesperada, y hace dos meses y pico que nada sabe de la jugada aventurera, en que comprometen el destino de sus armas en Italia...

—¡Pardiez, señor Herranz! (dijo don Carlos, cediendo al encanto del hombre, cuyo pensamiento fijo interpretan, y rompe la valla del silencio costoso en que le retiene). Ya conozco que es inútil el disimulo con vos: ademas sois un hombre honrado...

—*Medicus: vir probus moedendi peritus:* ese ha sido mi lema.

—Traducidmele. Soy una nulidad en la lengua latina.

—El médico es un varon probo, perito en curar, recalcó el doctor.

—Pues bien; si hoy viniesen á decirme:—«has perdido la Italia; víctimas de su arrojo Pescara, Borbon, Alarcon y Lanoy, han quedado en el campo de batalla; en poder del enemigo; huyeron deshechos sus escuadrones; Francisco impera insolente en tus conquistas; no te resta un soldado, ni un palmo de terreno:»—al que me diese tal nueva le mandaria dar veinte mil escudos, tan cierto como me estoy aquí consumiendo de tedio mortal; de irresistible hastio.

—¡Es posible!

—Y tan posible Herranz. No me abatiria la derrota: llorara en buen hora á mis valientes caudillos, muertos en el campo del honor; sintiera mis bravos capitanes aprisionados; mis pobres defensores anonadados por los franceses; pero ya perdiera mis esperanzas por la actualidad, y estuviera maniobrando para lo futuro. Pero en la agonía de esperar; entre una ilusion fugaz de triunfo, y una sospecha fundada de descalabro...

Una ruidosa griteria en la plaza de palacio interrumpió al rey, que calló prestando el oido á la repentina algazara.

—¿Qué será eso?

—Nada en sustancia, (respondió el facultativo, encogiéndose de hombros) alguna quimera de mugeres, que alborota al sexo fuerte como el mejor torneo; ó bien algun tudesco beodo, que se habrá enredado á cuchilladas con algun guarda-canton. Iba diciendo vuestra magestad...

—Iba diciendo (repitió don Carlos), que esta situacion no puede durar mucho tiempo. Ira de Dios!

—Tal debe pensarlo vuestra...

El rey le interrumpió acaloradamente:

—Porque si lo que todas las probabilidades inducen á creer, á estas horas la hiena ha devorado á mis hijos; si esa Italia maldita, que bebe la sangre y sorbe el oro de las primeras potencias del mundo, no es hollada hoy por un tercio imperial, venderé como doña Isabel, mi abuela, las joyas de la corona, y á costa de los sacrificios mas duros, iré á probar al rey de Francia, que...

Un rumor vivísimo en las galerías de palacio cortó el concepto del César, que prestó una atencion ávida á el inusitado estruendo de agitadas conversaciones.

—¿Qué significan esos murmullos? preguntó al doctor.

—No puedo colegir...

El ruido de abrir las puertas del departamento retirado en que se encontraba el emperador, hizo á S. M. incorporarse en la otomana en que se hallaba recostado.

La puerta anterior á la del gabinete se abrió con estrépito, denunciando el impulso de una mano vigorosa.

—Id á averiguar lo que sucede, dijo el soberano á su médico.

El doctor hizo un movimiento para salir; pero la puerta del gabinete se abrió, dando paso á un caballero en equipo de viage, que con rostro alegre, y llevando en la diestra un voluminoso pliego, fue á ponerse de rodillas ante el nieto de los reyes católicos.

—Peñalosa, exclamó don Carlos con muestras de júbilo.

—Señor, (contestó el comendador sin ocultar el alborozo

que le habia hecho penetrar tan atropelladamente hasta aquel recinto) comience V. M. Cesárea por dispensarme la brusca invasion...

—¡Dispensaros! (repuso el rey con efusion gozosa) ¡Dispensaros de que me traigais una feliz nueva en la animacion



de vuestro semblante! Habeis prescindido de etiquetas ceremoniosas, para venir á contarme que...

—Que podeis decir como el principe César—«*veni vidi, vici*».

—¡Victoria! (clamó don Carlos enagenado de placer) doctor Herranz, ya siento desaparecer con la causa los efectos. Empezaban á helarse las estremidades, mientras la cabeza seme ardia: el calor se reparte en perfecta igualdad por todo mi cuerpo.

—Ya observo vuestra crisis, respondió el Galeno estre-

madamente complacido.

—Veamos vuestros pliegos, señor Peñalosa.

—Hélos aquí.

—Levantaos, marqués del Sotillo.

Peñalosa quedóse atónito.

—Levantaos, marqués del Sotillo, repitió el soberano tendiendo su diestra al comendador, que besándola con profundo respeto, obedeció la orden de su monarca.

Mientras don Carlos leía, el doctor y el recién elevado á marqués por la benevolencia imperial observaban todas impresiones, vieron sucesivamente palidecer y encenderse sus mejillas; brillar con un rayo de alegría, y fulgurar con un relámpago siniestro sus grandes ojos; contenerse la respiracion en su pecho comprimido, y desahogarse en un suspiro de satisfaccion íntima. Dos ó tres veces detúvose en la garganta del emperador un grito, que se disolvió en un murmullo confuso. En dos ó tres ocasiones un estremecimiento de todo su ser, reveló esa emocion honda que hace vibrar todas las fibras. Por mas de cinco minutos tuvo interrumpida la lectura don Carlos. Quedóse reflexivo; apoyado un codo en el descanso de la otomana; oculta la faz por la mano derecha; en la izquierda las comunicaciones de su lugar-teniente en Italia, el duque de Borbon; pugnando por sobreponerse á su conmocion jubilosa.

Cuando volvió á leer don Carlos no conservaba huella de la agitacion, que quiso ocultar á la vista indagadora de los testigos de sus impresiones primeras.

Terminó el parte de la famosa batalla, rico en pormenores de heroicidad, de fortuna, y de legitimo engrimiento en tan grandioso suceso, y abrió la carta en que Francisco se recomendaba á su magnanimidad; documento que leyó y releyó, saboreando el goce de la venganza; repitiéndose las frases humildes de aquel soberano tan arrogante y amenazador hacia poco; abrazando en rápida consideracion todo el fondo de amargura que habria encerrado en su alma aquel hombre antes de resolverse á firmar una epístola en que

impetraba la bondad de su triunfante enemigo; se sometía á su mandado; se titulaba su esclavo, y concluía *por no vos enojar mas con mis razones*, cual pudiera decir un inferior á la persona de quien depende.

El César pasó de la carta de Francisco á la que su madre Luisa de Saboya le remitía en apoyo de las demandas del prisionero.

—Luisa, la adversaria implacable de Carlos; la que con auxilio del canciller Duprat complicó tantas veces las negociaciones de la eleccion imperial; la que dirijia al rey contra la casa de Hapsburgo; llamando *monseñor y mi buen hijo* á Carlos recomendaba á su benevolencia la suerte del preso en *Sizzighitone*.

—Caballeros, (dijo S. M. tranquilamente) pasad á el salon de audiencia pública, preparado para la recepcion ordinaria de hoy: vos, doctor Herranz, como gentil-hombre de cámara que os hago, avisareis al secretario Cobos que le he menester al instante.

—Alto y poderoso señor, tartamudeó confuso el médico.

—Vos, marqués del Sotillo, tendreis la complacencia de advertir al señor Juan Velazquez, secretario del consejo, que acuda al punto á este sitio.

Los dos favorecidos saludaron, yendo en seguida á desempeñar sus respectivas comisiones.

Ya solo el emperador se levantó de la otomana con brio impropio de un doliente, respiró como el que ha logrado encerrar sus pasiones en la mas incómoda reserva, por miedo á los importunos y se halla en libertad de permitirles toda la expansion que los grandes, afectos requieren, y empezando á dar paseos por la cámara desahogó su alegría en frases, al principio inconexas, luego mejor coordinadas, y que por último formularon sus pensamientos para el porvenir.

—Sí, (esclamó despues de tomar aliento tras un largo periodo), es forzoso que ese hombre sienta cuantos sinsabores me ha hecho apurar con sus perfidias: es menester que

mi competidor de Francfort sobre el Mein, conozca que sé llevar la corona que por tan rateros medios me disputó; que llore tantas lágrimas como gotas de sangre ha hecho derramar en Navarra; que el agitador de los bandos de Castilla reciba el pago de sus inícuas gestiones; es preciso que el patrono de Juan de Albret, el favorecedor del duque de Gueldres, el instigador de Roberto la Mará, gima bajo las bóvedas de una prision; que España tenga á Francisco primero apresado en Pavia como Inglaterra á Juan primero cojido en Poitiers; es necesario que el que tanto honró al conde Pedro Navarro para despecho mio, sea testigo de las distinciones que Cárlos de Borbon merece á mi afecto... Algunos me aconsejarán que reduzca á perpétua cárcel á mi eterno implacable adversario... ¡Imposible!... Además de mil inconvenientes el que mayor me pareciera seria la imputacion de terror á su poder... ¡Yo temerle! ¡Yo que le venzo con un ejército sin paga, hambriento, sin recursos en el pais, que libra á una batalla la subsistencia!... Otros me dirán que le suelte al momento para formar contraste mi hidalguía con su doblez; mi generosidad con su mañosa arteria... Nécia magnanimidad de que se reirian los políticos del continente! Nada; despues de experimentar la humillacion del cautiverio vuelva al trono; pero suelte la Borgoña; ceda el Delfinado á Borbon que ciña una corona; satisfaga las exigencias de la Gran Bretaña, y renuncie á todos cuantos territorios posee en Italia; es decir, que el vencedor de Marignan, pierda en un dia el litijio que sustenta con la Europa, y por via de costas un pedazo de sus dominios á favor de su contrario mas aborrecido, el ex-condestable de Francia.

Don Cárlos tomó asiento en la otomana, y recojiendo los documentos traídos por el comendador Peñalosa, que sobre ella yacian, los puso sobre una mesa próxima que tenia la hechura de velador.

De repente cojió la carta del rey Francisco, y con intencion orgullosa leyó los dos párrafos, que mas significaban en ella:

«Mucho vos suplico que comenceis á determinar en vuestro corazón qué es lo que vos placirá facer de mí.»

—Ya lo vereis, mi buen hermano Valois, (esclamó el César con cruel ironía), aunque demasiado debeis juzgar de mis intenciones por las vuestras.

«Si vos pluguiere haber piedad de mí, sed cierto y seguro que en lugar de un príncipe inútil cobrareis un rey por esclavo....»

—Hermano Valois, (repitió el rey español) dejad á cargo mio lo futuro ¡oh! como yo pueda, libre y sobre el trono de Francia, habeis de ser mas inútil que os reputais en Pizigithone.

«Mas provechoso vos será me cobreis por fiel amigo, que no que muera aquí desesperado...»

—¡Que muera aquí desesperado! (recalcó la magestad imperial.) Pronto desesperais, rey Francisco.

Una contraccion sombría del rostro pálido de Carlos, determinó el punto en qué se agolpaban á su imaginacion todos sus rencores; todos los motivos de acerbo disgusto que la conducta de su rival le habia proporcionado.

La puerta del gabinete fué franqueada por el secretario del consejo Juan Velazquez.

—Señor Velazquez, (le dijo el emperador correspondiendo al profundo saludo del secretario) ¿conoceis la nobleza de la casa de Peñalosa y sus servicios?..

El secretario se inclinó en señal de asentimiento.

—En atencion á esa nobleza y en consideracion á esos servicios, nombro al comendador Peñalosa, marqués del Sotillo, con alcaidía, y guardia del castillo de Toledo, décima en propios de la dicha ciudad; y cien mil maravedis de renta sobre fondos del real patronazgo.

El secretario se habia aproximado al velador, y colocando sobre él su cartera, estrajo de ella lapiz y una hoja de apuntes en que fué consignando las concesiones del monarca al nuevo dignatario.

—Estendereis la carta régia, y mañana la presentareis al

Carlos Quinto.

despacho en la sesion del consejo.

Velazquez tornó á saludar.

—Registraréis el archivo noviliario para mencionar los gloriosos antecedentes de esa familia, y concluireis con alegar por última razon de la real gracia, el celoso desempeño de comisiones delicadissimas del servicio de que es deudora la corona al insigne comendador.

Juan Velazquez trazó rápidos signos en sus apuntes.

—¿Está entendido?

—Entendido, respondió el secretario con toda la gravedad de la alta curia española.

—El doctor Pedro Herranz, mi primer médico de cámara, hidalgo aragonés, ha merecido por sus relevantes pruebas de adhesion que le nombre gentil—hombre de mi cámara. Le estendereis el nombramiento, que firmaré esta noche misma.

Velazquez lo sentó así en su hoja de memoria.

—Hé aqui todo, concluyó el César.

—¿Tiene V. M. que mandarme?

—Nada absolutamente.

Juan Velazquez, despidiéndose con una reverencia rendida, se dirigió á la puerta que entreabria el secretario Francisco de los Cobos para entrar, y despues de una cortés insistencia sobre pasar uno antes que otro, salió Velazquez, y Cobos penetró en el gabinete, con su enorme cartera bajo del brazo, y su tintero prevenido en un canuto de plata; dije que contenia, desde la pluma de marfil, hasta la barra de lacre, todos los utensilios del servicio peculiar del notariado.

—Ola don Francisco, exclamó el César que profesaba al secretario Cobos una particular predileccion por su perspicacia, claro talento, y espedicion rápida en los mas delicados asuntos.

—A vuestro mandado, señor.

—Vos comprendéis á maravilla el lenguaje de las dificultades circunstancias: me consta.

—Vuestra augusta bondad....

—Demostrar grandes alegrías y grandes pesares, indica que rebosan de un ánimo pequeño, ¿no es así?

—Sin duda alguna.

—Pues yo deseo comunicar á los reinos una noticia que arrancára exclamaciones de júbilo á Carlo-Magno; noticia contenida en estos pliegos.

El emperador entregó al secretario el parte de Borbon, guardando las cartas de Francisco y de Luisa de Saboya.

—Y al participar esa nueva (continuó el joven rey de España), quiero que admiren todos la moderacion con que narro mi victoria, y la modestia de mi alma en tan brillante triunfo....

—Comprendo, interrumpió de los Cobos, fulgurando en sus ojos un rayo de viva inteligencia.

—Enteraos de esa comunicacion, (prosiguió don Cárlos) mientras doy gracias á nuestro Señor por el amparo de mis armas en la capilla próxima. Sentaos, y despues de leer, trazad un borrador de la carta en que debo dar cuenta de mi victoria, dirijiéndola á mi primo el marqués de Denia. Cuando salga del oratorio para ir á la sala de audiencia, estará concluida.

—Asi será, señor, replicó el secretario.

El César, sonriendo á su notario preferido, tomó el camino de una capilla contigua, cuya puerta disimulaba una especie de caja de armario, mientras Cobos arreglando los avios de su empleo sobre la mesilla, sentóse en la otomana y repasó el parte de la jornada de Pavia, tras cuya lectura pensó un breve rato, poniéndose con todo empeño á la tarea señalada por S. M.

Quando Cárlos salió del oratorio al cabo de media hora larga, venia repitiendo aquel versículo de los salmos de David, (el cuarto del capitulo sesenta y nueve que dice:—*«Retrocedan confundidos cuantos me desean mal.»*) Aquel versículo grabado en el pedestal de una columna del Tabernáculo habia llamado la atencion del César, como un presa-

gio divino de su futura suerte.

—Veamos vuestro trabajo, dijo á Cobos con afable gesto.

El secretario de S. M. se levantó apresuradamente, y puso en sus manos la terminada misiva, que decia de este modo:

«Marqués primo. Ya sabeis como el rey de Francia con
 »muy gran aparato, pasó en persona á Italia, con fin de to-
 »mar y usurpar las tierras del nuestro imperio, y el nuestro
 »reino de Nápoles, donde habia enviado al duque de Alba-
 »nia con gente á le conquistar, y tenía cercada la ciudad de
 »Pavia. Agora sabed que el dia de San Matias, y dia de
 »nuestro nacimiento, que fueron el 24 de febrero, aunque
 »el dicho rey de Francia, por tener su campo en sitio muy
 »fuerte, y á su propósito no tenia voluntad de aceptar la
 »batalla, fuele forzado, porque nuestro ejército pasó con no
 »pequeño trabajo á donde estaba, y asi la dieron.»

—Perfectamente explicado, clamó el rey interrumpiendo la lectura para mirar con satisfaccion gozosa al intérprete de sus sentimientos.

Francisco de los Cobos demostró su gratitud con una inclinacion veneratoria.

Don Cárlos siguió leyendo.

«Plugo á nuestro Señor, que sabe cuán justa es nuestra
 »causa, darnos victoria. Fué preso el dicho rey de Francia,
 »y el principe de Bearne, señor de Labriet, y otros caba-
 »lleros principales, y muertos el almirante de Francia y
 »Mr. de la Tremulla, y Mr. de la Palisa, y otros muchos; de
 »manera, que todos los principales que allí se hallaron, fueron
 »muertos ó presos.»

—Menos el duque de Alenzon, dijo el César dando un suspiro.

El hombre que tenia prisionera la flor de la caballería de Francia, suspiraba porque un magnate escapó á los hierros de la cautividad. Alejandro que sometió á su imperio, el orbe de su época, lloraba porque faltaba un palmo de tierra incógnita á sus conquistas... ¡Insaciable condicion humana!

La imperial magestad prosiguió:

«Escriben que de su campo murieron quince mil hombres, y del nuestro hasta setecientos. Y por todo he dado y doy muchas gracias á Nuestro Señor; y así se las debemos todos dar, porque espero que esto será causa de una paz universal á la cristiandad, que es lo que siempre yo he deseado; y acordé de hacéroslo saber; porque sé que de ello habeis de holgar. De Madrid, á 15 de marzo de 1525 años.»

«Por mandato de S. M.—Francisco de los Cobos.»

—¡Magnífico! (esclamó el emperador con suma complacencia). Por mi fé, que habeis adivinado el fondo de mi pensamiento. Id á que copien la epístola, y tomadla á la firma.

El soberano salió del gabinete mientras el secretario recogia sus utensilios, para correr á cumplir la escelsa orden.

Al aparecer el César en la sala de recepcion, fué saludado con el grito de *viva el rey!* por una numerosa córte.

En la misma plaza de palacio habia caido reventado el caballo de Peñalosa, y como la multitud que acudió al rededor suyo compadeciese al pobre animal, el comendador dijo:

—Con este van tres tronados por el camino; y bien merece tal prisa la nueva; porque hemos vencido á los franceses, y el rey Francisco queda prisionero en Pizzighitone.

La esclamacion de alegría de la muchedumbre interrumpió con sus ruidosos ecos el diálogo de don Carlos con el doctor Herranz.

Al penetrar en palacio Peñalosa, algunos principales caballeros quisieron detenerle.

—Dispensen usias, señores míos, (les replicó el mensajero de la victoria) impórtame ver á S. M. para anunciarle nuestro completo triunfo, y la prision del soberano francés.

Los cortesanos se reunieron, entablando aquella estrepitosa conversacion, que tronando en las bóvedas de la galería, fué á escitar la atencion del doliente César, retraido en su gabinete.

La noticia circuló por Madrid con la rapidez consiguiente al doble vehículo por donde la trasmitia el comendador. La aristocracia y el pueblo tomaron activa parte en la fiesta. Los embajadores, los grandes señores, los caballeros y muchos hombres de la clase media, acudieron al régio alcázar á besar la mano del príncipe, á quien Dios entregaba atados sus mas crueles enemigos. El pueblo llenó la plaza, aclamando con frenético entusiasmo al unjido del Señor que ponía bajo las garras del leon castellano las lises francesas.

—¡Viva el rey! tornó á clamar la córte.

—¡Viva! respondió el pueblo, que llenaba la plaza de palacio.

—Señores, (dijo con la calma de los grandes ánimos el victoreado soberano) demos gracias á Dios por su alto favorcimiento: en su diestra está la causa del bien y del mal; nos ha dispensado el primero: bendigamos su nombre.

—Gracias, señor, (repuso el duque de Castro, uno de los mas galanes próceres del reino) pido á vuestra magestad el destino de mantenedor en los torneos, que para celebrar la victoria deben hacerse.

—Imperial magestad, (añadió el conde de Benavente, anciano de condicion festiva) cedo mi casa á la juventud cortesana para un sarao, que tendreis la dignacion de presidir.

—Señores, (contestó el emperador con tono sentencioso) las victorias obtenidas sobre principes cristianos, mas requieren duelos, que fiestas. Acepto esas señales de alegría para cuando triunfemos de Soliman el Magnífico.

Los cortesanos se miraron entre sí con mucho pasmo.

—Reverendo padre maestro, (continuó Cárlos V, dirijiéndose al prior de dominicos de santa Maria de Atocha), mañana asistiremos á la funcion solemne y *te-deum*, con procesion y letanía, con que vuestro monasterio solemnizará este suceso.

—Magestad, (replicó gravemente el prior) mi convento ofrece seis mil hogazas para los necesitados de Madrid.

—Abrid ese balcon, dijo el rey á un gentil-hombre.

El pueblo agolpado ante la fachada de palacio, vió aparecer risueño á su rey, y saludó con vivas aclamaciones su presencia.

VIII.

Sandoval dice hablando de la consulta de Cárlos V, sobre la suerte de su prisionero:

«Tres pareceres hubo principales:

«El uno que lo tuviesen perpétuamente preso, si bien con la reverencia debida.

«El segundo que lo soltasen, con que se obligara y diese seguro de que jamás haria guerra.

«El tercero, que con la brevedad posible, y con las mejores condiciones que ser pudiera, fuese suelto.

«Del primer parecer no se hizo caso. El segundo fué del obispo de Osma, confesor del emperador, parte del cual se tomó y parte se dejó. El tercero, tuvo el duque de Alba, don Fadrique de Toledo, digno de quien el fué...»

El conde de Roeux, recibió el encargo de visitar al prisionero en *Pizzighitone*, proponiéndole la cesion de la Borgoña; dar á Borbon la Provenza y el Delfinado para erigir entrambos feudos en monarquía; satisfacer las pretensiones de Enrique octavo, y renunciar á todos los territorios de Italia: en una palabra, suscribir á su humillacion y vergüenza; estremó á que el carácter caballeresco de Francisco preferia mil veces la muerte.

Así cuando Mr. de Roeux concluyó de relatar las exigencias imperiales, el monarca prisionero, poseido de viva indignacion, y echando mano al pomo de su daga exclamó: *«Mas valdrá morir como rey.»* Lo cual visto y oido por Alarcon retuvo la diestra del desgraciado principe, representándole lo inconveniente de tal acto, y arrancándole el arma de que intentó valerse contra sí mismo. *«Está bien»* (dijo Francisco I, con amargura); pero antes la perpétua cárcel que la deshonra.»

Lanoy logró persuadirle de que lo riguroso de aquellas proposiciones dimanaban del consejo mas bien que del emperador, y que avistándose con la majestad Cesárea obtendría mejor partido, que tratando desde lejos. En virtud de sus persuasiones Francisco convino con Lanoy su páse misterioso á España, contando con Alarcon para burlar la vijilancia de Borbon y Pescara, interesados en retenerle en la Península itálica, y embarcándose en Génova, con el pretesto de trasladarse á Nápoles por mar, cingló la escuadrilla hácia las costas francesas, á las que distinguian los ojos del vencido entre la bruma marina y el anublamiento de silenciosas lágrimas de pesar; llegando en breves dias á Barcelona y poniéndose en camino para Madrid, á donde fué hospedado en la torre del alcázar por el mes de julio; bajo la celosa custodia de Fernando de Alarcon.

Pronto tuvo ocasion de desengañarse el crédulo monarca de aquellas creencias en que le imbuyera Lanoy. Cárlos ocupado en las córtes de Toledo, envió un encargado de saludar en su nombre al rendido; mientras dispensó un recibimiento magnífico á Borbon que por noviembre aportó á España, cruelmente ofendido por la trama de Lanoy, y con ánimos de vengarse: Villena proporcionó al soberano francés la satisfaccion de un agravio á su implacable enemigo. Suplicándole don Cárlos que hospedara en su casa al duque. Villena contestó con una entereza hidalga que no podia rehusar á la majestad imperatoria demanda alguna; mas que cuanto saliera de su morada el ex-condestable la pegaría fuego, haciendo arrasar los cimientos tambien; porque bajo el techo que habia cobijado á un traidor no debia vivir un caballero.

Francisco cayó en una sombría tristeza, que fué graduándose hasta convertirse en una enfermedad en estremo peligrosa. En sus momentos de mejoría no cesaba de instar á cuantos le rodeaban avisaran al emperador que deseaba verle, y tanto se radicó en su mente esta idea que los maestros en el arte de curar que le asistian, hicieron saber á

don Carlos que de su visita estaba pendiente una crisis saludable para el prisionero, á quien el despecho del vencimiento, la angustiosa expectativa de su suerte, y lo acerbo de la última decepcion, habian conducido al borde del sepulcro.

En consecuencia de estas noticias don Carlos abandonó á Toledo y con toda diligencia pasó á Madrid, haciendo avisar su llegada al monarca enfermo, y dándole seguridad de que al otro dia á punto de las doce iria á visitarle.

El 28 de setiembre es el prefijado para tal entrevista, y al sonar la primera campanada de las doce, el doliente Francisco escuchó las pisadas de los caballos de la imperial comitiva, que denunciaban el trote largo á que venia la lucida cabalgata. Las voces de mando del jefe de la escolta, el saludo de los clarines, y ese murmullo popular que subsigue á las grandes ceremonias públicas, como desahogo del silencio expectativo, hicieron palpitar el corazon del prisionero, que en su natural siempre accesible á las impresiones del momento olvidó el desdeñoso olvido de dos meses por aquella atencion de un dia.

En el primer impetu de su gozo Francisco quiso saltar del lecho, y á no ser porque el doctor Herranz le detuvo, en bata sale al encuentro de el nieto de Maximiliano.

—¡Gracias á Dios! exclamó levantando las manos al cielo, y arrasados los ojos en llanto.

Alarcon, penetró en la estancia.

—Alteza, (dijo á su custodiado ceremoniosamente) su majestad imperial pide la vénia para....

—Verle, verle al instante, interrumpió el rey con ansiedad.

Alarcon saludó, y evacuó el aposento.

El emperador seguido de su primer ministro Mercurino Gatinares, y como hasta una docena de altos dignatarios, se presentó en el dintel de la puerta.

Con un movimiento lleno de dignidad entregó su sombrero al duque de Calabria, y alargó su capotillo al de Nájera, dirigiéndose á la cama de Francisco con la sonrisa en

los labios, y los brazos abiertos en ademan de amorosa concordia. Francisco le recibió del mismo modo, y los dos adversarios se unieron en estrechísimo abrazo.

—Señor, dijo el rey.—Aquí teneis á vuestro esclavo.

—¡No por Dios! (contestó el César) sino á un hermano y á un amigo.

—No sino vuestro esclavo, repitió Francisco de Valois.

—No sino á un buen hermano, y á un franco amigo, replicó Carlos de Hapsburgo, desenlazándose del prisionero, dejando su mano diestra entre las descarnadas manos del enfermo, y tomando asiento en una poltrona colocada á la cabecera de aquel lecho de los crueles dolores.

—Al fin vinisteis, depuso Francisco exhalando en un suspiro profundo su larga y penosa impaciencia.

—Hermano mio, (replicó don Carlos con afectuosa animacion) el arreglo de negocios de Estado de una urgencia imponderable, me han impedido seguir los impulsos de mis mas fervientes deseos.

—¡Oh! ¡qué terriblemente dilatado es el tiempo para quien le cuenta en una prision! exclamó el principe francés con eco sombrío.

—Hermano Valois (le dijo el César con la dulzura fraterna mas esquisita) nó os asalten esos recuerdos, que como á vos me torturan: un velo á lo pasado y tras la tempestad llega la bonancible calma.

—Dios, nuestro Señor, os recompense el consuelo supremo, que me dais con esa promesa, aunque vaga, aunque incierta.

—¡Vaga! incierta! (repitió el soberano español en tono de reconvenccion amigable) ¿podeis creerlo así?

—¡Ah! los desgraciados pierden hasta la fe.

—¡Los desgraciados! Vencedor de Marignan, no es extraño que una derrota despues de tantos triunfos desaliente de esa manera al mimado de la fortuna; pero por el nombre de mi padre que errais en perder la fe en mi cariño

fraternal, en vuestro brillante destino.

—Cárlos, (dijo Francisco estrechando la diestra de su enemigo), no deis oídos á los que acumulen cargos sobre mí para escitaros en daño de mis intereses.

—Descuidad, (replicó don Cárlos con la sonrisa mas benévola en apariencia, pero que hizo estremecer á Gatinara, que comprendia la significacion de aquella amable sonrisa) sé lo bastante para no guiarme por lo que me dijeren de vos.

—Escuchad las inspiraciones de vuestro ánimo real, que antes que todo interés y toda ganancia os ha de sugerir el pensamiento de obligarme con el vínculo indisoluble de la magnanimidad.

—Hermano mío, (repitió el emperador redoblando la espresion afectuosa de la frase) no os atormenten recelos de ninguna especie; estais en la corte de un amigo que deplora los primeros rigores de una situacion violenta, y que os da palabra de compensar los disgustos pretéritos con la concordia futura.

—Y ganareis un buen amigo, Cárlos, hermano, (respondió con transporte el doliente) yo os lo fio.

—Así lo espero, así lo espero, contestó el César cruzando sobre el pecho de Francisco la bata que le dejaba desabrigado al abrirse.

—Vuestras primeras condiciones me hicieron desear la muerte.... ¡Oh! vos no las dictasteis tales como me fueron propuestas; de seguro: era mas de lo que bastaba para arrancar una negacion absoluta al príncipe mas débil, y corbarde del orbe.

—Porfiado, (esclamó el emperador en tono chancero), vuelta á las memorias de lo que pasó.... Ahora se trata de recobrar la salud pronto, muy pronto, y luego de arreglar los asuntos con urgencia en pró de nuestra concordia, y en favor de nuestros pueblos.

—Sí; contad conmigo para todo lo que no me humille á la faz de Europa, ni me haga odioso á mi pueblo, ni me neutralice para los altos destinos que me están señalados.

Tratadme como á un hermano que entre sus ofertas os hace la demanda de una hermosa y digna hija del archiduque Felipe para ascenderla al trono, que tanto engrandeció Blanca de Castilla.

—Todo se arreglará satisfactoriamente, hermano Valois; no lo dudeis.

—Me haceis revivir.

—Desechad toda reminiscencia ingrata; tratad de restableceros cuanto antes, y me atrevo á responder que los franceses no estarán huérfanos mas que el brevisimo espacio de firmar nuestro convenio amistoso.

—¡Mis buenos franceses! (dijo Francisco con tierna melancolía) ya tenia perdidas las esperanzas de verme rodeado de sus obsequiosos testimonios.

—¡Es posible!

—Sí; (respondió la magestad francesa con aire lúgubre y acento tétrico) y tan perdidas: bien lo sabe Dios. Ya tenia firmada la cesion de mis derechos soberanos en el Delfín, mi hijo...

Don Carlos palideció á pesar de su sangre fria.

—Legaba á Francisco la autoridad real, y anunciaba mi resolucion, de aceptar la eterna clausura; el cegamiento y la profesion religiosa del siglo de Carlo-Magno, si era menester antes que comprar la libertad con ignominia.

—Hombre de poca fé, replicó don Carlos, con gesto benevolente.

—Pero todo ha cambiado ¿no es asi? (preguntó Francisco con ávida exploracion), ¿no es cierto, hermano mio?

—Cabalmente, señor incrédulo (se apresuró á replicar el emperador insistiendo en su entonacion festiva) y mi deseo principal es el recobro de vuestra salud vigorosa para que en un plazo brevisimo, transijamos nuestras diferencias de familia, como buenos hermanos.

—Asi será, si vos retirais aquellas malhadadas proposiciones, comunicadas por Roeux, y aceptais las bases de la franca alianza, que estoy dispuesto á someter á vuestra consideracion.

—Por retiradas las primeras.

Francisco sonrió con expresión de inefable contento.

—Por aceptadas las segundas, añadió la magestad imperial, pasando un brazo por la espalda del enfermo, con una cordialidad la mas afectuosa.

—¿De veras? interrogó el soberano francés no pudiendo concebir tanta bondad, despues de lo pasado.

—Vos no podeis proponerme nada que no sea razonable y yo cederé aun de lo que me sea debido con tal de extinguir esas discordias entre nosotros, que han causado tantos daños á la cristiandad.

—¡Ay! Eso es tristemente positivo, repuso Francisco con sentimiento.

—Somos responsables de la pérdida de Rodas, ese baluarte de los cristianos de Occidente contra el Islamismo, y por mas que en nuestros reciprocos enojos nos hayamos lanzado la acusacion de alentar al turco con nuestras discusiones, el mundo hoy, la historia mañana, nos harán compartir ese vituperio.

—Teneis razon, contestó Francisco con la frente abatida.

—Pero no pensemos en ello (continuó el César trocando la solemnidad de su tono, por el aire de franca jovialidad mas placentero) ocupémonos de vuestra salud, y una vez en estado de tratar los asuntos políticos, creed que el término de la situacion no se hará esperar, mi caro hermano.

—Ante todo, hermano, (dijo el prisionero) como primera cláusula de nuestros convenios futuros, figura el consorcio por que suspiro con la escelsa viuda de Manuel de Portugal, la reina doña Leonor, vuestra hermana.

—Ved aquí á aun enfermo singular (replicó don Cárlos con aire de broma.) Entre los achaques y las dolencias ocupa su imaginacion en el panorama de las fiestas nupciales. ¡Cuánto os envidio esa fantasia privilegiada de que me habeis dado tan brillantes muestras!

—Pero en fin.....

—Pero en fin, (interrumpió don Cárlos). Ahora lo prime-

ro es vuestra salud; que recuperéis las fuerzas; que vuelvan á colorearse vuestras mejillas; que la savia fecunda de una robusta virilidad circule activa por vuestras venas. Inmediatamente despues vendrán los capitulos de los pactos, la discusion de las proposiciones, y por último la augusta alianza, que devolviendo á la Francia su rey, asegura un aliado á la España, y un amigo al imperio.

—Gracias á vos, hermano Cárlos, (respondió el vencido en Pavia) mi restablecimiento será rápido y completo. En una naturaleza como la mia, una impresion mata ó sana, y la que ha producido en mí vuestra visita me acaba de arrancar á la desesperacion; me ha sustraído al imperio de la muerte.

—Loado sea Dios por todo, concluyó el César con aire grave.

—Mi buena Margarita de Alenzon, mi querida hermana, debe llegar próximamente.

—Quizá esta noche.

—La vista de esa noble criatura, que ha sido un ángel de bondad para mí, debe ayudar eficazmente á la impresion saludable de nuestra entrevista.

—Así me parece (respondió Cárlos Quinto levantándose y cogiendo entre sus manos las de Francisco Primero). A restablecerse pues, y á ver cuándo os permiten los doctores pasear la villa á caballo, esto os distraerá.

—Pardiez! (repuso Francisco moviendo la cabeza en signo de recordacion infausta). Aunque me fuera en ello la vida, no consentiria salir como antes en una mula, entre soldados de caballería, y con dos escuderos asidos al freno de mi pacífica cabalgadura de Almagro.

Cárlos volvió á tender los brazos á su rival, que le estrechó en ellos con efusion agradecida.

—¿Cuándo volvereis, hermano? preguntó Francisco á Cárlos, sin ser bastante á contener su desconfiada inquietud.

—En cuanto llegue vuestra digna hermana Margarita.

—Adios, nobles señores, exclamó Francisco, saludando con

agasajadora cortesía á los magnates de la comitiva imperial.

—Que vuestra magestad logre entero alivio, replicó en nombre de todos Mercurino Gatnara, mientras se inclinaban aquellas arrogantes cabezas en saludo reverente.

Ya en el dintel de la puerta el emperador se volvió al prisionero, y con un gracioso signo de despedida le dijo—
«Cuidaos, mi querido hermano.»

—Sereis obedecido, le respondió con las propias muestras de galantería el enfermo.

El César y su córte se alejaron, denunciando su salida del alcázar los murmullos del pueblo; la voz de mando del gefe de la escolta y el toque de los clarines.

Francisco se dejó caer sobre el lecho con el suspiro desahogado de un hombre que acaba de salir de las agonias de una horrorosa incertidumbre.

IX.

No bien sanó Francisco Primero, recordó sus promesas á Carlos Quinto. Como habia dicho el emperador, la primera cláusula de los artículos, que sometió á su exámen, fué el matrimonio con doña Leonor de Austria. Esta hermosa y esclarecida viuda del monarca Lusitano, habia sido tratada de casar con el duque de Borbon, si bien la magestad imperatoria preferia dar su hermana á un principe reinante mas bien que á un proscripto, execrado por la traicion á su patria; esclavo de su oferta, no se atrevió á decirse por su interes con preferencia á su compromiso. La defuncion de Pescara, víctima de una tisis pulmonar, dió un motivo para romper el proyecto de enlace entre el ex-constable de Francia y la reina; que, Carlos de Borbon admitió en cambio de la mano de Eleonora la imbestidura del ducado soberano de Milan, confiscado á Sforzia, y el carácter de primer caudillo del ejército imperial en Italia.

La restitution de la Borgoña fué el punto en que Carlos insistió con una inflexibilidad, inaccesible á toda propuesta

compensatoria; inexorable á toda cesion diferente, aun de mayor cuantía. Francisco se escusaba de esta devolucion, alegando que las leyes fundamentales de su reino declaraban nulo todo desmembramiento de provincia: consentia en ceder á su adversario aquella Italia funesta, teatro de glorias sin fruto; campo de colision perenne; osario de los mejores guerreros de Europa; abismo donde iban á sepultarse raudales de sangre y raudales de oro. Convenia en renunciar á toda posesion en los Países Bajos; restituir á Borbon y los complicados en su causa, cuantos bienes les fueron confiscados; pagar finalmente un rescate subidísimo.

A todas estas ofertas, replicó don Carlos con una constante repulsa. La Borgoña era su pedido primero, y la herencia de Carlos el temerario, tan enteramente retenida por Luis el Onceno, como costosa á Maximiliano, la condicion *sine qua non* de todo convenio entre él y Francisco. Fueron infructuosas todas las gestiones, y la bella y persuasiva Margarita de Alenzon, nada obtuvo del César, á pesar de los multiplicados recursos de su genio diplomático.

El prisionero pensó en el medio que habia mencionado en la entrevista con su enemigo: abdicar en el Delfin y preferir la prision perpétua á la infamia. Firmó el acta que traspasaba á su hijo la soberanía; otorgó poder á Margarita para presentarla al registro en todos los parlamentos de sus estados, y declaró al emperador que contara con un principe sin feudos, y tuviera por conveniente señalarle punto de residencia por el resto de sus dias.

Dos circunstancias acercaron el fin de aquellas disidencias, y dieron de sí la celebracion del pacto de alianza. Enrique de Albret, principe del Bearne, pretendiente de la Navarra, se fugó de la fortaleza de Pavia con cuatro de sus guardianes, y poco tiempo despues Champion, criado del rey Francisco, dió parte al César de una combinacion ingeniosa á cuyo favor debia evadirse el régio prisionero. Carlos temió perderlo todo por la fuga de su rival, y la experiencia de Enrique de Albret le hizo desconfiar de la vi-

jilancia de sus oficiales y la incorruptibilidad de sus carcereros.

Francisco fué avisado de cierta recatada liga, que el papa, los venecianos, y algunos príncipes de Italia, formaban contra el poder imperial; consecuentes con el eterno principio de la política italiana; enredar en lucha las grandes potencias aspirantes al dominio en aquel territorio, y coaligarse contra la que amenazaba con el predominio absoluto. El voluble Enrique octavo, habia brindado su cooperación á los esfuerzos de la Francia por la libertad de su rey. Francisco determinó acceder á cuanto de él se pretendia, recobrar la libertad; volver á sus reinos; espiar la ocasion propicia y vengarse.

Al fin quedaron estipuladas las condiciones, y el 14 de enero de 1526, firmóse el tratado de Madrid, que demarcando los puntos de conveniencia entre España, Francia y el imperio, devolvía la libertad á Francisco.

La Borgoña era restituida, y para asegurar esta devolución, como quiera que don Carlos consentia en la soltura del rey de Francia, en el instante daria este en prenda de su palabra al Delfin, al duque de Orleans, y en lugar de este último, doce dignatarios señalados por el emperador.

Francisco renunciaba asimismo toda soberanía en Flandes y Artois, y á toda dominacion en Italia: se obligaba á emplear su crédito con Enrique de Albret para hacerle desistir de sus proyectos sobre Navarra, y á negarle auxilio en sus intenciones: convenia en devolver á Borbon y sus cómplices los bienes confiscados con indemnizacion de los perjuicios sufridos: finalmente, juraba por la fé de cristiano y el honor de caballero, restituirse á la prision si dejaba de cumplir lo solemnemente pactado.

Como cláusulas secundarias figuraban la de que restituida la Borgoña, y devueltos los rehenes, Francisco enviaria á España á su tercer hijo el duque de Angulema para su educacion en la córte imperial: que en toda guerra del imperio ó de España, Francisco suministraría en clase de aliado

un contingente de tropas ó dinero: que casaria con la reina viuda de Portugal, declarando por bastante dote los condados de Masconais, Ausestrois, y Valsobresena, con doscientos mil escudos de sol: que hasta la ratificacion del tratado por el parlamento, Francisco permanecería en España en clase de detenido, jurando no evadirse por los Santos Evangelios.

Celebróse el matrimonio de doña Leonor con el vencido de Pavia; pero Carlos no permitió la consumacion hasta que llegara la ratificacion de los estados del reino francés.

El emperador y el rey viajaron juntos en litera; pasearon á caballo por las poblaciones entre victores entusiastas, se prodigaron muestras de fraternalidad amorosa, rivalizaron en esplendidez cortesana; pero Carlos desconfiaba y Francisco finjia; mientras el pueblo prometíase una era de dulce concordia, y los políticos auguraban desastrosos resultados tras de aquella comedia de cortesés prevenciones y afables tratos.

En el camino que comparte las rutas de Madrid para Illescas y á Torrejon, los dos príncipes se apartaron de la comitiva.

—Hermano Valois, (dijo don Carlos) ¿os acordais de nuestro convenio?

—Punto, por punto (respondió Francisco) ¿quereis que os lo repita?

—No, (replicó el emperador) pero con la lealtad de un caballero, decidme si teneis voluntad de alterarle; que aun estamos á tiempo, y se evitarán escandalosas diferencias.

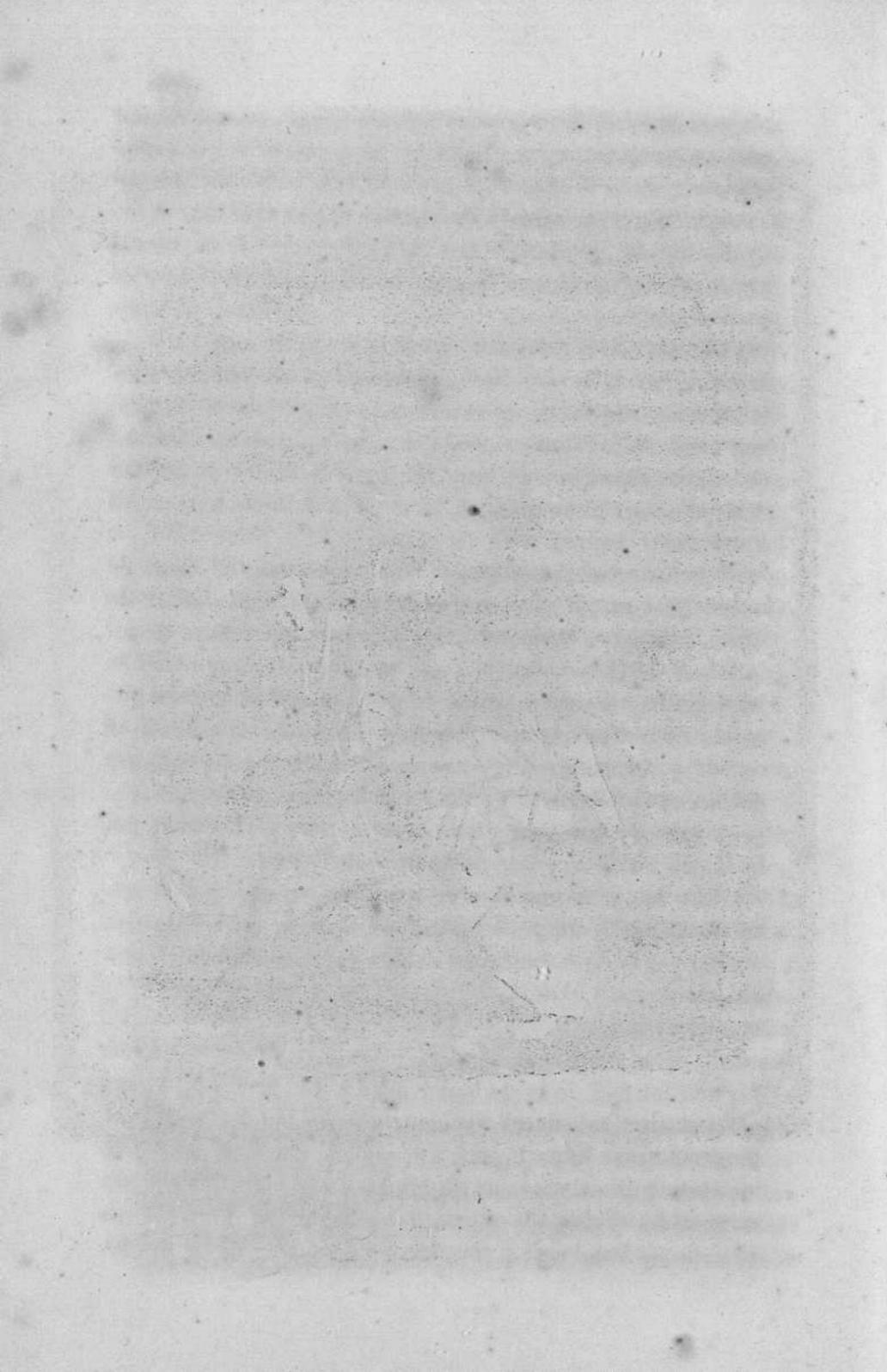
—Si no le cumpliere (contestó el rey) llamadme á la faz del universo, cobarde y menguado.

—Una sola cosa os pido (insistió el César con tono solemne) que si habeis de faltar á todo ó parte de nuestro tratado, por el nombre de Dios, Francisco no me ultrajeis en mi hermana.

—¡Faltar á mi esposa! esclamó el soberano francés con viva exaltacion.



Cárlos V.
lám. 14.



—No lo creo, (se apresuró á decir Cárlos) porque en tal caso mi venganza seria tremenda, hermano: ó vos ó yo; un recurso.

—Me haceis un agravio en suponer tal indignidad.

Cárlos de Hapsburgo tendió francamente la diestra á Francisco de Valois, que la estrechó con igual espresion de cordial afecto.

Dichas estas palabras, entrambos quitáronse el sombrero, diciendo:—«hermano, Dios vaya en vuestra guarda.»

El nieto de los reyes católicos se dirigió por el camino que conduce á Toledo, adonde le llamaban urjentes asuntos de estado. El sucesor de Luis XII, tomó la direccion de Madrid para de allí emprender la marcha á Fuenterrabía, ya libre.

Los historiadores que tanto declaman contra el abuso de nuestro rey en obligar á extremos costosos al prisionero de Pavia, consagran periodo harto breve para dar cuenta en sus historias de la ruin perfidia de un soberano, que antes de jurar como cristiano por los Santos Evangelios y el Sacramento de la Eucaristía, y como caballero por la cruz de su espada y la mano sobre el corazon, habia hecho redactar por un notario francés y ante sus consejeros un acta en que protestaba del juramento que iba á prestar; y daba por nulas la fé del cristiano y la palabra del caballero.

Este fué el mismo hombre que para tranquilizar al receloso César, le dijo:—«Si no cumpliere lo convenido tenedme por *lache* y *mechant*.»—Esto es, por *cobarde* y *mezquino*.

X.

Son las tres de la tarde del dia 19 de marzo de 1526?

Los cien caballeros franceses que rondan las costas de España, (como la de Francia) es vijilada por cien caballeros españoles, se colocan en dos hileras á los lados del embarcadero del Vidasoa á donde debe llegar en breve el rey Francisco. Van Praet y Darmair en compañía de los princi-

pes dados en cangé á España, se descubren en la orilla opuesta aguardando la barca lujosamente empavesada, que ha de trasladar á la ribera de sus reinos al monarca libre.

Pronto apareció la escolta de Francisco primero, compuesta de doce señores castellanos, armados solo con daga según lo convenido; Lanoy iba á la izquierda del rey; Alarcon á la derecha.

En medio del Vidasoa descubriase una gran barca amarrada con seis áncoras, donde debia de verificarse el cangeo. De cada orilla partieron los decorados lanchones que habian de venir á juntarse en la nao amarrada. El rey, Alarcon y Lanoy con doce caballeros iban en uno; el Delfin, el duque de Orleans, Lautrech y doce caballeros en el otro.

Llegados á la barca frente los príncipes se arrojaron á los brazos de su padre, que los estrechó en ellos con ternura. Los señores franceses besaron la mano á su señor. Los españoles le pidieron igual honra. A invitacion de Lanoy, el Delfin su hermano y un hijo del Almirante de Francia, entraron en el lanchon en que habia venido Francisco, con los doce españoles y el rey se dispuso á penetrar en el barquichuelo en que llegaron los augustos rehenes.

—A dios hijos míos, exclamó Valois saludando á los bellos frutos de su union con la virtuosa Claudia.

—A dios padre, contestó enternecido el Delfin.

—Señor (dijo el virey de Nápoles con entonacion severa) ya estais en libertad. Cuide V. A. de cumplir como buen rey lo prometido.

Francisco que habia saltado al lanchon, que habia de devolverle á sus reinos, tornóse al virey para replicarle con intencionada lentitud.—Haré lo que deba señor príncipe de Salmona.

Los remeros bogaron con estremada celeridad; solo quedó en la barca—puente un obscuro marinero navarro, que con sonrisa maliciosa seguia ya el curso de una, ya el de otra nave, murmurando entre sí:—Cosas del mundo, unos vienen y otros van.

El rey de Francia volvió una sola vez el rostro hácia la nao que trasportaba á sus dos mayores hijos al territorio español.—En su impaciencia por verse en tierra de Francia Francisco se puso de pies sobre la proa del barco, y faltando media vara para llegar á la costa se lanzó á ella mojándose hasta mas arriba de la rodilla.

Ya le esperaba un escudero, teniendo de las bridas á *Bayaceto*, soberbio caballo turco, regalo de Solimán.

—Que me sigan al trote á San Juan de Lúz, dijo subiendo al fogoso corcel, y poniéndole las piernas salió al escape, levantando el brazo derecho en alto y gritando=*jesuis le Roy*=Yo soy el rey,

—¡Vive le Roy! exclamó un campesino, testigo de tan estravagante señal de alborozo.

Francisco detuvo á *Bayaceto*, llamó al rústico, se arrancó del lado la escarcela, y la entregó con cien escudos de oro al villano que repitió su aclamacion, encantado de semejante liberalidad.

Bayaceto al sentir el acicate salió como una centella.

El camino se dividia en dos ramales: Francisco se detuvo, preguntó á un chicuelo, que jugaba con un enorme perro de ganado por el que conducia á San Juan, y salió á todo correr apenas instruido por él de la via recta.

—Hermano Carlos (exclamó en su frenética marcha) pierda yo mi nombre sino os devuelvo la desesperada agonía en que me habeis retenido un año.

1527.

ROMA.

CUADRO HISTÓRICO.

I.

Julio de Médicis cardenal favorito de Leon décimo, habíase mostrado acérrimo partidario del emperador; sosteniendo con todos los elementos de su crédito, con todos los

resortes de su influencia, los intereses de Carlos quinto.

Julio de Médicis, ascendido á la dignidad pontificia, con el nombre de Clemente séptimo, olvidó la deuda de gratitud contraída con el César y se coaligó con los capitanes enemigos del imperio, con esa vergonzosa hostilidad, que sin la franca declaracion de miras dañosas acechan la ocasion de causar perjuicios, y reserva la insolente halaraca para el dia de triunfo, ó la retractacion y las sumisiones para el caso de abortar sus planes.

Mientras Carlos predominó en Italia Clemente halagó sus pretensiones, y no solo contribuyó al logro de los vastos propósitos imperiales, sino que tomó una espontánea iniciativa en cuantas combinaciones se dirijieron á desterrar de la península Itálica á los franceses. El temor de ofender á un monarca tan poderoso, al jefe de la feudalidad europea por el rango y méritos, inspiró al sobrino de Leon diez, no ya la politica de complacencias, sino la de eficaz servicialidad.

Cuando invadida la Francia se mostró tan heróica y Francisco acreditándose de bizarro defensor cobró alientos para tomar el papel de ofensor temible, Clemente receló un compromiso, si la Italia en los azares de una nueva revuelta volvía á ser recuperada por las armas francesas y dejó traslucir esas disposiciones benevolentes que constituyen los preliminares de una alianza.

Francisco aceptó estas insinuaciones, comprendió lo conveniente de atraer á su partido al jefe de las potencias italianas, y separarle de la coalicion con su rival eterno.

Clemente empezó á dejar conocer sus concesiones, misteriosas al principio, á medida que Carlos experimentaba contrariedades, y su enemigo reunia elementos de preponderancia.

Tan ambicioso como irresoluto, al paso que asociando sus aspiraciones á las de los poderes engrandecidos se prometia ganancias, en su participacion, estaba pronto á las defecciones mas impudentes en el punto que sus aliados sufrieran el primer revés en que columbrara compromiso de

su parte. Bien puede decirse que Julio de Médicis, elevado al solio de San Pedro, era un propio representante de aquella Italia débil y cobarde, que se defendía de la dominación estraña con las arterias de una política desleal; y cuando pasando por todo género de humillaciones besaba la mano del victorioso ofendido, urdía la tenebrosa trama de un ánimo pérfido y rencoroso.

Apretado el cerco de Pavia, hambriento y fujitivo el ejército imperial, dominadores los franceses en aquella península, Clemente se apresuró á demarcar el momento del abandono de su alianza con Cárlos quinto. Incapaz de las decisiones valientes, que dan tanta honra á los felices, como rodean de respeto á los desafortunados, el papa no se atrevió á romper abiertamente con su antiguo amigo, ni á dar al nuevo un brillante testimonio de adhesión: fué disimuladamente ingrato al uno, sin ser paladinamente útil al otro.

Comenzó sus servicios á la Francia tomando el carácter conciliatorio, y persuadiendo á Cárlos (tal creía poder conseguirlo) de las ventajas de una paz, por la que Francisco adquiriese las conquistas recién hechas, y Cárlos comprara un fragmento de la Italia por las mas pingües de sus adquisiciones. Tal propuesta era inaceptable, y Clemente lo sabia demasiado bien; pero al rechazar el emperador semejantes proposiciones, el pontífice aprovechaba aquella repulsa como un desaire para pretexto de segregación de intereses políticos. Hizo pública ostentación de su júbilo al recobrar el Milanésado el soberano francés, y concluyó un tratado de neutralidad con la Francia al que arrastró á la república de Florencia: entonces fue cuando Cárlos profirió aquellas amargas espresiones, quejándose de la volubilidad del hombre que siendo cardenal le habia inducido á invadir el territorio Milanés, y ya pontífice le exhortara á dar cima á la empresa.

La jornada de Pavia frustró las esperanzas de Clemente, destruyendo las de Francisco, y nunca un príncipe artificioso, adulador de los favoritos de la fortuna, y confiado en el curso de plácidos destinos, sufrió desengaño mas tremen-

do, ni se encontró á la expectativa de mayores aflicciones; consecuencias precisas de sus inconstancias y mezquinos transfugios.

Desde luego Lanoy supo explotar la sensacion terrorífica de los poderes italianos.—Aquellos poderes que dirijian todos sus manejos á equilibrar los influjos de los soberanos, interesados en el territorio, y que incoaban su seguridad en la contraposicion de los aspirantes al predominio, no vieron sin espanto destruido en un solo azar el poderio francés, y pujante su contrario. Las ambiciones de Carlos se habian explicado lo suficiente para inspirar serios recelos á las reducidas potencias latinas, y confirmarias en las sospechas de una aspiracion impaciente á la conquista del pais, bajo los titulos del emperador y rey de Nápoles. En la premura de la situacion deliberaron sobre los medios de conjurar aquellos proyectos audaces, alentados por el éxito pasmoso de una tentativa desesperada; mas el mismo sobresalto de la inminencia del riesgo impidió el concierto del plan oportuno á prevenir las contingencias fatales; que prevenian, y aunque la república de Venecia convino en algunos puntos con el papa, tan luego como Lanoy amenazó con la cólera del principe triunfante, Clemente aprontó la crecida suma que le fué exigida, y su oro sirvió para satisfacer las pagas de aquella soldadesca hispano-germánica, que habia desterrado las lises del continente italiano.

Italia hizo lo que siempre: dobló sumisa la rodilla ante el dominador, y bajando la cabeza hasta imprimir sus labios en el pedestal, buscó una hendidura por donde socabar y abatir el ídolo, que mal de su grado incensaba.

El voltario Enrique desertó del partido imperial, y mientras se aliaba á la Francia con una inconsecuencia notable, Italia fraguaba en el misterio la conjuracion siniestra, que debia dar por fruto la ruina de Carlos en aquella peninsula. Moron, canceller de Milan, temia que se incorporase su patria como una provincia, á las demas adquisiciones italianas. Partidario de Sforzia concibió antipatia profunda al

patronazgo del Imperio, que principiando por diferir la investidura ducal de su pro-hombre, concluyó por concederla para tranquilizar al papa y á los venecianos con tantas reservas y condiciones, que mas bien que feudo imperial el ducado parecia lugar-tenencia ó vireinato.

Moron era hombre de talento privilegiado, y ardiente patriotismo. Como á todos los grandes políticos de su país el pensamiento de emancipar la Italia se presentaba á su imaginacion, como el objeto mas eminente á que podian aspirar los genios osados. La esperiencia de sus dotes para las empresas arriesgadas le sujeria valor para acometer tan difícil obra, y el que con tanta felicidad espulsó del Milanésado á los franceses veía bastante asequible la libertad de Nápoles del yugo español. El plan de Moron tenia todo el atrevimiento de las intencionas aventureras; de esas resoluciones á todo trance que admira el mundo en su logro, y de las que se burla en su malogramiento: era uno de esos golpes de fortuna, que guian á lo extraordinario por las vías de la singularidad, y que el éxito eleva á la esfera del heroismo, cual la derrota identifica á las locuras como las de Colon que dió al mundo una parte mas; locuras como la de Cortés que con un puñado de aventureros sojuzgó el imperio mas pujante de la América.

Borbon y Pescara mostraron un vivo resentimiento á la noticia del artificio, por cuyo medio llevó al rey Francisco á tierra de España el mañoso Lanoy. El duque partió con toda diligencia para Castilla, dejando conferido su alto carácter al marqués y comprometiéndose á representar la venganza de dos denodados capitanes contra un compañero débil en los momentos del peligro, y astutamente maquinador en daño de sus émulos para quitarlos los ópimos frutos de la victoria.

Pescara, á quien la opinion persuadia de acuerdo con su conciencia, del concepto militar que por sus proezas habia alcanzado, no solo se quejó de Lanoy acusándole de menguado y pusilánime en la batalla, y pérfido para sus colegas,

en mando, superiores en hechos, sino que hizo estensivas sus quejas al emperador que decia no apreciaba en su valor verdadero los servicios de tan famosa jornada.

Moron, noticioso del descontento que Pescara no ponía cuidado alguno en ocultar, creyó haber encontrado el hombre conveniente á la ejecucion de la obra que meditaba, y al efecto comenzó por lisonjear los rencores del marqués, que indignado tan justamente con el general flamenco, y creyéndose mal remunerado por la corte imperial, acogia los pensamientos conformes al suyo. Cuando el canciller de Sforzia vió exasperado violentamente al caudillo español, empezó á desarrollar su panorama con esa estrategia política que haria tan grandes á los diplomáticos italianos, si el poder estuviese en razon directa de la habilidad. Pescara quedó deslumbrado al primer vívido rayo de luz que iluminó la creacion fecunda del genio milanés. Moron interpretó aquel pasmo por la tentacion ambiciosa y redobló sus esfuerzos. El marqués descubrió á Clemente sétimo, á Sforzia, á Venecia y Florencia, interesados en un proyecto, que contando con él para hacer obra, lo que no pasaba de conjuracion, le brindaba la corona de Nápoles; el mando del ejército italiano; la nombradía de libertador del Lacio y la grandeza del antagonismo con Carlos Quinto y Francisco Primero, espulsados de aquel continente. Moron por trazar los fines de este plan, no habia descuidado la escofitacion cautelosa de los medios. Carlos habia tenido necesidad de despedir de su servicio á los alemanes, y hombres de armas estranjeros, no pudiendo sostener aquellas fuerzas, y solo quedaban los españoles, distribuidos en presidios por las ciudades sometidas al imperio. Aminoradas las guarniciones, y repartidos los soldados de España por las villas y aldeas, al dar una señal, el pueblo se encargaba de reproducir los horrores de las Visperas Sicilianas, y sin ejército Carlos, prisionero Francisco, y descubierta de improviso la Liga con todo el prestigio de la audacia y la fuerza de la estrecha coalicion, tenian sobrado lugar los poderes de Italia de consolidarse antes que ningun

principe europeo alcanzara los medios de contrastar sus progresos.

Historiadores hay que sin ningun dato que venga en comprobacion de sus asertos, han escrito que Pescara se dejó seducir por las tentadoras promesas de Moron. Al lado de acusacion semejante debia figurar una prueba; cuando menos un indicio de los que se reconocen por vehementes; porque el carácter de historiador se confunde con el torpe papel del difamador libelista, alli donde se estampa el vituperio, falto de comprobantes; sin mas autoridad que el mero dicho. Italianos y franceses, igualmente enemigos del gran capitán de Pavia no vacilaron en continuar el oprobio de su fama en la irritacion de sus enconos, y los escritores poco concienzudos como Robertson, han acogido las calumnias de Guicciardini, Fobio, Ruscelli y Heuter; sin reparar en que nada mas fácil que arrojar el lodo de la infamia sobre la losa de un sepulcro, y que el hombre de talento y corazon que revista los hombres y los hechos pasados, presenta el cargo como un juez que sentencia atento á las pruebas, pero pesaroso del mal necesario que causa la pena que tiene precision de imponer.

El emperador fue informado por Pescara de aquella conjuracion terrible en que el Papa, Sforzia y dos repúblicas aparecian misteriosamente comprometidas. Carlos le mandó continuar en su finjida incertidumbre para cerciorarse de la perfidia de Clemente y la negra ingratitud de Sforzia. Moron prosiguiendo en sus confidencias seductoras, hizo al duque de Milan dar mas de una garantia al lugar del teniente de Carlos Quinto, y el vicario de Dios le remitió apoyándola una decision teológica de los mas reputados doctores de la corte romana en que se establecia:—*«que un súbdito podia legalmente armarse contra su soberano inmediato por obedecer al señor feudal de quien el mismo estado dependia.»*

Decision digna de aquella autoridad eclesiástica, que absolvió al rey Francisco de su juramento de cristiano y de su palabra de caballero.

Los detractores de Pescara, no sabiendo cómo explicar que el marqués á quien suponen cómplice de Moron en los primeros pasos de la intriga, diese cuenta de la conspiracion al nieto de Maximiliano, fundan el arrepentimiento repentino del general español, en la esperanza de obtener el ducado de Milan como premio de su leal proceder, y pago de su ilustre nombradía; pero no piensan que Borbon era el primero á quien don Carlos hubiese ceñido una corona en la disposicion de feudos, y que todos los hombres que figuraban en España al lado del ex-condestable, tenian que reconocer la primacia del caudillo á quien el emperador habia prometido en matrimonio la reina de Portugal, su hermana.

Ya contando por los pormenores del plan, y gajes de su próxima ejecucion, don Carlos ordenó á Pescara que cortase la trama con un golpe súbito.

El canciller milanés fue preso por Antonio de Leiva, y Sforzia declarado traidor á su señor, el César fue desposeido de todas las plazas que componian su feudo, á escepcion de Milan y Cremona, bloqueadas por los imperiales estrechamente.

Francisco Primero habia salido de su prision, y puesto de acuerdo con Enrique VIII, hizo saber á las potencias italianas su decision á negar lo pactado en Madrid; formando una liga ofensiva contra su rival.

Sforzia, sitiado en el castillo de la capital de sus estados, impetraba inútilmente socorro.

El tratado contra el emperador se llevó á efecto, y Clemente, Venecia y los emisarios del duque de Milan, convinieron en aprontar treinta y cinco mil hombres contra los tercios imperiales si Carlos no se resignaba á ceder la Borgoña, á devolver mediante rescate los hijos de Francia tenidos en Castilla por rehenes, y á reponer en su ducado al ingrato Sforzia. El 21 de mayo de 1526 se firmó en Cognac este documento, que para el caso de guerra prometia al rey de la Gran Bretaña un principado importante en el reino de Nápoles, un pingüe feudo á Wolsey, y el título de patrono

de la liga á Enrique, como á Clemente el de gefe supremo.

Clemente que si bien de ánimo irresoluto, era crédulo en ocasiones hasta la prudencia mas inconcebible, ereyó que la llamada Santa Liga, no podia menos de abrumar á Carlos y ensalzar á Francisco, núcleo de las combinaciones. En consecuencia, fácil siempre á servir el crédito de los preponderantes, como al abandono de los que amenazaba la desgracia, no dudó en prestarse á la cooperacion mas indecorosa, á la perfidia mas villana. Que Francisco, á quien los poetas de su córte llamaban el *primer caballero francés* negara libre lo que juró cautivo, indignidad apareció á los ojos de todos los hombres pundonorosos; pero que el Sumo Pontífice consagrara tal torpeza absolviendo al cristiano de su juramento por la sagrada forma y los Santos Evangelios, y al caballero de su promesa solemne, escándalo fué que la cristiandad presenciara con un estremecimiento doloroso, y la reforma aceptó como una prueba de aquéllos abusos contra los que levantó su primer clamoreo.

Clemente esperaba una pronta decision del monarca francés en amparo de Sforzia; precedente infalible de la lucha que anhelaba ver empeñada. Francisco, requerido por Alarcon y Lanoy á que cumpliera el convenio de Madrid, respondió con una farsa incapaz de engañar á los embajadores de don Carlos, que al retirarse del reino oyeron la publicacion de la Liga, y supieron todos los incidentes de esta coaliccion. Carlos se espresó en los términos debidos. Acusó de felonía y vileza al soberano de Francia, y reprobó la conducta del Vicario de Cristo, tan acreedora á la censura bajo toda especie de conceptos. La convocacion de un Concilio general era la mas formidable amenaza que podia hacerse á un Papa del siglo diez y seis: porque resucitar la cuestion de supremacia de la Iglesia sobre el sucesor de san Pedro cuando la reforma se desbordaba contra su autoridad en tesis violentas, y el clero mas ilustre daba por causa del cisma los desafueros y tropelias de la curia romana, era sujetar al Sumo Pontífice á un juicio severo, colocarle en la

evidencia mas penosa. Clemente hubiera temblado á tal intimación en otra época; pero entonces no cedió un ápice de sus designios, comprendiendo que en la posicion de Carlos V, no eran amagos sino la guerra lo que había de oponer á las provocaciones de la Liga romano-britano-franco-italica.

Tocaba inaugurar las operaciones á Francisco; pero la cruel esperiencia de Pavia templó los brios impetuosos del héroe de Marignan, y en vez de tomar la iniciativa en la campaña, sus aspiraciones estaban reducidas á intimidar á su enemigo con los ruidosos aparatos de una coaliccion robusta para obtener la cesion de la Borgoña y la libertad de sus hijos. Desconfiaba de aquellas potencias italianas que con su mala fé y defecciones impudentes, comprometian los intereses de sus aliados, y sabia cuán divididos estaban entre sí aquellos poderes para fiar en su cooperacion franca á ninguna empresa. Francisco se mantuvo quieto en el instante preciso de la obra, y con su inaccion no solo perdió la causa de la Liga, sino que la hizo primero ridicula, pues que las tropas del Papa y de Venecia avanzaron en aguardo de los franceses y retrocedieron ante las del imperio, inferiores con mucho en número y recurso de toda especie.

Borbon investido con el ducado de Milan por don Carlos, vino con cuerpos auxiliares á reforzar los tercios que asediaban á Sforzia reducido al último apuro, y tanto apretó el cerco, que el despojado señor tuvo que rendirse y retirarse á Lodi, dejando al ex-condestable francés dueño del territorio y de la corona.

Entonces sufrió Francisco las reconvenciones de toda Europa.

Carlos le echaba en cara su doblez y sus vergonzosos artificios. Enrique de Inglaterra el retraimiento de un pacto de alianza que fué uno de los primeros en entablar. Los Italianos el abandono de sus planes y el egoismo de aprovechar los aprestos de la Liga para el crédito de sus negociaciones en Madrid, sin arriesgarse en las jugadas azarasas. Clemente era el mas violento en sus quejas. El

padre de los fieles le recordó con amargura la enormidad de los compromisos que arrostrara por servir á sus intereses: los preliminares de una lucha entre el imperio y la Iglesia; cuando el uno se hallaba en el auge de su poder, la otra en las tribulaciones de una disidencia profunda. Francisco se consolaba de estos descalabros en su reputacion con la fastuosidad de los saraos cortesanos, y el monarca acusado de desleal, y el caballero increpado de falta de pundonor, se aturdia en los festines y se embriagaba en los placeres para desechar penosas reminiscencias que suscitasen sus remordimientos.

Entre tanto que el ejército de la Liga se debilitaba, el imperial crecia amenazando con su número y su carencia de recursos al pais que dominaba con su muchedumbre, y mantenía en consternacion á la expectativa de las exacciones para subsistir, y el saqueo cuando los impuestos no pudiesen satisfacer. Seis mil españoles al mando de Alarcón engrosaron primeramente las filas, y *minheer* Jorge Fronsperg vino con siete mil tudescos á incorporárseles; no haciéndose esperar mucho tiempo otros siete mil con dos mil hombres de armas que el archiduque Fernando hizo reclutar en los Estados germánicos. El emperador habia remitido hasta el último escudo de la suma que tenia disponible: las córtes de España, á pesar de todos los manejos del César, no otorgaban servicio alguno: Alemania no estaba en disposicion de contribuir con los necesarios socorros, y Flandes, recargada estraordinariamente, inquiria si se trataba de arruinar su industria y anonadar su comercio en aquella tierra maldita que devoraba vidas y fortunas sin ningun resultado duradero. Borbon habia tambien agotado sus rentas en proporcionar dinero á los reclutadores, y cuando no sabiendo cómo pagar á los soldados de España, vió llegar á Fronsperg con sus alemanes hambrientos y alentados hasta el cuartel general por la esperanza de una paga completa imposible de satisfacer, comprendió la necesidad de pelear por desesperacion cual se verificó en Pavía. Solo un hombre

del genio y el valor de Borbon hubiese contrastado tan adversas circunstancias. Solo un talento de la grandeza del suyo hubiera dominado elementos tan fatales. Al estudiar la situacion apreciando los datos que de sí arroja la historia, es forzoso convenir en que el ex-canciller de Francia era un coloso asediado por pigmeos, y el ánimo arrebatado en la admiracion de sus insignes prendas, olvida que la nota de traidor manchaba aquel ilustre renombre; que aquella corona de laurel y oro, de general y duque, estaba salpicada de lodo; que un anatema reprobatorio pesaba sobre aquella egregia reputacion politico-militar.

Los Colonnas, gibelinos constantes, y amigos ardientes



del emperador, eran antipáticos á Clemente VII, ya por su influencia en la ciudad de Rómulo; ya por sus opiniones harto marcadas contra los enemigos de Cárlos; ya por la ambición de Pompeyo, su gefe, que no podia disimular el despecho de un vencimiento doloroso. El cardenal Colonna, aspirante á la tiara en la vacante de la sede apostólica por de-

funcion de Adriano, no podia perdonar á Clemente su triunfo, que decia comprado á fuerza de sumisiones indignas á Carlos Quinto, y aunque aceptó empleos en la corte de su antagonista sirvió sus destinos de tal modo, que el sucesor del apostol primado no pudiendo sufrir tanta insolencia, comenzó por disminuirlos y concluyó por destituirle de todos ellos.

La sed de venganza ahogaba al soberbio cardenal, injuriado por aquella paladina resolucion. Para colmo de su impaciencia, Clemente sospechoso de su influjo, y recelando que se valiera de su poder en contra de sus intereses le eró de espías, y los esbirros seguian su litera tenazmente, y bajo mil especiosos pretextos los exploradores del Papa se introducian en su casa á todas horas con molestas comisiones y enfadosas consultas. Pompeyo ardia en deseos de abrumar á su adversario bajo el peso de una catástrofe horrorosa, y su rencor tomaba esas proporciones trágicas, cuyo relato arredra á la curiosa posteridad, ya en las fieles páginas históricas, ya en la escena, en acción, en un cuadro repugnante. El escándalo no atemorizaba á los Colonnas. Destituir á Clemente; hacerle reconocer por el Anti-Cristo anunciado en las Escrituras, y entregarle al verdugo, tal era el proyecto de aquella familia orgullosa, altamente simpática á los romanos por la firmeza de sus resoluciones y el arrojo en sus empresas, en contraste con aquellos accesos de indecision, convulsiva fuerza y súbito desaliento que hacian tan despreciable el gobierno temporal de Clemente.

No tardó en presentarse la apetecida oportunidad. Pompeyo diestramente aconsejado por don Hugo de Moncada, embajador del imperio, preparó tropas á sus espensas que invadiesen los estados pontificios no bien Clemente mandara á Lombardia el ejército prometido á la Liga Santa. En efecto, Colonna reclutó tres mil hombres con un sigilo imponderable, y apenas el duque de Urbino pisó con los soldados del Papa el territorio lombardo, Pompeyo se evadió, y tomando el puesto de caudillo, cargó sobre Roma sin que el

Pontífice supiera de él, hasta que vino un mensajero conser-
ternado á darle aviso de que gente armada en son de guerra
y clamando ¡*libertad!* se entraba por la puerta de san Juan
Lateranense adelante.

La sorpresa, el furor y el miedo sacaron de sí al Papa,
y no hallándose con bríos para esperar el nublado que en-
cima se le venia, dió la orden á sus guardias de perecer en
defensa del Vaticano, y se fugó al castillo de Saint-Angelo,
por el pasadizo recatado que junta el alcázar á la fortaleza.
Los romanos recibieron á Colonna en triunfo, y dignos hijos
de los vasallos de Neron y Caracalla aclamaron con alborozo
al cardenal, que invadía el pueblo cabeza del orbe católico
con tres mil aventureros, que no guardando respeto á gefes,
ni consideracion á vecinos, se dividieron en bandas para sa-
quear el Vaticano San Pedro, y las casas principales del *Bur-*
go. A duras penas se consiguió reunir aquella insolente mi-
licia, y llevarla ante el asilo de Clemente, que desprovisto de
todo, y desfallecido de pavor, pedia capitular.

Colonna tocaba ya su venganza. Allí tenia rigurosamente
asediado á su capital enemigo: un avance y Clemente caía en
sus manos, y aquellos sueños de deposicion y condena de su
rival, se hacian efectivos con aplauso de aquella Roma, que
aplaudía los actos de todo vencedor.

Moncada se interpuso entre Pompeyo y Clemente á nom-
bre del César, cuyos fines estaban muy lejos de coincidir
con los propósitos sañudos del cardenal; limitándose á sepa-
rar de la Liga al vicario de Cristo, frustrando de este modo
los planes de la coalicion; sin dejar de obtener para los fie-
les Colonnas las condiciones razonables que sus auxilios y
constante adhesion les daban derecho á exigir.

Clemente otorgó cuantas cláusulas le fueron dictadas por
don Hugo, y reprimiendo la rabia que destrozaba su cora-
zon rencoroso, convino en renunciar á las resoluciones de la
Liga; en retirar su ejército de la confederacion; pagar las
tropas aventureras que le tenian cercado; una suma cuantio-
sa en clase de socorro á los tercios hispano-alemanes, al

mando de Borbon, y sobre todo, la mas cruel para un hombre de índole altanera, admitir á los Colonnas en su gracia con devolucion de todos sus empleos, declarando que volvian á su goce por conocimiento de su mérito y fidelidad.

Pompeyo Colonna reclamó en vano contra este convenio; representando á Moncada que no habia confianza posible en el supremo sacerdote, que absolvía á Francisco de su solemne juramento, y que no bien libre de aquel apremio, el Papa anhelando saciar sus resentimientos contra los que tan diestramente habian espiado la ocasion de imponerle la ley, no solo faltaria á lo prometido al emperador, sino que haria recaer sobre los Colonnas el peso de sus primeras iras. Moncada se mantuvo inflexible, y haciendo firmar los tratados, y dejando cumplidos los capitulos, licenció sus aventureros, que ricos de botin y exactamente pagados, marcharon á incorporarse al ejército imperial, ponderando las riquezas de Roma; escitando la envidia de sus camaradas con la ostentacion del fruto de sus rapiñas; encendiendo la codicia de la soldadesca acosada por el hambre y sin sueldo, cuando al reclutarse les halagaba la idea del saqueo y las preseas de brillantes victorias; socavando las bases de la disciplina con sus escitaciones y ejemplos de insubordinacion; nutriendo con sus clamores facciosos los murmullos de queja de un ejército que inútilmente trataban de someter al yugo del orden, frente á esa rica Italia en panorama tentador con sus tesoros á la rapacidad de ávidos militares que de todo carecian.

Clemente procedió como el cardenal Colonna habia previsto.

Apenas una parte de su ejército penetró en la capital, Pompeyo fué degradado; sujetos á la excomunion sus deudos; desmanteladas las plazas y taladas las tierras del patrimonio de aquella familia, y satisfechos sus odios contra los aliados del emperador, el iracundo pontífice en combinacion con la escuadra francesa á las órdenes del gran marino Andrés Doria, convirtió sus armas contra Nápoles, y buseó el pale-

llon imperial para vengar los agravios que los Colonnas habían purgado primero.

—Señor, (dijo un enviado de la corte de España, al irri-tado padre de la cristiandad) reflexione vuestra beatitud, que moviendo guerra al rey de Nápoles, concita contra sí al emperador de Austria, al rey de España, y al archiduque flamenco.

—El papa lo siente mucho (respondió Clemente) pero el rey está en su derecho.

Esta distincion de *papa* y *rey* debia costar muy cara á Clemente; porque siguiendo la letra de su frase Cárlos V podia descargar su mano poderosa sobre el *rey*, salvo siempre el respeto debido al *papa*.

Borbon habia recurrido á violencias contrarias á su natural generoso para procurarse dinero. El Milanésado estaba exhausto. La alternativa era inminente: ó licenciar las tropas, ó lanzarlas como aves de presa sobre los reinos itálicos, no esquilados por la devastacion militar. Venecia se habia puesto á buen recaudo concentrando en sus fronteras al ejército de la Liga.

La república de Florencia y los estados pontificios ofrecian mayores probabilidades de éxito en una invasion, al par que contaban con mejores condiciones para explotar el país en provecho de un considerable cuerpo de tropas.

Veinte y cinco mil hombres de naciones, costumbres y lenguas diferentes, mantenidos con una escasez penosa; acreedores al tesoro de sumas crecidas; sin almacenes, bagages, artilleria, ni pertrecho alguno; en lo mas crudo del invierno; ante un país, erizado de ásperas montañas y cortado por caudalosos rios; á la vista de un ejército superior en número y en armonía con los moradores de aquella tierra, y finalmente en el mas desastroso abandono, no pedian mas que ser conducidos á través de aquella Italia, tan fértil y opulenta para ganar pan y oro al precio de su sangre.

—Que nos pongan donde lo haya (decian los animosos infantes españoles, tan altamente reputados en aquellas ter-

ribles campañas). Nosotros lo sabremos tomar.

—¡Por los magos de Colonia! (esclamaban encolerizados los alemanes). Ya que no nos dan nuestros sueldos que nos permitan cobrarlos de las cajas italianas.

Plasencia, Bolonia y Roma eran las ciudades amagadas por aquella plaga espantosa. Plasencia reunió en torno de si una division respetable del ejército confederado. Bolonia dió asilo á una fuerte guarnicion, fortificándose apresuradamente. Roma era la mas desamparada. El carácter irresoluto de Clemente impedía toda coordinacion de medios defensivos. El genial de los romanos era el menos á propósito para las bizarrías de una intrépida decision.

Los imperiales optaban por el saqueo de Roma con preferencia á toda otra ciudad; primero porque allí estaba el Pontífice, jurado y tenaz enemigo del César; despues por la noticia de los fabulosos tesoros, que los aventureros de Colonna, afirmaban existir en la metrópoli del universo cristiano.

Inútilmente Borbon prometia el saqueo de esta y otra opulenta capital. Los imperiales sin rehusar el botín de aquellos pueblos, no cesaban de repetir como los vándalos de Jenserico. ¡A Roma! ¡A Roma!

II.

Antonio Magariños de Couto, bizarro hidalgo gallego, acaba de introducir al caballero La Motte, duendo y secretario del duque de Borbon, en la cámara de recepciones extraordinarias, destinada por don Carlos á las audiencias secretas y de graves intereses.

El emperador registraba una coleccion de láminas magnificas, retratos de los Césares alemanes, que el grabador Hollins le habia remitido en prueba de agradecimiento á sus altos y repetidos favores.

Al entrar Monsieur de La Motte en el aposento, don Carlos le indicó con gesto bondadoso una banquetta próxima á

la mesa del despacho; haciéndole entender que aguardaría sentado á que terminase el exámen de aquellas obras artísticas, dignas por cierto de la atencion soberana.

La Motte rehusó primero; mas al repetir su signo con positiva insistencia el emperador, tomó asiento, frunciendo las cejas en un gesto de marcada contrariedad.

El pariente de Borbon habia visto las láminas, y le costaba repugnancia comprender que se dilatara un punto la urgente contestacion al importante mensaje que á España le trajera por repasar aquella galeria de rostros imperiales.

Después de un buen rato el César arregló por su orden las láminas esparcidas sobre la mesa, y encerrándolas dentro de una caja de piel, fileteada de oro, tomó un voluminoso pliego, que alargó al comisionado de Borbon.

—Caballero La Motte, (le dijo) ahí va todo lo que puedo daros; ámplias facultades para obrar. Ya que desgraciadamente no me es dable remitir un escudo á mis tropas de Italia; ya que no alcanzo á remediar la carencia de pertrechos y municiones, allá va mi corona. En estos pliegos confiero la plenitud de mi poder al duque. No es un lugar-teniente imperial por estos despachos: es el emperador.

—Majestad (replicó La Motte), mi pariente el duque me encargó ante todas cosas el informe sobre el precario estado de sus fuerzas sobre los primeros síntomas de....

—Si, si, (le interrumpió don Carlos) y a me lo dijistes ayer, y creed señor La Motte que vuestras consideraciones me han traspasado el corazon. Es muy duro para mí, saber que mis bravos defensores sufren todo género de molestias en un pais agotado por la permanencia constante de asoladores ejércitos. Padezco infinito al considerar que les falta lo indispensable para mover el destacamento mas reducido. Me consumo en la impaciencia al reflexionar que toda operacion es imposible con elementos tan fatales; ¿pero qué quereis caballeros? Estériles son las quejas, infructuosos mis buenos deseos y mis aspiraciones. Nos estrellamos contra el escollo mas duro: no hay dinero. Castilla no concede un subsidio

para el exterior, ni de dos maravedis. Mis estados de Flan-
des no pueden con las cargas, y ya seria no esquilmar el ga-
nado sino degollarle: Austria absorbe triplicado lo que se la
exacciona; se la pide treinta mil escudos y tres pagas de sus
reclutas, se llevan lo que queda.... ¡Pardiez! Buen La Mot-
te, y á un rey como yo se le cree rico? Porque en Europa
se me reputa por el mas opulento de los príncipes! Y bien,
ya lo veis. No tengo un real que daros para mis valientes
soldados de Italia. Habeis venido á presentarme el cuadro
tristísimo de la penuria en que se halla mi tropa, y á con-
fiarme que la remita un socorro, precioso por mas mezquino
que fuese, porque el que nada tiene con algo se contenta;
Pues hé aqui que de las dos partes de vuestro encargo de-
jais una perfectamente cumplida y volveis sin la otra: esta
es la impresion dolorosa de aquellas miserias, queda tortu-
rando mi alma, pero tornais con las manos vacias á Milan;
porque ese emperador, cuyo poder y riquezas tanto se pre-
conizan, ni puede imponer tributos ni exigir rentas para fa-
vorecer á sus tercios en peligro; ni tiene un miserable cen-
tenar de doblones que remitir á sus exhaustas pagadurias.

— Señor, (repuso La Motte) libreme Dios de añadir moti-
vos de disgusto á los que le inspiran las escaseces de estos
tiempos calamitosos; pero si el duque ha recurrido á vuestra
majestad, bien puede estar seguro de que es en el último
estremo.

— Asi lo juzgo, La Motte.

— Por veinte mil escudos ha concedido vida y libertad al
canciller Moron, despues del arresto de los principales mi-
laneses y la exigencia de gruesas sumas por via de rescate;
despues de despojar á las iglesias de todos sus objetos de
valor; despues de multar so pretesto de desafeccion á las
instituciones; á cuantos poseian un escudo.

— ¡Tristes recuerdos!

— Pero necesario espediente (contestó con energia La
Motte.)

— Gracias á la habilidad imponderable del duque, los sol-

dados se apaciguan con la quinta parte de sus haberes, y cuando parecen dispuestos á la insurreccion mas desenfrenada, una familiaridad de su caudillo, un testimonio de interés, una promesa para lo futuro, templan los ánimos exarcebados, y mantienen la disciplina hasta otra circunstancia difícil; hasta otra perentoria necesidad.

—Debemos mucho al duque; mucho.

—Cuando he llegado á los pies de vuestra majestad de su parte, es porque ya no resta un solo resorte que tocar; porque en el Milanesado no se encuentra una blanca; porque no hay un óbolo con que acallar el grito de la soldadesca que pide su soldada; porque cuando se encuentran sin sueldo, sin viveres, sin municiones, estallarán en una rebelion terrible los contenidos movimientos, y toda la elocuencia de Julio César y todo el amor de sus tropas, que hace tan grande al héroe Macedonio, no bastarán á reprimir los motines; y entonces....

—Basta, caballero La Motte, (esclamó don Carlos pálido de fatigosa emocion): basta por todos los santos del cielo.

—Señor, (añadió el pariente del ex-condestable francés, inexorable en su fidelísimo relato) perdóneme vuestra imperial majestad si le conmueven de una manera desagradable mis palabras; pero la situación no puede presentarse con menos dureza.

—Y volvemos á lo mismo, (contestó el César con tono acre). Señor La Motte, por la salvacion de mi alma, que no parece si no que se duda de la verdad de mis humillantes confesiones.

—Puede creerlo así vuestra majestad! esclamó La Motte confuso, y pesaroso de haber irritado al monarca.

—¿No he dicho que no tengo un escudo, un miserable escudo? (repuso don Carlos con amargura) ¡ira de Dios! ¿Soy yo un Luis onceno, atesorador perdurable, que hubiese dejado perecer una provincia por no vaciar un talego de oro?

—Pero, señor, tartamudeó La Motte desconcertado.

Si hubiese un medio siquiera de recaudar una decente

suma, ¿dejará Cárlos quinto en tan fiero compromiso al duque de Milan, y en tan crudo trance á los valientes soldados que acaudilla?

—Suplico á vuestra gracia que.....

—Caballero La Motte, (prosiguió el príncipe con entonación acerba), yo no supongo que vos dudeis de mi veracidad.

La Motte respiró.

—Pero el pensamiento de que otros duden, me ponen fuera de mi (continuó el César), y es seguro que dudarán. ¿No soy yo el dueño de la mitad del mundo? ¿No descubren por cuenta mia países desconocidos en una parte nueva del universo? ¿Y ese hombre que la fortuna asciende á su brillante valimiento puede creerse que no disponga de un doblon para su empresa mas importante?

La Motte desasosegado se agitaba en su banqueta.

—Vamos (dijo el emperador calmándose gradualmente). Es preciso desechar tan atormentadoras consideraciones, puesto que nada se remedia con ocupar el espíritu de semejantes asuntos.

—Es lo mejor, replicó La Motte.

—Si mal no recuerdo, (respondió don Cárlos lentamente y con intencionada indagacion) en nuestra entrevista de ayer dijisteis que si nos era imposible arbitrar recursos, las instrucciones suplieran la falta de otro mas eficaz auxilio.

—¡Cómo! exclamó el mensajero con sobresalto.

—Sí, (apoyó el nieto de Maximiliano mirando con fijeza á La Motte) creo que no tratasteis de este punto: que ya que por mala ventura no nos halláramos en situacion de remitir fondos, autorizáramos completamente al duque para emprender las operaciones conducentes á proveer sus tropas de lo necesario por cualquier via.

—Nada recuerdo haber hablado de lo que V. M. me dice, respondió sorprendido La Motte.

Y esta sorpresa del capitán francés provenia de que don Cárlos hubiese penetrado lo recóndito de su pensamiento: porque efectivamente Borbon le habia enviado á Madrid con

dos instrucciones: primera, trazar el cuadro de las huestes faltas de todo, y próximas á la insubordinacion para mover al César á suministrar contingentes, que le era difícil conseguir, y ademas repugnaba remesar, temiendo que pagadas prolongasen la inaccion á vista de el ejército de la Liga: segunda, que desesperanzado de obtener estos socorros consultara el ánimo imperial, á fin de inquirir si reprobaria los propósitos del duque; y bien explorara diestramente las intenciones del soberano, ó bien alcanzase una plenitud de poder que permitiera á Borbon poner en planta su atrevido proyecto.

En una palabra; el duque de Milan procuraba dinero; saber si un sistema de invasion audaz, merodeo y pillaje disgustaria al emperador; indagar si participaba de los sentimientos vengativos que contra la Liga encendia los brios del ejército imperial; ó merecer poderes latos para caer con sus áridos guerreros sobre Roma.

La Motte no habia cumplido mas que la primera parte de su comision. Se limitaba á insistir sobre la carencia de recursos de las tropas; persuadido de que don Carlos haria el último esfuerzo por reunir una respetable cantidad, con destino al ejército de Italia. No sabia que el César, rehusaba tal sacrificio por obligar á sus generales á un nuevo desesperado arrojó como el de Pavia; cálculo que coronó el éxito mas feliz para sus armas; irresistible cuanto peor atendidas.

Natural era la sorpresa de La Motte al oír adivinada la segunda parte de su encargo, y no pudo menos de manifestarlo en la expresion de su semblante.

—¡Vaya! Recordad, caballero, le dijo don Carlos con irónica sonrisa.

La Motte aceptó el terreno que brindaban á sus esplotudes.

—Efectivamente, (respondió como el que trae á la memoria una circunstancia, obscurecida en el fondo de su reminiscencia) ahora caigo en que algo me espliqué sobre ese particular; pero de seguro, no serian mas que insinuacio-

nes... el bosquejo de la idea....

—Pero yo que no peco, á Dios gracias, de torpe, (repuso la majestad imperial) deduje lo bastante de aquella indicacion discreta. Y era natural que asi sucediese. El duque sabia que estábamos muy pobres en estas tierras de España; no tanto como Enrique tercero que vendió su gaban para comer; pero casi tanto como doña Isabel, nuestra ilustre abuela, al comenzar su grandioso reinado. Varias veces le hemos mandado á decir que no podiamos socorrerle, y por tanto al dirijirnos vuestro mensaje, algo mas que impetrar fondos se proponia. Esto lo alcanza el menos avisado.

—Pues bien, señor, (dijo La Motte con resolucion briosa); el duque me encargó instar con todo empeño en los socorros para la manutencion y equipo de vuestros defensores: esto como primero y principal punto; como gestion capital; como.....

—Basta: á lo dicho: no ha lugar á la pretension, con harto sentimiento de mi parte; pero si Europa viese mi caja de Estado se asombraria del Estado de mi caja.

La Motte no pudo reprimir una sonrisa.

—Voy á ser franco, (añadió el César con lenta y marcada entonacion). Hay desgracias que se resuelven en fortunas, y mi pobreza actual pertenece á esta clase de infortunios felices.

—No alcanzo á comprender.....

—Me explicaré. Si tuviera dinero ó posibilidad de obtenerle, y fuéseis portador de una crecida suma, se distribuiria una parte en pagar sueldos y atrasos; otra en adquirir tantos utensilios como aquellos buenos militares necesitan; otra en procurar medios de subsistencia á fin de mantenerse al acecho de la ocasion propia para inaugurar las operaciones; pasaria el invierno en esta inaccion costosa; se gastarian los escudos y la necesidad seria mas perentoria en los instantes precisos de comenzar la campaña en la favorable estacion.

—Si; mas piense vuestra majestad que...

—No tengo un maravedí (prosiguió don Cárlos encojiéndose de hombros), ni una blanca que enviar al jefe de mis animosos tercios. Estoy en el caso de jugar el todo por el todo como en Pavia... Oh! Y ¡Qué bien me salió aquella jugada, La Motte!

Mis reinos se quejan de que los esquilmo á beneficio de esa Italia funesta y siempre rebelada; y dicen bien: estoy haciendo el ridiculo papel de esos diablos de alquimistas que gastan su caudal y su vida en trabajar por una riqueza imaginada. Me mueven guerra: pues que paguen los gastos de esa guerra: me son desleales; pues que sufran los furores de los ministros de mi poder. Carezco de elementos para sustentar las tropas que defienden mis territorios; pues que esas tropas tomen lo que no me es dable proporcionarlas; y cuando los leones tengan hambre, ya buscarán su presa, como la buscaron en Pavia... ¡Ah! y la buscarán á toda costa.

—Pero si la insubordinacion, si la indisciplina...

—¡Bah! (repitió don Cárlos con desden.) Tengo confianza en mi estrella, y en el sino adverso de esos raquiticos poderes italianos, discordes y en perenne contraposicion.

La Motte conoció que don Cárlos, si bien en no buena situacion financiera, se habia propuesto no sacrificar su erario en la guerra de Italia, sino forzar á Borbon á que emprendiese sus maniobras; sacando recursos de la campaña, y haciendo estremecer la península itálica, al aspecto de los rigores de la licencia militar.

—Y últimamente, (concluyó el emperador con tono decisivo) si mi estrella se eclipsa, si Dios hace el milagro de que esas potencias adunen sus opuestos intereses; si pierdo mis dominios en ese pais tan disputado, no moriremos de pesar por tan poca cosa: tendremos paciencia, y aceptaremos á imitacion de Jesu-Cristo, el cáliz rebosando hiel; pero no será. Hay algo en mi interior que me lo anuncia, La Motte; tengo un corazon zahori, con permiso de la santa Inquisi-

cion sea dicho. Venceremos; porque Borbon es hombre que lo entiende, y apuesto á que ha concebido dos ó tres planes á cual mas oportunos y dignos de mi aprobacion... Veamos, caballero. Veamos lo que piensa mi ilustre primo el duque de Milan.

—Ante todo, señor, (repuso La Motte, señalando al pliego que el César le alargaba, y tenia sobre la mesa del despacho delante de si): esta comunicacion contiene...

—Facultades omnimodas (interrumpió con extraordinaria animacion su Magestad); poderes amplisimos; atribuciones tan latas como nunca se concedian á representantes de poder alguno. Y esto no por bondad mia, sino por el imperio de la necesidad. Cuando no me es dable contribuir á la obra con los auxilios que se me reclaman, doy cuanto puedo; traspaso toda mi accion; confiero la plenitud de mis derechos al que carga solo con la dura fatiga de sustentar mi autoridad, tenazmente combatida por la santa confederacion.

—Y ahora bien, (dijo La Motte) careciendo de recursos monseñor el duque, mi pariente, habrá de ponerse en marcha con sus veinte y cinco mil hombres, sin viveres, sin trenes, sin bagajes, ni lo que ha menester la mas insignificante partida suelta.

—El ejército de la Liga, mas numeroso, bien provisto, sustentado por las simpatias del pais, puede emprender una de dos tácticas; ó dejar que avancen nuestras fuerzas, sin oponerse á sus primeros, desesperados ímpetus, espiondo la ocasion de trabar la lucha con ventaja, ó presentar desde luego el combate. En ambos casos monseñor se propone....

—La Motte, (interrumpió el César con vivacidad), no es probable que el ejército de la Liga se resuelva á presentar la batalla, desde que el rey Francisco sufrió el cruel escarmiento de Pavia: nuestros soldados tienen la raya con su renombre los ataques directos, y una prueba de esta verdad es la conducta del duque de Urbino en los asuntos del ingrato Sforzia: aquella vergonzosa espectacion en que se mantuvo ante un puñado de nuestros valientes.

—Dice muy bien vuestra Magestad.

—Lo que ha de suceder, me atrevo á trazarlo de antemano; porque por los antecedentes se prevenen las consecuencias; *por el hopo se saca al zorro*, como reza un adagio de este sentencioso pueblo. Borbon á fuerza de habilidad logra que sus tropas emprendan la marcha...

—No desean otra cosa, señor.

—Las saca del Milanésado, donde no quedan recursos, y adelanta por tierras enemigas con sus aguerridos *condottieri*...

—Perfectamente calificados.

—Sí, *condottieri* (repitió el emperador con fuego), aventureros militares, de quienes desde lo antiguo ha sido víctima la Italia; hijos de cien razas diferentes, agrupados en torno de una bandera, que sin mas patrimonio que su espada, curiosos de visitar países desconocidos, ávidos de botín, y dispuestos á todas las atrocidades consiguientes á la codicia del pillaje, viven de la guerra, con el derecho de los fuertes contra los débiles; conquistan y explotan su conquista; y al precio de su sangre adquieren el pan de hoy, y los tesoros de mañana...

—Urbino no buscará á estos hombres; no los buscará, caballero La Motte, y el nublado caerá sobre las ricas ciudades italianas, como la langosta sobre las mieses del pueblo de Faraon.

—Hénos aquí en lo mas interesante de la consulta, que monseñor el duque me encarga dirijir á vuestra Magestad.

—Veamos.

—Vuestra Magestad sabe que don Hugo de Moncada y su eminencia el cardenal Colonna se valieron para la sorpresa de la ciudad santa, y detencion de su Beatitud el Santo Padre, de esos españoles que buscando fortuna militar, desembarcan por centenares en las playas latinas...

—Adelante.

—No pudo impedirse que una vez dentro de la ciudad aquellos codiciosos aventureros, entrasen al saco el Vaticano, la

iglesia del grande apóstol, y los palacios curiales del Burgo. Estos hombres cargados de botin se incorporaron al ejército de estacion en el Milanesado, y con el relato de las prodigiosas riquezas que la capital del catolicismo contiene, han producido en los ánimos de nuestros soldados el afan mas fogoso de invadir aquella poblacion para ver esas maravillas; para tocar esos prodigios de la suntuosidad romana; para saquear desapiadadamente aquella reina del mundo antiguo, que aun no ha perdido todas sus preseas.

—¡En eso piensan! esclamó don Carlos con fulgurante mirada.

—No se agita otra conversacion entre ellos que asaltar á Roma, y enriquecerse con sus despojos. Reunidos en corrillos alemanes y españoles, tratan de la embestida á la opulenta capital, y de los tesoros acumulados en tantos siglos para el saqueo de un dia terrible.

Los aventureros de Colonna son los oradores de aquellas asambleas, y escitan todo género de ambiciones en sus discursos. Embozado en la capeta militar; llevando bacinete en lugar del casco de los oficiales; favorecido por la confusion y las nieblas nocturnas, he visitado los cuarteles y asistido á los conciliábulos de vuestros defensores.

Alli los de ardiente temperamento se electrizan con la pintura de aquellas cortesanas, dignas sucesoras de las desenfrenadas bacantes. Allá los emprendedores se engrandecen con la consideracion de tan ruidosa empresa cómo dominar á la ciudad de los emperadores y los Papas. Mas allá los codiciosos se inflaman con el cuadro deslumbrador de aquellas preciosidades que pródigamente se les dicen repartidas en la córte de Clemente VII. En esotra parte se recuerda con furor los ultrajes de ese padre de los fieles que llama luteranos á los hijos de Alemania y moros á los bizarros españoles. Aqui se trata de no dejar un escudo á esa curia insaciable que absorve la mitad del oro de Europa. Acá se clama que es forzoso no dejar piedra sobre piedra en esa ciudad orgullosa, perpetua tiranía del continente. Un español

recuerda que Francisco de Valois estuvo en Madrid, y dice á este propósito que Julio de Médicis irá por el mismo camino. Un germano imbuido en las declamaciones violentas de Martín Lutero, muestra una cadena de oro que afirma destinar á oprimir la garganta del *Anti-Cristo de Roma*... Tal es el voto de aquellos militares: caer sobre la reina del orbe, y volverla á someter á los horrores de una espacion tremenda de su dèspotismo pasado, de su perfidia presente. ¡A Roma! es el murmullo amenazador que hoy circula por las filas; susurro que irá graduándose hasta el punto de estallar en un grito unísono y formidable; grito de la irresistible rebelion; y lo que será voluntad acèrrima en la tropa, habrá de ser sumision forzada en sus capitanes, y perdone el Papa, si el señor de los estados pontificios tiene mucho que llorar de semejante acometida.

Don Cárlos tuvo que bajar la mirada, de miedo que La Motte sorprendiese el grado de alegria, que brotaba de sus pupilas.

—¿Pero no hay mas ciudades que Roma, de quienes puedan sacarse recursos? preguntó pausadamente.

—Las hay sin duda, (contestó el deudo de Borbon) pero ni son tan fáciles de someter, ni escitan tanto el ánsia de nuestro ejército.

Don Cárlos bajó la cabeza.

—Señor, (repuso La Motte atacando la cuestion con valentía) Roma es la presa codiciada por nuestros soldados; Roma es el núcleo de la confederacion italiana; Roma es el nido de la vibora.

—Pero Plasencia, Bolonia, Venecia, Pisa, Florencia...

—¡Imposible! (insistió con tenacidad La Motte) Unas han concentrado en sus fronteras divisiones respetables del ejército federal; otras se han fortificado cuidadosamente: todas se aprestan á resistir la invasion que temen, y conjurar el riesgo de la expedicion aventurera de los *condottieri* mandados por el duque. Es seguro que las tropas de la Liga no saldrán á cortar el paso á nuestros intrépidos tercios; pero

movimientos sin un fin no se conciben: la diversion debe llevar un propósito además de mantener las fuerzas con los productos de la incursión atrevida. Este propósito no puede tener lugar respecto á las potencias que componen la Liga; porque se guarecen del temporal que las amenaza. Roma duerme al borde del abismo. Clemente se reputa al abrigo de todo ataque, y cuando le saquen de sus ilusiones de seguridad los itinerarios de nuestro ejército, en dudas y vacilaciones, trascurrirá el espacio suficiente para tenernos á sus puertas, sin que haya dispuesto la manera de recibirnos.

El emperador guardó silencio. La Motte prosiguió.

—Roma dominada; preso el Pontífice...

—¿Pero lo dais por hecho?

—Es el plan del duque, señor: el único partido que nos queda en tan apremiantes circunstancias: es una cuestión de vida ó muerte para la dominación española en aquella península. El dilema no puede ser más duro: ó aprovechar los instantes, sacando partido de la irresolución y apatía del Papa, y poniendo bajo el filo de nuestra espada la cabeza de esa confederación insolente, ó resignarnos á perderlo todo al fin de trabajos penosos y gestiones inauditas. ¿Qué decis de esto, señor?

—Ahí lleváis facultades omnímodas para el duque. Bajo su conciencia y responsabilidad obre como juzgue más acertado, respondió el César con tono solemne.

—Magestad, (repuso La Motte con eco sombrío) á las grandes crisis grandes remedios. Lo que principié por anheló impaciente de una soldadesca, avara de gloria y botín, es hoy tanto un voto absoluto de esos hombres como un plan de su caudillo: un plan osado, es verdad, pero que entre sus inconvenientes trae ventajas positivas.

—Poderes amplos lleváis (interrumpió Carlos Quinto con severo gesto.) Proceda el duque según le dicten su deber y la cuenta que me debe dar en su día de lo que haga.

—Permita vuestra Magestad que sea más esplicito, (añá—
Carlos Quinto.

dió La Motte con firmeza.) El duque piensa en dirigirse contra Roma: apoderarse de Clemente VII, y conceder á sus soldados el saqueo de la soberbia ciudad.

—El duque responderá de su conducta en juicio de mi supremo consejo, y Nos, dándole la plenitud de nuestro poder, le hacemos responsable del uso de estas facultades.

—Señor, (esclamó La Motte con animacion vivísima.) Clemente VII es el gefe de la Liga que os arruina en Italia, y humillada esta cabeza, la confederacion sucumbe. Clemente VII es un desleal adversario, de quien solo podeis aguardar quietud reduciéndole á la impotencia. Clemente VII es el aliado natural de vuestros rivales, y si un golpe terrible no le abate, señor, no conteis con la paz en aquel territorio; no esperéis mas que una guerra interminable; guerra sorda, de intrigas y arteras maquinaciones por intervalos de la guerra sañuda y á campo abierto.

Por última vez, señor, (dijo La Motte con elocuente ademán de súplica.) El duque conoce que su empresa ha de producir profunda sensacion en Europa; que la cristiandad entera ha de prorumpir en una esclamacion de asombro; que el Vaticano puede fulminar sus rayos en la estremidad de sus furores; que ya dentro de aquellos muros, ya apoderado del gefe de la iglesia, será imposible contener los desórdenes de la soldadesca ébria de sangre y vino, concitada á la depredacion...

—Basta, caballero La Motte, dijo la magestad Cesárea con aire de allivo imperio.

—Hé aqui lo que el duque me ha encargado á falta de socorros; si no la aprobacion terminante de su plan, una indicacion que le asegure de vuestra conformidad hasta cierto punto...

—Yo no puedo aprobar que se viole el respeto debido á el padre de los fieles y á su ciudad bendita...

La Motte se levantó colérico de su asiento.

—Tampoco puedo oponerme á las circunstancias que ha-

gan necesario ese arrojó; porque la ley de la necesidad es intransigible...

—En ese caso, señor...

—¿Cuándo marchais, monsieur La Motte.

—Dentro de dos horas.

—Quiero que lleveis una espresion amistosa á nuestro ilustre primo Cárlos de Borbon.

—Como plazca á vuestra Magestad, replicó el deudo del duque, descontento de la negativa soberana á responder categóricamente á su consulta.

—Hollins, mi grabador favorito, me ha enviado una galeria de emperadores, obra de un desempeño admirable; verdadero prodigio del buril. Yo sé que el duque es aficionado á las artes, y que posee conocimientos históricos nada comunes. Afortunadamente cuento con ejemplares dobles de las mejores láminas. Tendreis la complacencia de llevarselas, La Motte.

El caballero se inclinó en muestra de respetuoso asentimiento.

El César sacó de su caja los retratos, y apartando los que tenia intencion de remitir al duque, hizo signo á La Motte de que se acercara. El mensajero obedeció con visible disgusto.

—Ved, (dijo don Cárlos poniéndole de manifiesto uno de ellos, y esplicándose con intencion asaz marcada.) Aqui tenemos á Carlo-Magno... ¡Fisonomía imponente! ¡Talla de gigante!

El fundador de la dinastia imperial; el que prestó su brazo á la iglesia; palanca de su poderio; el que identificó á su organizacion política la victoria de la religion cristiana, y elevó á la cima de sus altos destinos el sumo sacerdocio... ¡Oh! Gran dominador del mundo bárbaro, tú no sospechabas entonces que el poder afiliado á tu poder reclamará pronto una orgullosa supremacia.

La Motte empezaba á comprender una indicacion rebuzada por final de aquella revista de Césares germánicos.

—Aquí teneis á Enrique Cuarto, Gregorio VII, que acaba de espiritualizar la iglesia haciéndola célibe, ensaya los horrores del anatema. Abandonado en la mas amarga humillacion, sucumbe á besar penitente las sandalias que huellan su cerviz; sufriendo las paladinas pretensiones del Papa á la dominacion universal. Al fin se venga; pero el sucesor de Gregorio le depone, suscita contra él la ambicion de sus hijos, y establece ese principio fatal del feudo supremo en la silla pontificia: ese feudo que ningun principe se atreve á mandar reducir á la nada; que todos se alegrarian de ver anodado para siempre.

La mirada del emperador fue un relámpago, al través del cual vió La Motte chispear el rayo de una cólera vengativa.

—Ved á Lotario segundo (prosiguió el César.) Los emperadores suecos estaban vencidos; el nuevo emperador tuvo que recibir la corona del legado de Honorio, y se sometió á que confirmase su nombramiento el obispo de Roma... Aquí teneis á Federico, el noble Barba-roja el que tuvo que resignarse á que Adriano IV le pisara el cuello; el que dijo en un rapto de ira contra aquella Roma imperiosa:—*dichoso el que logre acabar contigo, esclava elevada á dueña.*

—Señor, (dijo La Motte) el duque agradecerá infinito el presente.

—Caballero, (repuso don Carlos con significativa sonrisa) recordadle las historias al mostrarle las láminas.

III.

Segun tan acertadamente pensaron el emperador y el caudillo de sus tropas en Italia, el ejército de la Liga se mantuvo quedo ante los treinta mil campeones cesáreos, que sin artilleria, bagajes, ni pertrechos, salieron de tierras de Milan en lo mas crudo de un invierno rigurosísimo, y dejando á la izquierda á Lodi y Cremona, se dirigieron á pasar el Pó; amagando con furiosa embestida á Plasencia.



Cárlos V.
lám. 14.

Plasencia habia previsto el tremendo golpe que la amenazaba, y para prevenirle, encerró dentro de sus muros un fuerte destacamento de aquellos italianos al mando del duque de Urbino, que no se atrevian á presentar la batalla, y detrás de las fortificaciones, se encontraban al abrigo de un ejército desprovisto de lo necesario para establecer un asedio. La nube asoladora cayó sobre Burgo Landonino, villa que sufrió los primeros estragos de aquella cólera tremenda, que habia de dejar atrás las iras de las muchedumbres bárbaras, y desahogarse en una asolacion de un año; dia por dia de saqueos, violencias, homicidios, y crueles depredaciones; larga tragedia terminada por la peste y la mortandad aterradora de verdugos y victimas.

—¡A Bolonia! gritaron con furia los soldados de Borbon.

El marqués de Saluzzo, que por aquel territorio discurría, en son de guerra y ademán de atometida, para contener con tales aparatos la audacia de las tropas del duque, no bien pisaron los dominios boloñeses, se refugió á la capital con su division, y tras de los parapetos, aguardó seguro á que los imperiales hiciesen lo que el lobo de la fábula: ver al cordero por entre las rendijas de la puerta, libre en la caña de sus dientes; dar un ahullido de rabia y seguir en su correría salteadora.

Como el capitan Horacio Ballon andaba recorriendo las costas de Nápoles, protegido por la armada francesa, habiendo entrado á saco la ciudad de Salerno, y asociando á su tropa cuantos foragidos y desalmados se presentaban á su paso, el duque creyó conveniente apartarse de Bolonia; salir al encuentro de aquella gentualla, y caer sobre Florencia castigando los amaños de la república con entregar su capital opulenta á el despojo implacable de sus soldados.

La república se apercibió de su riesgo, y mandó emisarios que ofreciesen al duque quinientos mil ducados de gratificacion para sus huestes si consentia en alejarse: Borbon pidió un cuento y que disolviesen los florentinos las fuerzas

militares incorporadas al ejército de la Liga.

Clemente VII supo con asombro que los defensores del imperio avanzaban saqueando villas, y talando campos; sin que las divisiones á las órdenes de Urbino obstantes á la incursión; sin que aquella banda de corredores audaces encontrara un valladar en sus caprichosas evoluciones. Temeroso de que el día menos pensado amaneciesen sobre Roma *los vándalos del siglo XVI*, como él decia en su enojo, propuso una tregua á Carlos de Lanoy, virey de Nápoles, que en nombre de su majestad imperial convino con su Beatitud en un armisticio de ocho meses: licenciamiento del ejército papal, invasor de las tierras de Nápoles, y el imperial, que adelantaba, por los estados pontificios, vuelta á Lombardia del ex-condestable y paga de quinientos mil ducados por la república de Florencia. Asentados los capítulos del convenio, Lanoy, dejando en Nápoles en calidad de cange al cardenal Tiburcio, partió á Roma, donde aun pudo conseguir que el rencoroso pontífice levantase las censuras eclesiásticas, impuestas á los Colonnas, reponiéndoles en sus feudos y dignidades, y diera sesenta mil escudos para el pago de una soldadesca, animada en sus temerarios arrojos por la falta de emolumentos; comprometiéndose en su rango de capitán general á ordenar la retirada de los treinta mil hombres que Borbon conducia.

En este tiempo llegó Monsieur de La Motte con las omnimodas facultades conferidas por el César, y trayendo en las láminas de los emperadores y en su esplicacion un permiso indirecto de vengar en Clemente los repetidos ultrajes que la sede apostólica habia inferido al imperio, desde que reformador implacable Gregorio VII, estableció el principio de la soberanía feudal eclesiástica hasta que desleal enemigo Clemente VII, comprometia las adquisiciones de la casa de Hapsburgo en el continente italiano.

La Motte encontró insurrectos á los soldados de don Carlos. Desesperados de vagar por aquellos campos cubiertos de nieve; de las fatigas de marchas infructuosas y con-

tramarchas repentinas; del poco alivio que su precaria situacion encontraba en el saqueo de aldeas y villas de escasa consideracion; de la seguridad en que veian á sus enemigos tras de murallas, los indisciplinados alemanes y los impacientes españoles al llegar á Florencia prorrumpieron en un grito unánime.—«¡A Roma!»

Borbon se negó á tal demanda, alegando haber consultado á Madrid el plan de operaciones, y no permitirle su respeto al soberano, obrar sin la aprobacion de sus proyectos. Los jefes oficiales que trataron de reprimir los primeros desahogos de la soldadesca fueron insultados por los turbulentos invasores, y las medidas represoras de un consejo extraordinario, no dieron otro fruto que exacerbar los espíritus, y hacer general la insurreccion. Algunos oficiales perecieron á manos de las cuadrillas amotinadas, cuando trataron de imponerlas órden por las vias del rigor, y llegaron las cosas á tal extremo que reducidos á no salir de sus alojamientos los superiores; la plebe militar estuvo dos dias tratando en sesiones acaloradas sobre la conducta que habian de adoptar en tan escepcionales circunstancias.

Al fin se decidió intimar al duque el otorgamiento de un indulto á los sublevados; que los condujese á la metrópoli del catolicismo; que les garantizara el saqueo de la capital sin restriccion alguna. Caso de que Borbon se negara á semejantes exigencias los soldados se proponian acabar con él, y ofrecer el mando á el príncipe de Orange, á Juan de Urbina, á Jorje Frondsperg; al primero que le aceptara con las condiciones espuestas; y si ninguno le admitia, allí estaba el alférez Vasconcelos, que daba palabra de guiar al ejército hasta donde el escribano de Arna Hernando Cortés y Pizarro, conquistaba paises por cuenta de la majestad católica; el sargento Waldronser, y el caporal Lázaro Sanazarra estaban allí que prometian organizar dos bandos, que sin detencion de un segundo se adelantaran hácia Roma y entraran con ayuda de escalas en aquella Babilonia europea.

Cuando los amotinados llegaron á la tienda del duque dispuestos á presentarle sus peticiones, y á coserle de puñaladas en caso negativo, los guardias les dejaron el paso libre.

Borbon se habia fugado. Inútilmente buscaron por todos los ángulos de la villa al prófugo capitán.

—¡Cobarde! (clamaban los sublevados con violenta irritación, no ha tenido presencia de espíritu para aguardar nuestra visita.

—¡Miserable traidor! (decían los alemanes) ¿creerá el indigno que vamos á temblar porque nos falta su mandato?

—¡Sangre y rayos! Cualquier clarinero sajón vale cien veces mas que él.

—Si no hubiese muerto el marqués de Pescara, otra cosa seria. ¡Vive Cristo! Esclamaba un arcabucero suspirando.

—Es ferdat, es ferdat, apoyaba un alsaciano esforzándose en maltratar el habla de Castilla: Besgara estar un valiente: Borbon cobardo; moi cobardo.

—Quien vendió á su patria, mal puede defender la ajena.

—Mal moro, peor cristiano.

—Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, será nuestro jefe.

—O Juan de Urbina.

—Cualquiera: ¡nombre de Dios! Cualquiera con tal que nos lleve á Roma.

Y mientras los insurreccionados vomitaban injurias é imprecaciones contra su jefe, este, escondido en un caserío de una quinta próxima, aguardaba á La Motte para decidirse á obrar. La Motte avisado por un ayudante de campo del refugio de Borbon, se avistó con él dándole parte de la sesión con el César y sus resultados.

—Gracias á Dios (esclamó el duque exhalando en profundo suspiro sus reprimidos ímpetus). Ahora podré presentarme á esos energúmenos para señalarles con el dedo la codiciada presa que se les permite devorar. Roma sentirá el estremecimiento de la tierra, herida por las plantas de treinta

mil hombres, que encomasado movimiento, llegan conjurados de la ira que ha provocado sin que todo el oro y las preciosidades que la Roma del usurpador Máximo dió á Jerserico, haga retroceder el espantable azote: las potencias que han firmado con el Pontífice el pacto de alianza en daño de nuestro emperador, presenciarán el terrorífico escarmiento y la posteridad sabrá apreciar cuál de los avasalladores de Roma espuso mas en la atrevida empresa.

Y en consecuencia á los poderes discrecionales de su majestad imperial, Borbon, favorecido por las sombras nocturnas, tornó al campamento, donde supo por su primer ayudante que la soldadesca habia brindado á Filiberto de Chalons con el mando en jefe. El príncipe de Oranje les pidió el espacio de aquella noche para reflexionar, y empeñando su fé de caballero de que no intentaría la fuga, le dejaron en paz hasta el día siguiente.

—Monseñor, (le dijo un friso al salir de su cámara): no cumplais vuestra palabra al estilo de Francisco Primero.

—Príncipe, (repuso un arcabucero ébrio con los ojos encarnizados y cerrando el puño en actitud amenazadora): mira que estamos hartos de que nos manden felones y moriscos: nosotros no tenemos rey ni Roque, y buscamos un plumero blanco que vaya delante, y á Roma por todo.

Apenas asomó el alba, tambores y clarines llamaron las tropas á formacion. Los soldados creyendo que el príncipe de Orange les reunia para noticiarles la aceptacion del cargo que se propusieran, acudieron puntuales á incorporarse á sus tereios, y pronto estuvo en línea de batalla el ejército imperial. Procedióse por los jefes á leer un bando que contenia tres articulos: primero, indulto de todos los delitos de insubordinacion y rebelion: segundo, orden de disponerse para la marcha á Roma en derechura; y tercero, promesa de saqueo de la opulenta ciudad. Al oír el nombre de Carlos de Borbon autorizando aquel documento, un murmullo de sorpresa circuló por las filas. Al tiempo mismo las cajas de guerra y las bandas militares anunciaron la llegada del ge-

neral. Todos fijaron la vista en la cabeza de formacion que ocupaba el inmemorial regimiento del Rey. El duque, caballero sobre aquel brioso caballo negro que montaba en Pavia, seguido de los oficiales de inmediata graduacion y de un estado mayor numeroso y brillante, risueño el lábio, radiosa la mirada, gallardamente inclinado en signo de afable saludo, se adelantó hácia donde flotaba desplegada al frio viento de una cruda mañana de un marzo rigoroso; la morada bandera del rey cruzaba por las aspas de Borgoña. Llegar á ella y descubrirse con respetuosa veneracion, fue todo uno. El regimiento del Rey entusiasmado respondió á este marcado testimonio de aprecio con un *viva el duque de Milan*, contestado por toda la línea. Iguales muestras de señalado agasajo valieron al duque aclamaciones reiteradas, y al concluir la revista, los mismos que el dia anterior no habian términos bastante despresivos para calificar á su jefe, recordaban los rasgos de su indómita bravura, consagrándole los debidos encomios.

Tal es el pueblo en todas partes y bajo cualquier forma: niño terrible, pero de inconstantes impresiones; hoy dedica lo que mañana hunde en el lodo; y aceptando arrebatado las caprichosas ideas que le asaltan hoy, hace trizas en su furor al que incita su bilis, salvo de erigirle estátuas mañana en su tardio arrepentimiento.

Cumpliendo lo prometido, el duque emprendió el movimiento hácia la via Flaminia, traspasando los Pirineos por cima de Florencia y penetrando en la Toscana, sin dar importancia alguna á las evoluciones de Urbino y Saluzzo, que con aparato imponente habian tomado la delantera, pasando las ásperas montañas que resguardan á Bolonia por el desfiladero de *Pietro-mal*. Los generales de la Liga no se resolvian á presentar la batalla, y no bien entrados en el pais toscano, los imperiales revolvieron su camino, evitando la inminencia de un choque, de que nada favorable se atrevian á esperar.

Por lo que respecta al Pontífice, noticioso de que Bor-

bon se adelantaba á marchas dobles, hizo llamar á Carlos de Lanoy, conjurándole que hiciese partir otro correo á inquirir si el enviado con la orden de retirada en virtud del armisticio, habia cumplido con su encargo. El virey de Nápoles se apresuró á complacer á su beatitud, escribiendo al duque en tono secamente imperativo, y reiterándole el mandato de evacuar la Toscana, retirándose á Lombardia.

El primer correo portador de la orden de retirada, presentó en vano el mandamiento vice-real al duque, erigido por la magestad Cesárea en gefe supremo de las fuerzas; exceptuado de sumision á toda autoridad de Italia; directamente responsable al emperador de su conducta.

Borbon consideró una felicidad estremada la coyuntura de abatir el orgullo del virey. Antipático al flamenco, cuyas tácticas diplomáticas chocaban á su natural rudamente franco, su antipatía se habia convertido en ódio desde que mañoso y disimulado burló la vigilancia de los capitanes de Pavia, y condujo á Francisco I al alcázar de Madrid. Al encontrarse en la córte el duque y el virey, supo el primero las intrigas con que el segundo habia tratado de desacreditarle en el ánimo imperial; como la resistencia de don Carlos á las malévolas sujestiones de su caballerizo mayor. Sorprendidas por los espías de Lanoy unas cartas del duque á Francia, en que hablaba del virey como podian inspirarle sus resentimientos, este se quejó al César de aquellos agravios ante el ex-condestable francés, el conde de Nassau, el señor de Lassau, don Hernando de la Vega, y el secretario Juan Aleman; pasando entre ambos próceres razones tan pesadas, que impuesto silencio por la Magestad, y replicando lleno de ira Carlos de Lanoy, el hijo de Felipe de Austria, le dijo con gesto desabrido:

—Callad enhoramala, virey; que ni os está bien decir esas cosas, ni á mí oirlas.

Al fin por la mediacion del soberano se hicieron aparentemente amigos; pero al tenderse las diestras cada corazon se sintió bañado de hiel, y el juramento de venganza

se renovó en lo íntimo de aquellos espíritus irreconciliables.

Ferra-Mosca, y monsieur Larfi, agentes de entrambos caballeros cerca del emperador, agriaron aquellos ánimos contrapuestos con las relaciones abultadas de propósitos hostiles.

Nombrado lugar-teniente de su magestad el virey de Nápoles, Borbon dependia hasta cierto punto de sus disposiciones como caudillo del ejército imperial; pero ampliamente facultado por el César para obrar con total emancipacion de otras órdenes que de las supremas comunicadas por La Motte, respondió al correo de su adversario con aspereza:

—Decid de mi parte al virey que la corona me ha traspasado sus altos fueros; que no dependo de sus atribuciones; que procedo con independencia absoluta de sus facultades, y que no reconociendo en él poderes para haber firmado ese armisticio á nada me obliga; á nada me compromete....

El mensajero aturdido hizo un gesto de sorpresa.

—Decidle (añadió el duque con sonrisa amargamente burlesca), que en justa obediencia á sus intimaciones voy á preparar lo conveniente para ir á visitarle con mis treinta mil escuderos, esperando salga á recibirnos á *Santi-Espiritus* como cumple á tan buen amigo.

El correo salió confuso de tal y tan desmilgada réplica.

Borbon dió las órdenes oportunas para proseguir la marcha en direccion á Florencia, donde Urbino y Saluzzo se habian acojido, con intento de revolver sobre el Sena, dejar allí los tiros de campo y los utensilios mas embarazosos y tomar en toda diligencia recta via para Roma; adelantando las jornadas de suerte que si el ejército de la Santa Liga, apercibiéndose de su engaño, trataba de oponerse á la operacion, tuviera que seguir en retaguardia las huellas de los imperiales; impotente para cortarles el paso.

Lanoy escuchó con mudo pasmo la respuesta del duque á su comunicacion, y no creyendo positivo que su émulo hubiese alcanzado de su Magestad Cesárea la exencion de su obediencia, determinó partir en busca de aquel soberbio capitán que desconocia el mandado de un lugar-te-

niente del imperio, respecto á un general en jefe.

Tranquilizó al Papa, asegurándole que el duque, le llamaba para ayudarle á convencer sus soldados, que se resistian á dar asenso á la verdad del armisticio; pensando que el convenio era un pretesto falaz para sacarlos de sus estados: el territorio mas abundante en recursos de toda la península italiana.

Tambien supo imbuir en esta idea al iluso Clemente VII, que concluyó de licenciar la division que habia retirado del ejército confederado, y traído á Roma, y despidió al virey con todas las distinciones amistosas y pruebas de aprecio, debidas á un amigo preeminente; reservándose trocar estas deferencias en la hostilidad mas obstinada á la primera ocasion favorable.

Dejemos á Clemente creído en que merced á sus concesiones temerosas la plaga que amenazaba sus dominios se habia conseguido apartar, y sigamos á Carlos de Lanoy que caminando hacia Sena al encuentro de Borbon se enteró del mensaje de su segundo correo, peor recibido que el primer transmitente de sus órdenes. El duque no se dió por contento con replicar con acrimonia á las instrucciones verbales del enviado; sino que rasgó la carta del virey en que se repetian los mandatos con increpaciones severas, y se burló de aquella entonacion del lugar-teniente imperial comunicando el caso á sus ayudantes con el desden y la burla á que se hacen acreedores los alardes ridiculos de una autoridad caducada. Despues de la chacota y befa del estado mayor del jefe vinieron los insultos y los silbidos de la soldadesca, instruida de la comision que el correo traía al campamento.

Carlos de Lanoy concibió un indecible enojo contra su adversario, y persuadido de que no tenia las facultades extraordinarias, que dijera recibidas del emperador, cuando no se apresuró á mostrarlas á sus enviados, como respuesta á las comunicaciones de su parte, resolvió en la irritacion de su ánimo pasar al cuartel general del ejército estable-

cido en Sena, y caso que intimado el duque á ponerle de manifiesto los poderes del soberano rehusára hacerlo, Lanoy habia decidido convocar los oficiales superiores en consejo, y deponer en nombre de don Carlos, y en virtud de su lugar-tenencia al capitan rebelde.

Con este propósito el virey siguió el camino hasta Sena á donde llegó al cerrar la noche, yendo de seguida al alojamiento del duque, por el que preguntó á cierto oficial sentado á la puerta de un casucho erijido en cantina, y que al indicarle las señas de la morzada de su gefe le trató de monseñor y vucelencia, habiéndole reconocido á la luz trémula y vacilante de un farolillo, que iluminaba el estrecho y húmedo portal.

Mientras el virey se dirijia al aposentamiento de su encarnizado enemigo don Luis de Torralba, el oficial que le conoció á la puerta de la cantina, corrió en busca de sus compañeros para noticiarles la llegada del incógnito de Lanoy. Los oficiales camaradas de don Luis se hallaban reunidos en casa del abanderado Pacheco, jugándose bonitamente á los dados los escudos y hasta las prendas del vestuario á falta de dinero, don Luis entró gritando ¡noticia! ¡noticia! y el alférez Suarez que tenia uno de punto contra cuatro del capitan Vega, ocho del teniente Sancedo, y doce del exento Figueroa, le replicó furioso:—«¡Fuego! ¡Azufre! ¡Alcrebite! callad con mil diablos.»

Pero cuando Torralba dió la nueva tan ruidosamente anunciada, el cubilete quedó abandonado, y los jugadores se lanzaron á la calle, curiosos de averiguar lo que iba á suceder en la entrevista; pues todo el ejército sabia el modo con que el duque habia respondido á los preceptos del lugar-teniente del César, y tanto la declaracion de sus contrarias intenciones, quanto el escarnio de los mensajeros por parte suya, como preludio de la insolencia de los últimos soldados.

Por poco que tardó Torralba en referir la novedad y breves que fueron los comentarios de su auditorio, como don Luis no pudo reprimir su orgulloso afan de aparecer po-

seedor de un secreto, y contó lo sucedido á dos ó tres oficiales que encontró á su paso, y como á mayor abundamiento Césares Liguani, sargento de piqueros de Sicilia, conoció tambien al virey, y no se descuidó en participar la ocurrencia á cuantos quisieron oirla, resultó que al salir de casa de Pacheco nuestros jugadores se encontraron con muchos sucesos en vez de uno.

Con la rapidez incalculable de la electricidad la noticia habia cundido por todo el campamento en segundos; considerablemente adicionada y reconociéndose á duras penas la version orijinal. Cual decia que habian llegado con el virey tres cardenales en comision del pontifice. Cual que el mismo Clemente VII estaba en Sena. Estotro que el lugarteniente imperial traia consigo dos alcaldes para comenzar el sumario sobre la insurreccion pasada. Esotro que Lanoy era portador de una inmensa suma, rescate de la gran metrópoli católica. Hasta se llegó á decir que el duque de Urbino y el marqués de Saluzzo acompañaban al caballero mayor de don Cárlos, y que venian á someterse al imperio con todas sus tropas.

Dos hombres habian visto á Lanoy; al cuarto de hora pasaban de dos mil los que afirmaban haberle hablado, y llegarían hasta el cuádruplo los que aseguraban con toda solemnidad haber distinguido á su lado á los Eminencias Orfino Santicuatro y Vic Cayetano; á los alcaldes Saavedra y Perosa; á Urbino y Saluzzo; á la propia santidad de Clemente VII; á las mulas abrumadas bajo el peso de los costales henchidos de oro.

Toda la tropa no empleada en el servicio estaba en las calles con la mitad del vecindario, que acudia ansioso de inquirir noticias.

Cuando los camaradas que abandonaron los dados por la satisfaccion de su curiosidad, escitada por Torralba, se incorporaron al primer grupo, el mismo don Luis no conoció su nueva segun las formas que habia adquirido en su discurso por la muchedumbre.

En medio de esta confusión, de este babel de comentarios, un ayudante del duque vino á prender fuego á la pólvora; esto es, inflamó los ánimos escitados; dando cuenta de que entre el virey y el general pasaban razones nada amigables; intimando Lanoy á Borbon que retrocediera inmediatamente, y negándose el duque á engañar á sus soldados conducidos hasta allí con la esperanza de una ópima presa.

No fué menester mas para escitar la indignacion terrible de la soldadesca. En un punto, alemanes, italianos y españoles se juntaron en bando sedicioso, y sin que los gefes hicieran gestion alguna para sosegar la insurreccion, escarmentados de lo anteriormente sucedido; y de secreto gustosos de aquella protesta tremenda de las intenciones pacíficas del virey, mas de diez mil furiosos desnudas las espadas armados de picas, ajitando teas de pez, que tenían con fulgores rojizos las descompuestas fisonomias de los sublevados, y clamando ¡A Roma! ¡Muera el virey! ¡viva nuestro general! se encaminaron á la posada de Borbon.

En tanto monseñor el duque de Milan habia contenido los primeros brios de Lanoy mostrándole las cartas Cesáreas en que se le confirió la plenitud de poder que le hacia independiente de las atribuciones vice-reales.

—Y bien, señor duque (replicaba el virey con vehemencia) ¿Os parece que esponeis á poco la honra de nuestro soberano, arrojando una horda de lobos famélicos sobre la ciudad de Rómulo, violando los tratos que dejó concluidos con el gefe de la cristiandad; dando el escandaloso espectáculo de una depredacion bandálica en el Santa-santorum del catolicismo; y reduciendo á la condicion de prisionero al sucesor del grande apóstol?

—Señor virey (contestó el duque con irónica calma). En este poder de su Magestad se me hace directamente responsable de mis actos á la corona: solo á ella daré cuenta de mi conducta; ya que por dicha mia se me exime de toda dependencia inferior á la potestad soberana.

—Señor duque (insistió Lanoy con nueva enérgica ins-

tancia). Somos antiguos enemigos, y basta que un suceso acépte desagradablemente á uno, para que el otro le apesure, pero ahora no se trata de nuestros odios; no es cuestion de nuestras rencillas particulares. Aqui no hay que vos opteis por la guerra porque yo haya influido en la paz; consecuentes ambos en una contradiccion, reciproca incesante. El suceso que va á complementarse es de mas alta significacion: es que os disponeis á una empresa, que debe suscitar el asombro de Europa primero; despues sus iras....

El duque se encojió de hombros con altivo desden.

—Es que el emperador en cuyo nombre obrais, no puede aceptar vuestra obra, sin pasar por un hereje á los ojos de todas las potencias católicas....

Borbon sonrió con gesto menospreciativo.

—Es que mas que vos empredeis con los soldados del César augusto, no emprenderia Hariadin, Barba-Roja con los turcos de Soliman el Magnifico.

—Basta, señor virey, (repuso el duque empezando á impacientarse): dejad á cada uno proceder segun su conciencia le dicte; y pues somos independientes el uno del otro, nada hay de comun entre nosotros: ni el honor ni el vituperio.

—Os engaãais, (contestó Lanoy). Yo he firmado ese armisticio que separa á Clemente VII de la Liga.

—¿Por cuánto tiempo? preguntó Borbon con ironia.

—Su beatitud ha retirado sus tropas del ejército federal, las ha licenciado; se dispone á pagar la suma prometida, y á mover la república de Florencia á que la complete....

—Nada de cuanto ofrezca tiene intencion de cumplir.

—Yo he concluido ese trato de paz, merced á mis seguridades y á mis compromisos. El Santo Padre suspende los aparatos de defensa; mediante la fé de mi palabra, los Estados Pontificios abandonan las obras militares con que se aprestaban á contener vuestra irrupcion....

—*Tanto meliore*, señor virey, interrumpió el duque con acento de burla.

—Tanto mejor para vos, señor francés convertido en cas-

tellano (esclamó Lanoy con estremada furia); tanto mejor para vos; pero tanto peor para mí....

—¿Qué habeis dicho virey! dijo Borbon trémulo de ira.

—He dichò que aceptais esta ocasion de deshonorarme ante el presente y el porvenir; ante los contemporáneos, (y ante la historia, (añadió el virey con vehemente escitacion). Porque vos que teneis las pretensiones de emular con Alarico, Atila y Jenserico, hallais fácil la senda en virtud de mis trabajos diplomáticos; pero yo que establezco una paz desmentida por vuestras armas; yo que prometo vuestro retroceso, y exijo el desarme de las tropas que guardan el pais para que tras mis promesas vayan vuestros ataques, y tras mis garantias, vuestros desafueros; yo ¡ira del cielo! ¿qué debo esperar? que se me crea un falso agente de vuestras sañudas intenciones; un Simon, un Judas....

—Bajad el tono, virey, (repuso Borbon con orgulloso continente), bajad el tono; ya que las circunstancias exigen de mí el sacrificio de oir vuestras palabras sin pedir os cuenta de ellas.

—Pronto será (respondió Lanoy con reprimido furor), porque hace tiempo que debiamos haber concluido por ahí; hace tiempo que me persigue vuestro encono, y por todas partes os diviso contrapuesto á mis fines; perenne adversario mio; ¡ójala no aplazaseis el trance de nuestra última hostilidad!

—Despues de la jornada de Roma, me tendreis á vuestra disposicion, respondió el duque con aire significativo.

—¿Y por qué no antes?

—Porque hasta entonces pertenezco á mis soldados; porque....

Una confusa gritería interrumpió al duque.

Al propio tiempo un ayudante penetró aceleradamente en la estancia.

—¿Qué es eso Garcia? interrogó Borbon con ansiedad.

—Señor (replicó el ayudante con precipitacion anhelosa), un tumulto de soldados que gritan....

—*¡Muera el virey!* Clamaron los amotinados acercándose á la posada de su gefe.

Lanoy se levantó pálido, pero tranquilo; tomó el sombrero que se caló hasta las cejas, y llevó la mano á la empuñadura de su larga espada de viaje.

—*¡Viva nuestro general!* repitieron los insurrectos con voces enronquecidas.

El virey desnudó el acero.

—¿Qué haceis señor? preguntó el duque á su adversario.

—Prepararme á morir como cumple á un valiente atacado por asesinos á sueldo vuestro.

—*¡Miserable!* gritó el duque fuera de sí.

—*¡Muera el virey!* tornó á clamar la turba sediciosa.

—Envainad esa espada, señor Carlos de Lanoy, exclamó Borbon con magestuosa sangre fria.

—Está bien en mi diestra, (repuso el virey con sarcástico tono) está bien cerca de vuestro corazon para recurso estremo.

El ayudante Garcia dió un paso hácia Lanoy. El duque le contuvo con un signo de imperiosa orden.

—Abrid esa ventana, dijo el general á su detenido subalterno, que corrió presuroso á obedecer el mandato.

—Virey, sois un pobre hombre, y presto os lo probaré con el favor de Dios, añadió el duque midiendo de alto abajo á su enemigo con mirada despreciativa, y yendo á mostrarse á la ventana á sus soldados, que contenia la guardia á duras penas

—*¡Muera el virey!* gritaban con exasperacion mas de diez mil sublevados de las tres naciones italiana, germánica y española.

—Muchachos, (clamó el duque con acento afectuoso). ¡Qué diablos de bulla es esta! El virey no viene con intencion de oponerse á nuestras operaciones, ni tiene nada de comun con nuestras miras. El en Nápoles; nosotros en Italia: él gobierna; nosotros peleamos: él para el régimen de las provincias pacíficas; nosotros para domar á las rebeldes.

—¡Viva nuestro general! Contestaron los revoltosos.

—Retiraos á los alojamientos á disponer lo conveniente para partir dentro de dos horas. Pensad que falta un buen trecho para llegar á la ciudad romana, y es fuerza ir por lo prometido.



—¡Viva nuestro general! replicaron en el transporte de su gozo los turbulentos militares retirándose al mandado de de su caudillo.

—Señor virey, (dijo el duque despues de cerrar la ventana y acercándose á Lanoy con lentitud). Asi Dios me salve, como anhele concluir de una vez nuestra antigua rivalidad.

—El Señor os conserve la vida hasta que se pueda satisfacer vuestro anhele, y tambien el mio.

—Señor Lanoy, hasta que concluya lo de Roma.

—Hasta que concluya lo de Roma, señor duque.

IV.

Clemente VII acaba de trasladarse del comedor á la galería acristalada que da al mas delicioso jardín del Vaticano.

Despues de los goces de una refinada gastronomía, Su Santidad apesenta á sus comensales en una diáfana habitación con vistas preciosas, preparada con ese lujo y esmero que hacen un arte tan difícil el de mayordomo de los príncipes, y en la que un mecanismo de calefactores prodigioso, mantiene la primavera en permanente estacion, mientras suaves aromas perfuman aquella atmósfera tibia y voluptuosa.

Su Beatitud, muellemente recostado en una inmensa silla donde su cuerpo descansa sobre el algodón mas fino que las Indias producen, cubierto por un tegido de cerda de un negro lustroso, deja reposar su diestra sobre un brazo de la enorme poltrona mientras la siniestra acaricia los bucles de ébano de una cabeza de ángel que sale de entre sus rodillas. Nicolino Sarpi, el pajecillo mas hermoso que existió jamás en córte alguna, el púbero mas ideal que vieron ojos humanos, sentado en el almohadon en que coloca los pies el padre de los fieles, se apoya con negligente familiaridad en las piernas de su señor, y entrega los rizos de su cabeza al blando halago de una mano cariñosa.

Nicolino Sarpi es el favorito de su Beatitud, su tiranuelo, la influencia mas segura en su ánimo.

Un gestillo desdeñoso de aquella fisonomía de querubín, consternaba al Pontífice como consternaba al amante la huella del pesar en el rostro de su querida. Una sonrisa de aprobacion de aquellos labios coralinos, envanecian á Su Santidad mas que cuantos homenajes de veneracion eran tributados á su rango supremo.

El delirio de un padre por el mas dotado de sus hijos no iguala á los extremos del jefe de la cristiandad por aquel púbero de modales femeniles, maligno, cruel, y, sin embargo, encantador cual pinta la mitología á Cupido, el rapaz de

las venenosas flechas y la venda en los ojos.

Nicolino Sarpi desempeñaba en Roma un poderoso ministerio: dirigir al Pontífice por el carril de sus caprichos, y disponer á su antojo de la paz y la guerra del continente. Carlos V, Francisco I y Enrique VIII, las repúblicas, principados y estados libres de Italia, todos dependían de una voluntariedad de aquel pajecillo, hermoso como el amor, astuto como criado en la corte mas intrigante del universo, exigente como el que sabe que constituye una necesidad en la existencia de quien vive sometido á sus influjos. Los actos del vicario apostólico se resentían de aquella dominacion pueril, y segun se demostraban las simpatias ó antipatias de aquel muchachuelo, voltario é inconstante como una coqueta, así su egregio esclavo se mostraba amigo solícito ó enemigo tenaz de los grandes poderes de la época trabados en incesante lucha.

Para concluir de una vez: Nicolino Sarpi habia penetrado en el alma de Clemente por una de esas predilecciones maravillosas, que desde que se determinan convierten á un ser en forzado satélite del otro, y por su parte el pajecillo no habia descuidado ganar terreno en aquel ánimo tan propenso á las sumisiones rendidas, logrando erigirse en árbitro de los destinos que dependían de Roma, sin que el Pontífice se apercibiese de aquella humillante dependencia, ó al menos sin que tuviese valor para revelarse á la imposicion del yugo.

Los cardenales Orfino, Cefisso, Santicuatro, un hijo de Renzo de Scerri, capitán de las tropas pontificias, y el escultor Gamarra rodean á su Beatitud que en el acceso de benevolencia posterior á un regalado banquete, ha llevado su indulgente franqueza hasta hacerlos sentar en almohadones de damasco en torno de su silla.

Gamarra habia venido al Vaticano á traer el busto de Su Santidad, trabajo admirablemente concluido, y que mereció á las primeras inteligencias artisticas de Roma el mas subido elogio: pero aunque el busto fuera un insulto al arte y el

mas sublime mamarracho, bastaba que Nicolino hubiese estrechado la mano del escultor esclamando: (1) —«*piu non si puo fare, maestro: á meraviglia; opra degna da voi.*»— para que Clemente VII duplicara el precio del retrato escultural, colmando de encomios al artista y convidándole á comer.

—Veamos, maestro: (dijo Su Beatitud al escultor con ademán afable); ¿cuánto nos llevaríais por retratar en alabastro y de cuerpo entero á este bribon que está sentado á nuestros pies?

Nicolino volvió la cara hácia Su Santidad con una muequeilla burlona que hubiese envidiado Ines Sorel, la favorita de Carlos VII de Francia. Clemente sacudió con dos dedos un ligero golpecito en la megilla rosada de su paje.

—Mucho, Beatísimo Padre, mucho; porque fisonomías como la del señor Nicolino, han menester un estudio, una inspiración que....

—¿No tenéis ningún Adonis entre vuestros modelos? preguntó el cardenal Orfino, lisonjeador perdurable del niño influyente.

—Es menos hermoso: contestó Gamarra con brevedad.

—Pues id preparando los cinceles, (repuso Su Beatitud), porque deseamos que sea pronto empezada la obra.

—Perdon, Santidad, (replicó el artista en actitud humilde): pero no me será posible tan presto como parece anhelarlo Vuestra Escelsitud, porque tengo emprendidas cuatro tareas que no me dejan un momento de reposo.

—Disculpas de artista: (interrumpió Su Eminencia). Monseñor Cefisso, ya sabemos lo que esas objeciones quieren decir.

—Darse tono: añadió Santicuatro.

—Hacerse pagar doble, concluyó brutalmente el hijo del capitán Renzo de Scerri, tan rústico como su padre.

Gamarra se puso lívido y se mordió los labios para reprimir su ira.

(1) No se puede hacer mas, maestro; maravillosamente: obra digna de vos.

—Cuando buenamente se pueda, señor maestro: (dijo Nicolino irritado de aquellas suposiciones indignas, y favoreciendo al escultor con una sonrisa graciosa), cuando terminéis vuestros compromisos: ¿no es verdad, Beatísimo Padre?

—Sin duda: (se apresuró á confirmar Clemente VII). Nosotros no queremos disponer de un tiempo que ya está comprado. ¿Y qué os ocupa en la actualidad?

—El vaciado en cobre de la estatua ecuestre de monseñor el príncipe de Salmona.

—Muy bien: de nuestro amigo Carlos de Lanoy. Procurareis que veamos ese trabajo, señor Gamarra; no dudamos que será una verdadera maravilla.

—Beatísimo Padre, murmuró el artista inclinándose en muestra de gratitud.

—Sí, sí, (repuso Nicolino frotándose las manos con júbilo y riendo locamente). Veremos al flamencote con sus largos mostachos de hilillo de oro, su melena ensortijada, su caraza redonda y mofletuda, con aquel pecho de pavon haciendo la rueda y aquel aire de Júpiter, Stator....

—¡Magnífico! exclamó monseñor Orfino.

—¡Soberbio! apoyó su eminencia Cefisso.

—Muy bien, añadió su colega Santicuatro.

—Retratado á las mil maravillas; (tornó á decir Orfino). Señor Gamarra, ahí teneis el tipo de vuestro príncipe trazado en cuatro frases.

—Vamos, señores, vamos, (interrumpió el Papa con seriedad): escojed otro asunto para vuestras burlas. Queremos que se respete como es debido á nuestro amigo Lanoy, que nos parece todo un insigne caballero y un excelente católico. Nos ha hecho favores especialísimos, y gracias á sus gestiones *periculum recessit á nobis*....

Nicolino enfadado por aquella defensa celosa del objeto de su verba satírica, retiró la cabeza de las rodillas de su señor, encogiendo los hombros en señal de indisplacencia.

—Es preciso guardarse de zaherir á los que tienen derecho á nuestro reconocimiento, porque un epigrama hace un

enemigo, y es género que nos sobra lo bastante, para que no procuremos adicionar el catálogo.

—El ruido de cercanos pasos interrumpió la conversacion.

—Renzo de Scerri penetró en la estancia. La fisonomía torva del Capitan de Guardias Pontificias, aparecia doble mas siniestra, y su sonrisa de ordinario feroz, espresaba mas la ironía de un ánimo depravado, que acoje con igual gesto la dicha ó la desgracia.

—Hola, Señor Capitan (esclamó el Vicario Apostólico). ¿Evacuásteis la comision que os alejara de este recinto?

—Beatísimo Padre (replicó Scerri con ademan brusco), ¿qué noticias tiene vuestra Beatitud del campamento imperial?

—Ninguna; (respondió el Pontífice con desasosiego).

—¿Con que nada sabe vuestra Beatitud de la entrevista del Virey con el Duque de Borbon?

—Nada absolutamente.

—Pues los Imperiales han querido matar al Virey....

—Vándalos.

—El Principe de Salmona ha partido para Génova, y el Duque avanza en direccion á nosotros, dejando á retaguardia al de Urbino que retrocede siempre que la retaguardia le vuelve las picas.

—Dios, Dios, exclamó Clemente VII, desesperado, agitándose con un temblor epiléctico en la poltrona.

—Estamos perdidos, exclamó Nicolino Sarpi.

—¿Qué hacer para conjurar esa tremenda plaga? preguntó con azoramiento Monseñor Cefliso.

—¿Qué hacer, amigo Renzo, nuestro único y fiel defensor, qué hacer para prevenir el golpe que amenaza á nuestras cabezas?

—Pero esa noticia....

—Esacta, por desgracia indudable. Pero no se trata de temblar y llorar como mujeres, sino de defenderse hasta el último trance.

—Cabal, cabal, apoyó Sarpi, pasando por una transicion pueril de desaliento á la esperanza. Scerri miró despreciativamente al favorito. Tenemos numerosa artilleria (dijo con alentado continente y voz entera) aun nos quedan por licenciar, gracias á mis previsiones, dos tercios veteranos. Haremos que se alistén cuantos hombres útiles se encuentren en Roma....

Cárlos Quinto.

28-2.*

—Al instante será estendido el decreto, repuso su Santidad cobrando algun brio con la decision de Scerri, podremos juntar hasta seis mil hombres (añadió Renzo), los reparos y fortificaciones se empezarán á toda prisa....

—Disponed de nuestras fortunas, replicó Santicuatro.

—Una proclama, Santo Padre, una proclama, agregó el Capitan de las tropas Pontificias con instancia presurosa. Pero fuerte. ¡Trueno de Dios! Que levante en peso. Apelemos á los recursos mas enérgicos; porque la situacion es crítica si las hay.

—Una escomunion para esos Luteranos y Moros, exclamó Nicolino.

—Una escomunion (repitió el Vicario de Jesus temblando de cólera) separemos de la Iglesia á ese Attila y á sus saqueadores.

¡Hunos! fulminemos el rayo de Dios sobre la frente de esos hijos de Cain: maldigamos á esa orda y á su gefe en esta vida y por la eternidad. Orfino al momento, estended las Bulas.

V.

—Profeta de perdicion y de ruina, el dominico Savonarola habia clamado con eco doliente: «¡Oh Roma! ¡oh Venecia! ¡oh Milan! Los bárbaros caerán sobre vosotras como manada de bestias feroces. La ira del Señor por vuestros pecados les servirá de guía.... Los sepultureros recorrerán las calles gritando: ¿QUIEN TIENE CADAVERES?»

Aquella terrible amenaza debe cumplirse en la capital del orbe católico.

Los Luteranos y Moriscos, mandados por el Duque de Borbon avistaron á Roma en la tarde del cinco de Mayo.

Renzo de Scerri no tenia concluidas la tercera parte de las fortificaciones con que la ciudad de los Césares y los Papas debia resistir el furioso ataque.

Los dos tercios veteranos eran impotentes á contener el impetu de los escomulgados imperiales. Los reclutas con que se guarnecian los muros careciendo de toda instruccion militar mal pudieran servir de valla á la embestida vigorosa del ejército formidable.

Casi tras de la nueva de que llegaban, llegaron las tropas Cesáreas, frente al Sancta Sanctorum del Catolicismo, como decía Carlos de Lanoy.

Los defensores de la plaza vieron asomar por Sancti-Spiritus á un guerrero de gran estatura, sobre un caballo negro como noche sin estrellas. Un lloron blanco ondeaba al viento sujeto á su casco reluciente. Un sayo de tela de plata cubria su armadura hasta los muslos. La banda roja descendia de su hombro derecho á unir en el costado izquierdo sus estremidades, en lazo vistoso con dos gruesas borlas de oro por remate. A favor de los ópticos cristales los curiosos podian distinguir desde lo alto de las torres la fisonomía de aquel campeón, pues llevabaalzada la visera. Aquella expresion altiva, aquel aire de mando supremo, aquel gesto de amagadora saña dieron á reconocer á Borbon.

Al dominar la cumbre de Sancti-Spiritus el Duque volvió atrás la cara, señalando con la mano estendida á Roma. Un trueno pareció responder á su indicacion: no ruidode los elementos; pues el cielo era de un limpio azul; los campos estaban dorados por los rayos postreros del astro diurno. Trueno fragoroso formado por la aclamacion unánime de treinta mil osados aventureros, que gritaban en el transporte de su frenético júbilo al oír clamar á su gefe: «*Ved allí á Roma.*»

Como las aguas del Báltico rompieron el freno de arena que marcaba límite á sus ondas y avanzaron en furiosa inundacion por la Cimbria y la Teutonia, los treinta mil soldados del Cesar en apiñados pelotones, en lineacion desigual pero compacta, treparon á la cima de Sancti-Spiritus y repitieron la esclamacion asordadora que habia resonado, cual en la bóveda celeste el pavoroso trueno.

Borbon tornó á señalarles el soberbio panorama que se descubría en modio de las llanuras.

Roma se alzaba entre las siete célebres colinas, que antes pudieron llamarse montes escarpados, pero que entonces hacia pequeñas prominencias la elevacion de cuarenta pies de la ciudad moderna sobre la antigua. El Citorio y Testaccio, compuestos de deruaciones, se agregan á las colinas de la topografia histórica. Los valles que separaban unos de otros estos montecillos ha desa-

parecido por completo. El Janículo, el monte Vaticano y el Monte-Mario rodean á la Ciudad santa, independientes de las siete colinas.

Roma ofrece un cuadro diverso por cada lado que se divisa según va presentando sus contrastes escéntricos; al golpe de vista ruinas y edificios, campiñas y arenales; al detallar el espectáculo, la soberbia columna del antiguo templo, apoyo de una cabauela miserable; el Palacio suntuoso elevándose entre casas humildes y en una misma construcción, arcadas de un mérito sin rival, frontis soberbios, y ventanillas y cobijos de pésimo gusto; especie de pestilentes gusanos sobre el terso cutis de una fruta delicada.

Los templos y palacios se alzaban sobre Roma como el plumero de los gefes sobre los cascos de la soldadesca cesárea.

Allí estaban las riquezas de Europa, conducidas durante siglos sin que una mano rapáz hubiese desmembrado un cseudo.

Roma era siempre la misma explotadora del mundo; se hacia dueña de la fortuna de Occidente, y exijia impuestos onerosos que mantuvieran su ostentoso boato de Señora del Universo.

Una órden cesárea hacia llover el oro de las Provincias en la metrópoli del orbe. Una Bula Pontifical llenaba en segundos el tesoro de la capital católica.

Llegó la hora de la espiacion para la Corte cesárea; Jenserico se avalanzó á ella con sus Vándalos; sin que Máximo pudiera oponerle un ejército y Roma sufrió desapiadado saqueo.

Llega la hora de espiacion para la Corte Pontificia, y Borbon la embiste con sus treinta mil corredores sin que los reclutas de Scerri basten á contenerlos; sin que Roma pueda conjurar la codicia de aquellos soldados, que al decubrirla opulenta y magnífica, repiten en secreto: *«sus despojos nos harán ricos.»*

Clemente VII ha hecho lo que el Emperador Leon hizo con Jenserico. Tan infructuosos fueron unos medios como los otros.

Leon, Cesar en el Oriente, tomó el tono conminatorio de los héroes de la república, de los grandes hombres laureados, para intimidar al gefe vándalo que adelantaba por sus dominios. ¡Insensato! No sabia que las amenazas de los débiles no producen otro efecto que la risa del desden. Asi fué que notificado Jenserico por

un mensajero imperial de que si no retrogradaba saldria á forzarle á ello el Cesar, contestó con ironia: «*Le ahorraré el trabajo de hacer todo el camino*».

Clemente al saber que Borbon seguia adelante por sus estados recordó que sus predecesores blandian la espada espiritual produciendo el terror en los pueblos, la sumision del feudalismo á las iras del papado. No cotejó tiempos con tiempos, y se creyó prepotente como su antecesor Honorio, que hizo pintar un cuadro de la humillacion de Lotario II á sus pies para recibir la investidura imperial, mandando escribir estos versos:

Rex venit ante fores, jurans prius urbis honores;

Post homo fit Papæ; recepit quo dante coronam.

Clemente fulminó el rayo de la Iglesia contra el caudillo y huerte de Carlos V. ¡Insensato! No sabia que la era de feudalidad eclesiástica habia concluido y que todo acto de aquel poder conjunto debia parecer el esfuerzo desesperado pero inútil del espi-rante para sustraerse al trance postrero. Asi fué que cuando á riesgo de su vida un Nuncio pontificio notificó á los Imperiales el anatema, las tropas se manifestaron indiferentes á esta maldicion de su enemigo y el Duque respondió al Nuncio: «*Iremos á que nos absuelva*».

Allí están los escomulgados.

Inútilmente al ser leida su sentencia se desplegó un aparato sombrío; en vano al pronunciar el oficiante las lúgubres palabras de la tremenda ceremonia se arrojaron al suelo los cirios, apagándose con el pié por los Ministros. Aquella imagen de la vida espiritual estinguída, que hizo morir de pesarosa consuncion á Federico II, no arredra á treinta mil hombres en la flor de su edad, avezados á las fatigas de una existencia aventurera, que por el ánsia del botin han caminado dia y noche, sin hacer alto mas que tres horas, para tomar alimento, preparar sus equipos y descansar.

A la llegada del separado de la Comunion previene el rito cesen los cantos sagrados, enmudezca el órgano y queden sin movimiento las campanas.

Roma, viola el ritual, y aprovéchate de los instantes que te conceden los heridos por el anatema. Ajita las lenguas metálicas,

que alojas en tus torres. Toca á muerto por tus hijos, por tus riquezas. Toca al arma para ver si te oye el ejército de la Liga.

Mira á los soldados del Emperador que acampan en Sancti-Spiritus. La luctuosa profecía de Savonarola será mañana una horrible verdad, *Caerán sobre tí... La ira del Señor por tus pecados le sirve de guia.*

VI.

Al amanecer del día 6 de Mayo, lunes, los tercios imperiales se hallaban dispuestos al asalto.

Durante la noche las Españoles y Tudescos se ocuparon en hacer escalas á modo de zarzos, por las que podian trepar de seis en seis por los muros.

Los gefes de los diferente escuadrones habian recibido las órdenes competentes para maniobrar á la señal primera de combate.

Los soldados del Cesar se estendian en amenazador semicírculo enfrente de la consternada Roma. Apenas podian contener los superiores su impaciente ardor por asaltar la Metrópoli del Universo Católico. La vista de aquella escelente y ambicionada presa, enardecia hasta el frenesí aquellos espíritus sostenidos en las mas duras contrariedades por la esperanza ardiente de una ópima indemnizacion.

El Duque apareció al frente de línea, risueño y galan cual pudiera mostrarse en un día de fiesta palaciega.

A sus costados galopaban á la distancia debida Filiberto de Chalon, Principe de Orange, y D. Hernando de Aguilar, Coronel mayor de arcabuceros.

Un Trompeta Sajon les seguia, pronto á transmitir la orden de ataque al primer signo del General.

—Compañeros y hermanos míos (esclamó el Duque) no es necesario que yo os anime á la empresa; sé demasiado bien que teneis brios para dar aliento y que os sobre...

—Que toquen y vamos á obrar, gritaron algunos Españoles impacientados por aquella dilacion.

—Obra grave y difícil acometemos (continuó Borbon) mi deber

es advertiros, si el anhelo de cobrar fama, la vergüenza y el temor de perder lo ganado suele poner esfuerzo, la jornada de hoy le necesita doble.

—A Roma! exclamó la falange italiana, cansada de esperar la deseada ocasion.

—Allí está Roma (repitió el caudillo con energia), la cabeza del mundo; la domadora de gentes; la que nos lanza sus execraciones. La vamos á combatir. Gloria y honor á nosotros que la someteremos....

El ejército en masa repitió su orgullosa aclamacion.

—¡Afreuta y perpetua ignominia al que tornare la cara atrás (añadió el escomulgado). Sois los primeros soldados del mundo. Tiemble la opulenta capital del orbe á nuestra presencia!...

—La señal pues (interrumpieron los Alemanes con exasperacion tumultosa). Basta de preparaciones.

—Por último, mis valientes hijos (concluyó el intrepido gefe), el Emperador os entrega la Italia para que anodeais á sus enemigos, aunados en pérvida alianza. Descarguemos el golpe de muerte en la cabeza de la hidra. ¡A Roma!

—¡A Roma! contestaron treinta mil atronadoras voces.

—¡Viva el Emperador!

—¡Viva! repitieron los imperiales con imponderable entusiasmo.

Borbon se apeó precipitadamente de su cabalgadura, que se adelantó á tener por las bridas un escudero.

Lo propio ejecutaron el de Orange y Aguilar.

Los tres generales pusieron mano á las espadas, y á un rápido signo del Duque el clarinero sajón dió la orden de avanzar.

Una nube de polvo, de la que salian como relámpagos los fulgores de las armaduras, heridas por los rayos del sol, anunció á los Romanos el temible acometimiento.

Una escena semejante es imposible trazar. La mirada de dos enemigos que contenida la respiracion, apretados los dientes, y el pecho rebotando vengativo encono, se adelantan á encontrarse, vale mas dejarla comprender, que intentar traducirla.

Por fin llegaron á las murallas los temibles campeones, entre el humo de la arcabuceria romana, que les enviaba la muerte, y

el horrisono fragor de la artillería que diezmaba los tercios silenciosos.

Los españoles asaltaron el Burgo.

Los alemanes combatieron el pórtico de la ciudad.

Los italianos se repartieron en pelotones por el circuito de los muros, y distrajeron con valor y buena maña la atención de los sitiados de los principales puntos acometidos.

Borbon mandaba á los españoles.

Aplicadas las escalas treparon de seis en seis en fila. La primera apenas asomó al borde del muro cayó casi en totalidad al trueno de los mosquetes, al golpe de las hachas, al herir de las picas. La segunda fila arrojó al foso aquella caterva de muertos y moribundos que cayó sobre ella.

Los suizos y veteranos del Papa, interpolados con jóvenes reclutas, calaron picas y cargaron á toda priesa sus arcabuces.

La segunda fila llenó los huecos de la primera, y esta vez la pérdida fué reciproca; porque los españoles recibieron á balazos y en las puntas de sus alabardas el avance de los enemigos; pero tuvieron que retroceder, haciendo así mismo retrogradar á los que subían tras ellos por las escalas.

—¡Ira de Dios! ¡Firmes! gritó el Duque con un acento semejante al rujido de una fiera.

—¡Firmes! repitió el Príncipe de Orange.

La tercera fila empujó á su antepuesta llenando sus claros; la cuarta impelió codiciosa á la que la precedía.

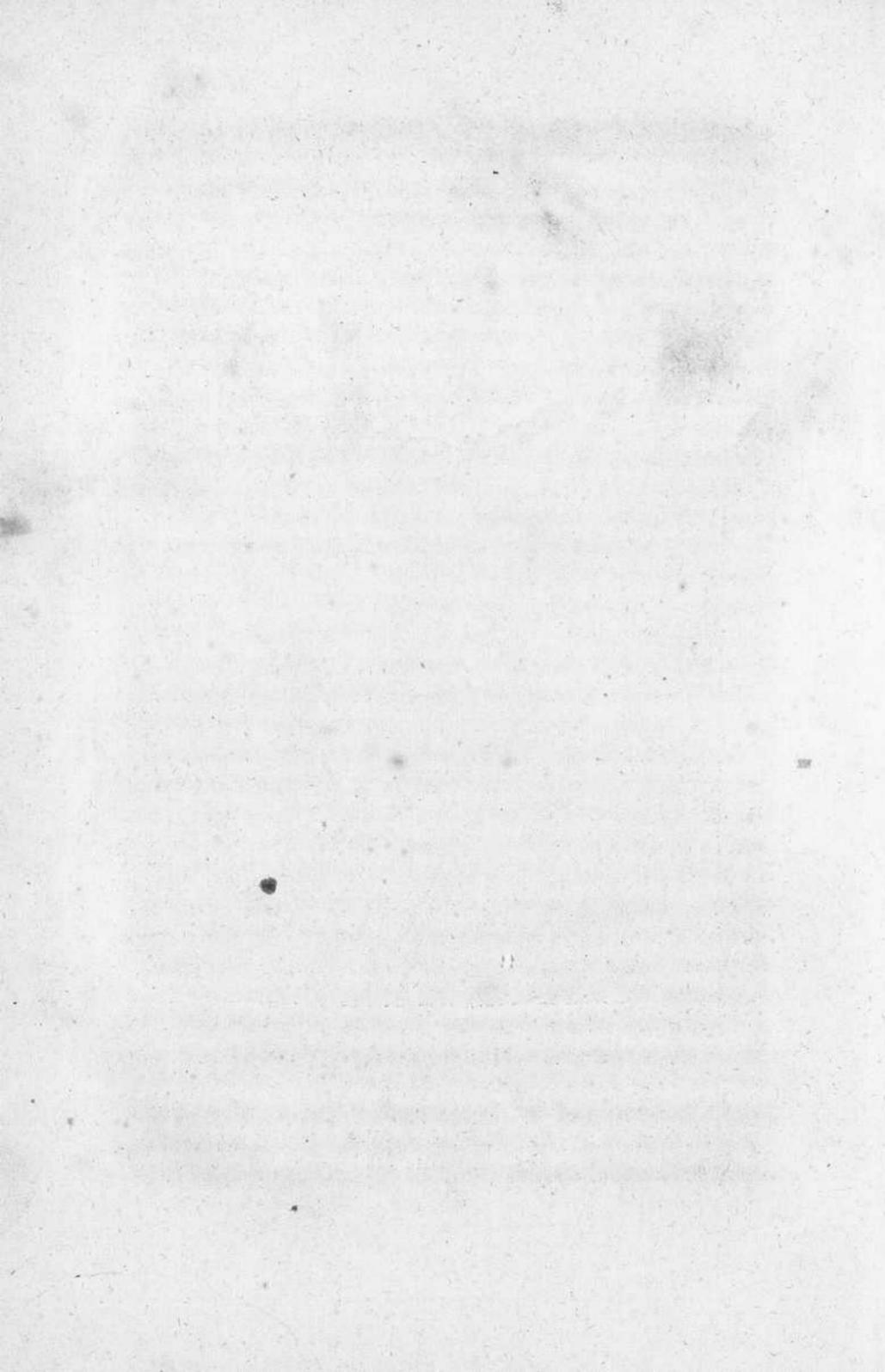
Aquello era un torrente humano hirviendo en torno de la muralla, golpeando con olas de cabezas la estremidad superior del muro; refluyendo al choque, y tornando á embestir cada vez mas ensoberbecido.

Pero los defensores de la ciudad comprendiendo lo necesario de redoblar el ardor de su defensa prepararon un rechace mas vigoroso aun. Hiciéronse atrás, y preparadas las armas aguardaron con vista atenta y en silencio expectativo á que sus adversarios asomaran el cuerpo, alentados con no experimentar hostilidades al distinguirse sus bacinetes sobre el nivel del muro.

La fila llegó impulsada por las sucesivas; apercibió á los de-



Cárlas V.
lárn. 15.



fensores separados de los muros, y tratando de aprovechar la ocasión hizo el movimiento de franquear la valla. Como una ola encespada y rujiente choca contra la que avanza en el primer remolino y la hunde bajo el peso de su mole, los sitiados cayendo á una sobre los del César rompieron la línea con certeros disparos y acertó tremendo en los golpes. Un alarido de horror; de muerte, de repente desaliento, salió de los acometedores, que transidos del hielo del pavor, en la imposibilidad de retroceder se mantuvieron inmóviles sobre los peldaños de las escalas.

—¡Arriba! ¡Poder de Dios! ¡arriba! clamó con voz de trueno el Duque.

Nadie se movió.

—Esa bandera, gritó el Ex-condestable francés, arrebatando de las manos de un alfez el estandarte.

—Allá vamos todos, repuso Filiberto de Chalons, siguiendo los pasos del primer caudillo.

—Atrás, mandó Borbon á el soldado que ocupaba el medio de la última fila de los asaltadores.

Los medios de todas las filas descendieron á fin de que pasaran el Duque con la bandera en la mano, y detrás el Principe de Orange que blandía una espada, honor de las fraguas de Toledo.

Trás de los egregios capitanes volvieron á subir los que tuvieron que ceder sus posiciones.

—Al muro, mis valientes, esclamó Borbon en el último peldaño. Perezca Roma y venguémos á nuestros compañeros....

Diez mil hombres se abalanzaron al muro, semejando una legion diabólica entre los fuegos y el humo de la arcabuceria; rechazando con sus rodela los golpes de hachas, espadas y picas; montando sobre la muralla y poniendo los pies dentro del recinto asaltado.

—¡A ellos! replicó Borbon, avanzando con la primera fila, mientras la segunda al mando de Orange franqueaba presurosa la valla, y corria á reforzar la línea del combate.

Un jóven armado de arcabuz se adelantó hácia Borbon, le hizo la puntería, disparó y el gran gefe vino á tierra atravesados los riñones. El matador era el eminente artista Benvenuto Cellini.

Cárlos Quinto.

29-2.º

—¡Cielos! exclamó el Príncipe de Orange, acudiendo consternado en socorro del Duque.

—Ocultad mi muerte (dijo Borbon con acento apagado); cubridme con una capa, que no desmayen.... que sigan.... que sigan...

Han muerto al general, gritaron los mas próximos al sitio de la catástrofe.

—¡Sangre!

—¡Venganza!

La embestida de los irritados españoles fue irresistible. Suizos, veteranos y movilizados emprendieron la fuga.

Cuatro soldados y un alférez sostenian al moribundo Borbon.

—¡Dios mio! exclamó el Duque, levantando las manos al cielo en el postrer esfuerzo de la agonía; para ellos la victoria; para mi vuestra piedad.

Inclinó la cabeza, sacudióse en estremecimiento convulsivo y espiró.

Los españoles ganaron el Burgo.

Los tudescos con enormes vigas rompieron el Pórtico y penetraron en la ciudad.

Los italianos asaltaron con éxito los flancos de las fortificaciones.
¡Ay de tí, Roma!

VII.

Mientras Filiberto de Chalons, Príncipe de Orange se apoderaba de la ciudad; reuniéndose en victoriosa marcha las tres divisiones que por distintos puntos atacaron; Clemente VII, con diez y siete cardenales oraba ante el altar de San Pedro. Los embajadores de Inglaterra y Francia, los cónsules de las demas naciones, y un crecido número de personajes rodean al Padre de los fieles como guardias de honor.

El estruendo de la pelea llegaba cada vez mas aterrador y cercano á los oidos de la comitiva.

—Glorioso Apóstol, murmuraba con ansiedad dolorosa el sumo

Pontífice. Tened misericordia de mí. No permitais que esos hijos de una raza maldecida profanen vuestra santa Sion.

Nuevos gritos, nuevas detonaciones, rumores mas próximos interrumpian la oracion secreta de Clemente.

Estremeciase al escucharlos y con acento de compuncion esclamaba como el rey profeta en su su salmo 36:

—*Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me.*

Los cardenales respondian con entonacion penitente:

—*Quoniam sagittæ tuæ infixæ sunt mihi, et confirmasti super me manum tuam.*

Aquella salmodia lúgubre, repetida tristemente por los ecos en las bóvedas, mientras fuera tronaba en los espacios el estampido de un fuego mortífero y en los intervalos los mil diferentes estrépitos de un encarnizado combate, afectaba tétricamente los ánimos de aquella escojida multitud; imprimiendo en sus fisonomías un aire de consternacion y arredramiento pavórico.

De repente una griteria salvaje hizo incorporarse al Vicario apostólico y á su séquito de eminencias.

Un guerrero penetró con celeridad en la Iglesia por una puerrecilla recatada y se dirijió á Clemente esclamando:

—Beatitud, no hay tiempo que perder. Los españoles acaban de ganar el Burgo. Los alemanes entran por la ciudad. Los italianos franquean la desierta muralla....

Una exclamacion congojosa ahogó el mensaje.

—No hay tiempo que perder (repitió el guerrero). Renzo de Scerri ha logrado encerrar en Sant Angelo quinientos hombres y me envia á salvar á vuestra Beatitud con todos sus acompañantes....

La esperanza renació en aquellos helados corazones.

—Santo Padre (replicó Renaldo con brusco tono). El camino secreto de la Coraza y la galería misteriosa de San Pedro al castillo se cerrará luego si no acudimos. Una brigada nos espera para obs- truir tras de nosotros la comunicacion.... Importa emprender la marcha sin retardo alguno. Nos va en ello la vida.

—Pero Nicolino.... donde está.

—Beatitud (gritó el feroz Renaldo con tono de violenta determinacion). Declaro que si os obstinais en dilatar la partida emplearé la fuerza para arrebatáros al peligro. —Vamos, repuso Clemente sometido á tan enérgica declaracion. —Vamos, repitieron los personajes que le acompañaban.

Renaldo aguardó que hubiesen ingresado todos por la recatada puertecilla para cerrarla tras la fugitiva corte. No habrian penetrado aun en la galería de Sant-Angelo los sustraídos al furor de los asaltadores, cuando un tropel de alemanes, invadió el Palacio Pontifical.

Llegados á la cámara en que estaban Nicolino y los cardenales se adelantaron hácia ellos enristradas las picas.

—Teneos (gritó Cefiso). Teneos á los Principes de la Iglesia.

Una lanzada en la garganta le derribó sin vida.

—¡Muera el Papa, clamó un sajón, ardiente luterano, acometiendo á Orfino. —Perdon, gritó el triste arrodillado y con las manos juntas.

El implacable invasor le hizo caer de un bote en mitad del pecho. Santicuatro cerrados los ojos, recojido en oracion fêrvida recibió un hachazo en el hombro siniestro, que le hizo vacilar. Un golpe en la cabeza con el asta de una pica, que le aturdió. Una furiosa picada que le abatió exánime. Ni un grito, ni un gemido se escapó á sus labios. El hijo de Renzo luchaba á brazo partido con un robusto germánico y consiguió arrebatárle la pica, con la que amaga al pecho de su acometedor, que retrocedia ante el armado clérigo.

—*Vieni, felone; vieni*, decia blandiendo la pica con reconcentrada furia; con terrible desesperacion.

El asesino de Santicuatro terminando su nefando sacrificio, se llegó por detrás al determinado Scerri y le clavó un puñal entre las costillas.

—*Maledizzion di Dio!* clamó el bizarro capellan cayendo á plomo con los brazos abiertos.

Los tudescos se congregaron en torno suyo y le dieron mil muertes en una. —Una mujer, gritó el matador de Orfino, asiendo por un brazo al hermoso paje, escondido entre los plieges de

un cortinaje de damasco. — ¡Hola! dijeron á una los sicarios, abandonando la víctima que se debatía en los estertores de una agonía cruel. — Una mujer disfrazada, (repitió el alemán).

— Y linda; ¡cuerpo de Cristo! ¿Cómo te llamas paloma?... Responde con mil diablos.

— ¡Piedad! articuló dificultosamente Nicolino, sintiendo pegarse á su paladar la lengua.

— ¿Por qué te has disfrazado chiquilla? le preguntó otro de los germanos tirándole de los cabellos al infeliz para levantarle la cabeza.

— ¿Cómo te llamas, responde niña ó te desbarato los cascos.

— Nicolino Sarpi, pudo apenas proferir el malaventurado.

El nombre de su prisionero fué la señal de horrible matanza.

Por todos los pueblos del reino pontificio habian escuchado aquel nombre, como simbolo de un poder absoluto sobre el poder real: como el alma de los decretos soberanos en aquella Monarquía. — ¡Muera! gritaron los tudescos precipitándose á la par sobre aquel desgraciado y engastando sus picas en aquel cuerpo desventurado.

Nicolino cayó á tierra sin exhalar un quejido siquiera.

Los mismos que le inmolaron quedáronse mirando su cabeza de niño Jesus dormido; su rostro de una belleza sin rival.

— ¡Cuerpo de Dios! repuso un tudesco, es una cara de ángel.

— Pues lo que es alma, diz que fue de demonio, contestó el sajón limpiando en la alfombra del gabinete el ensangrentado hierro de su pica.

— ¡Piedad! articuló Nicolino, sintiendo pegarse á su paladar la lengua.

— ¿Por qué te has disfrazado chiquilla? le preguntó otro de los germanos tirándole de los cabellos al infeliz para levantarle la cabeza.

Ya dueños del Burgo los españoles se hicieron servir una espléndida comida; banquete en que libaciones abundantes concluyeron de inflamar aquellos espíritus, preparados á excesos de todos géneros. El nombre de Borbon andaba de boca en boca, unido á juramentos atroces de venganza. Mientras los gefes y oficiales exasperados por la dolorosa pérdida de su caudillo, se convenian en dar rienda suelta á los instintos malévolos de la hueste,

los soldados habiendo dispuesto, caberle de ferocidades con que debían justificar la profecía de Savonarola, apostaban entre sí á quién juntaría mas oro, derramaria mas sangre, ó cometeria mas desafueros y violencias. Cuando alguno se hallaba entregado á los brutales goces de la gula un compañero lo apartaba de la mesa diciéndole: —«basta, tenemos aun que pelear, y no podrás moverte.» Algunos sargentos y cabos separaban á viva fuerza de los ranchos á los que ya indicaban la embriaguez; haciéndoles observar que si caían privados de sentido no tendrían parte en la gloria, en la fiesta y en el lucro.

El toque del clarín llamó á las filas á los españoles, y excepto veinte ó treinta, que perdidamente beodos yacían por el suelo, las compañías se hallaron completas.

En general todos sentían ese primer grado de embriaguez, que haciendo fomentar la sangre, predispone á los estravíos y alienta á los escándalos. Quedaban por tomar los puentes, débiles baluartes en que se defendían en último extremo los veteranos del Papa, y esa guardia valerosa de los Esquízaros, que á fuer de leales hijos de la Helvecia, morían con honra por el renombre de su país, á sueldo de príncipes estraños.

Ponte Sisto, fué embestido con furia.

Los suizos no pudieron contener la enorme masa que se precipitó contra sus filas, y obligados á retroceder en formación quebrantada, al segundo ataque de los españoles se declararon en fuga, desbaratados por el rudo choque de los que Su Santidad apellidaba moriscos. Entonces se organizó la mas espantosa carnicería. Dos numerosas brigadas salieron de los tercios hispanos, y cargaron á los fugitivos; mientras el ejército avanzaba por la ciudad en busca de mas enemigos que hacer pedazos. A montones caían los míseros helvéticos; ya acribillados por la formidable arcabucería; ya clavados por las picas de peones forzudos, que al bote de sus punzantes armas levantaban en peso al desgraciado en quien fijaban sus sanguinarios fosforescentes ojos.

Los perseguidores que en el ímpetu de su arremetida obraban con el coraje de la soldadesca contra las fuerzas dificultosamente vencidas, cebados en la matanza, sintiendo ese frenesí que

se experimenta á vista de la sangre, degeneraron en manada de feroces tigres; volviéndose á despedazar los muertos, cuando no hallaban delante víctimas que derribar.

Herman Seaffurt, bizarro y alentado coronel de Esquizaros, contuvo un peloton de sus mercenarios, que arremolinados emprendian la fuga, y exhortándolos á vender caras sus vidas, los formó en semicírculo en la embocadura de una estrecha calle. Verlos una media brigada española y lanzarse á ellos, fué una misma cosa; pero los suizos con su desesperada defensa hicieron retroceder á los acometedores. Cinco arcabuceros, conducidos por el sargento Varela, el mas gallardo andaluz que contaba el ejército español, reforzaron la primera fila, y solo su presencia infundió tal espanto en los suizos, que á pesar de los esfuerzos de Seaffurt huyeron despavoridos.

—¡A ellos! gritó Varela sacando la daga, y acosando á Herman que retrocedia oponiendo su espada á los golpes del ibero.

En tanto que los soldados se lanzaban tras el disperso peloton, Seaffurt retrogradando, apoyó la espalda en la puerta de una casa de apariencias humilde.

El coronel estaba herido, y debilitado por la pérdida de sangre: su brazo apenas podia sostener la espada. Varela redoblaba los golpes: Herman se estrechaba contra la puerta, que á cada esfuerzo en los quites, cedia como sujetas sus hojas por un mal asegurado cerrojo. Dos ó tres veces el sargento de arcabuceros logró acercarse á su enemigo, y sin el rechace de un ardor acrecentado por el peligro inminente, la daga habria penetrado en el corazon del suizo; mas un temblor vertiginoso se apoderó de sus miembros; un velo se interpuso entre la luz y sus pupilas, y aprovechando el momento Varela, corrió su daga por el acero de su contrario, y sepultó en su seno la corta pero bien templada hoja.

Seaffurt cayó pesadamente, y cargando sobre la puerta, medio vencida por sus estrechones, cedió el cerrojo, y el mismo Herman vino al suelo con la cabeza dentro de una húmeda y oscura habitación. Varela puso el pié en él umbral.

—Deteneos, deteneos, exclamó una voz suplicante.

Y casi al propio tiempo una jóven de privilegiada hermosura,

llorosa; desolada, suelto el cabello; en desorden las ropas; abiertos los brazos en ademán angustioso, se adelantó á contener al invasor. Varela quedó sorprendido.

—Deteneos, repitió la jóven.

—No tengas miedo, amor mio, que el leon contigo tiene que ser cordero.

Y al proferir esta frase Varela se adelantó un paso. Al hacerse atrás la jóven, su planta holló un objeto que bajándose blando á la impresion de su pisada, la hizo perder un tanto el equilibrio. Volvió la vista rápidamente y advirtió que hollaba la inerte mano de un cadáver. Dió un grito, y trató de huir; pero Varela la alcanzó de un salto, asiéndola fuertemente por las muñecas.

—¡Comasion! (esclamó la jóven con acento apagado).

—Vamos, sol de Oriente: aquí no se trata de hacerte mal; sino muy al contrario.

—¡Soltadme.

—No corre prisa, morena de mi alma (contestó el español devorando con mirada codiciosamente lasciva, los encantos de aquel cuerpo, medio revelados por el desorden de sus ropas). Yo soy un hombre honrado que no degüella mugeres.

—¿Qué tratais de hacer? preguntó la desventurada estremeciéndose.

—Friolera! (dijo el sargento acercando á sí la víctima, como acerca la araña á las suyas.) Dar un beso en tus ojos de azabache; otro en tus labios....; otro en tu cuello.

La jóven se debatió entre los brazos del militar, como entre las garras de sayones el reo á quien sellan con el hierro candente de una bárbara ley.

—Miserable! esclamó furiosa.

—Hola! hola! (repuso Varela, ébrio mas de libidinosidad que de los vapores del vino que alojó en su estómago.) Con que lo tomamos por ese tono! Está bien. Eso me ahorra el trabajo de irte reduciendo.

La jóven dió una sacudida violenta para escapar; pero el invasor la retuvo entre sus brazos de alcides.

—Oh! no te escaparás, morena; yo te lo fio. Eres presa de buena ley; me perteneces, y vas á ser mia, aunque se opusiera una legion de demonios.

Y al decir estas palabras chispeaban los ojos del soldado imperial; sus dientes rechinaron con estrechamiento convulsivo, y mientras su pujante diestra oprimia los pulsos de la infeliz, la siniestra profanó el casto seno de la doncella.

—Dios mio! Dios mio! gritó la jóven, sublime en el fervor de su doliente súplica.

Varela soltó á la hermosa. Se dirigió á la puerta; dió un empujón al cadáver de Herman y le lanzó á la calle; cerró las endebles hojas; las aseguró con el cerrojo, y corriendo á un ventanillo paralelo á la puerta, y que daba al corral de la casa inmediata, le abrió, dando paso á la luz.

Buscó con inquietud á su presa, y por fin la distinguió en un rincón de la accesoria, á la cabecera de una pobre cama, abrazada estrechamente á un extraño objeto. Varela se acercó á el pobre y desvencijado lecho, despues de abandonar su arcabuz sobre una silla de paja. Lucrecia Rocaforte habia tomado asilo en el santuario del pecho paternal, y asida con las fuerzas de la desesperacion á un tronco inerte, ocultaba la cabeza entre las mantas que le cubrian, pidiendo al cielo en lo íntimo de su corazón que la libertase del don funesto de la vida antes que permitir su deshonra.

Paolo Rocaforte, antiguo criado de Monseñor Pompeyo Colonna, fué víctima de la saña de Clemente VII, que no pudiendo cebarse en los miembros de la poderosa familia, su enemiga, descargó sus rigores sobre los individuos de su mas leal servidumbre.

Paolo fué arrancado á la paz del pequeño departamento que se le habia concedido en el palacio Cardenalicio, en premio de sus cuidadosas solicitudes, para encerrarle en una de aquellas horrendas prisiones subterráneas del castillo de Sant'Angelo, fosos manando agua; sin luz; sin ventilacion; tumbas infectas en que el prisionero aguardaba en agonía de cruda lentitud el reposo de la tumba. Lucrecia espulsada de su plácido asilo, se vió espuesta en todo el horror de una miseria espantosa, á todos los riesgos de la virtud desvalida; mas tan pura como bella vivió de su trabajo di-

fielulosamente, y ganó un miserable pedazo de pan, comido entre sollozos, empapado en lágrimas. Los aventureros de Moncada impusieron la ley de los dolores al Pontífice, y en las cláusulas del convenio se consignó la libertad de los encerrados en los asquerosos cubiles de Sant' Angelo. Paolo fué devuelto á su hija; pero el viejo atacado de parálisis en virtud de su estancia en un cenagal, perdió el uso de todos sus miembros poco á poco, hasta que su lengua no pudo articular un sonido con que responder á llamada del carcelero; quien alarmado por el silencio del preso, bajó y advirtiendo su estado, se encargó de darle de comer movido á piedad. Los dos días que Paolo tuvo la conciencia de su situación, en que oyó al guardian de aquellos sepulcros proferir su nombre y no pudo mover su lengua para replicarle; en que vió descender al castillo que contenia su pan y su agua, tocar el suelo, desengancharse en el garfio, y subir sin que tuviese medios de avisar su posición, en que sintió hambre y sed, y Tántalo de un Averno mas horroroso que el de Platon, desfallecía frente al remedio de su necesidad; aquellos dos días mataron su alma. Paolo fué entregado á Lucrecia sin vida moral ni física; cadáver retenido en la tierra por las últimas partículas de un espíritu evaporado. El sargento no se detuvo en larga contemplacion de aquel cuadro; sino que asiendo por un brazo á la jóven, la dijo con vehemente entónacion:

—Sígueme, prenda. El Papa no parece, pero nuestra boda se hará sin él. Luego hay tiempo de que valide el matrimonio... Vamos... Lucrecia resistió.

—Convéncete, muchacha (repuso Varela con marcada furia). No esperes socorro de nadie. Cede á mi exigencia y quedas libre con ese pedazo de mármol que tienes asido. El abuelo no incómoda. A lo que parece ni chista, ni dá señal de pertenecer á este mundo.

La jóven hizo un movimiento brusco, exhalando un profundo gemido.

—Vamos, te digo (repitió cada vez mas irritado el militar). Ciertamente que te trato con unas consideraciones, que ya van pareciéndome ridiculas. Ira de Dios.

Lucrecia se agitó en una especie de crispatura.

—Nada (continuó el arcabucero con ironía), es fuerza resignarse á un amante improvisado; á un enlace sin ceremonias; ni las pesadas etiquetas de costumbre.... Con que....

La infeliz hizo un movimiento, y sus brazos abandonaron al anciano, al par que su cuerpo cayó sobre la cama falto de la animacion vital.



—Se acabó (gritó en el último punto de la ira el desalmado ibero). Tú lo quieres; pues sea. Concluiré por donde debia haber empezado.

Y abarcando el talle de Lucrecia, la arrastró lejos del pobre lecho como una masa sin mas resistencia que su gravedad. Ya frente á la ventana sintió correr por su mano un liquido caliente; examinó con ánsia á su victima. Aquel liquido era san-

gre. La víctima se había clavado en el corazón un puñal que guardaba bajo la almohada de su padre.

Lucrecia Rocaforte, mas dichosa que Lucrecia, la esposa de Colatino, había consumado el sacrificio de su existencia, antes de sufrir la lesión de su honra.

IX.

No ha cesado un punto la rapacidad. Los brutales excesos de la soldadesca mantienen la mas terrible consternacion entre los míseros moradores de la sometida metrópoli del mundo. Hunos, vándalos y godos, no cayeron con tal furia sobre Roma. El ejército cesáreo ha venido á mostrar que las razas bárbaras del Norte no habían sometido á la despótica señora del Universo á todas las torturas de una espiacion prolongada de sus monstruosos estravíos. El siglo xvi guardaba á la corte Pontificia muchas mas crueldades que en los siglos v y vi las hordas de la barbarie hicieron experimentar á la ciudad de los Césares. La avaricia de los españoles, la índole sanguinaria de los alemanes, y la desenfrenada licencia de los italianos, impusieron á Roma tres azotes tremendos, que sin la peste, que abatió con las víctimas á los verdugos, hoy fuera la capital del catolicismo un monton de escombros, y se diria de sus campos, como de los de Ilion :—*Et campos ubi Roma fuit.*

El trato inicuo de la tropa á los desafortunados ciudadanos, principió por el furor de la venganza. Borbon había perecido en la toma y sin duda los romanos comprendieron que aquellos rigores procedian de una irascibilidad violenta, y que los desmanes irian cesando á medida que se resfriara la rabia de sus vencedores. Pero trascurrieron dias y dias. Los despojos, las violencias, y las inhumanidades no cesaban; los habitantes de Roma se veian á merced de una muchedumbre sorda á la piedad, que se hacia dueña de cuanto escitaba sus antojos; que saqueaba los tesoros repartidos en templos, museos, palacios y edificios públicos; que prendia fuego á la riqueza bibliográfica, á los grandes archivos, á los registros, destruyendo cuanto sabia ser precioso y no alcanzaba á metalizar;

que redujo á los hombres de gerarquía á pagar cuantiosos rescates, que á menor resistencia derramaba la sangre, sin detenerse en condicion ni sexo; que saciaba sus caprichos sensuales en doncellas ó matronas, desde la suprema clase hasta la infima; que conceptuaba un siervo cada poblador de la ciudad vencida; que segun nos revela la historia, reunió un millon de ducados en moneda acuñada, y mucho mas en prendas y alhajas.

San Juan de Letran habia sufrido tres ó cuatro saqueos.

Llegaba una banda de imperiales y maltratando al triste sacristan le obligaba á entregar las llaves; á dirigir las pesquisas, á guiarle en sus exploraciones, y con una ferocidad imponderable le apaleaba á fin de arrancarle la revelacion de algunas joyas ocultas; llegando hasta darle torniquete en las piernas, para que descubriese el escondite de mas preseas y objetos de valor.

Conformes pero no satisfechos del botin los depredadores se retiraban, y el bueno de Salivari, ayuda-sacristan del suntuoso templo, cerraba las puertas, llorando de gozo porque á trueque del oro y plata de la iglesia los profanadores del Tabernáculo dejaban en sus urnas las sagradas reliquias y en sus nichos las preciosas imágenes.

—No; (esclamaba con entusiasta fé), yo os protesto, santo mio, que mal que les pese he de quedarme en vuestra augusta casa, mientras permanezca en pié una columna, y si abaten el Santuario moriré al pié del obelisco. Aquí firme hasta perecer.

Al poco tiempo otra banda se introducía en aquel recinto, famoso por la celebracion de tantos concilios memorandos, y comenzaba la triste faena para el desvalido Salivari. Figúrese el lector la punzada de agudísimo dolor que sintiera aquel corazon de niño á cada prenda que sacaban del tesoro.

Salivari defendió las preseas del tiempo con la constancia de un mártir. Era preciso dar á los saqueadores el oro y plata que venian buscando; pero el ayuda-sacristan reservaba lo mas precioso por su materia, trabajo ó memoria, y daba lo demás. Cuando le torturaban porque descubriese el paradero de mas alhajas, obstinábase en su negativa; dichoso de distraer aquellos ánimos en su tormento de la devastacion y el destrozo por mero gusto de des-

truir. Las efigies y las reliquias eran los predilectos objetos de su ferviente amor, y nada podia compararse con sus temores al dar con una banda de alemanes ó italianos, como con su alegría á ser españoles, los que invadian el santuario; porque estos respetaban aquellas sacras estátuas de los bienaventurados, aquellos restos de los escogidos, mientras los otros partidarios del herege de Witemberg, ó desalmados incrédulos, á cada paso hablaban de lanzar á la hoguera las representaciones esculturales de la santidad y los despojos de los justos celosamente conservados á la adoracion de los fieles. Era ver con qué vehemencia se oponia á la profanacion de sus objetos mas caros.

—Señores (esclamaba): ¡qué ganancias reportan vuesañorías con destruir riquezas, que para nada sirven en manos vuestras, y son las mejores prendas de la Basilica! Llevaos lo que aprovecha; dejad lo que no os dá lucro, y es sin precio aquí. Sois cristianos; sois caballeros; sois buenos hijos de paises católicos, ¿No es verdad que fué una broma lo de arrebatar á este recinto sus mejores tesoros? Y Salivari por complemento de su discurso fingia recordar que en tal ó cual parte quedaban ornamentos ricos; vasos sagrados ó joyas, y se hacia seguir por la soldadesca; quedando intactos los monumentos de honor á efigies y reliquias: triunfo que el buen anciano referia á sus persuasiones. Pero por mas que á costa de sufrimientos sin cálculo el viejo aborrase entregar algunas preseas, un saqueo de dos ó tres veces por dia en una semana, agotan los tesoros que se nos pintan en las mil y una noches. Así es que el doce de mayo una banda española vino á recojer hasta el último cáliz de deshecho, confinado en un rincón de la alhacena, en donde se guardaba el material viejo para su reduccion á masa. Los depredadores amenazaron á Salivari con darle torniquete en las muñecas si no descubria el escondite de mas objetos preciosos.

—Como gusten vuesañorías (contestó apaciblemente el anciano); será la quinta vez que me deis martirio: no hay un óbolo mas en toda la Basilica.

—Venga la cuerda, gritó, uno.

—Allá vá mi daga, clamó otro.

—Aquí están mis manos, dijo el senecto con una resignacion sublime, que conmovió á los que trataban de torturarlo.

—Van nueve ó diez visitas de esta clase, y á este paso no han quedado mas que las columnas, añadió Salivari.

—Aquello es oro, exclamó un indagador avariento.

—¿Dónde? ¿Dónde? preguntaron á la par los soldados.

El indagador señalaba al marco de una urna, en que se conservaban huesos de los primeros creyentes en la fé, arrebatados á las fieras del circo, ó á la hoya de los reos, contra la religion del imperio.

—Aquello es madera dorada, repuso Salivari.

—Cien manos tocaron el marco, y descarnando con las uñas la madera, palparon el error de su ansioso compañero.

—Viejo (gritó un caporal; gigante de aspecto pavoroso y mirada torva): Si no descubres el paradero de mas prendas. Por Dios vivo!...

—Juro por la salvacion de mi alma que no queda una.

—Es que si te descubrimos un pedazo de oro del tamaño de una lenteja, te enterramos entre los habitantes de las bóvedas.

—Buscad, que nada encontrareis.

—Es que te hacemos un chicharrón á la lumbré de una hoguera, formada con todos estos cachibaches, repitió el Goliatt, señalando las reliquias y las efigies.

Salivari se persignó escandalizado de la brutal irreverencia.

—Seor Abdallah, Seor Abdallah (replicó un sargento valenciano, midiendo de alto á bajo al gigante con mirada despreciativa, guardaos de tocar á las cosas santas y que nosotros respetamos; por que juro á Dios, seor morisco de Almonacid, que de lo contrario...

—Yo no he....

—Calle y sea mas agradecido (repuso el sargento con gesto irritado), que hartó favor le hace esta buena gente con permitir á un moro prófugo de España, que vista la cota y se mezcle con ellos.

—Oye, tú, anciano, (continuó dirigiéndose al ayuda-sacristan) ¿no queda absolutamente nada en el tesoro?

—Por San Juan os lo juro.

—Pues vámonos, ordenó el sargento á su cuadrilla, que cargada con cuanto habia quedado en aquel recinto, obedeció el mandato sin replicar.

—Abrenos la puerta de la iglesia, preceptuó un caprichoso manchego.

Salivari facilitó salida á la turba por donde se le mandaba. Desalojada la Basilica el viejo iba á cerrar la puerta principal, cuando dos tudescos borrachos, desenvainadas las espadas y pintada en el rostro la mas cruda sevicia, se apoderaron de él llevándole á empellones hasta el altar mayor.

—Ve... ven acá tu... nante (tardamudeó el uno amagando con su acero el pecho de Salivari) suelta lo... lo que haya.

—Sí, si (apoyó el otro menos privado que su colega), todo; todo lo que haya.

—Señores míos.....

—Lo... lo que haya, repitió el mas beodo con feroz ademán.

—Dios miol (esclamó Salivari). Lo que resta son columnas del sepulcro de Adriano, del Capitolio; pórvido y granito: nada que os pueda servir.

—Mi... mientes.

—Aquí hay cumquibus, clamó el otro aleman sacando del *Santa Santorum* una cajita de acero de medio palmo de longitud y cuatro de latitud.

—Señores, señores (gritó el viejo desalentado): respetad esa caja santísima; contiene carne del mártir San Valentin: media mandibula de Santa Marta, y lo mas grande de sus tesoros; el prepucio de Nuestro Señor Jesucristo (1).

—A la taberna con la caja, replicó el menos ébrio.

—A...á...andando.

—Señores (continuó poniéndose de rodillas el anciano), dejad á la Basilica sus timbres de mas precio. Señores, por lo que mas ameís en el mundo; por la hora de vuestra muerte.....

Y Salivari se arrastraba de hinojos y con angustiosa súplica detrás de los sacrílegos germanos.

(1) Véase los comentarios sobre San Lúcas, del Cardenal Francisco de Toledo: capítulo II, en que trata del saco de Roma.

—¿Callas? interrogó con gesto furibundo el profanador del *Sancta Sanctorum*.

—Por amor de Dios...

Toma, dijo el torpe mercenario, hundiendo la espada en el seno de Salivari.

—Valedme, San Juan, murmuró al caer la víctima.

X.

Filiberto de Chalons consiguió juntar bastante gente para establecer el sitio mas apretado en Sant' Angelo, y los que con el Papa tomaron asilo en la fortaleza, experimentaban todas las privaciones consiguientes al asedio de un castillo desprovisto de mantenimientos. Clemente estaba á punto de aceptar las proposiciones del príncipe de Orange; á pagar trescientos mil ducados de oro; á entregar las ciudades de Parma, Plasencia, Civita-vecchia, Hostia y Sant' Angelo, y aguardar en calidad de retenido á que la Majestad Cesárea mandase otra cosa ó conviniera en las paces.

Urbino se dejó ver en ademan de auxiliador, y el Pontifice rompió los tratados con el gefe de los imperiales, persuadido de que el ejército de la Liga cumpliria con los propósitos que manifestaba. Urbino que con su ejército seguia cautelosamente al imperial para aprovecharse de la primera ocasion, descuido ó funesto acacimimiento, llegó cerca de Roma, confiado en que la anarquía reinara en una soldadesca sin general, entregada al pillage, y que las circunstancias difíciles habian acostumbrado á la mas fatal indisciplina.

Los treinta mil hombres del duque avanzaban en la creencia de que las tropas cesáreas no les saldrían al encuentro, y apenas se acercaran á la capital del Orbe cristiano la evacuarían precipitadamente; pero sucedió todo lo contrario. El príncipe, aunque con suma dificultad á los principios, convenció á sus tercios de la necesidad en que les constituía la honra, y conociendo los del imperio el deber de corresponder á su decoro, abandonaron sus depredaciones para ponerse en marcha, en busca de Francisco Maria de Monte Feltro, y las huestes confederadas.

Quando los vecinos de Roma se vieron libres del azote apresuráronse á preparar una sangrienta venganza contra sus enemigos.

Renzo de Scerri con ocho mil hombres, alistados con increíble premura, dispuso lo necesario para seguir en retaguardia á los imperiales, y caer de improviso sobre ellos, al par que el de Urbino los atacase de frente. Los juramentos y protestas de un encono inexorable prometian prodigios de valor y audacia de parte de los aventureros romanos, que maldecian las demoras de la expedicion y se encargaban de saciar los ódios de la profanada reina del universo. Pero hé aquí, que cuando todo se encontraba arreglado para salir contra el ejército del César, este ejército que se suponía en víspera de pelear con el de la Confederacion, aparece en Roma, y ante los aventureros, reforzado con socorros traídos por Carlos de Lanoy, el marqués del Vasto, Hernando de Alarcon y otros capitanes. Urbino habia rehusado la batalla, y retirándose hácia Camarino, dejando á la historia el derecho de suponer, que obraba de este modo por pusilanimidad, ó por torturar al Papa con la transicion de su ánimo, de la esperanza al desaliento. No pasó de escaramuza el amago de Scerri, porque á la primera embestida de los imperiales, declaróse en dispersion la banda aventurera, y su formacion solo produjo conflictos; pues la ira de las falanges cesáreas renovó crueldades y atentados, que tal vez se ahorraran sin esta exacerbacion de las pasiones indómitas de una soldadesca insolente con la fortuna que favorecia sus armas.

Volvióse á estrechar el cerco de Sant' Angelo, y esta vez Clemente VII, fué desoido en sus transacciones, teniendo que tratar con el virey de Nápoles, que redoblaba sus exigencias á medida que se agotaban los víveres en el castillo, y que contenian en sus disposiciones benévolas el empeño de los capitanes en castigar la mala fé y los reprobables excesos de que era culpable la política de Clemente. Todos los subterfugios y evasivas con que el príncipe sitiado se prometió burlar los propósitos de sus cercadores se estrellaron contra la perseverancia de aquellos gefes inaccesibles á los manejos de una diplomacia mañosa, y que solo atendian á lo positivo de los resultados.

La carencia de bastimentos y en vista de lo infructuoso de sus

gestiones, Clemente se resignó á pasar por las duras cláusulas del trato que en nombre de la asamblea de caudillos le presentó Carlos de Lanoy como *ultimatum*.

Devorando sus ódios Clemente, firmó el convenio, y como segunda parte de tan costosa accion, tuvo lugar una entrevista solemne en el salon principal del castillo, entre el gefe de la cristiandad y los generales de Don Carlos; especie de ratificacion humillante; ceremonial impuesto en espiacion de las anteriores perfidias.

A la hora prevenida penetraron en Sant' Angelo los capitanes superiores del ejército imperial, y un piquete de españoles, destinado á tomar posesion de la rendida fortaleza.

Dos cardenales introdujeron á los caudillos en el vasto salon, en donde habia de tener lugar la ceremonia. Carlos de Lanoy se colocó á la derecha del asiento consagrado al Pontífice, y á la izquierda Hernando de Alarcon; frente á la silla del sucesor de San Pedro se situaron los demás, guardando el orden rigoroso de puesto de sus graduaciones; el príncipe de Orange, el marqués del Vasto, Jorge Fronsperg, Juan de Urbina, Mendoza y asi sucesivamente las notabilidades de aquel ejército famoso, que devolvian á Italia con usura los males que en sus proyectos les preparaban.

Los cardenales introductores caminaban con una curiosidad mezclada de terror, las fisonomias imponentes de aquellos militares, y en cada uno de ellos veian un pesado eslabon de su cadena de servidumbre.

Y en efecto, aterraba el espectáculo de aquella congregacion guerrera, y comprimia el corazon de aquellos príncipes de la Iglesia; el aspecto duramente altivo de una aristocracia militar, que sacudia el yugo de la veneracion á un poder tan incontrastable hacia poco; humillaba de antemano aquella disposicion severa en que los capitanes aguardaban el testimonio de su mision del Vicario de Cristo.

Lanoy, noticioso de los epigramas que su Beatitud habia permitido respecto á su persona, trocó la espresion benevolente y amigable que le era habitual en una contraccion ceñuda. Alarcon figura de una gravedad impasible, se mantenía en un continente

reservado y que le hacía mas notable, cuanto mas difícil era penetrar sus pensamientos.

El príncipe de Orange no se tomaba el trabajo de ocultar su saña contra el vencido en una sonrisa de satisfaccion cruel. El marqués del Vasto dejaba traslucir un sentimiento de piedad. Jorge Fronsperg, luterano de secreta conviccion, asistia con mal reprimido júbilo á la ratificacion del tratado que rebajaba al *Anti-Cristo de Roma*, cual escribia el rector de la universidad de Witemberg. En suma, aquellos rostros españoles de esa reposada magestad del leon, aquellas fisonomías flamencas y germánicas en que se reflejaba el desdén á una potencia aborrecida en el momento de su derrota; aquellas faces italianas denotando las pasiones mas adversas al poder vencido, causaban á los Eminentismos el efecto de un cuadro desolador, por lo presente y para el porvenir.

—Su Santidad, clamó un heraldo.

El Sumo Sacerdote del catolicismo atravesó el salon con lentitud, sin mirar á los que inclinaban las cabezas cuando pasaba, revelando el mas triste desaliento. Al sentarse lo hizo con muestras de fatiga, y exhalando un suspiro de cansancio, que parecia un lamento de contenido pesar. Clemente VII estaba desconocido. Las ideas lúgubres habian hecho encanecer sus cabellos; la desesperacion desecado sus carnes. Una palidez tenia su cutis. Sus ojos brillaban con ese fuego sombrío de la fiebre que hace veneno de la sangre. Sus labios amoratados están secos y abiertos á grietas, revelando la accion de una intensa calentura.

—Beatitud, (dijo Carlos de Lanoy con entonacion digna), los generales del Emperador saludan humildemente á Su Santidad. Clemente correspondió al saludo.

—¿Confiesa Vuestra Beatitud que los artículos del convenio firmado ayer, son la expresion fiel y exacta de su voluntad soberana?

—Así lo confieso, respondió el Pontífice con amargura. Lanoy prosiguió.

—¿Reconoce Vuestra Santidad á lo que le obligan la fé de los tratados?

—Lo reconozco.

—¿Conviene Vuestra Escelsitud en que carece de facultades, así divinas como humanas, para darse por libre y suelto de lo que pactó, y que si tal hiciera, incurriría en la nota de felón y perjuro, como príncipe, y reo de impiedad, incurso en causa de canónica deposición, como Gefe de la Iglesia Católica?

—Convengo, replicó el Papa (con voz ininteligible).

—Mas alto, Beatísimo Padre, exclamó con energía Filiberto de Chalons.

—Convengo, repitió Clemente VII con acento irritado. El Virey de Nápoles continuó el curso de sus interrogaciones.

—¿Está conforme Su Santidad en el pago de cuatrocientos mil ducados para el ejército de nuestro amo, el invicto Emperador, por el seguro de cuantos le acompañan en esta fortaleza?

—Conforme.

—¿Lo está igualmente Vuestra Beatitud en dar en gage de la paz las ciudades de Parma, Plasencia, Hostia, Civita-Vechia y Sant'-Angelo?

—Sí.

—¿Lo está en hacer entrega de los diez y siete Eminentísimos Cardenales que aquí se encuentran guarecidos en calidad de rehenes?

—Tambien.

—¿Declara Vuestra Escelsitud alzados los entredichos impuestos al finado Duque de Milan, Don Carlos de Borbon, y á los gefes, oficiales y subalternos del ejército cesáreo?

—Así lo declaro, contestó Julio de Médicis, con la sorda rabia del que transije con la fatalidad de una posición apurada.

—¿Declara Vuestra Santidad que se aparta de toda alianza, federacion y liga con los Príncipes, enemigos de nuestro Señor Don Carlos que Dios guarde, y que atendiendo á los escelsos deberes de su venerando ministerio, procurará la concordia entre todas las potencias cristianas, y la dirección de sus fuerzas contra el imperio Turco, adversario constante de la Europa?—Esta declaracion contenia una censura tan acerba del proceder pontificio que el interrogado sintió la sofocacion de la venganza, y el sí quedó ahogado en su garganta.

—¿Necesito repetir la pregunta, Santo Padre? dijo Lanoy, con cierta irónica cortesania.

—No, respondió Clemente con resentimiento, la entendí bien y la ratifico.

—¿Se entrega Vuestra Santidad en clase de retenido?....

—De prisionero, interrumpió el Papa en tono de rectificación acerba.

—De retenido, se dice en el convenio (replicó el Virey con acento firme). Esto ha firmado Vuestra Beatitud: esto se le suplica que lo ratifique ahora.

—Está bien, replicó el Vicario Apostólico, resignándose á la estreñidad de su situacion.

—¿Se entrega Vuestra Santidad en clase de retenido hasta que consultado el invicto Emperador, nuestro dueño, sobre las cláusulas de este trato, las apruebe, deseché ó amplifique?

—Sí.

—En tal supuesto Vuestra Escelsitud reconocerá por encargado de la guardia y servicio de su augusta persona al capitán Don Hernando de Alarcon, que en signo de aceptar el encargo, que juró á Dios y una cruz desempeñar leal y cumplidamente, saluda con el respecto debido á la Cabeza visible de la Iglesia.

—Alarcon adelantándose se inclinó ante la Santidad de Clemente. El Papa se estremeció viéndose á merced del celoso Guardian de Francisco I; hombre incorruptible; respetuoso ante dos cabezas caidas; pero intratable en punto á fidelidad en sus deberes.

—¿Ha concluido el acto? pregundo disimulando su mortificación el sucesor de San Pedro.

—Ha concluido (respondió Lanoy), y prévia la vénia de Vuestra Beatitud, segun el convenio, pasamos á tomar posesion del castillo en toda forma.

—Hasta luego, Santo Padre, dijo Alarcon al salir con sus compañeros para el acto final de la ceremonia. Clemente quedó solo con sus Cardenales. Su violenta ira pudo estallar entonces.

—Raza de víboras, soldados de Faraon (esclamó con eco sordo), el Señor os abrumé bajo el peso de vuestras soberbias obras: yo

maldije á Borbón y murió desastradamente: yo os maldigo, y plegue al Eterno que la peste os aniquile, langosta de Satanás.

— ¡Caramba! — exclamó ella, — ¡qué cosas se dicen en este mundo! —

XI. Tan virtuosa como bella Isabel de Portugal, hermana de Don Juan III, habia subido al tálamo de D. Carlos entre los aplausos de los reinos de España, que conocian las altas prendas de la hija del Rey Manuel. Sevilla celebró con la suntuosidad mas extraordinaria las bodas de sus Príncipes. El Emperador viviendo con una moralidad inusitada entre los Reyes de su siglo, dando ejemplo de una conducta intachable, y cumpliendo sus deberes con una solicitud acreedora á los mayores elogios, no podia menos de estimar el portento de hermosura y virtudes que ligó á su existencia, y consagrarse á la felicidad de aquella muger, tan querida en Portugal y España. Isabel amaba á Carlos con respetuosa fé, pues su alma cándida y sencilla simpatizó al punto con aquel ánimo grave y digno.

Isabel sabia que en Francia reinaba un descarado galanteador, que con el cínico alarde de sus aventuras, habia hecho verter muchas y muy amargas lágrimas á Claudia de Orleans: que en Inglaterra dominaba un desenfrenado monarca, que frenético por la dama Ana Bolena, desenvuelta beldad de la corte, trataba de someter á Catalina al ultraje del repudio. Ella se encontraba sin competencia patente, ni oculta, dueña del corazon de su marido, y las costumbres regulares del Emperador se prestaban poco á la suspicacia.

Una camarista de la Reina puso en su conocimiento que la Magestad cesárea solia pasar todos los sábados dos ó tres horas de la noche en cierta casa misteriosa. Isabel participó á su esposo la noticia, y Carlos V confesó á la Emperatriz que fruto de sus amores primeros en Bruselas, tenia un hijo de diez años de edad, confiado á la anciana Marquesa de Salcedo, y á quien iba á visitar una vez por semana.

— Haces bien, Carlos, en atender á ese pobre niño, que estás obligado á indemnizar de un nacimiento ilegítimo con los cuidados mas pródigos.

—Mi amor (respondió Carlos enternecido), tus deseos quedarán satisfechos. Carlos de Austria, si place á Dios, será educado con el mayor esmero, y dirigido segun lo marquen sus inclinaciones. Te juro que esta reciente prueba de magnanimidad aumentaria, si fuese capaz de aumento, mi adhesion á tí, noble y santa muger. Al dia siguiente la malévola camarista trató de inquirir si Doña Isabel habia tomado una determinacion consiguiente á su nueva; pero la egregia matrona la dejó cortada diciéndola con tono decisivo:

—Condesa, ayer pensando en vuestra noticia, recordé un testó del Eclesiástico: *in muliere zelotipa flagellum lingue, omnibus communicans*. La dama comprendió el testó y se retiró confusa.

Siguiendo en la armonía de el mas venturoso matrimonio Isabel colmó las esperanzas de los reinos, presentando los síntomas de un embarazo, que prometia la suspirada sucesion. Doña Isabel hizo venir á su nodriza para que la asistiera en el trance, y fueron necesarias todas las demostraciones de las exigencias del rango para que desistiese de amamantar á el régio vástago; resignándose con dolor á que se le buscara un ama, esposa de un hidalgo pobre de Mojados, á quien desde luego señalaron de renta ciento cincuenta mil maravedises.

En la villa de Valladolid, y en la casa de Don Bernardino Pimentel, Corredera de San Pablo, el veinte y uno de mayo, á las cuatro y minutos de la tarde, nació el Principe D. Felipe, que debia figurar en la historia con las dimensiones de un coloso, objeto de áceres censuras y encomios subidos; pero que ya pintado con sombríos colores, ya descrito con arrogantes tintas, ya presentado como un refinado hipócrita, ya como un gran politico, marcó á su siglo con el sello de su nombre, y dejó de su edad huellas imperecederas.

Cuéntase que fatigada la Emperatriz con los recios dolores del parto, su nodriza la escitó á exhalar en quejas sus padecimientos; mas Doña Isabel la replicó con suma presencia de ánimo: *Naon me falas tal, miña comadre, ca en morrerei, mais naon grita rey*. Digna madre por cierto de aquel niño, que llegado á la madura edad y al pináculo de su gloria, noticioso de haber perecido miserablemente la mayor escuadra que surcó el Mediterráneo, respon-

dió sin alteracion visible: «*To no la mandé á pelear con los elementos.*»

El cinco de junio se celebró el bautizo de Don Felipe, con una suntuosidad correspondiente á las faustas esperanzas, que tal acontecimiento hizo efectivas. El monasterio de San Pablo de Valladolid tenia el derecho de cristianar al Príncipe, y para celebrar la augusta ceremonia desplegó el ostentoso aparato que hace tan imponente el culto en la católica España. S. M. la Reina Doña Leonor, era la madrina. El Condestable de Castilla conducia en sus brazos al Príncipe: el duque de Alba le tenia las mantillas y el mantegüelo. El ama y la partera velaban por el augusto infante.

Llevaba el conde de Salinas las fuentes; el de Haro seguia con el salero; el marqués de Villafranca con la vela, y el de los Velez con el alba. La marquesa de Cenete presidia á las damas de Doña Leonor, y la duquesa de Fontenova á las meninas de la Emperatriz. Por parte del Emperador fueron padrinos el Condestable, el duque de Bejar y el conde de Nassau. El prior de San Juan, el conde de Monteagudo y el duque de Cifuentes se distinguían entre el procerazgo que congregaba la solemne ritualidad en el templo. Al regresar á las casas de Don Juan de Mendoza la procesion, Cárlos V besó á Don Felipe en la frente, diciéndole con inefable ternura: —Dios, nuestro Señor, te haga buen cristiano. A Dios, nuestro Señor, ruego te dé su gracia. Plegue á Dios, nuestro Señor, iluminarte para que gobiernes conforme á su santa ley los reinos que debes heredar un dia.

El pueblo vallesoletano se entregaba al mas lisonjero alborozo, contando entre sus timbres la naturaleza de un Príncipe que aseguraba en su estirpe egregia datos de futura gloria; y la nobleza á los torneos y fuegos de costumbre en tales solemnidades. El Domingo debia cantarse un *Te Deum* en San Pablo en accion de gracias por el feliz alumbramiento de Doña Isabel. Al acudir los grandes, corporaciones y notables al alojamiento de S. M. Superior, por un indiscreto individuo de la servidumbre que á las doce y media de la noche un posta llegó á pretender que se despertase al Monarca, insistiendo en que las noticias de que era portador urgian ser puestas en su conocimiento sin pérdida de un minuto.

Vencido por sus instancias y sobre todo por las comunicaciones del enojo imperial si obstruía el paso á el mensajero de una nueva de importancia tan estremada, el gentil-hombre de servicio se atrevió á penetrar en el aposento donde reposaba el Soberano, mientras el posta aleman á sueldo del Imperio en Italia, refería á los curiosos domésticos de Don Juan de Mendoza los trances de un viaje dilatado á rebienta-caballo, atravesando la Alemania, Francia y la mitad de Iberia, teniendo buen cuidado de rehuir las preguntas acerca de los asuntos de Italia; atento á las severas instrucciones del Príncipe de Orange, que con sus pliegos le hizo ponerse en camino. El Gentil-hombre volvió para introducir al posta, que cuando tornó á salir de la cámara de S. M., golpeó con gesto truanesco su escarcela de piel de búfalo, de enorme cabida, haciendo sonar á los oídos de la servidumbre un centenar de ducados de Sol; albricias del César.

Apenas amaneció, Don Carlos hizo que llamasen al Arzobispo de Toledo con quien se entretuvo cerca de dos horas en sesión secreta. Mandó que buscasen á su confesor el padre Salapiano, con quien y los obispos de Osma y Palencia conferenció largo rato. A las ocho hizo servir el desáyunó para sí y los Duques de Alba y Nájera que remplazaron en su compañía á los eclesiásticos.

A las ocho y media pasó á la capilla particular de la casa donde Salapiano celebró el santo Sacrificio, acto á que asistieron los Duques y servidores hidalgos. A las nueve el gentil-hombre comunicó un decreto á la servidumbre en que se la ordenaba vestir de luto riguroso. Cuando á las diez se reunieron en palacio los convidados al *Te Deum*; no pudieron menos de estrañar la guisa lúgubre en que veían á los empleados en el imperial servicio; y enterados de lo que alcanzó del suceso el indiscreto doméstico, se perdían en conjeturas acerca de aquel acontecimiento, por cuyas albricias se daba al posta cien ducados de Sol: mientras se mandaba vestir de luto á los dependientes de la régia servidumbre. La voz del Ujier que anunció á los asistentes la llegada de S. M. interrumpió los comentarios de la Corte. Carlos V apareció; vestía de riguroso luto, cual sus acompañantes. Su rostro denotaba una melancólica preocupación.

—Señores (dijo con acento grave), nuestro buen primo el Duque de Milan, Carlos de Borbón, ha perecido como bueno trepando por los muros de Roma. Dios lo tenga en su eterno descanso. De aquí á tres dias se celebrarán sus honras, como cumple á la memoria de sus hechos, y á mi gratitud por sus leales servicios.

—*Requiescat in pace*, concluyó Don Alonso de Fonseca.

—*Amen*, contestó la corte.

—Señores (continuó el Cesar), Roma está en poder de nuestro ejército.

—¡Viva el Emperador! clamó el Duque de Haro con entusiasta emocion, que se hizo contagiosa, estallando en un viva que atronó los espacios.

—Señores (replicó el Monarca con acento dolorido): por Dios, Nuestro Señor, vuestra alegría me produce mas vergüenza que júbilo. La Santidad de Clemente VII se halla retenida en prision en el Castillo de Sant-Angelo.

—*Luget, sine duce Sion*, (llora Sion sin Gefe) replicó el Obispo de Osma con voz planidera.

—Desde hoy el Ilustrísimo Arzobispo de Toledo se encarga de las rogativas por la libertad del Santo Padre, á las que asistiremos con signos exteriores de dolor correspondientes á cristianos. Creed, Señores, que es altamente sensible á mi corazon filial que no se haya podido rendir al Sumo Imperante en los estados Romanos, sin que sufra en consecuencia el Padre de los fieles.

XII.

El 31 de Octubre de 1529, Bolonia desplegó el aparato mas soberbio para contribuir convenientemente á la accion mas notable del siglo XVI. El Emperador Carlos V en paz con Francisco I por el Tratado de Cambray, y amigo de Clemente VII desde el tratado de Barcelona, habia venido á Italia con el propósito de coronarse por mano del Pontifice, y al par á disponer en union de su Beatitude los grandes proyectos con que pensaba acreditar los fueros imperiales; aquella supremacia feudal Europea, que tenia por derecho la sumision al suyo de los poderes continentales y por deber

el Patronato de la Cristiandad, que la Turquía amenazaba cada vez mas alentada por los primeros triunfos obtenidos sobre la raza Esclavona; centinela del valladar de la Cruz limite de media luna.

Don Carlos penetra en Bolonia con la mayor solemnidad, que celebrara en su época acontecimiento político alguno: porque ningun suceso tan importante recuerdan los fastos de aquella era como la entrevista de los poderes supremos de las feudalidades civil y eclesiástica, en obstinada lucha por tanto tiempo; y que despues de sus alternativas preponderancias, despues de aquel cambio de anatemas contra deposiciones, iban á jurar su concordia; sin que la corona de Carlo Magno fuese hollada por la Sandalia del Apostol; sin que la Tiara de los Gregorios y los Clementes se profanara con el tacto de una diestra real.

Las campanas con su incesante clamoreo, el cañon con su hueco retronar, la plebe con su jubilosa voceria anuncian la entrada del Príncipe mas grande de su generacion. Cuatro banderas de caballos lijeros y hombres de armas ataviados con estraordinario lujo, abrian paso á la comitiva por entre el gentío, que en oleadas se apartaba de la obstruida via. Precedidos de sus bandas de pifanos y atambores seguian los Infantes de España, tan famosos en las guerras de aquel pais; escitando la curiosidad de los Boloneses. El Obispo de Bolonia y su numerosa clerecía aguardaban al Cesar para entonar á su aparicion el himno de alborozo mas sublime que cuenta la Iglesia en sus místicas rimas.

Los tercios italianos y alemanes y los arcabuceros de Quesada como la artillería marchaban á continuacion de los españoles. Antonio de Teiva, el héroe de Landriano que atormentado por la gota y hallándose impedido del uso de las piernas, se hizo conducir en una silla al centro de sus enemigos y en medio del estrago animaba con la voz á sus valerosas huestes, agrabado de la funesta enfermedad que debia conducirle al sepulcro, siéndole imposible montar en su arrogante corcel de batalla, era conducido en la marcha triunfal como lo fue en critico trance de la pelea con el ejército de Francisco I; en una silla y en hombros de los soldados, que le victoreaban con entusiasta fé.

Dos heraldos antecedian á la Magestad cesárea y otros dos gen-

tiles-Hombres que arrojaban monedas de oro y plata á la multitud. Bajo un palio de oro, cuyas varas sostenian los Doctores de aquella afamada universidad, llevando en torno la juventud patricia y caballero sobre un brioso alazano, iba Carlos V, objeto de la espectacion ansiosa de la muchedumbre: espectacion tan avara que temia perder en saludarle una partícula de tiempo, que empleaba en examinar su rostro. La calumnia que se ceba en cuantos sobresalen del vulgar nivel habia pintado á los Boloñeses la noble figura histórica del siglo XVI, con los siniestros colores de un gefe de vándalos; de carácter feroz; de tétrico semblante; modales de una brutal aspereza; trato cruel; soberbia condion, sórdidamente interesado; irascible y pérfido.

Asi los tribunos de esquina señalaron á la plebe con el pseudónimo de *Godó*; al dominador pujante de la Italia y los vecinos de la egregia, sábia ciudad, se consintieron en ver á un misto de Alarico, capitán de bárbaras hordas y Luis XI, siniestro calculador, hipócrita refinado. La reaccion de las opiniones fue súbita; asi como en un cielo entoldado por masas de cenicientas nubes el traspaso de un rayo de Sol por un claro entre los densos vapores. Carlos aparecía majestuosamente hermoso á las miradas codiciosas de aquella multitud; prevenida en contra suya por la referencia de sus enemigos y por las quimeras de las vivas imaginaciones meridionales, que adornaron con la faz de un mónstruo el tipo horrendo de las declamaciones depresorias.

En vez del Tamerlan que aguardaban contemplaron un mancebo de briosa apostura y proporciones de una regularidad poco comun: grandes ojos garzos, de mirada serena, realizada la natural brillantez de sus pupilas por el rayo de júbilo, que las ovaciones públicas hacen sentir á los que tienen la conciencia de sus méritos: frente espaciosa: nariz algo curva: signo de magnanimidad, que el buril nos legó en la fisonomia de Ciro: el labio inferior saliente y caído un tanto; rasgo característico de la Casa de Borgoña, que aun dura en la estirpe imperial: la barba de un rubio entre castaño y rojo: los cabellos rizados y saliendo de la corona cesárea cortados en rededor, á la manera de los antiguos Emperadores: tez fina y de un sonroseo que hacia mas viva la emocion de su triunfal entrada:

gallardo desplante; airoso movimiento de cabeza; sonrisa de grave afabilidad; continente soberano sin altivez, y espresion dulce sin ese estudiado agasajo, que provoca los saludos estrepitosos del pueblo. Los magistrados de la ciudad formaban la inmediata escolta del Cesar y tras ellos la guardia pretoriana con los dependientes de las justicias política, civil y gubernativa.

Un procer Bolonés sobre un pernero tordillo llevaba la bandera de la Ciudad, cuyo mote *Libertas*, lucía sobre una franja azul con estrellas de platas. En torno del estandarte marchaban cuatro alabarderos, altos dignatarios de España, Austria y Flandes, seguian al Emperador. Las banderas del Imperio, España y los Países-Bajos flotaban sobre un mar de capacetes de terciopelo, chapeados de oro y plata; deslumbrantes con los joyeles mas preciosos y guarnecidos de vaporosas plumas de varios y vivos colores. La guardia de á caballo, compuesta de tres divisiones, de españoles, tudescos é italianos, cerraba la marcha.

A la puerta de la catedral, sobre un cadalso entapizado costosamente, estaba sentado Su Santidad con vestidos pontificales, y la tiara en la cabeza. En torno del gefe de la Comunion católica y en graderias á propósito, descubriáanse á infinidad de Cardenales, Arzobispos, y Obispos, Abades, Exentos, Prelados, Canónigos, Dignidades y miembros del alto clero y de las primeras condiciones monásticas. Llegó el Emperador. Los patricios de Bolonia le rodearon ayudándole á bajar de la cabalgadura: dos cardenales tomándole en medio, y le condujeron á donde Clemente VII le aguardaba. Carlos se postro ante el Pontífice, besando la orla de sus vestidos.

—Santísimo Padre (le dijo con reverente humildad), aquí me tenéis á vuestras plantas. Con vuestro auxilio me prometo conseguir los fines de un príncipe católico.

—Hijo muy amado (replicó su Beatitud dándole paz en el rostro con ternura). Looado sea Dios que os veo, y puedo decir *la paz es con nosotros*.

PARTE CUARTA.

CAPITULO PRIMERO.

Tal amo tal criado.

Catalina de Médicis al desposarse con Enrique, hijo segundo de Francisco I, se colocaba en un rango superior á las miras que podian halagar la ambicion de una mujer de su categoria. Llamarse Madama de Francia hubiera sido una ilusion muy dulce para muchas grandes damas de clase infinitamente mas ventajosa que la suya. Merecer los obsequios del Duque de Orleans, tan apuesto, tan gentil y bizarro, hubiese envanecido á mas de una princesa de las primeras estirpes reales del continente. La hija de Lorenzo de Médicis, sobrina de Clemente VII, habia logrado entrambas venturas por la rivalidad de Francisco con Carlos V de Alemania, I de España, y aquel antagonismo, que tantos desórdenes produjo, y tantos sacrificios mereció, hizo hija de Francia á la nieta de los negociantes florentinos; con sorpresa de toda Europa, que no podia persuadirse el envilecimiento del Valois coronado, hasta himeneo tan monstruoso.

Pero el prisionero de Pavia que no perdonaba medio de frustrar los propósitos de su eterno adversario Carlos de Gante, consumó la obra que la Europa le negaba á creer seriamente propuesta, y aun tuvo la audacia de aplaudirse como de un famoso golpe de estado aquel enlace desigual, que amenguaba su crédito sin reportar ninguna ventaja positiva. Los Médicis habian merecido á Carlos una proteccion generosa, desde que un Pontífice de su familia ocupaba la silla de San Pedro; pero Francisco se propuso

captarse la benevolencia del Papa y no halló espediente mas seguro que brindar á Catalina la mano de su segundo-génito.

Carlos habia hecho dos visitas á Clemente. Francisco compró con la la humillacion de semejante boda el brillante espectáculo de recibir en sus dominios al Gefe de la Cristiandad, que abandonando sus estados se embarcó en estacion poco favorable y abocóse en Marsella con su *hijo en Jesucristo*, el amigo y aliado de Soliman. Aun despues de verificado el consorcio, ni Francisco, ni Clemente osaron descubrir sus planes contra el Emperador. El prisionero de Madrid y el de *Sant-Angelo* consignaron en el contrato matrimonial la renuncia de Catalina á todos sus derechos y pretensiones en Italia, á escepcion del Ducado de Urbino; mientras que el Papa dejaba dirigir al sucesor de Carlo-Magno el asunto del divorcio de Enrique de Inglaterra, llenando las exigencias todas del rey de España y teniendo que ceder á las decisiones de mayoria de cardenales adictos á Carlos, quienes sostenian la validez del matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Austria y la invalidez del celebrado con Ana Bolena.

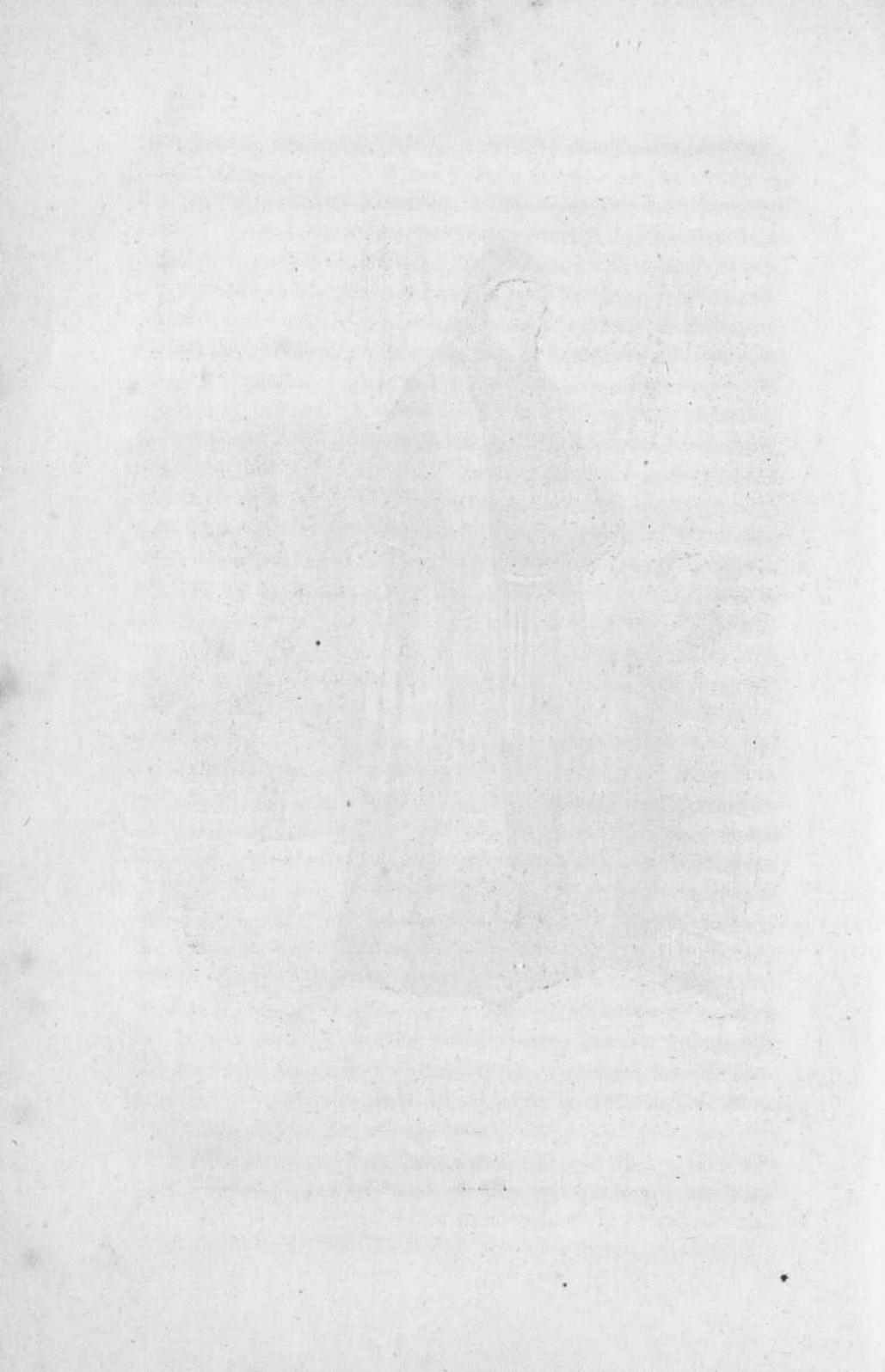
Así es como Clemente VII comprendia la política y se manifestaba á las miradas del orbe, tipo de doblez y debilidad. Así es como al paso que parecia enemistarse con el uno, afiliándose al otro, comprometia sus propios intereses sirviendo los de aquel á despecho de los votos de este. Así es como mientras amenazaba indirectamente á Carlos, emparentado con su acérrimo enemigo Francisco, y prodigándole inauditas distinciones, desairaba la intervencion de Francisco á favor de Enrique VIII y se preparaba á espedir aquella bula terrible que debia segregar á Inglaterra de la comunión apostólica; rayo que Carlos le precisó á fulminar.

Tal fue este hombre de quien el Obispo de Pamplona, historiógrafo de Felipe III y autor de la vida del Emperador, dice: *Este fue el fruto que sacó Clemente por su mala y ambiciosa condicion, sin quererlo el Emperador, ni pasarle por el pensamiento.* (Hablando de las perfidias, que motivaron aquella guerra, en que Roma fue tomada y entregada al saqueo).

Volviendo á la hija de Lorenzo de Médicis; la jugada de Francisco la dió posicion muy distante de sus esperanzas; pero en cuan-



Carlos V.
Lám. 16.



to á felicidad ninguna. Su marido que se conceptuó sacrificado á los planes paternos, la consideraba causa de su humillacion, y har-to tuvo que hacer para disimular la repugnancia que por ella sentia. La disparidad de caracteres contribuia en gran modo á mantener á los consortes en alejamiento desdenoso. Enrique era indulgente al esceso; afable con sus inferiores; expansivo; afecto á las conversaciones libres; inclinado á burlarse de los asuntos serios; libertinamente galanteador; amigo de las artes, pero exijiendo á pintores y escultores rasgos de voluptuosidad, á los poetas trovas licenciosas y á los músicos cantos escitantes.

Enrique personificaba bien la éra de la disolucion cortesana en el pais franco; éra escandalosa de Francisco I, que Enrique II continuó y que hicieron conocer á España Isabel, muger de Felipe II; á Lorena Claudia, esposa de Carlos III; á Navarra Margarita, consorte de Enrique de Borbon; todas tres damas dignas hijas del segundo-génito del primer Valois, ascendido al trono de Hugo Capeto.

Catalina era el reverso de la medalla. No perdonaba la mas leve ofensa; imponia el temor con la magestad severa de un continente helado; se manifestaba enemiga de la comunicacion familiar; alardeaba un respeto profundo á las prácticas religiosas; se entretenia en oír versar asuntos graves, y no podia ocultar su aficion á las ciencias secretas, de que poseia difusos tratados y sobre las que celebraba recatadas y largas consultas.

Catalina era el reflejo de aquella Italia sombría del siglo XVI, tan abundante en hombres singulares, mónstruos de perfidia, de refinada hipocresía, de mañosa traicion, de peligroso saber: aquella Italia descreida pero ceremoniosa, que al par contrariaba el dogma santo y cumplia con las brillantes esterioridades de un culto esplendoroso; aquella Italia de pensamiento gigante y fuerza pigmea, que no atreviéndose á obrar á la luz del dia y á formular sus pretensiones, empleaba la astúcia cuando menos, recurriendo al crimen con la faz risueña y la conciencia muda; aquella Italia donde Dios habia encerrado tanta poesía, tanto genio, tantos elementos de grandeza que Satanás explotaba para dar tinte romanesco á los siniestros dramas de una ambicion rastrera, á los planes misteriosos, involuntarias simpatías, á su nefanda historia. Con tal diversidad de propensiones Catalina y Enrique vivieron los prime-

ros años en un estrañamiento repugnante; galanteando Enrique á las damas de la corte descaradamente; altiva y serena al parecer Catalina; pero devorando su furor y consumiéndose de rabia al advertir la especie de ceño con que se la recibia en las reuniones palaciegas.

Para colmo de infortunio su santidad Clemente VII murió el mismo año del enlace fatal de su sobrina, y viendo sin resultado su plan, el rey concibió profunda aversion á la Médicis; permitiéndose chanzonetas picantes y epigramas crueles acerca de su nuera, que la corte entregó al vulgo y contribuyeron á escitar esa antipatía de los franceses hácia la famosa Florentina. La hija de Lorenzo disimuló su agravio, aguardando la ocasion de poner en práctica los atroces recursos de su imaginacion fecunda, y acechando el instante en que pudiera abrir curso á sus disposiciones para el mal. Hizo venir de Florencia cuatro lindas jóvenes de familias patricias, que la sirvieran de damas y cuatro niños de quince á diez y siete años en calidad de pages.

Las damas hicieron efecto en la corte, por esa hermosura meridional. Los pajecillos escitaron un sentimiento de complacencia, y hasta el mismo rey quiso le fuesen presentados aquellos púberos de dientes nacarinos, de cabelleras rizas de ébano; ojos negros, rodeados de largas pestañas; talle femenino, y voces suaves. Maese René, químico esclarecido, hábil perfumista y erudito varon, vino á fijarse á París á instancia de Catalina. Abrió su tienda y puso en la muestra del establecimiento su calidad de proveedor de la Duquesa de Orleans. La Florentina tuvo cuidado de regalar algunas pastas de jabon odorífico, que suavizaban las manos y no consentian el menor paño en el cutis que humedecieran. Distribuyó entre diferentes señoras cajitas de polvos dentríficos, que dando un blanco extraordinario á la dentadura, mantenian en la boca una frescura suave impregnando el aliento de aromas deliciosos. Acreditó la costumbre de distinguirse por un olor constante, empleando la misma esencia, en pomada, jabon, polvos y aguas; poniendo en boga esa elegante manera de singularizarse la mujer, como la flor por su perfume peculiar.

Así naturalizó en Francia al químico Florentino y preparó la existencia de un cómplice á su lado sin escitar las sospechas. Así comenzó por popularizar los objetos de lujo en que se proponia en-

volver la muerte, con las formas del obsequio. Así se disponia cobrar fama de liberal que la permitiese remitir á los objetos de su odio su venganza en unos guantes perfumados, como aconteció con la Madre de Enrique de Navarra.

La hermosura de las jóvenes al servicio de Catalina, la atraieron algunos señores, que con su rendimiento y consideracion se procuraban el acceso hasta su cámara y el gusto de contemplar de cerca á las patricias florentinas. La conquista que mas estimó fue la



de Francisco, el Delfin. Catalina tuvo buen cuidado de amaestrar á sus damas en el arte de entretener los anhelos de sus adoradores, sin comprometer imprudentemente su honor. Por medio de Leona Casa-bianca, la mas garrida de sus doncellas, objeto de los deseos apasionados del rendido Delfin, fue colocado Sebastian, conde de Montecuculi, Caballero Ferrarés, amigo de Catalina, en la categoria de Sumiller de la cava de S. A. el heredero de Francisco.

La Sobrina de Clemente VII se proponia igual objeto con los

pajes, para obtener el partido que deseaba. Ella conoció que la voluptuosidad llevaba al hastío irremisiblemente: que una vez agotada la sensibilidad por el exceso de los goces libertinos, los caprichos extravagantes, las propensiones á lo extraordinario, las inconcebibles aberraciones, eran el fruto del cansancio físico y el ánsia de placeres; hidropesía moral que como la corpórea reúne la sed insaciable á los destructores efectos de su satisfaccion.

Adivinó la moda de los galanteos desiguales en que una alta dama, saturada de fruiciones amorosas, se procuraba á costa de las atrevidas insinuaciones y hasta de la provocacion descarada, las primicias del corazon de los pajes florentinos. Su privilegiado instinto la hizo comprender que las mugeres estragadas se aburren de la monotonía en las intrigas amantes y como los gastrónomos buscan en condimentos raros sensaciones nuevas al paladar, ellas prueban incandecer su temperamento con emociones fuera de la órbita de lo comun.

Entró en su cálculo lo grato que es para las hembras de cierta edad la iniciacion de un adolescente en los misterios de la vida galante y contó con esa inclinacion femenil, que hizo jugar tan importante papel á los púberos en la licenciosa Roma y á los pajecillos en los tiempos tan famosos de la regencia en Francia. La visita de muchas damas de la corte, hasta aquella época despegadas con Catalina, la probaron el primer sentimiento de curiosidad excitada. Pronto pudo apreciar la exactitud de su idea por el aura de popularidad que rodeó á sus apuestos pajes y la noticia de ciertas aventuras que no la permitieron dudar de su feliz pensamiento. Educados para satélites de la Duquesa de Orleans aquellos preciosos jóvenes de uno y otro sexo, secundaban á las mil maravillas los proyectos disimulados de su señora.

Si la Francia hubiese podido penetrar las combinaciones siniestras de la hija de Lorenzo de Médicis, y la parte que sus compatriotas tenian en tan negras tramas, hubiera llamado á estas mugeres encantadoras, á estos niños tan bellos *los cachoros de la Tigre*. Pero la Francia no estaba para penetrar el pensamiento sombrío de aquella dama italiana. Del pueblo de entonces se podia decir lo que Fígaro escribe de nuestro pueblo: *el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende el pueblo no sabe comprender.*

La clase media, si tal puede llamarse al cuerpo de negociantes,

profesores, letrados y ciudadanos de mediana fortuna, no se mezclaban en asuntos políticos, como las gentes de alta gerarquía, desdenándose de tomar parte en las hablillas del vulgo. La corte está retratada perfectamente por Mezeray que la presenta *lisonjeando una impudicia pródiga en recompensas, y suministrando entretenimiento á un sexo que quiere reinar entre brillantes fruslerías.*

En la antecámara de la Duquesa de Orleans existen dos pajes de guardia, relevándose cada dos horas la pareja. La guardia no puede ser mas cómoda. Dos otomanas paralelas sirven de lecho á los guardianes, que en una somnolencia oriental la mayor parte del tiempo; teniendo muy rara vez que levantarse para anunciar á su señora una visita.

Alessandro Bergonesi y *Andrea Servito* son los pajes de servicio en el punto en que introducimos al lector en la antecámara de Catalina. *Alessandro* es un mancebo de diez y siete primaveras: *Andrea* un púbero de quince abriles: *Alessandro* es de una belleza viril: *Andrea* de una hermosura feminea. El primero es bien dispuesto y gallardo: el segundo es precioso y atractivo. Promete el uno el desarrollo de las naturalezas fuertes: el otro la gala de las organizaciones delicadas. *Alessandro* acaricia un sedoso bello que va cubriendo su labio superior. *Andrea* pasa una mano de niña por su cabellos de un negro azulado. *Alessandro* podria representar el tipo de aquel Ganimedes, hijo de Tros, que la fábula pagana nos dice arrebatado por Júpiter al Olimpo, merced á su hermosura: *Andrea* el de aquel *Sporo*, hermafrodita con quien el infame Nerón se casó públicamente y cuya belleza femenil realzada por la púrpura imperial, paseó por la Italia y la Grecia el digno hijo de Agripina. Entrambos jóvenes eran á propósito para servir de instrumento á la Duquesa: lo que da á entender, que los dos tenían corazon perverso, inteligencia viva, y sumision ciega á su señora.

Bergonesi era maligno con la malignidad de los hombres, que denotan con un fruncimiento de cejas en presencia del objeto aborrecido. *Servietto* era malvado con la perfidia de una muger: sonreía delante de su enemigo; halagaba al que temía y era dueño

de sí mismo hasta el punto de chancear cuando estaba meditando en su venganza.

Bergonesi era impetuoso en su accion: *Servietto* calculador del plan y sagaz en la obra.

El adolescente llevaba una fina cota de anillos de plata y acero; de su cinturón pendía una espada corta, y su gorra estaba adornada con una pluma de color rojo. El púbero vestía de brocado: apenas se distinguía atravesado en su cinturón de terciopelo un puñalito, dije precioso de empuñadura de oro y punta envenenada; su gorrilla estaba exornada con un joyel de sumo precio; pomito secreto que contenía una ponzoña de las más activas.

Bergonesi se paseaba por la antecámara, cruzados los brazos, la vista en la alfombra, que cobijaba el pavimento, y en vez en cuando se paraba, movía la cabeza en signo pesaroso y continuaba su paseo.

Servietto recostado en la otomana con esa lindeza de posturas que hacen tan graciosos á los gatos pequeños, ya jugaba con los flecos de los almohadones; ya incorporándose vivamente seguía el curso de los paseos de su colega; ya reclinando la cabeza en el muelle respaldo del sofá cerraba los ojos en esa inercia de alma y cuerpo que los italianos denominan *far niente*, y que nuestra palabra *indolencia* no abraza en todas sus acepciones.

Aquel día los pages habían tenido más trabajo que de ordinario. El duque de Orleans vino á pasar un cuarto de hora en compañía de la Duquesa. Después llegó el caballero de *Franc-cœur*, uno de los que transijieron con la Médicis á la recepción de la servidumbre italiana en el palacio *des Tourelles*. Más tarde se presentó el Capitán Estocada, maestro de armas de los príncipes, favorito del Delfín, que iba á reunirse con su señor á *Valence*, y se despidió de la Duquesa. Maese René, el perfumista, se halla en la cámara de la florentina en el momento.

Volviendo á nuestros jóvenes, Andrea dirigió una mirada burlesca á *Alessandro*, que continuaba sus lentos giros por la antecámara. El púbero cantó á media voz: *D' amore il sen trafitto* (1), *provo crudel mártir, de amor per té é delitto, vidiiccimi á morir: Punito sono assai...*

(1) De amor traspasado el seno, sufro crueles martirios: si amarte es un crimen, me reduce á morir. Bastante castigado estoy.

—¡Calla, maldecido de Dios! gritó *Bergonesi*, que á la mitad de la estrofa se habia quedado suspenso escuchando. El púbero siguió su canto : *Pieta per me, Leona* (1).

—¡Calla, miserable! repitió *Alessandro*, acercándose á *Servietto* con aire de terrible amenaza.

—¿Es á mí la intimacion? preguntó el gracioso muchacho con la estrañeza mejor finjida.

—A tí, á tí mismo, respondió *Bergonesi* con muestras de furor.

—¡Donosa ocurrencia! (esclamó el niño con voz suave y sonrisa maliciosa: ¿No puedo cantar de dia lo que aprendo de noche?

—¡Espía mezquino! (repuso el mancebo) ¿Has recibido la comision de seguir mis pasos, y sorprender mis secretos?

—¡Sus secretos! ¡sus secretos, dice! (interrumpió *Andrea* riendo) ¡*Per Dio Santo!* ¡Famoso secreto el que se lee en tus ojos; se oye de tu boca, y no hay en palacio quien lo ignore!

—¡Mientes, infame!

—*No me di un boja* (2). Hasta los últimos palafreneros saben que el page *Alessandro Bergonesi* se muere de amor por la dama *Leona de Casa-bianca*.

—¡Maledizzion di Dio! (dijo *Bergonesi* apretando los dientes y levantada la mano sobre su compañero). Calla, víbora, ó te aplasto.

—*Andrea* palideció, y su mano delicada apoderóse del puño de su estilete.

—Cuidado, Señor *Alessandro*, (repuso con una calma irónica) no toqueis á la víbora, porque podria muy bien haceros sentir sus colmillos.

—Pues respeta los secretos de tus iguales, contestó el adolescente más tranquilo.

—Así me gusta, hablemos en paz, (añadió *Servietto*). Bien sabes que soy un chico sin malicia, y escelente para amigo.

—Sí (respondió *Alessandro* con amargura, un ángel de bondad; un *Gesu-bambino* (3).

—No tanto; no tanto; pero poco menos.

—Sí; poco menos, repitió *Bergonesi*, comenzando de nuevo sus paseos.

(1) *Leona*, apiádate de mí.

(2) Nombre de un verdugo.

(3) Niño Dios.

—Vamos, (dijo el pajecillo tomando un aire de benevolencia); tratemos de tu negocio como buenos camaradas. Ven acá; siéntate á mi lado.

—Gracias, replicó secamente *Alessandro*, continuando sus compasados giros.

—¡*Per Dio!* Me desairas.

—No quiero sentarme: esto es lo que hay.

El púbero empezó á cantar: *Punilo sono assai; pieta per me Leona.*

—Bergonesi se acercó al sofá, y asiendo por un brazo á su colega le arrojó contra los almohadones lleno de furia, Andrea se incorporó riendo.

—Bien (dijo): Al fin te reunes á mí. Siéntate.

—Andrea (repuso *Alessandro* moviendo la cabeza con reconcentrada ira): vuestros juegos tendrán algun dia trágico final.

—Profeta del horror, no vaticines, replicó con entonacion burlesca el perverso paje.

—Abusais de la paciencia de cuantos tienen la desgracia de vivir á vuestro lado. Reís de todos y de todo. Para vos nada respetable, ni en la tierra ni en el cielo....

—El que os oyese creeria que he violado alguna virgen púdica, ó robado el camarín de una *Madonna*.

—Creedme, *Andrea*; si llegais á penetrar el misterio de un amor terrible y escondido, no juguéis con el secreto, porque los desesperados son malos enemigos. *Servietto* hizo sentar á su compañero tirándole violentamente de la ropilla.

—¡Aquí! (esclamó). ¡Aquí cerca, para que pueda yo hablaros en voz baja! ¡Imprudente! ¿Por qué bajásteis anoche al jardín á cantar endechas amorosas bajo las ventanas de los contiguos retretes?

—¡Me habeis seguido, *Andrea!*

—Yo solo, por fortuna.

—¡Nadie mas!

—Nadie. Pero ven acá, topo. ¿Cómo pretendes que ande oculto amor que rebosa en serenata, que por fuerza han de oír las camaristas?

—*Andrea*, yo estoy loco.

—Es verdad, replicó el niño con mofadora sonrisa.



Carlos V.
Lám. 17.

—Y ved si estoy fuera de juicio (continuó *Bergonesi* con un suspiro penoso), que estoy á punto de confiaros mi pesar, un minuto despues de la idea de mataros.

—Que esa idea no torne á vos (repuso *Servietto* con una mirada significativa), porque pudiera acarrearos malas consecuencias. En cuanto á contarme vuestros sufrimientos fuera inútil: los sé mejor que vos mismo.

—Y os burlais.

—Sí; me burlo.

—Porque no tienes corazon, demonio (esclamó el mancebo con el encono mas profundo).

—No, (respondió con gravedad el pajecillo). Me burlo porque tengo demasiado corazon para permitirte debilidades; porque te creia mas conecedor de tus circunstancias; porque eres un miope.

Bergonesi bajó los ojos en su confusion.

—Mira (prosiguió el infernal florentino), yo te amaba de antes... te amaba porque eras travieso y diabólico, y yo me inclinó á los que son así. Te amaba *[per la madonna]* como un hermano, y el dia en que supe que vendrias conmigo á Francia al servicio de la *Signora*, sentí un gozo infinito..... *Alessandro* asió la mano de *Andrea* con emocion afectuosa. Los que sufren mucho agradecen estraordinariamente el menor testimonio de simpatía.

—Nos embarcamos en compañía de esas lindas muchachas, y recuerda que ni una vez me acerque á ellas en la travesía...—

—Tú, *Odalberto Brandini*, y *Cesare Badamasco* las haciais la corte asiduamente. Que *Odalberto* y *Cesare* fueran necios, nada me importaba; que tú te permitieras ser estúpido, me lastimó en gran manera. Acuérdate que una noche, al retirarnos al camarote, me aparté á un lado contigo afeándote el papel de *cabalier seroente*, que venias haciendo con *Leona*....

—Me acuerdo, dijo *Alessandro* con tristeza.

—Tú me respondiste que no estabas en el caso de mostrarte descortés; y entonces te dije: *Bergonesi*, nada de compromisos! Deja llegar el porvenir. Y ¡qué ha sucedido! (añadió *Andrea*). Lo que yo habia previsto. *Odalberto* y *Cesare* han olvidado sus galanterías una vez en la corte. El uno es el amante de la duquesa de *Beaulieu*; el otro cortejo de la señora de *Grandpas*; mientras

Cárlos Quinto.

34-2.º

que tú llevas en el corazón la hiel de los celos, y Leona se engrie en los sueños del orgullo y te trata con desdén.

—¡*Nome di Dio!* (esclamó Alessandro) no me lo repitas, Andrea.

—¡Y quieres que no me burle, insensato! (insistió el implacable pajecillo). ¡Cómo has de rivalizar con Francisco de Valois, Delfín de Francia! ¡Iluso! ¿No ves que en toda esa aventura de romance, en esos amores de balada entre Francisco y Leona, anda la mano de Catalina) Pues ¿qué significan esas doncellas hermosísimas traídas de Italia, sino los hilos de una trama maestra que se quiere urdir?

—¡Infame idea!

—Por eso ya no te amo, *Alessandro* (dijo Andrea con gesto despreciativo), porque mis ilusiones se han deshecho. Yo te juzgaba capaz de una intención mañosa, dotado de perspicacia, dueño de someter el corazón á la cabeza; ¡*Sangue di un boja!* Y todo al revés; llamas *infame idea* á un pensamiento feliz; que te paras en los medios antes de conocer el objeto, y pesas el mal y el bien en la balanza de la conciencia, sin consultar con la utilidad, principio eterno de toda conducta prudente.

—Todo lo he perdido, *Andrea*.

—Y lo que aun perderás, *Alessandro*. La *Signora* conoce tu ridícula pasión, y empieza á encontrarte demasiado estólido para su servicio.

—Ya se vé (repuso *Bergonesi* con amargura), yo no soy tan á propósito como tú para el servicio de la *Signora*.

—Por eso estás de sobra mientras yo gozo las ventajas de una predilección lisonjera, respondió Andrea con altivez.

—Pues bien (esclamó el jóven con resolución desesperada). El día en que me juzguen inútil aquí, marcharé al ejército. Por fortuna hay guerra, y guerra encarnizada: el vencedor de Soliman y de Barba-Roja, que invade la Provenza con cuarenta mil infantes y diez mil ginetes, y una armada poderosa, al mando del almirante Doria: el Rey de Francia que fortifica á Marsella, Alles, Tarascon y Beaucaire; desocupa y dismantela á Aix y Antibes; abate los caseríos rústicos; echa por tierra los molinos; destruye los hornos; incendia las mieses, y reduce á cenizas el forrage de sus campos; el emperador que sitia á Marsella: el Rey que sitia su

primer cuerpo de ejército en Cabailon á las órdenes de Mont-mo-rency, y capitanea el segundo retirado en *Valence*.... ¡Famosa es-pectativa!... Habrá choques sangrientos; batallas terribles... Allí está la gloria para los que la codicien: allí está la muerte para los que la busquen....

—¡Bravo, señor Martel! repuso *Andrea* dando una carcajada.

—La vida de paje no es para mí, *Servietto*.

—Pero lo malo es que ya os conocen por del oficio, y que por consecuencia vuestros espíritus belicosos van á merecer la rechifla mas atroz que os podeis imaginar. Para salir del servicio de la *Signora* necesitas su licencia.... *Alessandro* se estremeció. Ahora bien: figúrate los sarcasmos de *Catalina* cuando sepa que uno de los Adonis de su ante-cámara pretende ajar su cabellera rizada dentro del casco, afear sus manos con las aceradas manoplas, decirte con aquel acento de timbre tan particular....

—Bien, bien (se apresuró á decir *Bergonesi*). Haré que pidan en mi nombre el permiso.

—Supongamos que así suceda; qué te otorguen tal permiso, ¿en qué calidad vais á entrar en el ejército.

—Soy de ilustre sangre (contestó el enamorado de *Leona* con orgullo), serviré de hidalgo aventurero.

—¿Y en qué cuerpo?

—En cualquiera.

—En las tropas feudales no te aceptan; ya sabes que los italianos son antipáticos á esos señores.... En los tercios del Rey serias el hazme reir de la canalla militar por tu figura de dama esbelta. Al primer signo de cansancio, á la primer comodidad que te procurases, estallaria la zumba de la insolente soldadesca. Aquellos lansguenetes cargados de hierro; aquellos suizos mas duros que sus corazas, aquellos peones ligeros, que desconocen el reposo, reunirian sus mil voces en un grito solo; ¡¡*Ux el paje!* ¡¡*Ox el mancebillo!*!

—¡*Poter di Dio!* (esclamó *Alessandro*). ¿Y por qué supones que no soportaré las fatigas?

—No supongo; estoy seguro de ello. Pon la mano sobre el corazon y respóndeme. ¿Eres bastante bravo para avanzar en linea con doscientos diablos hácia donde te aguardan otros doscientos lanza en ristre, espadon levantado, ó el arcabuz sobre la horquilla?

—Yo soy capaz de todo ; estoy desesperado ; los desesperados matan ó mueren.

—La educacion hace al hombre, (dijo sentenciosamente *Andrea*) y nuestra educacion ha sido mugeril. Desde la infancia se nos hizo habitual la molicie.

—Tienes razon (repuso el mancebo con desaliento), somos unas miserables mugercillas.

—No, (contradijo *Andrea*). Somos pajes. Perteneceemos á una condicion social, como cantor de coro y oficial de arqueros ; con nuestra educacion á propósito, nuestros ejercicios y nuestra carrera. Los tiempos antiguos y los modernos se corresponden por mas que lo nuevo se burle de lo viejo. Los eunucos eran los pajes de la antigüedad ; pajes mutilados bárbaramente, y que sus dueños querian hacer conformes con su destino por medio tan cruel : nosotros sufrimos la mutilacion moral y constituimos el lujo de la servidumbre.... Nace uno de buena familia y favorecido por la naturaleza. Al instante sus deudos le destinan á pajecillo de una eminencia, escelencia ó alteza real.

—Entra uno en el colegio ó se instala en casa de la eminencia, escelencia ó alteza (continuó *Servietto*), y ya sabe que su hermosura es el lujo de su señor. Untos que conserven la frescura de la tez ; pomadas que den suavidad y lustre á la cabellera ; polvos que mantengan el esmalte de la dentadura, aguas odoríficas que le incuyan de un trastornador aroma. Tañer el laud ; recitar historias, conocer el genial de los escelsos personajes ; adquirir talentos indagatorios que os permitan entretener la hora de focador de vuestra señora con relatos de aventuras galantes y chismecillos de las familias conocidas ; el arte de hacerlos preciso....

—Veo que no supieron elegirme estado, dijo *Bergonesi* melancólicamente. Comprendo el secreto de esa prostitucion infanda.

—Los grandes señores suelen pagar la pena de esta obra (continuó *Servietto*) y los eunucos físicos y los morales cuentan en su tabla cronológica hechos secretos y públicos que así lo acreditan, desde que forman á los que les rodean seres mistos, el ingenio femenino y el talento viril, la perfidia mañosa de la muger y la resolucion del hombre dan su fruto. Mira, *Alessandro* ; yo que vine á Francia niño insignificante, al parecer he tomado posicion, y po-

sicion que promete; porque comprendiendo mi destino he procurado llenar sus condiciones.

—Eres un diablo de astucia, *Andrea* (repuso con franca admiracion *Bergonesi*), y Dios te ha dado una máscara de génio del bien para cubrir tu alma tenebrosa.

—*Servietto* enorgullecido prosiguió: la signora me ama....

—¡Qué dices! exclamó sorprendido *Alessandro*.

—Digo que me ama, como á un hijo digno de ella. Algunas noches me hace entrar en su retrete, favor que debo á mis quince años, á mi estatura pigmea, y al airecillo cándido que sé dar á mi fisonomía... Allí me hace sentar sobre sus rodillas; juguetea con mis rizos; me escita á que la hable, y no pocas veces premia mis palabras con besos cariñosos.

—Eres muy feliz, observó *Bergonesi*.

—Sí; feliz porque encuentro ocasion de plegar poco á poco el velo y descubrir á Catalina los tesoros de mi inteligencia que puede esplotar. Soy el niño favorito que puede llegar á ser el valido. ¿Entiendes? Si yo fuera tan tonto como tú, á estas horas estaria loco de amor.

—¡Por la *Signora*!

—Sí, ¡*nome di Cristo!* por la *Signora*. Si la vieras, *Alessandro!* ¡Si la vieras de noche! á solas en su aposento; sin toca, sin manto, con un ropón negro de trasparente gasa; los brazos desnudos hasta los hombros; el pecho mal velado; con aquellos ojos deslumbradores; aquellos labios húmedos! *Fulmin celeste!* Daria uno la mitad de su sangre por ser el Duque de Orleans media hora....

—¡Tú tambien! se apresuró á decir *Bergonesi* con alborozo.

—¡Yo enamorado! (contestó tranquilamente *Andrea*). ¿No es esto lo que ibas á decir? Pues no tengo demasiado talento para consumirme en deseos imposibles. Para mí seria la última fatalidad que Catalina tuviese un capricho de gran señora por su favorito. El capricho pasaria y el paje *Servietto* seria despedido; porque su presencia recordaba un lance vergonzoso para su señora. Volver á Italia sin realizar mis ambiciosos designios era la muerte.

—¡Quién pudiese olvidar! replicó *Alessandro* con un suspiro dolorido.

—Procúralo al menos. Hay composiciones mágicas que facilitan el olvido.

- Las pagaría á peso de oro.
- Maese René las puede....
- La puerta de la cámara de Catalina se abrió para dar paso á el perfumista florentino.
- ¡Hola, señor René! dijo *Andrea* saltando de la otomana, y yendo al encuentro del peligroso químico.
- Bergonesi* se acercó respetuosamente.
- ¡Siempre tan jovial y simpático! exclamó el florentino acariciando al favorito de su señora.
- Esechad, maese (repuso *Andrea* bajando la voz): un compañero mio necesita celebrar una sesion secreta con vuesamerced.
- ¿Sobre mi profesion principal? preguntó René con intencion.
- Sobre los ramos de adorno, contestó *Servietto*.
- De nueve á diez de la noche estoy á disposicion de los que me consultan.
- Creo que se trata de un filtro....
- ¿Para hacerse amar?
- Para poner en olvido un amor insensato.
- Me parece prudente acuerdo.
- ¿Y qué seña le abrirá las puertas de vuestro retrete?
- Que diga á mi criado *discrecion* y se le franqueará el acceso.
- Creo que pagará generosamente la composicion que le procure el olvido de su afecto fatal.
- Adios ¡hasta la noche! y el perfumista salió de la antecámara.
- Pardiez (dijo para sí el proveedor de Catalina). ¿Se propondrá ese precioso muchacho sustraerse al imperio de la fascinacion de la Médicis?.... Los elogios que la Duquesa me hace de su favorito.... Esa singular demanda del predilecto.... Ruede la bola.
- Ya lo has oido *Alessandro* (exclamó *Andrea*) de nueve á diez de la noche; por seña, *discrecion*: llevas un puñado de escudos... ¿Te hace falta dinero?
- No.
- Consulta el caso á maese; pero sin decir el nombre de la muger; porque Leona es nombre rarísimo en Francia; te facilita la bebida; sigues sus consejos, y á curarse, y á no perder de vista que esta es nuestra tierra de promision. Aquí está nuestra fortuna.
- ¡Ojalá surta efecto!....
- El filtro para poner en olvido, concluyó *Andrea*.

—El filtro para hacerse amar, murmuró *Alessandro*.

Una jóven dama penetró en la antecámara. Se la hubiese creído una reina, si las reinas fuesen como se las figura el niño imbuído en las consejas, de princesas hermosísimas y reyes magnánimos; ó el hombre de la vida agreste que concibe las personas reales de naturaleza mista de divina y humana.

—Anunciadme, dijo con acento imperativo á *Bergonesi*, que al verla se puso de pié, pálido y trémulo de confusion.

Andrea mereció una sonrisa graciosa á la bellissima jóven.

Alessandro abrió la mampara de la cámara, y dijo con voz trémula:—*La Signora Leona di Casa-bianca*.

—*Avanti*, le respondieron.

Leona, oyó el permiso y entró.

—*¡Nome di Dio!* (esclamó *Bergonesi*, tornando al lado de *Servietto*, despues de cerrar la puerta tras de Leona).

—¿Has visto á esa muger, *Andrea*?

—Silencio, advirtió *Andrea*.

La puerta de la cámara tornó á girar sobre sus goznes.

Leona de *Casa-bianca* evacuó el aposento apresuradamente.

—Y te ha sonreido! murmuró con sorda rabia *Bergonesi*.

—Es la táctica. Afabilidad al indiferente; desdenes al apasionado.

Leona apareció á la puerta de la antecámara en compañía de un caballero.

Cuando le vió *Bergonesi* apresuróse á ejecutar la misma operacion de antes.

—*Signor Comte Sebastiano di Montecuculi*, anunció.

—*Avanti*, le respondieron.

El anunciado entró en la estancia de *Catalina*.

Leona se retiró.

Bergonesi hizo un signo de espera á *Servietto* y abandonó la guardia.

—¡Bah! (esclamó *Andrea*). Este galan de romance no hará fortuna ni con su amada ni en la córte.

CAPITULO II.

Cada oveja con su pareja.

Catalina de Médicis era hermosa; pero de una hermosura terrible, y que involuntariamente imponía pavoroso respeto. Sus grandes ojos de pupila negra y reluciente brotaban dos rayos de irresistible fascinación. Los párpados de aquellos ojos tenían una fijeza admirable, y su pestaño era raro al par que imperceptible; lo que hacia la mirada de la florentina profunda, indagadora, incontrastable. Sostener aquella mirada sin bajar la vista á su primer encuentro, pasaba por una prueba de audacia y valor.

La belleza meridional lucia sus encantos en aquel cuerpo; cárcel espléndida de un espíritu, que mas bien que un átomo del aliento de Dios podia creerse una infecta partícula del hálito maldito de Satanás.

Rosados labios; color moreno, de ese tinte ambarino tan suave, de ese dorado tan transparente; redondez graciosa de formas; brevedad delicada de mano y pié; cuantos atractivos constituyen el tipo de la hermosura en el Mediodia, otros tantos resaltan en la Duquesa, y parecen deber concitarla simpatías universales.

Pero el aire de la Médicis escluye la confianza que es el primer antecedente de la atracción, y en toda su persona se advierte cierta intencion ejercitada que hace su trato difícil y penoso; su atención pesquisidora y sospechosa; su distracción páfida; su acción mas indiferente, cautelosa y estudiada. Una atmósfera de repulsion involuntaria circula á la sobrina de Clemente VII. Así se comprenden los diez primeros años de esterilidad de la Duquesa; ardiente hija de la cálida Italia, que en otros diez dió á la Francia diez herederos de Enrique II.

Su marido la llamaba *terrible hermosura*.

El Rey Francisco solia denominarla *Semiramis*.

Y en efecto, Catalina ofrecia un recuerdo de aquellas mugeres históricas, que rodearon sus tronos de la aureola de su privilegiada belleza; del prestigio de sus peligrosos talentos y su magnificencia, cercándose de orgullosa pompa; hasta preparando como Ju-

lio II un asilo de incomparable magnificencia á sus restos. La modesta casa próxima á una fábrica de tejas (*Tuillerie*), se convirtió en palacio á la orden de la Médicis, y Filiberto Delorme y Juan Bullant, sus constructores, trazaron el portento que Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, Napoleon y Luis Felipe han recibido para envanecerse pródigamente.

Como Cleopatra conspiró contra un hermano que hacia sombra á sus proyectos ambiciosos, y el veneno dió cuenta del obstáculo de una codicia insaciable de dominacion.

Elevada cual Agripina á un rango que ni se atreveria á sospechar, meditaba su engrandecimiento por las vias del crimen misterioso. Agripina contaba con Locusta: Catalina con maese René.

Era de ver aquella dama, dotada tan profusamente por la naturaleza, esquivar los adornos brillantes, los colores vivos, las galas bizarras; vestir rigurosamente de negro; llevar el traje hasta la garganta, que aun la gola de encajería receptaba entre sus rizados espesos; ocultar su cabellera de ébano en una especie de cofia, que avanzaba hasta su rostro en forma de visera de morrion, y por detrás suspendia un largo y tupido velo; usar del azabache y el acero en cadena, cinturon y brazaletes, y presentarse los dias de corte, severamente sencilla entre el boato de las damas y el fausto de los dignatarios del reino.

La elegancia natural de Catalina desdeñaba el lujo como medio de distincion; pero tambien se captaba las antipatías de los cortesanos con afectar este desdén al atavío esplendoroso; desdén que unos tomaban por alfivo despego de una orgullosa engreida; que otros creian reprension del lujo ostentoso, sugerida por un ascetismo repugnante; que no pocos juzgaban una manera de singularizarse en medio de tanto aparato y fastuosidad.

Mas erraban los que así aventuraron juicios sobre la sencillez del vestir de la Duquesa.

Catalina sabia estudiarse y se conocia perfectamente. Quería inspirar la reserva y la consideracion, y nada mas á propósito para este objeto que un continente magestuoso en su severidad y notable por el contraste de sus graves modos con la versatilidad y las frusteras brillanteces de una corte futil y disipada.

Cuando el Conde Sebastian de Montecuculi fué introducido en *Cárlos Quinto*.

la cámara de su escelsa amiga, esta leía con atención suma un pliego importante acabado de traer por un posta.

Levantó los ojos del papel, sonrió con benevolencia al recién venido; le hizo seña de ocupar un asiento próximo á su sillón, y prosiguió su interrumpida lectura.

El Conde tiró su capacete, ornado de un hermoso lloron blanco; sobre la banqueta cercana con un movimiento de indolente resignación. Sentóse en el sillón contiguo al de Catalina, y se entretuvo en agitar los flecos de oro del limosnero, maestrante bordado que pendía de su cinturón.

Sebastian de Montecuculi representaba cuarenta años, cuando apenas tenía treinta y dos. La parte superior de su cabeza estaba completamente calva, y arrugas profundas surcaban su rostro, formando dos prolongadas curvas que partían de los pómulos, y se perdían en su bigote de un negro azulado; marcando su espaciosa frente con tres surcos que nunca se dilataban lo bastante para borrar tal huella de los sombríos pensamientos ó de los arriesgados azares. Aquel rostro tenía un espresion de fatiga penosa, y en todos los movimientos del Conde se revelaba cierta dejadez, indicio de un alma cansada, que devoraba el hastío, que las emociones no podían ya conmover, que se consumía en el fastidio de su agotada sensibilidad.

Sebastian de Montecuculi, de una familia esclarecida, recibió la educación viciosa, que se daba á los ilustres primogénitos de las estirpes supremas. Desde la pubertad se encenagó en los vicios: disoluto jugador, ardiente en la orgía, infatigable en la vida aventurera, se hizo viejo antes de llegar á hombre, y gastó sus fuerzas vitales antes de complementarse su desarrollo.

Así es que á los veinte años su fortuna tocaba á la estincion; las cortesanas mas bellas no escitaban su temperamento aniquilado, y los excesos de la gula y los desórdenes de la crápula, ponían su vida en el mas inminente riesgo. Bienes, facultades, salud, todo quedó en aquel torbellino arrebatado. Montecuculi se veía en la postracion de un decrepito; á la perspectiva de una casa de misericordia. La idea del suicidio brotó en el espíritu del libertino empobrecido y consunto. «Concluyamos como principié (se decia con la calma del escéptico). El residuo de mi patrimonio quede derrochado como lo demás. La última noche de bacanal tempestuosa, y despues una



Carlos V.
Lám. 18.

muerte socrática. Beberemos la cicuta como el filósofo ateniense.» Una rica viuda de un señor florentino, poseedora de pingües riquezas, brindó su mano á Montecuculi, y su fortuna, con esa libertad italiana, que libra á las mugeres de tantas opresoras consideraciones.

La Signora de Bessani habia sabido la determinacion del Conde, quien participara á sus camaradas en desenfreno el proyecto de final socrático, despues de la noche de borrasca. Evitar semejante catástrofe fué la idea principal de la viuda; idea que tenia algo de afecto materno, atendida la edad de la florentina respecto á la de Montecuculi.

Ha disipado su caudal ese mancebo, y trata de concluir alegremente su carrera. Démosle un segundo patrimonio, y será cuerdo con la experiencia de lo pasado.

Y al efecto se procuró una entrevista con Sebastian y quedó prendada de su talento, de su imaginacion fecunda y sobre todo de aquella indiferencia cinica con que referia su vida pasada; de aquella sangre fria con que versaba punto tan horrible, como el proyecto de un suicidio.

Despues de lamentar el empleo de juventud tan bien dotada, la viuda propuso al jóven seguirle á Florencia, y enredarse en las intrigas políticas de que era teatro la patria de los Médicis.

La *Signora de Bessani* era elocuente; pintó la perspectiva de los honores, y la poesía terrible de las luchas políticas en aquella siniestra córte, foco de una permanente fermentacion; donde todos los soberanos tenian fijos los ojos y cuyos pedazos se disputaban con encarnizamiento; osario de la flor de los soldados europeos. Sebastian se sintió poseido del ansia, de la codicia de poder. Su corazon seco, su alma inerte á los goces materiales, formularon un voto y un pensamiento absolutos: dominar; crearse una de esas posiciones envidiadas en que se rige sin cetro y se reina sin corona; porque quien se cobija con el manto purpúreo, y se sienta bajo el dosel, resignan su voluntad y sus fueros en quien se hace dueño de su albedrio.

Llegar á privado era su propósito. La *Signora de Bessani* recibió los juramentos nupciales de Montecuculi; pero donde creia contar un afiliado, encontró un infame desagradecido. Apenas se vió bien acepto en la córte florentina, pensó que las riquezas de su

esposa, que por testamento le eran adjudicadas, le debian procurar una suma de garantias respetables, si la viudez le devolvía su independencia.

La viuda del prócer florentino se conservaba prodigiosamente jóven y bella, disimulando sus cuarenta años. Maese René la proveía de cierta composicion admirable que mantenía el cutis en una tersura infantil. Sebastian visitó al perfumista, sin duda para enterarse del arcano á cuyo favor su consorte conservaba la piel tan suave y límpida. Pero á los pocos dias de la sesion entre el Conde y el químico Leonora, *Bessani* cayó peligrosamente enferma, y sucumbió despues de una agonía penosa, quedando horriblemente desfigurada.

Montecuculi rico y libre, se engolfó en las cábalas de la corte, y el hombre que habia derrochado su patrimonio en el juego; pasión de los espiritus ávidos, de emociones que devoren sus horas, y absorban su atencion en la incesante consulta del azar; entregóse sin reserva á las jugadas de la política florentina; al dilema tremendo del éxito ó la catástrofe.

Una ojeada sobre Florencia.

El Cardenal de Médicis subió á la Silla de San Pedro, y tomó el nombre de Clemente VII. Despues de sus diferencias con el Emperador, que dieron por resultado el saqueo de Roma y la prision del Pontífice en *San't-Angelo*, Clemente brindó su alianza al sucesor de Carlo-Magno. Consecuencias de tal coalicion fueron la restitucion completa de todos los territorios del estado eclesiástico; el arbitrio del Papa sobre Sforzia y el Milanesado; el matrimonio de una bastarda de Austria con Alejandro, primogénito de los Médicis, y el restablecimiento del gobierno de esta familia en Florencia. Alejandro fuerte con la proteccion imperial y el alto parentesco con la casa de Austria, cuyo vínculo le formaba la hermosa Margarita, descuidó los intereses del Estado para sumirse en el abismo del mas torpe libertinage, adoptando por camarada en sus correrías á Lorenzo, su próximo pariente.

Lorenzo era hombre groseramente inmoral, de una infame bajeza. Plegóse á los caprichos del Sardanápalo florentino, y no solo sirvió de colega en los impuros deleites de Alejandro, sino tambien de tercero en los lances de galanteador obstinado del escandaloso yerno de Carlos V. Sus complacencias y artificios le ganaron el co-

razon de su pariente, y entre los dos corrompieron las costumbres del pais, de tal modo, que los pocos hombres puros de conciencia se preguntaban si habia salido de la tumba en que la hundiera su desenfreno, aquella Roma, inmunda de los impúdicos Césares.

Un pensamiento infernal brotó en el espiritu tenebroso de Lorenzo de Médicis: apoderarse del mando, que su compañero de orgías renunciaba por las cortesanas y las bacanales.

Al efecto le atrajo una noche á su casa bajo el pretexto falso de una cita de amor con cierta hermosura de quien Alejandro estaba prendado, y mientras el obsceno Médicis, muellemente tendido en una otomana, esperaba á la dama que debia venir á prostituirse en sus brazos, entró Lorenzo á hundirle un puñal en el corazon.

Despues de su crimen evacuó el territorio florentino, y en tanto que el cardenal Cebo y Guicciardini elegian á Cosme de Médicis, Lorenzo con Strozzi y los enemigos de su familia, unos acérrimos republicanos, otros desterrados por el gobierno de Florencia, buscaron y obtuvieron muy luego la proteccion de Francisco de Valois, y escudado con tal amparo, el asesino entró en la lucha con su jóven pariente, sucumbiendo sus ambiciosas esperanzas cuanto la mano poderosa de Carlos de Gante comunicó su movimiento á la balanza de los destinos de Italia.

Esto pasó en 1537; pero antes de 1536 los elementos políticos de Florencia correspondian á los sucesos posteriores, entonces futuros, y entre todas aquellas personalidades sombrías del pais, Montecuculi adivinó por instinto la predestinacion suprema de Catalina: se orientó de la grandeza venidera de aquella severa jóven, cuanto logró penetrar en la atmósfera misteriosa que la circueja, como la aureola de una eleccion providencial.

Trabajó por captarse la benevolencia de los Médicis, y acertó en sus esfuerzos. *El lobo y la vulpeja ambos son de una conseja*, establece un antiguo adagio castellano: Catalina y Sebastian eran dignos de comprenderse, y se comprendieron.

Montecuculi era protervo, de índole perversa. ¿Qué mas motivo de simpatia para la jóven Médicis, que media la esfera del poder con mirada codiciosa, y reputaba el crimen una escala muy óbvia para la ascension á la deseada cumbre? Catalina era pérfida, malévola; un portento de astucia diabólica; una maravilla de ma-

nosa disimulacion. ¿Qué mayores causas de afecto para un hombre tan propenso al daño útil, á la fria especulacion que vé mezquino el delito en cotejo con el fin productivo á que conduce?

Pero la Providencia divina reservaba un castigo al envenenador de la *Bessani*: un castigo tremendo; de torturas sin alivio, de perenne dolor.

Enamorarse de Catalina de Médicis era la última fatalidad de que Dios podía servirse para sumir al Conde en los rabiosos tormentos de un infierno mundano.

Sebastian de Montecuculi nunca habia conocido el amor. Gastó su naturaleza con las mas hermosas cortesanas del Lacio; pero las cortesanas eran el estímulo de sus festines; un desorden mas; un pávulo estimulante á sus afecciones tumultuosas.

Púsose en contacto con Catalina. Los dos génios maléficos se sondearon con admiracion, y firmaron el pacto de alianza que hizo al uno cómplice del otro. Este pacto fué el crimen.

Montecuculi, á favor de una escala pasaba del jardin del palacio de Médicis al aposento de la deslumbradora belleza, y en las misteriosas sombras de la noche, el amor, ese amor de Lucifer que reúne á su fuego sus dolores, plegaba las ténues gasas de un vaporoso cortinaje en derredor de un lecho de doncella, mancillado por un seductor.

Sebastian y Catalina apuraron la copa de las delicias en un periodo venturoso. Una noche el condé encontró á su amada fria, altiva y glacial, y pensó si tenia celos.

Ensayó para calmarla palabras tiernas y apasionadas; mas al empezar fué interrumpido por la Médicis, que le dijo con severo continente:

—Señor Conde, os tengo que dar una noticia.

—¿Qué noticia, bien mio?

—Catalina, la loca, la manceba de Montecuculi ha muerto.

—¿Chanceais?

—Yo no chanco mas que con mis iguales, Señor Conde.

—¡Señora!

Queda viva Catalina de Médicis, á la que debeis respeto y veneracion. Lo pasado al olvido. Mañana partis para Roma á tratar mi casamiento con el Duque de Orleans.

—¡Dios mio! ¡vuestro casamiento!